THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class F1233

Book .B298
1870

297
494

SAMUEL BASCH.

RECUERDOS DE MEXICO.

MEMORIAS DEL MEDICO ORDINARIO
DEL EMPERADOR

MAXIMILIANO.

SAMUEL BASCH.

RECUERDOS DE MEXICO

MEMORIAS DEL MEDICO ORDINARIO

DEL

EMPERADOR MAXIMILIANO.

(1866 á 1867.)

OBRA TRADUCIDA DEL ITALIANO AL ESPAÑOL,

POR EL DOCTOR

D. MANUEL PEREDO.

NABOR CHAVEZ, EDITOR.

MEXICO.

IMP. DEL COMERCIO, DE N. CHAVEZ, A CARGO DE J. MORENO,
Calle de Cordobanes núm. 8.

1870.

F1233
.B298
1870

144961
of

10-3150

ADVERTENCIA

DEL EDITOR MEXICANO.

LA presente obra puede considerarse como la continuacion y el complemento de la que escribió el conde de Kératry, la cual salió no há mucho de nuestras prensas.

En efecto, el conde de Kératry cierra su historia con la retirada del ejército francés; el Dr. Basch, abre la suya poco antes de este acontecimiento, terminándola con la catástrofe del *Cerro de las Campanas.* Es, pues, la obra del médico aleman, un nuevo acopio de materiales para formar la historia completa de la intervencion y el imperio.

El Dr. Basch, estuvo al lado del infortunado príncipe desde Setiembre de 1866 hasta la muerte de este, sin separarse de él en todo ese período, y aun compartiendo su prision en Querétaro. Llegó á alcanzar la confianza del archiduque, fué su confidente íntimo, presenció como testigo ocular los mas importantes episodios de esa época, muchos de los cuales permanecerian ignorados si el Dr. Basch no los hubiese sacado á luz.

Este libro, además, tiene una importancia casi oficial. Maximiliano habia concebido la idea de escribir la historia de esta guerra, cuyo éxito, fuese cual fuese, habria de ser decisivo para su persona y su trono. Al efecto, encargó á su médico y confidente, que le preparase en forma de diario los materiales conducentes, para lo cual puso á su disposicion no solamente sus propios manuscritos, en los que ya tenia consignada la relacion de los acontecimientos, si-

no tambien todos los materiales del gabinete de la guerra, entre los que figuraban los planes de campaña, las órdenes del dia, y aun los protocolos de los Consejos de Guerra. Al caer prisionero el Dr. Basch, hubieron de estraviarse muchos de los documentos escritos en español, á la hora de la ocupacion del convento de la Cruz; pero se salvaron casi todos los que lo estaban en aleman. Con estos, con los apuntes que tenia consignados el médico en un libro de memorias que él y cuantos rodeaban al príncipe tenian obligacion de llevar siempre consigo, formó el Dr. Basch su obra, por órden espresa que el mismo Maximiliano le dió, estando ya preso, en presencia del príncipe de Salm. "Es V. el único que tiene seguridad de volver á Europa, le dijo; ocúpese V. de mí, y trate de que al menos se me haga justicia. ¿Cómo va V. á titular su obra? Yo le propondria que le llamase *Los cien dias del imperio de México.*" Mas habiéndole hecho el Dr. Basch la observacion de que para dar una idea clara de los acontecimientos era preciso remontarse á los dias de Orizaba, le contestó Maximiliano: "Está bien; dé V. en ese caso al libro el simple título de *Recuerdos de México.*"

Tal es la obra que hoy ofrecemos al público; su importancia consiste en los documentos oficiales, muchos de ellos curiosísimos é inéditos hasta aquí, y en la revelacion de episodios íntimos, y de conversaciones particulares, que dan gran luz al filósofo y al historiador.

Por lo que toca á las apreciaciones particulares que sobre los hombres y las cosas hace el autor, y de las que solo él es responsable, toca á los lectores imparciales corregirlas en cuanto tengan de exagerado y de falso. El futuro historiador de esta memorable época, tomará de ellas lo que la sana crítica le muestre como útil para su tarea. En esta obra, no menos que en las demás de su género publicadas ó por publicarse, no está en los juicios del escritor la importancia trascendental, sino en los datos y documentos legítimamente históricos que exhibe.

Ayudar en nuestra humilde esfera á la historia nacional, es el único fin que nos hemos propuesto al hacer esta y otras publicaciones análogas que tenemos preparadas, si continúa el público dispensándonos su favor.

Nabor Chavez.

Lit. de Llanos y Cª

CASTILLO DE MIRAMAR.

CAPÍTULO I.

La Corte en Chapultepec.—Viage á Cuernavaca.—Conjuracion de Tlalpam.—Regreso.—La junta.

EL 18 de Setiembre de 1866 comencé á desempeñar mi cargo de médico de cámara en la Corte del emperador de México.

Dos dias habian pasado de las fiestas que, durante el imperio, se acostumbraban celebrar en memoria del primer grito de independencia lanzado por el cura Hidalgo. Con tal motivo, el emperador habia declarado en un discurso, que se hizo célebre, su firme voluntad de perseverar en sus propósitos á pesar de las desfavorables condiciones que guardaba la cosa pública.

Desde el 10 de Febrero del mismo año en que llegué al país, hasta este momento, habia yo desempeñado el cargo de médico militar; mi promocion al nuevo empleo la debí á las recomendaciones del Dr. Semeleder, médico ordinario del emperador. A propósito de esto haré notar, que pocos dias despues de mi ingreso al dicho cargo, hizo el Dr. Semeleder su última visita de médico al emperador, y desde aquel momento yo fuí de hecho el único médico de este príncipe, no obstante que el Dr. Semeleder no obtuvo su formal dimision sino hasta Noviembre.

Residia la corte imperial, en esa época, en Chapultepec, á cosa de una hora de distancia de la capital, ocupando el palacio que antiguamente era de los vireyes, y que el emperador habia puesto en estado de habitarse, á costa de no pequeños gastos.

Hallábame en un terreno completamente nuevo. Por poco dispuesto que yo estuviese á querer mezclarme en las agitaciones de los diversos partidos, sentia, no obstante, la necesidad de enterarme lo mas pronto posible, de las condiciones de la corte. Ya me esperaba yo que tendria que luchar con la desconfianza y la frialdad; muy pronto ví confirmada esa prevision mia. En los primeros dias especialmente, cuando mi posicion aun no parecia asegurada, ni digna mi persona de que se la buscase para cualquier combinacion política, las gentes todas con quien tuve que ponerme en contacto me hicieron el efecto de jugadores que esconden sus cartas.

El emperador, á quien ví entónces por la primera vez, me recibió con la afabilidad que le era habitual; y conforme al ceremonial que estaba en uso en Chapultepec, fuí admitido á la mesa imperial, para lo que no era preciso como en México, invitacion espresa. En Chapultepec, y lo mismo en Cuernavaca, todas las personas de la Corte comian con el emperador.

Entre los comensales, que en su mayor parte eran empleados superiores de la Corte y oficiales de órdenes, habia dos personas que hicieron gran papel en el imperio: el padre Fischer, y el consejero de Estado Herzfeld.

El padre Fischer me pareció un hombre, que por su aspecto duro y severo mas bien se le hubiera tomado por un soldadon que por un sacerdote. Aquel aspecto suyo, no menos que su rostro terso y rozagante, que á decir verdad nada tenia de ascético, contrastaban de una manera muy estraña con su acento melífluo todo uncion, así como tambien con la cos-

tumbre que tenia de alzar los ojos al techo ó de bajarlos al suelo cuando la conversacion recaía sobre un asunto que se le figuraba peligroso.

El consejero Herzfeld me hizo la impresion de un cortesano desenvuelto, que ponia empeño en dar siempre á sus discursos un giro agradable, y en disipar las nubes que se condensaban en la frente del emperador su señor. Poco escrupuloso en la eleccion de sus conversaciones, no dejaba de hacer de vez en cuando picantes y justas alusiones al estado clerical de su vecino de mesa.

Nada digno de mencion hay en los primeros dias de mi presencia en la corte: mi posicion no iba á delinearse claramente, sino cuando nos trasladamos á Cuernavaca á principios de Octubre.

Está situada Cuernavaca al Sur de México, á distancia de diez y ocho leguas, en un ameno y profundo valle. Su vegetacion tropical y su clima templado, cosas muy del gusto del emperador, habian hecho que de ella hiciese su mansion predilecta. Tiempo hacia que habia tomado en arrendamiento una casa, la de Borda, y comprado una pequeña finca dependiente del pueblito de Acapantzingo, á la cual le habia puesto por nombre *Olindo.*

Se me habia dado la órden de dirigirme á Cuernavaca con el personal de la Corte; llegamos allí, en efecto, dos dias antes que el emperador. Conmigo iban el padre Fischer, el profesor Bilimek, director del museo de historia natural de México, y Luis Arroyo, que despues fué ministro de la casa imperial. El emperador se nos reunió, acompañado de Herzfeld, y escoltado por un escuadron de húsares al mando del Conde Khevenhüller.

En este viage á Cuernavaca, y en la temporada que allí pasamos, comencé á acercarme al emperador. Allí, por vez primera, entabló conmigo conversaciones familiares, cuyo asunto eran especialmente las condiciones de su salud; por

la manera con que se esplicó, no me quedó duda de que habia puesto en mí toda su confianza.

Seis dias permaneció Maximiliano en Cuernavaca. Las horas de la mañana invariablemente se dedicaban á los asuntos del gobierno; las tardes, á pasear á caballo por las inmediaciones. El último dia convidó á comer al alcalde de Acapantzingo y á su secretario; este se presentó en mangas de camisa. "No lo estrañe vd.," me dijo el emperador al notar mi asombro, "en mis viages por el interior, mas de una vez he recibido á algunos indios que iban en traje mas ligero todavía."

Para el sétimo dia se habia proyectado una escursion á la hacienda de Temisco, distante cosa de cinco leguas; mas los preparativos hubieron de suspenderse, y al dia siguiente, muy de madrugada, salimos para México.

En la noche, víspera de nuestra marcha, conjeturé, por el aspecto descompuesto y meditabundo de Herzfeld, de Fischer y de Arroyo, que semejante decision súbita (puesto que el emperador habia pensado estarse doce dias en Cuernavaca) tenia que ser motivada por alguna causa grave; no me engañé en mi congetura. Habia llegado, en efecto, á Cuernavaca la noticia de una conjuracion tramada en Tlalpam, en virtud de la cual el emperador debia ser asesinado al volver á México, y proclamarse entonces la república. Daba esta noticia el general O'Horan, prefecto de Tlalpam, anunciando al mismo tiempo al emperador, que ya habia descubierto á los conjurados, y ahorcado á doce de los cabecillas.

Hasta ahora no se ha aclarado bien si realmente hubo tal conjuracion, ó si fué inventada, como ya desde entonces se decia, por O'Horan, el cual durante toda su vida política y militar disfrutó siempre de una reputacion harto dudosa, como que repetidas veces cambió de color, y se distinguió siempre por su escesiva crueldad, ya con los liberales, ya

con los conservadores. Sea como fuere, aquel repentino aviso fué causa de nuestro regreso, el cual se verificó sin mas accidente. El atentado, contra el cual se tomaron las correspondientes precauciones militares, no tuvo efecto.

Al mismo tiempo que nosotros, llegó de Europa á Chapultepec la noticia de que la emperatriz volvia de su mision en un vapor de guerra francés, y que no tardaria en arribar á Veracruz. El emperador directamente me lo participó, previniéndome al mismo tiempo, que me dispusiese para acompañarlo á Orizaba, en donde se habia propuesto aguardar á la emperatriz. "No diga vd. nada de este proyecto al Dr. Semeleder, me dijo tambien el emperador, porque no sabe vd. todavía cómo andan las cosas en la Corte, y no quisiera yo sin necesidad disgustar á Semeleder." [1]

Pocos dias despues de su vuelta á México, el emperador convocó en Chapultepec una junta, á la cual fueron llamados los ministros, los consejeros de Estado, y algunos otros señores del país de los mas versados en negocios de Hacienda.

Al volver de Cuernavaca, el emperador habia preparado con Herzfeld un proyecto para someterlo á dicha junta, proyecto segun el cual se convocaria un congreso nacional que decidiera acerca de la forma de gobierno para el porvenir. Lo singular fué que la convocatoria de la junta, hecha por el padre Fischer, así como las deliberaciones de esta, se ocultaron con mucho empeño á Herzfeld.

Los resultados de esa reunion marcan un punto tan culminante en la política interior del imperio, que me parece oportuno dar antes una breve idea de las circunstancias políticas tal como á la sazon se encontraban.

---

1 Concuerdan con todo lo anterior las dos cartas del emperador al mariscal Bazaine, de que habla el Sr. de Kératry. Segun ellas, el emperador, que aguardaba á la emperatriz del 20 de Octubre en adelante, pedia al mariscal que diese las disposiciones necesarias para la escolta.

CAPÍTULO II.

Partidos políticos. — Actitud de la Francia y de los Estados-Unidos. — Ministerio conservador. — Discurso del emperador en la fiesta de la independencia.

GOBERNABA el emperador en Setiembre de 1866 con el ministerio Lares, conservador. Eran miembros de este gabinete, en lo general conservador en sumo grado, Lares, presidente del gabinete, y ministro de Justicia. —Arroyo, de la Casa Imperial.—Marin, de Gobernacion.—Aguirre, de Instruccion pública.—Mier y Terán, de Fomento.—Tavera, de Guerra.—Pereda, Sub-secretario de Relaciones.—Campos, Sub-secretario de Hacienda.

Este ministerio se habia formado en un principio, como ministerio de fusion, en el cual las carteras de Guerra y de Hacienda se confiaron á dos franceses, los generales Osmont y Friant. Mas como el gobierno francés, que ya en esa época habia descubierto su juego en México, creyó peligroso el mostrar simpatías sobrado manifiestas por el imperio, prohibió á sus súbditos que tomasen parte activa en el gobierno. Osmont y Friant hubieron de renunciar por órden de Napoleon sus carteras. Los ministerios anteriores habian estado formados por las eminencias del partido liberal; pero habia tenido que retirarse de la escena á consecuencia de su obra: el imperio, que recibieron capaz de vida, bajo su administracion quedó corrompido y disecado.

El último recurso de que se echó mano, fué el de componer un ministerio clerical conservador. Este partido era, en sustancia, el que habia solicitado el imperio, el que habia llamado al emperador; ahora le tocaba probar con hechos que era capaz de sostener á su creacion sin el apoyo de la Francia.

Cuanto hasta aquí llevo dicho, son hechos cuya trascendencia y cuyo valor serán mas comprensibles si me detengo por un momento á considerar la naturaleza de la vida pública en México, los partidos políticos, la intervencion francesa, y la influencia de los Estados-Unidos.

En México no se entiende la vida pública como en Europa, por cuanto á que los programas de los partidos contienen muchos menos principios que meras cuestiones de intereses.

La lucha por los bienes materiales es la que de continuo consume á los partidos, y la que se opone al desarrollo tranquilo y normal del país.

Todos estos partidos, considerados en grande, se componian á la sazon: de los *puros* (rojos), que divididos en diversas gradaciones constituian la parte liberal; de los conservadores (clericales); y de los *moderados*, porcion media, conservadores liberales, hombres del compromiso, gente de poco valer bajo todos aspectos.

Al lado de estos partidos principales habia surgido otro, desde que el emperador subió al trono: el de los Maximilianistas, compuesto de personas afectas al emperador, que le profesaban sincera simpatía, y que estaban á disposicion suya y de su causa. Este último partido se componia de liberales, republicanos en su orígen, los cuales, convencidos de que ante todo importaba tener un gobierno estable, se adhirieron á Maximiliano, en cuyas dotes personales encontraban la garantía del cumplimiento de un programa, cuyos puntos principales tenian que ser: la pacificacion, la integridad del territorio mexicano, y la independencia nacional.

Pero importancia efectiva como partidos, solo la tenian los clericales–conservadores, y los liberales. Estaban compactos, y tendian á un fin determinado. Aquellos trataban de reconquistar los bienes que habian perdido bajo el gobierno de los presidentes liberales; estos pretendian la posesion de los bienes que le habian quedado al clero. En tiempos anteriores, el clero poseia la mayor parte del territorio; aun ahora se pueden reconocer en el gran número de conventos y de casas los vestigios de su patrimonio, en otro tiempo vastísimo.

El ministro juarista Lerdo de Tejada, por medio de las *leyes de reforma*, habia confiscado los bienes de la Iglesia.

Esas leyes de reforma estaban compiladas de tal modo en sus diversas disposiciones, que á la vuelta de pocos años habria sido ya casi imposible volver al *statu quo ante*; todavía no tenia el clero perdidas las esperanzas de recobrar sus bienes, y en los esfuerzos que andaban intentando con tal fin estaba la causa principal de su lucha con los liberales.

Coligados estrechamente con el clero estaban los grandes propietarios, quienes ante todo trataban de conservar sus propios bienes. Estos tenian con respecto á sus propiedades las mismas inquietudes del clero, porque ya hacia algunos años que los republicanos habian confiscado una parte con el pretesto de que pertenecian á traidores; lo que de esos bienes quedaba, se lo iban acabando las contribuciones de guerra impuestas por los gefes de las partidas revolucionarias, que de ese modo se procuraban la subsistencia.

Tocante á los liberales, su liberalismo tenia en resumidas cuentas poca importancia. Reducíase á mera forma, y bastábales, á decir verdad, un aspecto esterior republicano.

Los esfuerzos de los liberales son puramente nacionales, bajo la forma liberal republicana; no tienen de comun con los verdaderamente liberales mas que el espíritu anti–clerical, y eso, no en el sentido europeo ni bajo el punto de vis-

ta de la independencia y libertad en materias religiosas, puesto que sus móviles no son mas que socialistas, teniendo su raiz en el odio contra el clero poseedor.

El mexicano, ya sea liberal ó ya conservador, es en sustancia absolutista, y en alto grado intolerante: intolerante en materias religiosas, intolerante en opiniones políticas, y sobre todo, contrario á cuanto huela á extrangero. Esta intolerancia no es, por lo demas, peculiar únicamente á los partidos; es el carácter distintivo de la nacion mexicana, el cual se remonta á los tiempos de la Inquisicion y de la dominacion del clero.

Agréguese como cosa comun á todos los partidos, la falta absoluta de convicciones firmes.

Los partidos en México tienen por lo comun su orígen en razones de oportunidad, así es que en ninguna otra parte se vé, tanto como allí, la agitacion política unida al mas asqueroso egoismo. De esto resulta, naturalmente, que en ningun otro país del mundo se ven tantos renegados y tantos maromeros políticos.

Segun las ideas mexicanas, no hay en sustancia deshonor en abandonar uno su bandera, y están muy lejos de dar á los traidores su verdadero nombre. *Se ha pronunciado contra el gobierno*, dicen, y nada mas.

Los pronunciamientos particulares rara vez tienen el carácter de una decidida reaccion ó revolucion política; esto se comprenderá examinando cómo se hacen en su mayor parte. Un gefe militar que dispone de un cuerpo de tropas calcula maduramente que ya no se está bien con su partido, y que pasándose al opuesto hay que esperar mayor provecho. Se pronuncia, es decir, que siendo único dueño de una ciudad ó de un territorio, echa abajo á las autoridades, y aun fusila á alguna de ellas para probar su lealtad á su nuevo partido. Si el tal gefe, con los hombres que le siguieron, se encuentra frente á un cuerpo de tropas

mas numeroso y que permanece fiel á su bandera, se escabulle de noche á favor de la oscuridad, y se pronuncia en campo abierto no bien ha salido fuera.

En el grande ejército republicano que mas tarde sitió á Querétaro, eran numerosos los desertores de esa especie, los cuales, mientras el imperio pudo darles dinero, mientras tenian algo que esperar de él, permanecieron rigorosamente imperialistas.

Los verdaderos liberales, que los hay aunque en escaso número, son verdaderamente nacionales, y pertenecen á la forma de gobierno que nació de la primera lucha por la libertad, es decir, á la República.

Cuando el emperador aceptó la corona en Miramar, el gobierno de México estaba en manos de los conservadores. La regencia, puesta por Forey, estaba formada de miembros del partido clerical–conservador, y este partido fué el que llamó á México al emperador. Cuando este desembarcó en el país, todo estaba dispuesto de manera que el desarrollo natural del imperio hubiese de ser la continuacion de aquella regencia, teniendo el emperador que gobernar de acuerdo con los franceses y con el partido clerical–conservador.

Pero no tardó en conocer Maximiliano que era imposible satisfacer las pretensiones de este partido, por cuanto á que las consecuencias de las leyes de Reforma eran ya tales, que no hubiera podido revocar esas leyes sin subvertir completamente las condiciones de la propiedad hasta en sus mas pequeñas ramificaciones. Veíase el emperador forzado por la irresistible lógica de los hechos, á aceptar las leyes de Reforma; hubo, pues, que dar de mano á los clericales y conservadores, con gran decepcion suya, no quedándoles otro partido que tener paciencia, y aguardar el dia y la ocasion en que de nuevo se recurriese á ellos.

Las razones que el emperador tuvo para apartarse de sus

aliados naturales los franceses, constan en los siguientes pasajes del manuscrito autógrafo en que habia preparado los puntos para su defensa. "*Llegado al país, vista la traicion de los franceses todo mi trabajo proteger la independencia y integridad: negocio de la Sonora. En consequencia inimistad con los franceses.—Los franceses roban todo el dinero; de los dos préstamos no entran que* 19 *mill. en las arcas del tesoro, y la guerra que ellos hacen cuesta mas que* 60 *mill. Sobre esto quejas fuertes á Paris, documentos.*" (Textual.)

Maximiliano habia aceptado la corona que Napoleon le mandó ofrecer en Miramar, con la firme persuasion de que le seria garantida la integridad de la soberanía, sin tener que plegarse á que se le manejase como un simple instrumento de la intervencion francesa. Como emperador de México debia ser mexicano ante todo, y como tal, oponerse á cualquiera intervencion que amenazara la independencia y la integridad del pais. Que los franceses abrigaban designios hostiles sobre el particular, lo prueban sobradamente sus tentativas para apoderarse de la Sonora, vasta y riquísima provincia del Norte del imperio.

Para librarse de todos estos obstáculos, y al mismo tiempo para cerciorarse cuanto antes de que el *sufragio universal* provocado por los franceses no habia sido del todo independiente, me refirió el emperador, que no bien hubo llegado quiso convocar una asamblea nacional, elegida de la manera mas liberal y mas ámplia. El tal congreso, en el cual á semejanza del que le eligió deberian estar representados todos los partidos, habria de haber decidido cuál tenia que ser para el porvenir la forma de gobierno del país. La realizacion de ese designio hubo de quedar sin efecto, segun me manifestó varias veces el emperador, por las intrigas de los franceses, quienes no queriendo abandonar su posicion de conquistadores, entorpecieron la formacion de un

ejército nacional, é hicieron cuanto estuvo á su alcance para impedir la libre accion del gobierno imperial.

Si la reunion de esa asamblea hubiera tenido efecto, sus resultados habrian sido benéficos en dos sentidos: en el Interior, en donde á la sazon el partido republicano andaba desorganizado é incapaz de oponer resistencia, aquel acto hubiera hallado simpatía general; con la determinacion manifiesta de librar al país de la presencia de todo ejército extrangero, habríanse adherido los liberales á la causa del imperio, sustraido como quedaba de ese modo á la influencia del partido clerical. Así hubiera sido factible constituir sólidamente un gobierno, del cual podria esperarse paz y tranquilidad. En el exterior, habria dado una solucion diversa á la cuestion de la anexion de México á la América del Norte, la cual, puedo afirmarlo con toda persuasion, no deseaba mas que un medio cualquiera para salir del paso.

Mucho se ha exajerado en Europa la presion que en el imperio ejercian los Estados-Unidos. No fué así como pasaron las cosas.

Juzgando con la mayor exactitud posible, era claro que los Estados-Unidos no podian ver con buenos ojos la creacion de un imperio en México; pero sus circunstancias en aquella época, la guerra con el Sur, no les permitian (y tal era la idea general así en México como en los Estados-Unidos) una intervencion activa, y mucho menos una intervencion agresiva. Sé de buena fuente, que algunos hombres de Estado americanos declararon con toda franqueza, que lo mas ventajoso para los Estados-Unidos habria sido el ver definitivamente pacificado á México. Que fuese por medio del imperio ó por medio de la república, le era indiferente á aquella nacion, con tal que la cosa se hiciese de tal modo, que fuera ya imposible cualquier intervencion europea para el porvenir; y aun cuando los Estados-Unidos tenian un representante diplomático cerca del gobierno re-

publicano, eso no se debia considerar como una intervencion. En suma, para que el imperio mexicano hubiera podido constituirse sólidamente en el interior, muy poco habia que temer.

El imperio no tenia que hacer mas, sino resolver el problema de dar una direccion regular á la administracion, provocar el interés general del país en sustitucion de los intereses particulares de los partidos siempre en lucha, y hacer que fuese libre la fuerza latente en el pueblo. Con solo esto quedaba asegurada su existencia.

No parecerá atrevido este mi aserto, á quien haya podido observar de cerca las profundas raices que en dos años echó el imperio, á pesar de tantas combinaciones adversas, á despecho de los obstáculos suscitados por los franceses, y no obstante el mal comportamiento de los empleados mexicanos.

Desde el punto en que el emperador quiso llevar á cabo su designio de fundar el imperio sobre el principio liberal nacional, indispensable se le hizo librarse atrevidamente de todos los obstáculos, es decir, romper con el partido clerical-conservador, y tratar á los franceses como enemigos del país; pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

A los conservadores, simplemente se les dejó á un lado; á los franceses, no se les hizo mas guerra que la de protocolos.

Solo una parte del programa liberal nacional se llevó á cabo: el primer ministerio se formó con eminencias del partido liberal.

Comenzó el mal en lo inconsecuente de esta conducta y en la ineptitud del ministerio, al cual, sin embargo, no se le pueden echar en cara torcidas intenciones.

Apariencia ó realidad, no hay que hacerse ilusiones sobre el particular: las primeras consecuencias se debieron al completo desarrollo de fuerza que hicieron los franceses.

Mientras con sus armas hubiesen protegido al imperio los franceses, de cuyas tentativas aquel, no consolidado todavía, no habria podido defenderse, hubiera sido de todo punto indiferente que el emperador gobernase con los conservadores ó con los liberales, siempre que los franceses, con la ostentacion de su fuerza hubiesen protegido al gobierno, y dado la necesaria eficacia á sus disposiciones.

Si el mariscal Bazaine hubiera sido lo que debia, es decir, comandante de un cuerpo de ejército auxiliar subordinado al imperio; si Napoleon, en vez de ser quien con sus pretensiones dió el primer golpe al trono, se hubiera limitado á cumplir honradamente el tratado de Miramar, en lo relativo al plazo de seis años que se fijó para tener el ejército á disposicion del emperador, el nuevo imperio habria tenido el tiempo suficiente para dominar la crísis de su instalacion, y su existencia habria quedado asegurada.

Pero Bazaine, que tenia un mando del todo independiente, se manejó como dueño del país. En realidad, se puso al lado del emperador, no á sus órdenes. No tuvo mas fin que los fines de su amo, ni prestó su apoyo al gobierno local sino en tanto que las disposiciones de este iban de acuerdo con los intereses franceses, harto vagamente definidos. Desde el momento en que las instrucciones de Paris dejaron entreveer al astuto mariscal, que Napoleon abandonaba completamente al imperio, y que la llamada del ejército no era ya una simple eventualidad, desde aquel momento trabajó sin embozo por la ruina de Maximiliano y de su trono.

Desde aquel momento el ejército francés quedó en completa inaccion, contemplando indiferente la toma de una ciudad tras otra por parte de los disidentes, á quienes daba mayor ardimiento la inaccion de Bazaine. Y mientras los franceses se estaban de esta suerte con el arma al brazo, al cuerpo franco-austro-belga, último apoyo militar del im-

perio, se le arrastraba sistemáticamente á la ruina, esponiéndolo de continuo, y fraccionándolo en pequeños destacamentos.

Harto sabidos son los motivos que determinaron á Napoleon á llamar de México á su ejército. Los Estados-Unidos, vencedores en la guerra contra los separatistas, pidieron cuentas al emperador de los franceses del apoyo que prestó al Sur. Las categóricas notas del gabinete de Washington surtieron sus efectos. El César no se sentia con fuerzas suficientes para entrar en lucha con el coloso americano, y trató, por lo tanto, de quitarse de encima todos los peligros de un conflicto.

El hombre del 2 de Diciembre no tuvo el menor escrúpulo para ceder á las exigencias de los Estados-Unidos, para faltar á su palabra, y para arruinar al emperador Maximiliano y al imperio de México, que era, sin embargo, creacion suya.

Una vez tomada por él la firme resolucion de poner término á la espedicion de México, necesitaba buscar cualquier arbitrio para salir del atolladero, con apariencias siquiera de honradez. Dirigió el emperador una carta verdaderamente humilde, rogándole que tuviera á bien renunciar espontáneamente á la corona. Una abdicacion así, le permitia retirar de México sus tropas sin romper el tratado de Miramar.

Mil veces me habló el emperador de esa carta de Napoleon. Me referia que en ella le conjuraba á que bajase de un trono en el cual ya no le era posible sostenerle. "Reflexionad que tengo un hijo," escribia Napoleon; el emperador me decia que le habia contestado, que ese cuidado suyo por su dinastía no le escusaba de cumplir el tratado de Miramar.

Todavía hizo el emperador una tentativa. Sabido es que la emperatriz marchó á Paris para ver si lograba, ya que

no impedir directamente las transacciones de Napoleon con los Estados-Unidos, al menos una dilacion en su cumplimiento. Vanos fueron sus esfuerzos: ya Napoleon se habia puesto de acuerdo con los Estados-Unidos para establecer una república en México.

En tanto, el gabinete de Washington seguia con la mayor atencion la marcha de los acontecimientos en México. Mientras el imperio subsistia, ofreciendo esperanzas de duracion, los americanos del Norte se limitaron á una actitud meramente pasiva; no cabe duda, como dije ántes, que en esa actitud hubieran permanecido si la partida de los franceses no hubiera dado el golpe de muerte al imperio. Presentóseles la coyuntura, que desde luego aprovecharon, de adquirir mediante un insignificante gasto de armas y dinero suministrado á los rebeldes, la gratitud de la república que se esforzaba en levantarse, y la cual por lo demas tenia que serles mas aceptable que el imperio, problemático ya á la sazon.

Pocas esperanzas se tenian en México tocante á la duracion del actual órden de cosas; á nadie le hubiera cojido de nuevo la abdicacion del emperador, como que de un dia á otro se esperaba verla anunciada oficialmente. En vez de eso, apareció en el *Diario del Imperio* la formacion de un nuevo gabinete y su programa. Esto acaecia á principios de Setiembre de 1866.

Los conservadores, que hasta entónces tenian suspendidas sus relaciones con el emperador, habian adquirido en la persona del padre Fischer un aliado eficaz y en contacto con el príncipe; por intermedio suyo, fuéles posible hacer llegar á este sus promesas y sus ofrecimientos. Fácil acogida hallaron sus proposiciones: sonreia al emperador el pensamiento de mantenerse en el trono sin el auxilio de los franceses, y á despecho de estos, con la cooperacion de los conservadores á quienes hasta entónces se les habia dado de mano.

Al encargarse los conservadores de tamaña tarea, no hicieron sino lo único que les quedaba que hacer, á menos de dejar que se perdiese su última áncora de salvacion en momentos en que su causa tenia casi perdida toda esperanza. Inauguró sus tareas el nuevo ministerio con vastos planes; el programa que publicó daba á entender, que él era el único capaz de llevar á cabo tan alta empresa. Prometian los nuevos ministros la pronta pacificacion del país; con qué recursos, y por qué camino pensaban alcanzarla, era un secreto; pero se les dió crédito, y se aguardaba con impaciencia el 16 de Setiembre, dia en que el emperador solia pronunciar un discurso al recibir á los altos Cuerpos del Estado.

Nunca habia contenido el gran salon de Iturbide, en el palacio imperial, un concurso tan numeroso como ese dia. Cuantos por razon de su empleo tenian derecho á la recepcion, no dejaron de acudir; no bien se terminó el *Te Deum*, llenóse rápidamente de bote en bote la sala. Reinaba el mas profundo silencio; aparecióse el emperador, y de pié sobre el trono leyó con voz entera el siguiente discurso:

"Mexicanos:

"Por la tercera vez, como gefe de la Nacion, y tomando parte en vuestro entusiasmo, vengo á celebrar el dia de nuestra grande y gloriosa fraternidad.

"En este dia de patriótico recuerdo, mi corazon me impulsa á dirigir á mis conciudadanos palabras sinceras y francas, y á tomar parte con vosotros en la alegría general.

"Cincuenta y seis años han trascurrido desde el primer grito de insurreccion; medio siglo há que México combate por su independencia, por su tranquilidad. Con razon el amor patrio se impacienta por la prolongacion de esta lu-

cha; pero en la historia de un pueblo que resucita, no es este mas que el penoso noviciado por el que tiene que pasar forzosamente toda nacion que aspira á ser grande y poderosa. Sin lucha, sin sangre, no hay ni triunfo estable, ni desarrollo político, ni progreso duradero.

"El primer período de nuestra historia nos enseña la espontaneidad del sacrificio, la union, la firme fé en el porvenir.

"Preciso es ahora, que todos los amigos leales del país apoyen, cada cual en su esfera, la grande obra de la regeneracion. De esta manera, mi tarea no será infructuosa, y yo seguiré con ánimo entero la senda que hasta aquí se ha recorrido trabajosamente. ¡Ojalá me ayuden vuestra confianza y vuestra buena voluntad, para que un dia nos sea dado poder gozar el anhelado fruto de la paz y de la tranquilidad!

"Yo permanezco firme en el puesto á que me llamó la voluntad de la Nacion; permanezco á pesar de todas las dificultades, sin vacilar en el cumplimiento de mis deberes, porque un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto en el momento del peligro.

"La mayoría de la Nacion me ha elegido para que haga valer sus derechos contra los enemigos del órden, de la propiedad, y de la verdadera independencia. ¡Protéjanos el Dios Omnipotente, puesto que es una sacrosanta verdad que la voz del pueblo es voz de Dios! Así como esto se demostró de una manera maravillosa en los tiempos de la fundacion de nuestra nacionalidad, así tambien sucederá hoy para su resurreccion.

"¡Las sombras de nuestros héroes nos contemplan! Sigamos su inmortal ejemplo sin temor, y nos será dado alcanzar el envidiable fin de completar y coronar la grande obra de la independencia, que ellos consagraron con su sangre.

"¡Mexicanos! ¡Viva la independencia, y la santa memoria de nuestros mártires!"

El discurso del emperador fué acogido con verdadero entusiasmo, y México tuvo en el 16 de Setiembre de 1866 uno de los pocos bellos dias en que fué general la confianza en el porvenir.

CAPITULO III.

Junta.—Nuevo Consejo de Estado.—Lacunza.—Llegada de Castelnau.—Cuestion del concordato.—Dos cartas del emperador á sus ministros.—Alocucion del mismo á los obispos.

DEBIA ante todo la Junta dar su opinion sobre el proyectado Congreso, no menos que sobre las circunstancias financieras.—*Deseo mio de un Congreso; Junta en Chapultepec.*—Tal escribió el emperador en los apuntes para su defensa.

No asistió á dicha reunion el emperador, porque no quiso parecer que influia con su presencia en las decisiones; solo yo, (porque á Herzfeld no se le permitió entrar) hube de acompañarle en su gabinete y en la biblioteca contigua.

Todavía me acuerdo de lo que me dijo, entre otras cosas, para esplicar su ausencia en aquella reunion.

"Hasta ahora he trabajado yo siempre; en lo de adelante será distinto. Tócales á estos poner manos á la obra, y sobre todo, pensar sériamente en procurar dinero."

Vanas fueron las tentativas: hízose á un lado el pensamiento de la Asamblea nacional propuesto por el emperador; y en cuanto al dinero, quedó en *promesa*, como se acostumbra en México.

Los conservadores, que por medio del ministerio Lares se habian hecho dueños de la situacion, dieron á conocer, no bien se les presentó la oportunidad, que ante todo pen-

saban en reforzar su partido, el cual quizá flaquearía con el Congreso; poco se cuidaron, por tanto, de secundar los designios y las miras del emperador, á los que no tardaron en oponer su veto. Sin ocuparse de otra cosa, se lanzaron atrevidamente en el camino que se les abria, y el primer pensamiento del nuevo ministerio fué dar paso á la trasformacion del Consejo de Estado.

El Consejo, que en tiempo de los ministerios liberales anteriores estaba compuesto en su mayor parte de miembros liberales y moderados, habria de mejorarse con la introduccion del elemento conservador. Así como la eleccion de los miembros del gabinete habia tenido lugar en su mayor parte bajo la influencia del padre Fischer, así sucedió igualmente respecto de los nuevos miembros del Consejo de Estado. Yo fuí testigo presencial del asenso que el emperador dió á una série de propuestas hechas por el padre Fischer, tocante á las personas que le parecian mas á propósito para los tales cargos.

Tuvo de esta manera el Consejo un carácter mixto, preponderando siempre el elemento conservador. Era á la sazon presidente Lacunza, hombre á quien el emperador tenia por honrado, no ménos que por inteligente en el manejo de la cosa pública; pero cuya conducta posterior, y particularmente su actitud despues que el emperador marchó á Querétaro y despues de la prision de este, demostró que no era ni lo uno ni lo otro.

Lacunza habia sido ántes ministro de Hacienda, y halló entónces la manera de tener siempre dinero en las arcas del Estado. Pero el medio que para ello ponia en planta era lo mas singular, y no correspondia absolutamente á nuestras ideas tocante á lo que debe ser un ministro de Hacienda. Lacunza era diestrísimo para atesorar, pero muy poco diligente para pagar: en esto consistia todo el secreto de la prosperidad de la Hacienda mexicana bajo su ministerio.

El estado enfermizo del emperador, quien, segun me dijo, padecia desde el mes de Julio, se declaró, estando en Chapultepec, con una fiebre intermitente, por lo cual hube de aconsejarle, como era de mi deber, que traladara su residencia á México; colocada la colina de Chapultepec en el centro de una estensa planicie pantanosa, tuve mil razones para creer que las condiciones de la localidad, si bien no eran el orígen del mal, sí habian de hacer pertinaz su duracion. A principios de Octubre se trasladó el emperador de Chapultepec al palacio de México.

El 10 de Octubre arribó á Veracruz el paquete francés, y ese dia se supo que entre los pasageros venia el general Castelnau, ayudante de campo del emperador Napoleon, cuya venida ya se habia anunciado desde mucho ántes, y que debería llegar á la capital el 14, tomando como era de presumirse la diligencia acelerada.

Las circunstancias políticas de México exigian imperiosamente una solucion; así es que el emperador aguardaba con viva impaciencia la llegada de Castelnau, los documentos que no podia ménos de traer consigo, en una palabra, la completa esplicacion sobre la naturaleza de su encargo. A pesar de todo esto, el general retardaba su venida, sin que se supiese el porqué. Semejante dilacion la atribuia el emperador á la influencia de Bazaine. "Por mil motivos, me dijo á propósito de esto, debe desear Bazaine que Castelnau tarde: si le es adversa su mision, ha de tratar de ganar tiempo para hacerse á Castelnau propicio; si por el contrario, este trae instrucciones para caminar de acuerdo con Bazaine, Bazaine tiene por lo mismo interés en preparar á Castelnau para que obre conforme á sus planes."

La tardanza de Castelnau molestaba al emperador tanto mas vivamente, cuanto que, segun me dijo, era una indiscrecion inaudita esto de hacer que se le aguardase inútilmente; nada bueno podia esperarse de la manera con que

el plenipotenciario francés comenzaba á desempeñar su encargo, siendo natural la conjetura de que un mensajero que tan despacio viene, no es que trae buenas noticias.

La enfermedad del emperador, si bien de poca importancia, las complicaciones de la política, la falta de dinero público, la tardanza de Castelnau, lo disgustado que estaba con el ministerio conservador, cuyos representantes con justicia no podian serle simpáticos, todo esto produjo por aquellos dias en el emperador un mal humor y una irritabilidad, que mas adelante y en momentos mucho mas difíciles no pudo ménos de aumentarse. En esos mismos dias le fué entregado á Maximiliano, como recuerdo de su última estancia en Cuernavaca, un *memento mori*, es decir, el fusil que, segun aseguraba O'Horan, se habia cogido al hombre que deberia haber hecho fuego sobre el príncipe cuando este volviese á la capital.

No obstante su melancolía, mostró el emperador en esos dias una actividad incansable; ocupábase, en especial, de la cuestion, muy adelantada ya, del Concordato. Meses hacia que el padre Fischer habia vuelto de la mision que sobre el particular le llevó á Roma; los preliminares con los obispos mexicanos habian conducido á la decision de que se reuniesen estos en sínodo en la capital, para deliberar sobre todo lo concerniente.

Al proponerse el emperador la conclusion de un concordato, tuvo ante todo el designio de llevar á buen fin, de acuerdo con el clero, la cuestion de propiedad, es decir, la desamortizacion de los bienes de *manos muertas* hecha por el gobierno republicano en virtud de las leyes de Reforma, reduciendo estas á leyes del imperio; pensaba tambien, con ese paso, reanudar mas estrechamente las relaciones con Roma, las cuales, á causa de esas cuestiones, íbanse retardando sobradamente. Considerada la índole completamente católica de la nacion, el arreglo de tales cuestiones

era una necesidad de gobierno, por cuanto á que de esa manera habria hallado el imperio un grande apoyo; pero no por eso entraba en los planes de Maximiliano reducir el Estado á la dependencia de la Iglesia.

Cuáles fueran las ideas del emperador tocante á las relaciones entre la Iglesia y el Estado, constan en el siguiente autógrafo que he copiado del manuscrito que figura en la coleccion formada de órden superior en la imprenta imperial, coleccion inédita, y que se titula: *Alocuciones, cartas oficiales, é instrucciones del emperador Maximiliano, durante los años de* 1864, 1865 *y* 1866.

"*México, Diciembre* 27 *de* 1864.

"Mi querido ministro Escudero:

"Para allanar las dificultades que surgen de las llamadas leyes de Reforma, hemos decidido recurrir á un medio, el cual, al paso que satisfará las justas pretensiones del país, llegará tambien á restituir la paz del espíritu y la tranquilidad de la conciencia á todos los habitantes del imperio. Ya habiamos pensado en esto desde la época de nuestra presencia en Roma, y tenemos iniciadas negociaciones sobre el particular con el Santo Padre, como gefe de la Iglesia católica.

"El Nuncio pontificio se encuentra ya en México; pero con gran asombro nuestro nos ha comunicado que no tiene instrucciones ningunas, y que las está aguardando de Roma.

"Las difíciles circunstancias á que, con sumo trabajo, hemos hecho frente desde hace siete meses, no sufren ya mas retardo. Exigen una pronta solucion, y por lo mismo os recomendamos que prepareis lo mas pronto posible un proyecto conveniente, por medio del cual, y sin ningun miramiento,

se haga valer el justo derecho, y queden asegurados los intereses legítimos creados por aquellas leyes. Las reclamaciones y las injusticias á que dan pretesto esas mismas leyes, deben ser reparadas; y al mismo tiempo debe pensarse en proveer al justo mantenimiento del culto, como tambien á la seguridad de todos los demás objetos sagrados protegidos por la religion, á la administracion de los sacramentos, al ejercicio gratuito de todas las funciones espirituales en todo el imperio, de tal manera que el pueblo no tenga que reportar cargas por ello.

"Por tanto, nos presentareis lo mas pronto posible un proyecto sobre la ya consumada desamortizacion y nacionalizacion de los bienes de la Iglesia, fundado sobre la base de que todas las operaciones legítimas se revaliden, bien entendido, aquellas que se hayan hecho sin fraude, y bajo la estricta observancia de las disposiciones de las citadas leyes sobre bienes eclesiásticos.

"Por lo demás, habeis de obrar en armonía con los principios de la mas ámplia y mas liberal tolerancia, sin perder de vista que la religion católica apostólica, romana, es la religion del Estado.

"MAXIMILIANO."

"*México, Junio* 11 *de* 1865.

"Mi querido ministro Siliceo.

"La instruccion pública en el imperio exige imperiosamente un arreglo total. Cuando os confié la direccion de aquella, estaba plenamente persuadido de vuestra capacidad y de vuestro zelo; pero ántes que emprendais la obra, quiero marcaros los principios que deseo observeis para la formacion de vuestros planes.

"Quiero que la instruccion pública en el imperio mexicano, aprovechando la esperiencia de los pueblos mas adelantados, se arregle de manera que nos coloque al nivel de las primeras naciones.

"Como norma de vuestros proyectos tened presente, que la instruccion debe ser accesible á todos, pública, y al ménos en lo relativo á los estudios elementales gratuita y obligatoria.

"La instruccion superior debe ordenarse de manera, que procure por una parte una educacion general á los ciudadanos de la clase media, y por otra proporcione los principios necesarios á quienes deseen emprender los estudios superiores y especiales. Debereis, por tanto, tener en cuenta la enseñanza de las lenguas antiguas y modernas, así como la de las ciencias naturales. El estudio de las lenguas antiguas, como base de lo que se llama *humanidades*, es altamente provechoso, así como el conocimiento de las lenguas modernas es absolutamente indispensable hoy dia para un pueblo que quiera tomar parte en la vida social, y que teniendo en cuenta sus condiciones particulares desee mantener comercio activo con los demás pueblos. El estudio de las ciencias naturales caracteriza el espíritu positivo de los tiempos actuales, por cuanto enseña á ver las cosas que nos rodean como son en realidad, y á subyugar á la voluntad del hombre las fuerzas de la naturaleza.

"Deseo además, que juntamente con el desarrollo intelectual se fije vuestra atencion en la educacion corporal.

"Tocante á los estudios superiores y especiales, pienso que para poder cultivarlos con fruto se necesitan escuelas técnicas, puesto que lo que se llamaba *universidad* en los siglos medios, es una palabra que ha perdido hoy su significado. En el arreglo de dichas escuelas técnicas debereis tener presente, que segun la diversa naturaleza de los dis-

tintos estudios, han de comprenderse todos los ramos técnicos y prácticos tanto de las ciencias como de las artes.

"Igualmente quisiera que fijáseis vuestra atencion sobre una ciencia poco cultivada hasta ahora en nuestra patria, es decir, sobre la filosofía, por cuanto á que ella fortalece el espíritu, enseña al hombre á conocerse á sí mismo, y como consecuencia de este conocimiento establece el órden moral de la sociedad.

"Quiero tambien manifestaros mis ideas tocante á la educacion religiosa. La religion es asunto de conciencia para el individuo, y cuanto mas estraño es el gobierno á las cosas de la religion, tanto mejor cumple con sus tareas propias. Hemos declarado libre á la Iglesia y á la conciencia, y quiero asegurar á la primera el pleno goce de sus derechos, concediéndole al mismo tiempo la mas ámplia libertad en la educacion y en la instrucccion de sus ministros, conforme á sus principios particulares, sin ninguna intervencion del Estado; pero á esos derechos corresponden tambien deberes, entre los cuales está el de la enseñanza religiosa, en cuyo deber, el clero de la nacion, por una negligencia verdaderamente lamentable, no ha tomado participio alguno. Debereis por tanto, en vuestros proyectos y proposiciones, partir del principio de que, tanto en las escuelas elementales como en las medias, la enseñanza religiosa debe impartirse por los respectivos párrocos, fundada en libros aprobados por el gobierno.

"Los exámenes, para todos los ramos de enseñanza, deberán arreglarse bajo nuevas bases, haciéndolos públicamente y con positivo rigor.

"Mientras por una parte pensamos en la buena educacion fundamental de nuestra juventud, debemos tratar, por otra, de tener buenos maestros y medios de enseñanza.

"Debereis por tanto pensar ante todo, en preparar buenos profesores, fundando escuelas normales, y llamando á estas

á los mejores ingenios, tanto del país como del estrangero. Igualmente recomiendo á vuestro empeño la eleccion de buenos libros de texto."

"MAXIMILIANO."

Para la apertura del sínodo habia preparado el emperador un discurso en aleman; pero como deseaba pronunciarlo en el idioma de la Iglesia, me encargó que lo tradujese al latin. No admitió mi escusa, fundada en que hacia once años que no cultivaba yo el estudio de los clásicos; forzoso me fué ponerme á trabajar, tanto mas, cuanto que el emperador, deseando tener muy reservado el tenor de su discurso, no quiso confiar la traduccion á cualquier sacerdote, que la hubiera hecho con mas acierto.

No teniendo yo á la mano el texto aleman del emperador, trascribiré la traduccion del mio latino.

"Reverendísimos y fidelísimos arzobispos y obispos de mi Imperio.

"Es mi voluntad que entre mi Imperio y la Iglesia haya paz duradera. Movido de este pensamiento me adherí con mucho gusto al deseo del Santo Padre, y accedí á que viniéseis á mi ciudad á deliberar sobre las diversas cuestiones que todavía no están definidas, con los legados de mi gobierno. Dichas cuestiones no juzgadas aún, tienen orígen en las leyes promulgadas por los gobiernos anteriores á mi imperio, y que yo, como sucesor legítimo de ellos, estaba en el deber de observar, hasta tanto que un tratado con la Santa Sede hubiese dado lugar á la fundacion de nuevos derechos.

"Desde los principios de mi imperio, me he ocupado de todo lo anterior; y reconociendo la necesidad de una conciliacion pacífica, me dirigí personalmente á la Ciudad Eterna, y obtuve del Santo Padre el pronto envío de un Nuncio con plenos poderes para tratar.

"No ignorais, reverendísimos príncipes de la Iglesia, los acontecimientos que sobrevinieron despues. El Nuncio pontificio, contra lo que debia esperarse, se marchó; y yo, siempre deseoso de una conciliacion pacífica y benéfica, tenté otros recursos.

"Para dar pruebas de mi voluntad buena y sincera, envié al Santo Padre una legacion, cuyo gefe era mi primer ministro. Aquellos varones dignísimos, animados de la mejor voluntad y de amor patrio, lograron vencer las primeras dificultades de tal manera, que mi gobierno puede hoy entrar en arreglos con vosotros, dignísimos arzobispos y obispos del Imperio mexicano.

"En estos tratados, cuyo fin es establecer las relaciones entre la Iglesia y el Estado de un modo duradero, mi gobierno obra con la mejor voluntad, y está pronto á adoptar cuantos recursos se crean necesarios para alcanzar el intento.

"Pero no le será posible adherirse á determinaciones que puedan ser contrarias á la felicidad y al bienestar de los pueblos, ó que contraresten los derechos cuya posesion disfruta tiempo há la nacion mexicana.

"Persuadido estoy del amor patrio, así como del espíritu de conciliacion de los arzobispos y obispos de mi Imperio; abrigo, por tanto, la esperanza de que, teniendo en consideracion las actuales circunstancias, y los deberes de conciencia á que está sujeto mi gobierno, consagraréis á esta obra de paz todo vuestro empeño y todas vuestras fuerzas.

"Seguros de mi benevolencia, dignísimos arzobispos y obispos de mi Imperio, emprended la obra con alegre ánimo; y entretanto, encomendad á Dios á nuestra patria, á la emperatriz y á mí en vuestras oraciones."

CAPÍTULO IV.

Noticia de la enfermedad de la emperatriz.—El emperador se resuelve á partir para Europa.—Esfuerzos de los conservadores para disuadirlo.—Retirada del ministerio, y recomposicion del mismo.—Viage del emperador á Orizaba.

POR aquellos dias, vivia el emperador muy retraido en palacio. No eran admitidos á su mesa mas que Herzfeld, el padre Fischer, y yo; hasta el 16 de Octubre fué cuando comenzó á convidar á alguna que otra persona. Para el 18 se habia dispuesto una gran comida, antes de la cual, á las once, hubo consejo de ministros presidido por el emperador. Terminado el consejo, dirigíme yo, como solia, al gabinete de Maximiliano; y estando allí presente, se recibieron dos despachos telegráficos concernientes á Europa. Conmovióse el emperador al recibirlos; la verdad es que sus negros presentimientos no le habian engañado. Uno de los telégramas era del conde de Bombelles, y venia de Miramar; el otro de Castillo, antiguo ministro de Relaciones, venia de Roma.

Púsose Herzfeld á descifrar aquellos dos despachos, los cuales anunciaban la enfermedad de la emperatriz; no quiso dar de golpe la fatal noticia á Maximiliano; finjió que no podia traducir bien el contenido de los despachos. Algo se tranquilizó el emperador, cuando Herzfeld le dijo que

del contenido se inferia que habia álguien enfermo en Miramar, y que probablemente se trataba de una dama de honor de la emperatriz, la señora Barrio, mexicana.

No pudo, sin embargo, Herzfeld, ocultar por mucho tiempo el verdadero contenido de los despachos, por cuanto el emperador hubo de conocer que se trataba de disfrazarle la verdad, y le obligó á que inmediatamente se la descubriese toda.

"Conozco, le dijo, que debe ser algo espantoso; pero prefiero que me lo digais, porque así estoy con mayor tormento."

Mientras Herzfeld hacia como que se devanaba los sesos para descifrar completamente los despachos, me salí á mi cuarto; pero á los pocos minutos me mandó llamar el emperador.

"¿Conoce vd., me preguntó llorando amargamente, al Dr. Riedel de Viena?"

No bien oí este nombre, cuando lo comprendí todo. Herzfeld habia dicho al fin la verdad, y aun cuando yo hubiera querido mantener al emperador en la ilusion, no me era posible mentir.

"Es el director de la casa de dementes," le respondí.

Aquel tristísimo aviso determinó la crísis ya inminente, y aceleró la catástrofe. A muy duras pruebas habia estado sujeto el emperador en aquellos últimos dias. Su postrera esperanza quedaba ahora desvanecida; veíase abandonado de la suerte, y agobiado por el dolor. Indiferente á cuanto pudiese acontecer, no hallaba consuelo sino en la idea de abandonar aquella desgraciada tierra, y reunirse á su desventurada esposa. Por otra parte, desde el momento en que aceptó aquella corona de mal agüero, no habia tenido mas que sufrimientos. Toda la duracion de su reinado no habia sido mas que una continuada lucha física y moral, para hacer que prevaleciese su soberanía y sus rec-

tas intenciones frente á la oposicion de los nacionales y las intrigas de los franceses. Aquellas nubes de preocupaciones y desengaños, habíanse convertido en oscura noche con el último golpe de la adversa suerte. A donde quiera que volviese los ojos, no veia ya brillar ni esperanza ni luz.

La emperatriz habia sucumbido en holocausto del país. No era ya admisible la hipótesis de sostenerse en México sin el apoyo de las bayonetas francesas; ni era de temerse la censura de la opinion pública en Europa por el abandono del país en aquellas circunstancias, por cuanto un príncipe, á pesar de serlo, tiene ciertos deberes que cumplir como hombre.

Todos estos sinsabores condujeron espontáneamente al emperador á pesar sériamente el destino de México y de su corona. He dicho *espontáneamente*, é insisto en la palabra, porque estoy en la posibilidad de dar la mejor, y quizá la única esplicacion, de los designios del emperador en aquel momento. Gozaba ya entonces de su plena confianza, y era yo la primera persona á quien manifestaba sus pensamientos. En la misma noche del dia en que llegó la noticia de la enfermedad de la emperatriz, paseando Maximiliano como solía en la azotea del palacio, me dió á conocer sus intenciones, preguntándome si debia ó no abandonar á México.

La plena persuasion que yo me habia formado al considerar friamente el estado nada lisonjero de las cosas, podia ser que correspondiese con sus intenciones; pero en todo caso, como que para mí era un deber sagrado el no ocultarle mis opiniones particulares, le respondí francamente: "Yo creo que V. M. no debe permanecer en el país."

—"¿Y creerán todos, me preguntó, que vuelvo á Europa solo por causa de la enfermedad de la emperatriz?"

—"V. M., respondí yo, tiene mil razones para hacerlo, y la Europa comprenderá que V. M. no estaba ya obligado á permanecer en México, desde el momento en que la Francia nulificó antes de tiempo el tratado."

—"¿Cuál crée V. que será la opinion de Herzfeld y de Fischer sobre el particular?

—" En mi concepto, le respondí francamente, Herzfeld piensa ni mas ni menos como yo; en cuanto á Fischer, á decir verdad, no me inspira mucha confianza: es sacerdote, y creo que (prescindiendo de su honradez que no quiero poner en duda) siempre pesarán mas en su ánimo los intereses de su partido, que los intereses particulares de V. M."

Prosiguiendo la plática, me preguntó además el emperador mi opinion sobre si deberia poner inmediatamente por obra su resolucion, ó solo comenzar á manifestarla como cosa decidida. A esto, que ya tenia yo maduramente meditado, creí deber responderle que no veia motivo para precipitarse; y que, además, la tranquila ejecucion de un acto tan importante exigia preparativos, para los cuales no bastaban unos cuantos dias, sino quizá semanas, y aun meses.

Tras esta conversacion que conmigo tuvo, á eso de las seis de la tarde, el emperador mandó llamar al consejero de Estado Herzfeld y al director del museo Bilimek, los cuales habitaban en palacio, para oir su opinion. Esta fué, segun yo me lo presumia, enteramente de acuerdo con la que yo dí; de manera, que en aquella misma noche se decidió Maximiliano á abandonar á México.

Despues de todo lo que habia pasado, ya no soportaba estar en el palacio de la capital; volvióse absolutamente solo á Chapultepec, y allí dispuso que su decision de marchar se llevase á cabo mucho mas pronto de lo que se hubiese pensado. El papel que á la sazon representaba Herzfeld era el de un hombre que, fiel servidor de la persona de Maximiliano, y austriaco ante todo, veía mas por el archiduque de Austria que por el emperador de México. No tenia otra mira que la de hacer partir al emperador lo mas pronto posible; y aun cuando estaba persuadido de que este debia pri-

meramente abdicar y arreglar los negocios pendientes, subordinaba de tal modo todas sus acciones á aquel pensamiento, que llegó una vez en su previsora premura hasta aconsejar, que inmediatamente se emprendiese la marcha sin consideracion ninguna. "Logre yo embarcarle, decia, y una vez á bordo se disipará todo escrúpulo, y el emperador no menos que la familia imperial me quedarán reconocidos por haberle salvado."

Movido de tales consideraciones, Herzfeld, que siempre tenia fresca la impresion del suceso de Tlalpam, y que desde entonces veia en peligro inminente la vida del emperador, hizo tanto, que por fin consiguió que la partida fuese el 21 de Octubre, de Chapultepec, á las tres de la mañana.

Pero antes necesito referir lo que pasó en los dias 19 y 20.

Apenas se hubo retirado el emperador á Chapultepec, y no bien se supo su resolucion de abandonar el país, levantóse una verdadera tempestad en el seno del partido conservador. Harto sabian los conservadores que tenian muy pocos argumentos que hacer valer en el ánimo del emperador para reducirlo á que se quedara, y hasta persuadidos estaban tambien de las buenas razones que este tenia para renunciar al trono; pero despues de haber vuelto á la vida política, despues de haberse puesto á trabajar con todo empeño en provecho propio, no podian resignarse á ver que se derrumbaban de un golpe todas sus esperanzas, todos sus planes para la preponderancia del elemento clerical en el gobierno, para la restitucion de sus bienes: reunieron, pues, todas sus fuerzas, y se opusieron con toda energía á la resolucion del emperador.

No tardó en manifestarse la actividad política de los conservadores. Habian llegado ya á México los prelados de todas las diócesis del imperio; de un dia á otro debia abrirse el sínodo, ordenarse el ejército nacional, y comenzar con gran energía la campaña contra los republicanos. En

medio de todos estos hermosos planes venia á caer, como un rayo en dia sereno, la resolucion del Emperador de marcharse de México, ó como decian los conservadores, de desertar de su causa y dejarlos en apuros. Segun el egoista modo de pensar de los conservadores, el imperio era el manto con que abrigaban sus secretos designios, sus particulares aspiraciones; arrancado este, venian á quedar privados de todo apoyo, y el suelo se hundia bajo sus plantas.

Apercibióse el emperador de la ajitacion de los conservadores; y para sustraerse á sus indiscretas pretensiones, se atrincheró, por decirlo así, en su castillo. En mi calidad de médico de cámara me correspondia desempeñar entonces el ingrato oficio de estar de guardia á la entrada de sus aposentos, para despedir á cuantos llegaban con el proyecto de hacerle vacilar en su resolucion y de representarle como imposible de ejecutarse su designio, diciéndoles yo: "el emperador está enfermo, no puedo dejar entrar á nadie." Entre otras personas, se presentó la princesa Iturbide, jóven doncella, tia del pequeño príncipe Iturbide, á quien el emperador habia adoptado y declarado sucesor suyo para el caso en que muriese sin heredero directo del trono. Con esta señorita, que estaba muy orgullosa de que Maximiliano la llamase *querida prima*, y que sea dicho de paso, tenia una singular vivacidad de génio, hube de sostener una verdadera lucha. No queria dar fé á mis palabras, á toda costa queria hablar con el emperador; y cuando le repliqué secamente que no era posible, se desató con ímpetu varonil contra todos los que, segun decia, estimulaban al emperador á que partiese.

Nadie queria creer en México la enfermedad de la emperatriz, ni que este fuese el motivo por el que el emperador se marchaba. Decíase que era solo un pretesto inventado para dar una esplicacion plausible de la abdicacion del emperador. Tan arraigada estaba semejante creencia, que

en resumidas cuentas no se hacia reproche ninguno por ello al emperador en el fondo de los corazones. La opinion pública lo juzgaba rectamente, justificando su resolucion con los acontecimientos anteriores. Además, era la emperatriz amada lo bastante para que no tratasen los ánimos de desvanecer los rumores que sobre su enfermedad circulaban.

Entre tanto, era cosa curiosa la actitud del ministerio para con el emperador.

Habia este dado por intermedio mio al padre Fischer, el encargo de hacer saber á Lares, presidente del consejo, que S. M. habia pensado marcharse á Orizaba, tanto por razon de su salud, puesto que los médicos al ver la pertinacia de la fiebre intermitente le aconsejaban cambiase de aires, cuanto por el deseo, que no necesitaba esplicacion, de estar mas cercano al punto de llegada de las noticias de Europa; pero que, aun cuando se marchase, nada debia variarse en el estado de las cosas. Continuaria el ministerio en su encargo, no remitiendo á Orizaba sino los asuntos de suma importancia; todo, en fin, seguiria como cuando el emperador se iba á Cuernavaca, dándose noticia al público de la dicha resolucion en el *Diario del imperio.*

En la mañana del 20 de Octubre, mandó el emperador á Herzfeld con una carta para el mariscal Bazaine, en la cual le participaba su marcha á Orizaba, fundada en las razones espuestas ántes. Además, llevaba Herzfeld el encargo de arreglar de palabra con el mariscal los indispensables convenios para mantener el *statu quo* durante la ausencia del emperador. La respuesta de Bazaine, quien por el manejo misterioso de los dias anteriores creyó quizá que la partida del emperador era un primer paso de acuerdo con los deseos de Napoleon, fué del todo tranquilizadora. Me consta que el mariscal contestó por medio de Herzfeld, que durante la ausencia de Maximiliano estaria pronto á reprimir cual-

quier movimiento, y á prestar al gobierno el apoyo que pudiese necesitar.

Diéronse las disposiciones para la marcha. Entre las personas de la corte que debian acompañar al emperador, solo estábamos el padre Fischer, el ayudante de campo Feliciano Rodriguez, el oficial de órdenes Pradillo, el profesor Bilimek y yo.

A eso de las tres de la tarde, llegó á Chapultepec Lares, solicitando ser introducido cerca del emperador. Con voz conmovida y trémula me decia que necesitaba hablar á Maximiliano en el instante, que tenia que entregarle un pliego cuya presentacion no consentia la menor demora.

Entré yo á donde estaba el emperador, y le anuncié la llegada de Lares, y que este insistia en entregarle personalmente una carta. Pero el emperador no quiso recibirle; y Lares, despues que le hube asegurado que hasta aquel momento no habia recibido Maximiliano á nadie, ni aun á la princesa Iturbide, me entregó el pliego. Contenia este nada menos que la dimision de todo el ministerio, en caso de que el emperador partiese. El temor de llegar á perder con este último paso todo apoyo, habia conducido á los ministros á semejante resolucion. Tan poca confianza tenian ellos mismos en su fuerza, en su energía, y en la equívoca situacion provocada por su conducta, que temiendo cualquiera manifestacion de la opinion pública, y aterrados por el espectro de una revolucion, se aferraban inconsideradamente á la persona del emperador. No queria el ministerio dejarse coger, por decirlo así, *in fraganti*, por los republicanos, olvidándose completamente que de sus filas habia salido poco ántes el consejo de empeñar la lucha con los rebeldes sin el apoyo de los franceses. Con su mal aconsejada dimision, los ministros hacian patente la impotencia de su partido.

La dimision del ministerio, cosa por otra parte inespera-

da, no hizo vacilar al emperador. Decidido tenia el partir, y partir queria á pesar de cualquier obstáculo.

Informóse por medio de Herzfeld al mariscal, de la proyectada dimision del ministerio. A este no se le dió, entre tanto, ninguna respuesta decisiva, resolviéndose el entregar la cosa al dominio de la publicidad; solo que, mientras los ministros andaban aturdidos, el emperador consideraba maduramente la situacion, fijándose para el caso de que aquellos no renunciasen á su propósito, en dos combinaciones.

Consistia la primera en el establecimiento de una regencia mixta, cuyos miembros habrian de ser: Lares, como presidente del consejo de ministros; Lacunza, como presidente del de Estado; y Bazaine, como gefe del ejército. La regencia deberia convocar un congreso, y participar á este la resolucion que el emperador tenia de abdicar.

A mí me dictó el emperador el decreto en virtud del cual se encomendaba la regencia á Lares, á Lacunza y á Bazaine, durante el tiempo de su ausencia. Dicho decreto deberia estenderse en doble original, y entregarse sellados ambos á Lares y á Bazaine, con órden terminante de no abrirlos sino en virtud de instrucciones ulteriores.

El segundo punto de la combinacion consistia en trasladar á Orizaba el asiento del gobierno.

El ministro de la casa imperial, Arroyo, con cuya adhesion podia contar el emperador en cualquier evento, debia ir solo á Orizaba, mientras Bazaine quedándose en México tendria segura la capital.

El padre Fischer, que por aquellos dias tampoco era recibido, presenciaba como espectador pasivo y de muy mal talante todas esas disposiciones. Con profundos suspiros recibió la noticia de la marcha; veia su propia impotencia para impedirla, y se plegaba á la necesidad, aunque muy á disgusto suyo. El único medio que podia quedarle para

conjurar la catástrofe, era persuadir al ministerio á que retirase su dimision.

Todo lo que voy á referir en seguida, me lo comunicó el propio padre Fischer. En la misma tarde en que Lares habia presentado su dimision en Chapultepec, Fischer se abocó en la ciudad con los ministros, y les hizo enérgicas amonestaciones; les probó que con su dimision provocaban justamente lo que querian impedir, es decir, la abdicacion del emperador. Mientras se opusiesen á la marcha de este á Orizaba, no podian menos que aumentar su desconfianza en el estado de las cosas, impulsándole á fijar como término de su viaje, no ya Orizaba sino Europa. El único medio, cuando no para impedir eficazmente la abdicacion al menos para retardarla, seria el permanecer en sus puestos, y no oponer obstáculos á la partida.

La verdad es que el tal argumento era esacto. Si los ministros no hubiesen retirado su dimision, indudablemente el emperador habria marchado á Europa, y violentamente. Pero la retiraron, y á esta decision contribuyó no poco el mariscal Bazaine, reprochándoles severamente su conducta desleal, y asegurándoles al mismo tiempo su apoyo.

Tomóse la resolucion á las diez de la noche. Arroyo llevó la declaracion de los ministros, en la cual se reconocian como admisibles las razones que habian movido al emperador á dirigirse á Orizaba, y se le prometia manejar los asuntos de gobierno durante su ausencia y conforme á su programa.

Antes de saber la decision del ministerio, el emperador habia recibido una carta de Bazaine, en la cual el mariscal le participaba que no veia obstáculo ninguno á su partida, asegurándole del modo mas tranquilizador que proveeria á todas las eventualidades. Aconsejaba así mismo al emperador, de acuerdo con cuanto este habia arreglado para el

caso de que el ministerio persistiese en retirarse, que se llevase á Arroyo como único ministro á Orizaba.[1]

Las disposiciones para la marcha se cambiaron otra vez á eso de las once, por cuanto á las ya mencionadas personas de la comitiva tenian que agregarse ahora Arroyo, ministro de la Casa imperial, y el oficial de la secretaría Ibarrondo.

El emperador habia enviado desde ántes á Herzfeld á la ciudad; encargóle en seguida, que con su influencia disipase las dudas tocante á la enfermedad de la emperatriz, y que tranquilizase á los austriacos y á los belgas, quienes pudieran creerse abandonados tras la marcha de su señor, asegurándoles que en cualquier evento no dejaria el emperador de velar por ellos, que tal era en efecto su intencion.

Quedó ademas Herzfeld con el encargo de recibir mas tarde á Castelnau, esponiendo á este las razones que habian movido al emperador á dirigirse á Orizaba, y pidiendo en nombre de S. M. al enviado de Napoleon, que remitiese sus despachos á este punto, de donde se le contestaria directamente.

Ademas de todos esos encargos, que Herzfeld recibió de boca del emperador, dictóme este en la noche del 20 de Octubre lo que sigue:

"Herzfeld debe preparar una carta reservada al mariscal Bazaine, con respecto al cuerpo franco–austro–belga. Bazaine deberá cuidar de embarcar á dicho cuerpo y ponerlo en Europa. Del contenido de esa carta deberán enterarse á su tiempo el coronel Kodolitsch, el teniente coronel

---

1 El Sr. de Kératry pone las siguientes palabras en boca del emperador despues que hubo recibido la carta del mariscal:—*Ya no vacilo; mi muger está loca, estas gentes me están matando á fuego lento. Ya no puedo mas; me voy. Dad mil gracias al mariscal por esta nueva prueba de adhesion.* ¿A quién habia de decir el emperador esas palabras? Aquel dia no recibió mas que á Herzfeld y á mí. Absolutamente ninguno del cuartel general se le acercó ese dia.

Hotze, y el coronel Van der Smissen. Mas tarde, deberá Herzfeld preparar, conforme á las minutas estendidas ya, dos cartas de despedida á la princesa tia y á la madre del príncipe Iturbide; en la carta á la princesa, no habrá de olvidarse el dar palabra de que el emperador se ocupará de su suerte, y se la recomendará al futuro gobierno."

Debia Herzfeld, ademas, dar órden de que el inventario de cuanto existia en el palacio de México y en las residencias de Chapultepec y Cuernavaca, se entregase al capitan Pierron, gefe del gabinete imperial, y al coronel Schaffer, quienes de consuno deberian cuidar de que todo se conservase en órden.

Finalmente, debia desempeñar una comision secreta, que consistia en regalar la posesion imperial de *Olindo* junto á Cuernavaca al ayudante de campo del emperador, coronel Rodriguez, y todo lo de *caballeriza* á los oficiales de órdenes, coronel Ormaechea, teniente coronel Uraga, y mayor Pradillo.

Mas tarde quedaron anuladas en parte todas las anterioriores disposiciones; pero las menciono aquí, para que se vea cómo pensaba el emperador al abandonar á Chapultepec. Partimos de este punto el 21 de Octubre á las cuatro de la mañana, sirviendo de escolta una fuerza de trescientos cuatro húsares mandados por el coronel Kodolitsch.

CAPITULO V.

Viage á Orizaba.—Encuentro del emperador con el general Castelnau en Ayotla.—Derogacion del decreto de 3 de Octubre de 1865 en Soquiapan.—Nombramiento de una comision especial para arreglar los asuntos particulares del emperador——Llegada á Orizaba.

EL primer lugar en que hicimos alto fué en la pequeña llanura de Mexicalcingo. Allí me hizo notar el emperador el vecino monte de los Sacrificios, sobre el cual en tiempo de los aztecas se encendian cada cincuenta años grandes fogatas en señal de alegría.

Segun la cosmogonía de los aztecas, no debia tener el mundo mas duracion que cincuenta años. Al acercarse un año quincuagésimo, el pueblo azteca se preparaba con profunda resignacion al tremendo cataclismo, que debia reducir todas las cosas á la nada. De pié sobre el monte vecino á Mexicalcingo, el sacerdote aguardaba en oracion la terrible catástrofe, y sacrificaba de cuando en cuando víctimas para inclinar á sus dioses á la piedad y á la misericordia. Pasadas aquellas horas de angustia, el mundo continuaba firme é inmóvil; entónces el gran sacerdote arrojaba á las llamas un leño gigantesco, y esta era la señal para encender las luminarias, las cuales trasmitian desde todas las alturas del *Valle de Anáhuac* al pueblo azteca, la buena noticia de que tenian asegurada la existencia por otros cincuenta años.

A eso del medio dia llegamos á Ayotla, que dista de México unas trece leguas, y allí encontramos al general Castelnau, quien caminando á cortas jornadas se dirigia de Veracruz á la capital.

El emperador, consecuente con la actitud que habia tomado en los últimos dias, evitó el abocarse con Castelnau. El capitan Pierron, gefe del gabinete imperial, se habia adelantado á encontrarle, reuniéndosele en Ayotla; pero el emperador, á pesar de la suma confianza que en Pierron tenia, de cuya inteligencia y actividad me habló muchas veces con elogio, á pesar de todo, repito, no quiso recibir ni aun á este. Yo hube de buscarlo para decirle de parte del emperador, que le escusase si por el estado de su salud, no menos que por la pesadumbre en que le tenian las últimas tristísimas noticias de Europa, no le era posible recibir al general; que ademas, se sentia sobrado débil y enfermo para tratar asuntos de tamaña importancia.

La irritacion de Maximiliano contra Castelnau por la actitud de este, era otro motivo para que rehusase hablar con él; este desaire, ademas, debia mostrar al general el grave descontento del emperador.

En Ayotla encontramos así mismo al coronel Schaffer, quien volvia de los Estados-Unidos á donde habia ido con encargos del emperador. La entrevista de aquel con Maximiliano fué verdaderamente tierna; llorando á lágrima viva le participó al coronel la noticia de la enfermedad de la emperatriz.

A las cinco de esa tarde llegamos á la hacienda de Soquiapan, en donde hicimos nuestra primera posada.

Taciturno sobremanera y ensimismado estaba el emperador. Sin proferir palabra, paseábase de arriba abajo delante de la hacienda, con el profesor Bilimek y conmigo. Rompió por fin aquel silencio que no le era habitual, y nos comunicó lo que tan profundamente le apenaba. "No quie-

ro que por causa mia se derrame mas sangre en el país; ¿qué deberé hacer? " nos preguntó con triste y conmovido acento.

El profesor Bilimek, con su ingenuidad característica, opinó en el acto por la abdicacion hecha inmediatamente. No fuí yo del mismo parecer, y me pronuncié en sentido opuesto.

En mi concepto, una súbita abdicacion tenia que producir exactamente lo contrario de cuanto el emperador se proponia, por cuanto la guerra civil desde aquel momento habria de ser mas encarnizada, y entónces era cuando verdaderamente iba á comenzar el derramamiento de sangre. Ademas, aun cuando el emperador despues de haber abdicado no podia merecer ya ninguna inculpacion directa, por escrúpulo de conciencia sí debia evitar el esponerse aun á las inculpaciones indirectas. Mi opinion fué, que perseverase en las resoluciones tomadas en México, y que para impedir el derramamiento de sangre le bastaba derogar la ley marcial del 3 de Octubre de 1865. Esta ley, de que tanto se ha hablado, y de la cual solia decir el emperador que era la única injusticia que bajo su gobierno se habia cometido, debió su orígen á la iniciativa de los franceses. Cómo se dió la tal ley, nos lo dejó escrito el mismo emperador: "*En Setiembre de* 1865, *llega la noticia que Juarez abandonó el territorio nacional. Impulso de los franceses para medidas fuertes, para como dicen, terminar pronto y completamente. Bazaine dicta personalmente pormenores delante testigos. Los ministros responsables y muy liberales como Escudero, Cortés Esparza, etc., etc., discuten la ley con todo el Consejo de Estado. Todos los puntos de la ley existieron ya ántes bajo Juarez; así lo dijeron los ministros. La ley fué bien ejecutada de los mexicanos; por lo que hicieron los franceses no podemos tomar la responsabilidad.*" (Textual).

Derogando ese decreto, tranquilizaba el emperador su

conciencia; pero en la disposicion de ánimo en que se hallaba, no creia hacer con eso lo bastante. Queria librarse definitivamente y de golpe, de toda responsabilidad, y persistia por lo tanto en renunciar allí mismo, en Soquiapan, la corona, y continuar su viaje como un simple particular. Ya en el camino, y en calidad de reservada, habia recibido el coronel Kodolitsch, comandante de la escolta, la órden de participar la abdicacion á los oficiales.

En vano hice yo observar al emperador, que despues de su salida de México no habia sobrevenido ningun acontecimiento nuevo que pudiese justificar una abdicacion, hecha, por decirlo así, sobre la marcha; no prestaba oidos á ninguna razon, á argumento ninguno, no hacia mas que responder secamente:

"No debe derramarse mas sangre por mi causa."

Hice ver tambien al emperador, que ademas de la derogacion del decreto de 3 de Octubre podia dar órden de que se suspendiesen las hostilidades, con lo que alejaria de sí toda responsabilidad, sin necesidad de mas.

El padre Fischer, á quien igualmente le fueron propuestos esos mismos casos de conciencia, se adhirió en un todo á mi parecer, y logramos entrambos persuadir al emperador á que por el pronto se contentase con las dichas determinaciones.

Durante la larga discusion que el emperador tuvo con Bilimek, con el padre Fischer, con el coronel Kodolitsch, y conmigo, fuese poco á poco calmando la exaltacion de su ánimo; llegó á quedar sereno y tranquilo. Hasta llegó á persuadirse de que no era Soquiapan un lugar á propósito para que en él se verificase un acto político tan importante como lo es una abdicacion; y en vez de esta, encargó en el momento al padre Fischer que preparase dos cartas dirigidas á Lares y á Bazaine, mandando que cesase la aplicacion de la ley de 3 de Octubre, suspendiéndose la ejecu-

cion de toda sentencia, y cesando las hostilidades hasta nueva órden.

"*Ida de México á Orizaba, anulacion inmediata del decreto del 3 de Octubre.*" Tales son las palabras textuales con que el emperador en sus apuntes hace mencion de la jornada de Soquiapan.

El conde de Lamotte, oficial de húsares austriacos, partió como porta-pliegos para entregar las dos cartas en México. [1]

La historia de este importantísimo dia, ha sido alterada de mil maneras. Los novelistas de ambos hemisferios, los gacetilleros de todas clases, se apoderaron de tan fecundo asunto, y dieron rienda suelta á su fantasía. Yo creo haber espuesto, como siempre, y aquí mas que nunca, la pura verdad; creo así mismo, que solo las gentes inconsideradas, las cuales, en presentándoseles una coyuntura de que les redunde provecho se burlan de cuanto hay generoso y bueno, solo esas gentes pueden tener la audacia de vituperar y de tomar á irrision la lucha de los sentimientos que se agitaban en un corazon noble y generoso. Pero á nosotros los que pasamos aquellas horas de angustia al lado del emperador, se nos ha quedado profundamente grabada en el ánimo la memoria de aquel dia, uno de los mas crueles y tristes que nos haya tocado pasar en México.

Abandonamos á Soquiapan en la mañana del 22. Habia recobrado el emperador toda su tranquilidad, y por el camino habló largamente de las disposiciones que se pro-

---

1 En el libro del Sr. de Kératry, (pág. 207 de la edicion francesa) consta la carta del emperador al mariscal Bazaine. Aquellas palabras "*les documents devront rester reservés jusqu'au jour que je vous indiquerai par le télegraphe,*" se refieren al decreto de regencia que el emperador me habia dictado en Chapultepec, y que naturalmente no debia tener aplicacion á consecuencia de las resoluciones posteriores del emperador.

Los tres puntos mencionados en la carta, sobre cuya inmediata ejecucion insiste el emperador de una manera especial, son los mismos de que ya he hablado ántes.

ponia dar para el arreglo financiero de sus negocios privados.

Llegamos á Riofrio á eso de las doce; desde allí dirigió el emperador al capitan Pierron el telégrama siguiente:

El emperador al capitan Pierron.

"Vos, y los Sres. Pino, Tronchot y Mangino, quedais nombrados en comision, que dirigida por vos y con el auxilio de un empleado honrado del ministerio de hacienda, deberá revisar cuidadosamente las cuentas de la lista civil, tanto mias como de la emperatriz, para averiguar si somos deudores ó acreedores del Estado. La comision deberá presentar sobre esto una relacion pormenorizada y documentada. En ella deberán figurar: la cantidad que la emperatriz se llevó para su viage á Europa, las cantidades recibidas por mi secretaría por cuenta de la lista civil, las cantidades recibidas por el ministro Arroyo, y los trabajos hechos en el Palacio imperial y en la residencia de Chapultepec despues de la reduccion de la lista civil."

A propósito de esto, debo hacer mas ámplia mencion de las disposiciones que dió tambien el emperador con la idea de abandonar á México.

Debia figurar en la cuenta aun el dinero de la lista civil gastado en Europa, sobre lo cual ya Herzfeld habia dado en nombre del emperador las instrucciones necesarias al prefecto y al cajero de Miramar. "Respecto de todo eso, (así me habia encargado que se lo escribiese á Herzfeld) desea el emperador la mayor publicidad, y confía en vuestra honradez y en vuestra amistad, para que su honor y su nombre salgan puros é ilesos de este naufragio político, pues prefiere sufrir pérdidas personales."

Preocupado contínuamente con el honrado escrúpulo de que nada en lo absoluto se tomase de cuanto era propiedad del Estado, envió repetidas órdenes á México y á Veracruz, para que solamente se remitiese á Europa lo que resultase ser de su propiedad particular de una manera positiva.

En la noche del 22 descansamos en la hacienda llamada Molino de Guadalupe, magnífica posesion, cuya casa, provista de todas las comodidades al uso europeo, presta liberal hospitalidad á los viageros que transitan el camino de México á Orizaba.

La noche del 23 la pasamos en Molino del Puente, hacienda que dista de Puebla una media hora, y al llegar el emperador fué recibido por los magistrados civiles, y por la oficialidad de los cuerpos que estaban de guarnicion en la ciudad vecina.

Allí dormí en la misma cámara del emperador, quien no libre aún de las calenturas intermitentes padecia insomnio. No pudo gozar de reposo á causa de los caballos, vacas y ovejas, que encerradas en el reducido espacio de una vecina cuadra no cesaron de hacer ruido en toda la noche. Débil por la falta de reposo como por la enfermedad, forzoso le fué al emperador tomar un dia de descanso, y preferimos á Puebla la vecina hacienda del Molino, que ofrecia una mansion mas cómoda y agradable.

Las dos noches siguientes las pasamos en Acatzingo y en la Cañada, alojados en las respectivas casas curales.

El conde de Kératry echa en cara al emperador *que durante todo el camino, Maximiliano no paró sino en las casas de los clérigos mexicanos.* Semejante inculpacion carece de fundamento: verdad es que el emperador pasó dos noches en casa de dos curas; pero el conde de Kératry, conocedor de los usos y costumbres del país, deberia haber recordado que aquel adagio "bien se descansa en una cabaña de pastor" no tiene aplicacion en Acatzingo y la Cañada.

Durante todo el viaje, no cesaron las poblaciones de salir á encontrar á Maximiliano llenas de júbilo.

En México mismo, pocos dias despues de su partida, habia tenido lugar una solemne procesion, en la que tomaron parte todos los fautores del imperio, para implorar del cielo la pronta curacion de la emperatriz.

A donde quiera que nos deteniamos llegaban diputaciones manifestando sus sentimientos de pesar; derramábanse flores por el camino, y arrojábanse ramilletes al carruaje del emperador.

Muchas veces le ví profundamente conmovido por semejantes demostraciones, y aun con las lágrimas en los ojos.

El 24, á eso de las cuatro de la tarde, llegamos á Orizaba. El coronel francés Poitier se habia adelantado á cosa de una hora de distancia para encontrar al emperador.

En esa ciudad, el recibimiento fué cordial por parte de la poblacion y de la guarnicion francesa. Hizo Maximiliano su entrada al estampido de los cañones, y se alojó en el mismo palacio que la Regencia le habia mandado preparar cuando llegó de Europa.*

---

* A propósito de esto, necesito rectificar la asercion del Sr. de Kératry, sobre que el emperador se detuvo en Jalapilla, á media hora de distancia de Orizaba. Durante toda su permanencia en esta ciudad, Maximiliano habitó de continuo la ya mencionada casa de Bringas.

CAPITULO VI.

Orizaba.—Disposicion de ánimo del emperador.—Preparativos para el viaje.—Actitud del padre Fischer.—Scarlett y Sanchez Navarro.—Club del padre Fischer.—Correspondencia oficiosa.

EN Orizaba debia esperar el emperador á Herzfeld, quien, aun cuando recibió órden de detenerse algunos dias en México, nos habia precedido en la diligencia; es que no queria dejar á medias la tarea que habia emprendido. Su intencion era que el viaje se continuase irremisiblemente hasta Veracruz, haciéndose el embarque acto continuo. Toda esta premura de Herzfeld no estaba justificada en aquellos momentos. Hallábase el emperador á solo una jornada de distancia del mar, no estaban interrumpidas las comunicaciones, ni resgoso el camino; no habia, pues, motivo para temer por la seguridad de su persona. En Orizaba, además de los húsares imperiales, tropa muy segura, habia un buen destacamento de soldados franceses, estos y aquellos muy temidos de los disidentes. Si la marcha á Europa se hubiese efectuado en semejantes circunstancias, habríasela considerado como una verdadera fuga. Verdad es que el emperador persistia en su proyecto de partir en breve de Orizaba, pero no entraba en sus designios hacerlo en el instante. Conociendo, por lo mismo, que Herzfeld andaba como sobre áscuas, lo despachó á Europa

con el encargo de anunciar allí su próximo regreso verbalmente y por la prensa.

En tanto, podia el emperador pensar con madurez sobre la manera mas conveniente de dejar el país: si como soberano antes de embarcarse en Veracruz tenia que dejar instalada la regencia, y dictar las indispensables disposiciones para la convocacion del congreso; si no, habria de renunciar solemnemente la corona, ya en Orizaba, ya en Veracruz.

Para una ú otra combinacion habia argumentos en pró y en contra; pero fuese cual fuese la decision del emperador, urgia ante todo pensar en los extrangeros que con él habian venido de Europa, es decir, en el cuerpo franco-austro-belga, y asegurarles su porvenir.

El asunto no sufria demora, si es que el emperador queria partir con la conciencia tranquila.

Fácil es comprender que con todo esto, el ánimo del emperador no podia menos de andar cada vez mas angustiado. Llegado habia el duro trance en que, por decision propia, con una declaracion espontánea, tenia que renunciar á una empresa cuyas dificultades no se le ocultaban, pero á la cual se habia consagrado con juvenil entusiasmo, con plena abnegacion, arriesgando su persona y su vida. Tenia que renunciar á la ejecucion de aquel gran pensamiento suyo de regenerar á un pueblo en decadencia, y eso con la amargura de ver que su empresa habia fallado por solo la traicion de aquellos á quienes llamaba amigos. Bien conocia que ya nada habia que esperar para México, y en su interior tenia hecha tal renuncia, como que no queria ser por mas tiempo vasallo de la Francia. Para él no era ya Orizaba sino una estacion. El hecho de abdicar no era para él motivo de lucha por la abdicacion en sí: éralo, porque á su justo amor propio repugnaba esto de declarar á la Nacion entera, que él no podia sostenerse por mas tiempo sin el apoyo de la Francia, y que se habia dejado engañar por

Luis Napoleon. No le permitia su honradez el abandonar el país como soberano, ni llevar á Europa su título imperial y sus pretensiones al trono; para su atormentado espíritu hubiera sido un verdadero consuelo el conseguir aliviarse del peso de aquella dignidad sin poderío, de aquel ingrato ceremonial, y correr á Europa al lado de la enferma emperatriz, cuya lastimosa suerte le tenia tan hondamente afligido. En solo estas razones, en solo este dilema, y no en una mera irresolucion, hay que buscar los motivos de aquel vacilar, de aquel tardarse el emperador en pronunciar su última palabra. Él mismo, en su diario de Querétaro, intentó dar idea del estado de su ánimo en aquellos dias. Al narrar yo mas adelante la marcha de México á Querétaro, trascribiré el texto completo de la única hoja del diario que no llegó á estraviarse, y que contiene entre otros este pasage.

La incertidumbre consiguiente, á nadie se le hacia mas pesada que al padre Fischer. La táctica de este (y la empleaba con tino) consistia en mantener al emperador en estado de vacilacion, evitando el manifestar una opinion terminante, así como tambien el contestar á preguntas directas.

Aun cuando sus esfuerzos continuos, su único fin, eran que Maximiliano se quedase en México para entregarlo cuanto antes en brazos de su partido, guardábase muy bien de dejar trasparentar sus designios, limitándose entretanto á procurar que se retardase la abdicacion, y á impedir todo hecho consumado de suyo irrevocable. En cierto sentido, trabajaba de acuerdo conmigo, con la inmensa diferencia de que para mí la abdicacion solo era cuestion de tiempo, mientras que para el padre Fischer era ella toda la cuestion.

Era por aquellos dias mi posicion tal, que en virtud de la confianza con que el emperador me honraba, ejercia yo

cierto influjo en sus decisiones; por tanto, y obrando conforme á mis convicciones, me creí obligado á proporcionar ventajas á los austriacos y á los belgas, procurando retardar la marcha hasta que la suerte del cuerpo auxiliar quedara fijada de un modo definitivo. No debia comenzar la retirada de las tropas francesas sino hasta dentro de algunos meses; tiempo habia, pues, para arreglarlo todo sin precipitacion, y de tal manera, que al emperador no pudiese quedarle duda de que todo se habia hecho debidamente.

El padre Fischer no podia menos de apoyar mis designios. Cualquier dilacion, cualquier retardo, favorecia sus miras; cada dia que el emperador pasaba en Orizaba, era un dia ganado para él; y con tanta destreza se manejaba, evitando cuidadosamente toda respuesta categórica, recurriendo á todos los medios grandes y pequeños, ora olvidando, ora aplazando la ejecucion de los encargos que para la marcha le hacia el emperador, que de esta manera estorbaba, sin que aquel lo notase, sus intentos y sus determinaciones. Por lo demás, el padre Fischer no tenia valor para decir la verdad. Si el emperador le preguntaba: "¿deberé abdicar?" era seguro que el padre no le manifestaba su opinion sino con un profundo suspiro. Si luego le preguntaba: "¿me marcharé sin abdicar?" entonces el padre Fischer encojiéndose de hombros parecia responder que sí.

Maximiliano, en tanto, continuaba sus preparativos de marcha. Envió á México al coronel Kodolitsch con plenos poderes, para que arreglase con el mariscal Bazaine lo relativo al cuerpo austro-belga.*

Mientras esto pasaba, fueron despedidas en Orizaba todas las personas de la Corte, como tambien la servidumbre

---

* Las credenciales de Kodolitsch constan en la página 216 de la edicion francesa de Kératry. En una carta, fecha 12 de Noviembre, dirijida igualmente al mariscal, constan los últimos deseos del emperador antes de su partida. Se refieren al licenciamiento del cuerpo auxiliar, al pago de la pension asignada á la princesa y al príncipe Iturbide, y á la liquidacion de la lista civil.

mexicana. No quedaron al lado del emperador mas que dos criados europeos; y de los oficiales mexicanos, solo los coroneles Lamadrid y Ormaechea, este último ayudante de campo del emperador, quedaron nombrados para acompañarle á Veracruz.

Llegó á poco el informe de la comision especial de que hablé antes, en el cual se demostraba que el emperador nada debia al Estado, y que á la lista civil sí se le estaban debiendo hasta entonces unos 180,000 pesos; por manera que, aun respecto de eso, Maximiliano quedaba perfectamente tranquilo, no dejando tras sí ninguna obligacion, y pudiendo con toda seguridad poner por obra su designio de regresar á Europa.

Escribiéronse cartas de despedida á todos los ministros y diplomáticos. Tocante á la navegacion, me dictó el emperador el siguiente proyecto:

"El emperador se encaminará directamente á San Thomas en el *Dandolo;* de allí se despachará el buque de vela al mando de Rességuier, despues que haya cargado todo el equipage. De San Thomas á Gibraltar. De allí, telegrafiar, y si es posible, llamar á la emperatriz á Corfú. En caso de que la emperatriz no esté en disposicion de ir, llamar á Corfú á alguno de Miramar. El buque de vela llevará á San Thomas todos los despachos que lleguen ántes de su partida."

Al hablar de este plan de viage, me veo precisado á protestar contra las imprudentes insinuaciones con que el Sr. de Kératry (pág. 220 de la edicion francesa) comenta una carta de Eloin. Trascribe Kératry una servil y grosera relacion de Eloin acerca de los negocios interiores del Austria despues de Königgrätz, en el sentido de atribuir al emperador el designio de sacar provecho personal de las angustiosas circunstancias del Austria. La tal relacion y su comentario, son muy á propósito para dar idea esacta del ca-

rácter de los señores Eloin y Kératry. Seria calumniar la memoria del emperador el tratar de justificarlo de semejante acusacion. Sé perfectamente (y el Sr. de Kératry habrá de concederme que me eran conocidas, tanto por lo menos como á él, las ideas personales del emperador); sé perfectamente, repito, que S. M. estaba decidido á no volver á mezclarse en la vida pública; tenia proyectado un largo viaje, y no pensaba ver el Austria sino de allí á dos años.

Todos los preparativos de marcha que hasta aquí llevo mencionados, se hicieron en distintas ocasiones y con intervalos. Al referirlos yo colectivamente, no me he propuesto otro fin que el de probar hasta qué punto estaba Maximiliano firmemente decidido á regresar á Europa, y cómo habia tomado ya las disposiciones mas minuciosas para el efecto. Si la ejecucion de su proyecto al fin no se llevó á cabo, debióse únicamente á los esfuerzos del padre Fischer y de su partido.

En los primeros dias de nuestra mansion en Orizaba, vivia el padre Fischer completamente aislado, si bien es verdad que aun no se le presentaba coyuntura propicia para el cumplimiento de sus designios. Aparentaba ser entonces un servidor dotado de obediencia ciega á Maximiliano, sin opinion propia; y en efecto, una vez salió con una proposicion, de una ingenuidad de veras sorprendente.

Acuérdome como si fuera hoy, de cierta conversacion que con nosotros tuvo el emperador una tarde. Decia este, que habia encontrado ya el modo mejor para abdicar, y era hacerlo dando por única causal la enfermedad de la emperatriz. El padre Fischer, como de costumbre, respondió ambiguamente, pero dejando siempre entrever que no era favorable á tal determinacion. Tampoco yo podia apoyarla; y sin andarme con reticencias, fundé mi negativa en que sola esa causal no alcanzaria crédito, se la tendria como poco

probable, se buscarian otras causales, y se acabaria por encontrarlas.

El emperador me dió la razon, y no insistió en su primera idea; pero en el curso de la conversacion, que todavía se prolongó algo, me tocó oir dar al padre Fischer el singular consejo ¡de abdicar en favor de Napoleon! "Esa idea es verdaderamente maquiavélica, repuso el emperador; valdria mas que me fuese yo sin abdicar." Y se suspendió la conversacion.

Indiferente en apariencia á todos los preparativos de viage, habíase reducido el padre Fischer á una actitud completamente pasiva, esperando que llegase de México el auxilio, que no debia tardar. Y en efecto no tardó.

Habia llegado ya una carta del capitan Pierron, gefe de la cancillería del gabinete, en la cual inculpaba directamente al emperador por que trataba de abandonar el país en tales momentos. A principios de Noviembre, llegó á Orizaba el ministro plenipotenciario de Inglaterra, Mr. Scarlett. Volvia de Europa, adonde habia ido con licencia, y se detuvo mas de dos semanas en Orizaba. De mala gana habria visto Scarlett que el emperador se marchase á la sazon, por cuanto le urgía obtener la sancion de éste para el tratado de comercio que ya tenia negociado con el ministerio. Como buen inglés, era por lo mismo un hombre práctico que solo veía los intereses de su país. Yo no sabré decir con certeza, si Scarlett al aconsejar al emperador (como en efecto lo hizo, segun este mismo me refirió) obraba por conviccion propia; pero lo que sí sé es, que tuvo largas y frecuentes entrevistas con el padre Fischer, y que el fruto de esas entrevistas fué una larga carta, en la cual Scarlett, quien por lo demas no tardó en regresar á Europa, trató enérgicamente de disuadir al emperador de la abdicacion. Habia, pues, encontrado el padre Fischer, y probablemente sin esperár-

selo, un aliado tanto mas eficaz cuanto que no era mexicano, y se hallaba en una posicion aparentemente neutral.

Despues que Scarlett, llegó á Orizaba Sanchez Navarro, que habia sido intendente y luego ministro de la casa imperial, y era uno de los conservadores mas rabiosos.

Sanchez Navarro era amigo íntimo del padre Fischer, desde la época en que este fué cura de Parras en el Estado de Durango. Teníasele entonces por el mas rico propietario de México, y se decia que sus posesiones en Durango y en los Estados fronterizos eran iguales en estension al reino de España. Pero bajo el gobierno de los presidentes liberales se le habia confiscado la mayor parte de sus bienes, y esperaba, como tantos otros, recobrarlos con el apoyo del gobierno imperial. Fácil es comprender, con cuánto zelo se pondria de parte del emperador.

Poco despues que Sanchez Navarro, llegaron igualmente á Orizaba algunos antiguos gobernadores (comisarios imperiales) de cuyos nombres no me acuerdo, y otros varios sugetos de los mas influentes en el partido conservador.

El gabinete del padre Fischer en donde se reunian Scarlett, Sanchez Navarro, el ministro de la casa imperial Arroyo, los comisarios imperiales, y todos los demas mexicanos pertenecientes á la Corte, era el foco de donde la antorcha de la gloria del imperio, que estaba á punto de apagarse, debia salir derramando una nueva y esplendorosa luz. El club del padre Fischer trabajaba incesantemente por cuantos medios estaban á su alcance, y no tardó en tejer una red, cuyas mallas se estendieron á poco sobre la capital no ménos que sobre cada una de las provincias.

Movióse toda aquella secreta agitacion en dos direcciones con especialidad: la una, tendiendo á suscitar una aparente *vox póuli*; la otra, intentando persuadir á Maximiliano de que jamás habia tenido el imperio una oportunidad mas brillante que entonces para resucitar con esplendor,

siempre que consintiese únicamente en permanecer en el trono, y en dejar el campo libre al ministerio conservador, el cual, (segun lo proclamaba sin descanso el padre Fischer), estaba animado de las mejores intenciones, y era capaz de hacer brotar tesoros escondidos hasta entonces.

Súbitamente reveló el padre Fischer una energía, de la que por cierto nadie le creía dotado; seguro ya de sus mexicanos, se dirigió á los austriacos, logrando ganarse algunos. Bien sabia él que á pesar de mi pequeñez debia mi persona entrar hasta cierto punto en sus cálculos, y por lo tanto no podia menos de emplear conmigo sus medios de persuasion. Conociendo mi escepticismo, trabajó lo que no es decible para probarme que hacia yo mal en no tener confianza en el apoyo de su partido. Montes de oro me presentaba en el porvenir, pero yo le contraponia la desnuda realidad del presente.

Fischer y yo administrábamos por entónces la caja particular del emperador, y en respuesta á todas sus exageraciones, á todos sus millones que debian brotar de las entrañas de la tierra, no tenia yo mas que hacerle presentes las circunstancias de la hacienda imperial, que él conocia tanto como yo, y recomendarle que la restaurase lo mas pronto. Pero no por eso se daba por vencido: me decia que por el momento nada podia hacer; pero que apostaba su cabeza á que no bien se hubiese decidido el emperador á volver á México, cuando tendria 50,000 pesos á su disposicion para cualquier evento.

Y aquí es bien consignar, aunque me anticipe yo á los sucesos, que cuando el emperador marchó á Querétaro, no pudo el ministerio conseguir mas que 50,000 pesos por junto para la caja militar y para la privada del emperador. En esta, como en otras muchas ocasiones, hice yo bien de no creer en las entusiastas promesas, ni en los argumentos persuasivos del padre Fischer.

Por aquellos dias, no hallaban la mejor acojida con el emperador los esfuerzos del padre y de sus aliados.

Dos dias despues de la llegada de Sanchez Navarro, se le envió nuevamente á México, con el pretesto, muy justo á la verdad, de que siendo intendente de la casa imperial su puesto estaba en la capital, en donde habia mil negocios urgentes que despachar. El emperador se despidió formalmente de él, como si no hubiera de volver á verle. En esta ocasion, Sanchez Navarro hizo una última tentativa para inducir al emperador á que cambiase de propósito. "¡Ingrato país!" esclamó al terminar su discurso, con el cual habia intentado en vano, con la redundancia de palabras que le era habitual, hacer impresion en el emperador.

De todas las demás personas que con el padre Fischer conspiraban, ninguna tuvo acceso con el emperador, esceptuando á Scarlett. Pocas esperanzas quedaban, por lo mismo, á los conservadores, si no hubiesen logrado conducir al campo nuevos y mas poderosos aliados.

Al punto á que por entónces habian llegado las cosas, todos los preparativos estaban ya hechos; la partida de Orizaba podia tener lugar de un momento á otro, y en ese caso resultaban inútiles todos sus esfuerzos. El 8 de Noviembre de 1866 escribí por encargo del emperador la siguiente carta á su representante en Viena, para anunciar su llegada, carta que habia de publicarse. La trascribo aquí, porque manifiesta las cosas tal como entónces las veía el emperador, cuyo pensamiento no hice mas que esplanar en ella; decia así:

"*México, Noviembre* 8.

"El cuerpo francés de ocupacion persiste constantemente en el sistema de *laisser aller*, que ha adoptado desde hace

dos años. Los puestos mas peligrosos están ocupados por las tropas auxiliares estrangeras y nacionales; los franceses se mantienen á respetuosa distancia de los disidentes, pero de manera que parezca que son los disidentes los que se alejan. Nadie ha puesto en duda el valor de los soldados franceses, por lo cual todos están aquí persuadidos de que en esa actitud del ejército influyen las inspiraciones de Paris y de Washington. Lo particular es, que el cuidado de evitar á los disidentes llega al estremo de no asegurar contra las escursiones temporales de estos la gran línea de retirada de México á Veracruz, en la cual los franceses ocupan los puntos mas importantes. Poco tiempo ha, el enviado inglés Scarlett tuvo que ir escoltado, de órden del emperador, por los húsares del cuerpo auxiliar austro-belga, en razon á que los disidentes habian entrado al Palmar, punto situado en dicho camino. El emperador está á punto de tener que atravesar por una crísis decisiva. En todo caso, la principal razon es la enfermedad de la emperatriz, en cuya venida se tenian fundadas las mas risueñas esperanzas. Llegó á México la primer noticia de esa desventura por un telégrama de Nueva-York, conmoviendo profundamente á la poblacion, y exitando al mismo tiempo la mas viva lástima. El emperador, no bien recibió la noticia, partió en el acto para Orizaba por consejo de los médicos, segun se dijo, quienes consideraban útil el cambio de temperamento por la persistencia de las calenturas intermitentes, y tambien con el fin de saber mas pronto las noticias que los correos debian traer de Europa. Aquí se cree generalmente, que el emperador no volverá á la capital, y que no tardará mucho en abandonar el país. No nos parece sin fundamento este rumor, por cuanto á que es probable que el emperador, plenamente desengañado con las últimas noticias que llegaron de Europa, y considerando que en virtud de la presion de los Estados-Unidos y del apoyo siempre creciente que

estos prestan á los republicanos, no podrá sostenerse el imperio sin gran derramamiento de sangre, se haya decidido á abandonar el país, para evitar que en lo sucesivo sea su persona un obstáculo á la conciliacion de los partidos. Hay que tener en cuenta además, que no teniendo hijos el emperador, todos sus vínculos de familia están únicamente en Europa."

Nadie en el mundo hubiera podido, por aquellos dias, pronosticar feliz éxito á los esfuerzos del padre Fischer y de sus amigos. En la tardanza estaba el peligro positivo para los conservadores, quienes en último resultado nada habrian conseguido, si á última hora no hubiesen aparecido en la escena dos hombres, Márquez y Miramon, los cuales habian representado ya muchas veces un papel fatal en la historia de México; estos, contrapesando las palabras vacías de los *pelucones y mandarines*, como solia llamarles el emperador, ponian en la balanza sus ya conocidas espadas.

CAPITULO VII.

Márquez y Miramon.—Diputaciones de México y Puebla.—Inteligencias de los franceses.—El padre Fischer y los conservadores.—Llamada del consejo de Estado y del de ministros á Orizaba.—Parecer de uno y otro.—Sus motivos.—Demostraciones de los conservadores.—Método de vida del emperador en Orizaba.

MÁRQUEZ y Miramon, uno y otro antiguos hombres de guerra, habian llegado simultáneamente á Veracruz. Ambos venian de Europa, á donde el emperador, desde el principio de su reinado y queriendo desembarazarse de los conservadores, les habia desterrado, aunque sirviéndose de ellos en misiones diplomáticas. Ambos, pues, no bien pisaron nuevamente el suelo mexicano, debian por fuerza ser considerados como dos columnas del partido conservador. Su llegada no podia sobrevenir en momentos mas propicios para los conservadores, aunque era muy dudoso que el emperador quisiese recibir á los dos generales, especialmente á Miramon que se habia venido sin su permiso.

Miramon jugaba otra vez el todo por el todo. Volvia á México, quizá para servir á Maximiliano, quizá para trabajar por cuenta propia. En este sentido se esplicó, al ménos, con el consejero Herzfeld con quien se encontró en la Habana, y el cual le participó la resolucion que Maximiliano tenia de abandonar á México. El comisario imperial de Veracruz, Bureau, creyó que debia anunciar por telégrafo

la llegada de Miramon, y preguntar si le dejaba seguir adelante. El emperador contestó afirmativamente. En cuanto á la llegada de Márquez á Orizaba, no podia haber obstáculo ninguno, por cuanto á que volvia con conocimiento del emperador.

Márquez era llamado desde seis meses, como otros diplomáticos por razones de economía. Miramon no fué llamado. Así lo dejó escrito el emperador en sus apuntes.

Entre tanto, con la prolongacion de un estado de cosas provisorio, la apatía del emperador se habia convertido en cierta participacion en las cosas de gobierno. Recien llegado á Orizaba, no se cuidaba de nada que no fuesen los preparativos para la marcha; mejorada su salud, despertóse en él la necesidad de trabajar; mas tranquilo de espíritu, evitaba la soledad absoluta en que hasta entónces se habia complacido. Así es que, cuando llegaron Márquez y Miramon, el humor del emperador estaba visiblemente modificado; recibió á los generales, que por cierto no habrian obtenido audiencia si hubiesen llegado unos dias ántes.

Pero en aquella audiencia no se reveló ningun síntoma de que Maximiliano hubiese desistido de volver á Europa. Perseveraba en su resolucion, que hasta entónces por nada habia vacilado; solo que, el estado de su ánimo estaba ya en la disposicion conveniente para pesar las cosas y evitar toda precipitacion. Los primeros coloquios con los dos generales, no condujeron á ningun resultado: Maximiliano perseveraba en sus designios, á pesar de ellos, y no fué posible llevar noticias consoladoras al padre Fischer. De igual manera, las diputaciones que por influjo del padre llegaron de México y de Puebla, tampoco obtuvieron respuesta favorable. Dos eran las diputaciones de México: una del Ayuntamiento, otra de los ciudadanos mas notables. La diputacion de Puebla llevaba ademas, un escrito cubierto de millares de firmas. Uno de los oradores de esta hizo obser-

var al emperador, que S. M. tenia á su disposicion para combatir á los rebeldes, los generales mas valientes y mas hábiles. "No bastan generales, aun cuando sean de los mejores, para sostener la guerra; se necesitan tambien soldados y dinero," le respondió el emperador.

Despidiéronse las diputaciones, sin haber podido alcanzar una respuesta categórica. Escribió de nuevo el emperador al mariscal Bazaine, con fecha 12 de Noviembre, y esta carta manifiesta claramente en qué sentido habian cambiado sus opiniones, no obstante que en el fondo persistía aún en partir para Europa. Mientras en su primera carta se habia restringido á los puntos generales en el encargo que dió al coronel Kodolitsch con respecto al licenciamiento del cuerpo austro-belga, en esta segunda ya descendia á pormenores, indicaba con precision su demanda, y pedia garantías.

En contestacion á esas dos cartas llegó una declaracion, fecha 16 de Noviembre, firmada por el mariscal, por el enviado frances Danó, y por el general Castelnau; en ella, secundando á un tiempo los deseos del emperador y los del plenipotenciario de Napoleon, y satisfechos al descubrir que el emperador estaba pronto á marchar voluntariamente, llegó la imprevision hasta el punto de traspasar los límites de las conveniencias, como que al fin del documento se hablaba de tratados con el *nuevo gobierno de México.*

Una declaracion tan descarada de la transaccion que hasta entónces se habia manejado en secreto entre los franceses y los Estados-Unidos, produjo una impresion vivísima en el emperador. Mas que nunca se consideró altamente ofendido, y su amor propio no pudo menos de sentirse lastimado profundamente por un acto de tal naturaleza, así como tambien por aquel completo olvido de las primeras reglas de las conveniencias diplomáticas. Ya no cabia duda: Napoleon queria disimular la falta que cometió rompiendo el tratado.

Al no poder cumplir su palabra, mostraba al mundo en-

tero su impotencia; conveniale, pues, echar polvo en los ojos, y avanzar un paso mas. La abdicacion de Maximiliano, no debia aparecer sino como la llamada de un gobernador de cuya administracion no estaba satisfecho. ¡Ahora debia generosamente escuchar el grito de dolor de México, dando á la Europa ocasion para admirar otro nuevo aspecto del carácter de Napoleon, quien por no dejar de variar regalaba á la sociedad una República!

Con todo, ningun cambio se hizo en las disposiciones para la marcha del emperador. Harto ensimismado estaba con la idea de la abdicacion, para que la llegase á desechar de pronto. Por otra parte, quedábale aún sobrado que hacer antes de abandonar el país, para poder mostrar que no cedia á los franceses, sino que espontáneamente restituia á México el poder que la Nacion le habia confiado.

Por fin, el 24 de Noviembre llamó al Consejo de Estado y al de ministros; y por medio de una carta confidencial invitó asimismo á Bazaine para una entrevista en Orizaba.

Dará una idea exacta de la disposicion de ánimo del emperador por aquellos dias la siguiente correspondencia, redactada conforme á sus intenciones, y despachada á Viena para que se publicase:

México, Noviembre 19.

"En este momento, los acontecimientos se concentran en dos puntos; ante todo, en Orizaba, en donde se encuentra el emperador desde hace cuatro semanas; despues, en la capital, residencia del ministerio conservador, de los gefes ya de este partido ya del liberal-gubernativo, y del mariscal Bazaine. Reina en México la mayor ansiedad, en la incertidumbre de no saber si volverá el emperador ó si abandonará el país. Es de notarse una gran irritacion contra los franceses, sea por el rumor confirmado de una con-

vencion concluida ya entre la Francia y los Estados-Unidos, sea porque se comienza á comprender que la causa principal de la crísis presente está en la actitud del gobierno francés para con el gobierno imperial. Esta irritacion se va marcando mas, dia por dia, en México, á despecho de la fuerte guarnicion francesa, y se reveló no ha mucho con motivo de una representacion teatral, en la que varias veces y tumultuosamente hubo gritos de *¡fuera los franceses!* Perfectamente se comprenden las sérias consecuencias que acarrearia una accion directa por parte de los Estados-Unidos, y todos conocen que en ningun caso seria benéfica esta accion á los intereses mexicanos, ni á la conservacion de la libertad y de la independencia. El temor del coloso americano comienza á agitar fuertemente los ánimos, y ahora se aspira por todas partes á la conservacion del imperio y de la persona del emperador, sin la cual se comprende muy bien que ya no tendria el imperio probabilidades de subsistir. El aspecto de la inminente anarquía y de la ingerencia de los Estados-Unidos, han hecho brotar como por encanto inesperadas simpatías en favor del imperio. En medio de tamaña agitacion, vive el emperador de una manera enteramente privada, solo en contacto con las pocas personas que le rodean, y sin córte, en Orizaba. De todo el cuerpo diplomático, solo se halla allí el ministro de Inglaterra, á quien el emperador recibe con frecuencia. Los generales Márquez y Miramon, conocidos como gefes del partido conservador, han vuelto de las misiones que desempeñaron en Europa, y han ofrecido al emperador sus servicios para combatir á los disidentes, y para restablecer la paz y la tranquilidad en el país. Igualmente el general Uraga, que es tenido por los mismos franceses como el mejor estratégico mexicano, ha escrito de Europa al emperador poniéndose á su disposicion, de la manera mas esplícita, para sostener la causa del imperio.

"Hoy mismo ha recibido el emperador á tres diputaciones, dos de México y una de Puebla, las cuales le presentaron esposiciones en las que constan la adhesion y los deseos de los habitantes."

Entre tanto, en Orizaba mismo los conservadores capitaneados por el padre Fischer trabajaban sin descanso en su obra. Frecuentes entrevistas tenian Márquez y Miramon con el emperador; solo que sus esfuerzos eran estériles, y el padre Fischer tenia que hacer prodigios para obligarles á que tuviesen paciencia. "¿Qué quieren ustedes?" les dijo un dia á los dos generales, que se quejaban amargamente; "hasta ahora el emperador no se halla dispuesto á volverse espontáneamente á México: ¿tratan vdes. acaso de llevárselo por fuerza á Palacio? Eso seria lo mismo que si á un enfermo se le exigiese levantarse y andar. En el estado en que el emperador se encuentra, solo con paciencia se puede conseguir algo. ¿No están vdes. mirando que yo soy el primero en tener paciencia?"

Y en verdad que necesitaba el padre Fischer armarse de una paciencia inagotable, para no caer en desaliento. Las promesas de los conservadores, de quienes él era intérprete, aun no inspiraban confianza al emperador, como que casi ni las escuchaba; de consiguiente, nada tenia adelantado el padre Fischer para el logro de sus fines.

La verdad es, que en aquellas semanas el padre y los conservadores hacian un juego de los mas singulares. El fin principal de Fischer era el concordato, mientras para los conservadores el concordato no era sino un accesorio: lo que á estos les interesaba mas era la restitucion de los bienes. El uno y los otros, solo podian alcanzar su respectivo intento por medio del imperio; natural era, pues, que los conservadores se sirviesen del padre Fischer, que tenia acceso con el emperador, como de un instrumento mientras

podian volar, por decirlo así, con sus propias alas. Debo, sin embargo, hacer justicia al padre: lo que es él, siempre se manejó honradamente con los conservadores, patrocinando de la manera mas empeñosa su causa, sin que ellos se lo hayan agradecido. Mas adelante tendré ocasion de referir cómo los ministros, que en Orizaba no se despegaban del padre mimándole como á un niño, le abandonaron despues y le dieron de mano completamente tan luego como el emperador salió de la capital.

Para los fines particulares del padre, nada podia adelantarse con respecto al concordato mientras Maximiliano permaneciese en Orizaba. "Vuelve á México el emperador," decia una tarde Fischer radiante de alegría cuando fué ya cosa decidida el regreso; "ahora sí que voy á trabajar en mi terreno propio, por el concordato." Cómo se manejó despues con respecto al tal concordato, para cuyo asunto habia ido en comision á Roma allá en otra época, hube de saberlo en la prision de Querétaro. "*El padre Fischer, con su concordato, ha mentido y me ha engañado.*" Estas palabras del emperador son la condenacion mas esplícita de la conducta del padre.

El 21 de Noviembre apareció en el periódico la *Patria*, una especie de programa del ministerio; y ántes que los ministros se encaminasen á Orizaba, en virtud del llamado del emperador, insertó el *Diario del imperio* un artículo oficioso, que por su importancia relativamente al estado de las cosas en aquellos momentos creo de mi deber reproducir: [1]

---

1 No teniendo yo á mano el artículo de que se trata, tal como salió á luz en el *Diario del imperio*, me veo en la precision de traducirlo del italiano; sirva esto de esplicacion á quien compare la version mia con el original genuino. Igual cosa debo advertir respecto de algunos otros documentos trascritos por el Dr. Basch; por lo demas, las diferencias que haya no serán sustanciales.—(N. del T.)

México, 21 *de Noviembre.*

"Sin embargo de que han salido para Orizaba dos de los ministros con el gefe del gabinete, y con el Consejo de Estado, no tendrá que sufrir el gobierno ni el mas ligero desarreglo. Los asuntos continuarán despachándose por los ministros que permanecen en la capital, y por los subsecretarios de Estado. Queda como presidente provisional del ministerio S. E. el Sr. ministro D. Manuel García Aguirre. Pueden estar seguros nuestros lectores, de que los presentes sacudimientos del imperio para nada alteran el gabinete actual. Por fortuna, se han reunido hombres dotados de carácter firme, de energía, de fuerza, y de amor patrio. No poseen esa irritabilidad que muchos toman por energía; pero sí poseen esa fuerza que se deriva de la conviccion profunda, de la recta conciencia, del amor á la patria, fuerza que no se doblega ni ante las seducciones ni ante las amenazas. La victoria, sea en política, sea en la guerra, no se alcanza con el temor, ni con la debilidad, ni con la falta de confianza en la causa por la cual se combate. El tiempo está siempre de parte de quienes saben sostenerla y perseverar; y el gabinete no dejará que le detengan en su camino ni la meticulosa charla de los tímidos, ni los clamores de los demagogos; solo una fuerza insuperable será capaz de derribarlo. Cuando entró á Palacio, estaba plenamente informado de la herencia que iba á recoger; muy bien sabia que su vida tenia que ser una vida de lucha y de sacrificio; en esa inteligencia aceptó su encargo, en esa inteligencia ha trabajado hasta ahora, y en esa inteligencia continuará su camino. Mas tarde se conocerá su obra, entónces se persuadirán todos, y con ellos los que se dejan asustar por vanos temores, de que el gabinete habrá llevado á cabo sa-

tisfactoriamente su difícil tarea. Tanto los ministros presentes, como los ausentes, están firmemente resueltos á caer con el imperio, ó á conquistar la gloria de haberlo salvado."

Ya se comprende que, teniendo en cuenta el estado de las cosas, semejante programa era mas que temerario. En efecto; independientemente de la ruina total de la hacienda pública, el imperio en aquella época estaba reducido á las ciudades de México, Puebla, Orizaba y sus contornos. Las regiones llamadas del *Interior*, y las del Norte, estaban en manos de los liberales; y segun las últimas noticias recibidas en Orizaba, habian caido tambien en su poder Oaxaca y Jalapa.

En Oaxaca, despues que Porfirio Diaz tomó la ciudad, la pequeña guarnicion austriaca al mando del capitan Beskoschka se habia sostenido todavía algunas semanas en el fuerte, pero acabó por tener que rendirse á discrecion. Igual suerte cupo á la guarnicion austriaca de Jalapa, mandada por el mayor Hammerstein; despues de haber estado esperando en vano y por largo tiempo el auxilio que los franceses le prometieron, tuvo que deponer las armas despues de haber combatido en las calles mismas de la poblacion con el enemigo que ya estaba dentro.

Una parte del ministerio aceptó la invitacion que para ir á Orizaba le hizo el emperador; poco despues llegó tambien el Consejo de Estado. El mariscal Bazaine esquivó la entrevista que se le propuso; escusóse diestramente por escrito, pretestando que la seguridad de la capital exigia su presencia. Al mismo tiempo se recibió una carta del capitan Pierron, en la cual, contrastando notablemente con las reconvenciones contenidas en su anterior, se pronunciaba de la manera mas esplícita por la abdicacion. No era difícil comprender á qué influencias hubo de ceder el capitan cuan-

do escribió esa segunda carta. Si hago mencion de una y de otra, no es por su importancia intrínseca, sino por la posicion de quien las escribia, que era el gefe francés de la cancillería del gabinete. Por lo demas, ambas cartas no surtieron efecto, por cuanto el emperador en el estado de postracion en que se hallaba cuando recibió la primera apenas se enteró de ella; y la segunda llegó en circunstancias tales, que el consejo de un francés no podia menos de obrar en sentido opuesto á lo que pretendia.

El 24 de Noviembre á eso de las diez de la mañana, Lares y Lacunza, que habian llegado la víspera en la noche, presentaron sus homenages al emperador en union del Consejo de Estado y de algunos otros dignatarios. No era ya aquel humilde Lares, que todo trémulo me habia entregado la dimision del ministerio en Chapultepec. Como rejuvenecido, y con ligero andar, precipitóse el anciano presidente del Consejo al encuentro del emperador, quien no tuvo tiempo de librarse de su entusiasta *abrazo*, fórmula del saludo mas íntimo segun la costumbre de México. Lacunza estuvo mas mesurado y mas solemne en su actitud.

Despues de la recepcion oficial, quedóse Lacunza largo rato á solas con el emperador, y esta fué la vez primera desde su partida de la capital, que un consejero de la Corona le espuso directamente los deseos y los planes del gobierno. Las observaciones de Lacunza tenian que ser tanto mas eficaces, cuanto que él, si bien era conservador en el fondo, habia desempeñado ya un cargo semejante en tiempo de los anteriores ministerios liberales, y además, era tenido en mucho por el emperador.

Lacunza, hombre de aspecto distinguido, dotado de aquella elocuencia natural que generalmente es peculiar á los mexicanos, supo emplear las palabras que convenian. Hizo mencion del punto de honor, con lo cual atacó al emperador por su lado flaco. Dijo que la Nacion entera confiaba en él;

recordóle aquellas palabras que habia pronunciado el 16 de Setiembre: " *Un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto á la hora del peligro.* " Recordóle así mismo la Nacion, y añadió que no debia el emperador retirarse ante un enemigo oculto, sino atacarlo cara á cara, y vencer ó morir.

Todavía tengo vivamente grabada la impresion que las palabras de Lacunza produjeron en el emperador. Comunicóme el tenor de ellas, no bien se hubo retirado Lacunza, confesándome que realmente le habian conmovido. " Lacunza, me dijo el emperador, ha patrocinado admirablemente su causa; habia verdadera persuasion en sus palabras. "

A mí no me cautivó el manejo de Lacunza.

La apelacion al espíritu caballeresco del emperador, parecióme el argumento mas cruel que del arsenal de sus argucias pudo sacar aquel astuto mexicano. Demasiado sabia yo que el emperador, tan luego como entendiese que su honor estaba empeñado, renunciaría en el acto á la idea de la abdicacion, á pesar de sus convicciones particulares; indignéme en mi interior, del frio cálculo con que Lacunza en el momento decisivo le cortaba completamente la retirada.

Difícil es, á la verdad, asegurar si el emperador habria partido en caso de que los conservadores no hubiesen echado mano de este recurso estremo. En esos dias la resolucion de abdicar y de volverse á Europa habia perdido mucho de su primera intensidad, en vista de la actitud provocativa de los franceses, y á consecuencia del calor con que Márquez y Miramon presentaban y trataban la cuestion bajo el punto de vista militar. A pesar de todo esto, cuando el emperador convocó á los dos Consejos, estaba firmemente resuelto á anunciarles la abdicacion y los motivos que para ello tenia, sin entrar en ulteriores discusiones.

"*Deseo de salir; llamado de los Consejos.*" Tales son las palabras con que el emperador se espresa terminantemente en sus apuntes.

Esa habria sido la única solucion de aquella crísis. Pero habíase dado ya un paso atrás, por cuanto en el autógrafo en que anunciaba á los dos Consejos reunidos la resolucion suya de restituir á la Nacion su mandato, manifestaba juntamente la idea de estar pronto á hacer nuevos sacrificios por la patria.

El tenor del autógrafo, que Lares leyó al abrirse la sesion, era el siguiente:

"La gravedad de las circunstancias porque está pasando nuestra patria, nos há persuadido á llamar á nuestro lado á los consejeros de nuestro gobierno, para poder con el apoyo de su sabio é ilustrado juicio hallar la manera de conducir á un bueno y legal desenlace la crísis que estamos atravesando.

"Difícil deber es el que nos incumbe en este momento; pero estamos persuadidos de que el bien de la patria exige su cumplimiento por parte nuestra.

"Despues de haberlo pesado todo larga, cuidadosa y maduramente, apartándonos de todo espíritu de partido, de toda pasion, hemos llegado ya á la firme creencia de que era estricto deber nuestro restituir en manos del pueblo mexicano el mandato que nos confió.

"Los motivos que nos han inclinado á tomar esta firme resolucion, son los siguientes:

"Primero: la persistencia de la guerra civil, la cual con grande amargura nuestra va prolongándose mas y mas, con derramamiento de la sangre de nuestros mejores conciudadanos.

"Segundo: la hostilidad de los Estados-Unidos, la cual diariamente se va marcando mas.

"Tercero: la declaracion que nuestros aliados nos han hecho, de que por razones de política no están ya en disposicion de continuarnos su apoyo. Además, en estos dias ha

llegado á nuestro conocimiento, por conducto de los representantes de Francia, que entre el gobierno frances y el de los Estados-Unidos se han abierto negociaciones para llevar á cabo una union con la cual se ponga término á la guerra civil que desde hace tanto tiempo aflige á nuestro territorio. Tambien se nos participó, que segun la opinion de la mayor parte de los americanos este intento no podria lograrse, á menos que por la mediacion de los dos Estados, no se instaurase un nuevo gobierno con la forma republicana.

"Seriamente nos preocupa la idea de ser un obstáculo al logro de ese intento; sin embargo, á pesar de que la Divina Providencia ha querido destruir nuestra felicidad doméstica, y estén por lo mismo abatidas nuestras fuerzas y nuestro valor, no vacilarémos un instante en hacer cualquier sacrificio en aras de la patria.

"Por tanto: hemos llamado aquí á nuestro Ministerio y á nuestro Consejo de Estado, los cuales nos tienen ya dadas tantas pruebas de fidelidad y adhesion, para que en union nuestra busquen la manera de vencer atinadamente tantas dificultades."

"MAXIMILIANO."

Veintitres personas concurrieron á la sesion; el resultado de la votacion fué como sigue:

Dos miembros liberales del Consejo de Estado, Siliceo y Cortés Esparza, opinaron esplícitamente por la abdicacion, fundando sus votos en las mismas razones aducidas por el emperador en el autógrafo.

Diez, uno de los cuales fué el presidente del Consejo, hablaron en sentido contrario, opinando esplícitamente que el emperador debia quedarse, que así lo pedia el bien de la Nacion, y que para salvar á esta se debia pensar sériamente en fortalecer el imperio.

Una tercera fraccion de once votos, no desechó en principio la idea de la abdicacion; pero fué de parecer, que no era ese el momento oportuno para llevar á cabo una resolucion de tanta importancia.

En apoyo de su opinion adujeron las mismas razones que los republicanos, aunque no tan directamente; pero sí espusieron, en forma de deseo, la súplica al emperador, de que permaneciese en el puesto, al menos mientras se aseguraban los intereses comprometidos por el imperio.

Antes de referir la contestacion del emperador, creo oportuno comentar los móviles secretos de aquellas diversas opiniones.

Tocante al voto de los liberales que pedian la abdicacion, voto en que se traducia el pensamiento de los dos republicanos–imperialistas, no habia en él mas mira que la de una transacion con los liberales, ó mas bien con la república, la cual tenia que suceder necesariamente al imperio.

El voto de los diez era estrictamente conservador. Para estos no habia mas recurso que tratar de conservar el imperio á toda costa; el odio de los republicanos contra su partido, no les dejaba otro arbitrio. Solamente bajo el imperio podian los conservadores sostener su importancia, y de él solamente les era dado esperar que sus intereses no sufriesen mayores pérdidas. Imposible era una alianza entre ellos y los republicanos. En su prolongada lucha, y á consecuencia de las repetidas y crueles represalias de unos y otros, los liberales y los conservadores no eran ya solamente adversarios políticos, sino encarnizados enemigos; no habia que pensar en que ambos se reconciliasen, mucho menos si los republicanos volvian al poder.

En una y otra de estas opiniones, habia al menos una sombra de pensamiento político; en donde ni eso habia, era en la mayoría de los once, la que se pronunció por la per-

manencia condicional, ó mejor dicho, por la abdicacion condicional.

El voto de esos once fué propuesto y formulado por Lacunza, por aquel mismo Lacunza que la víspera habia hablado á Maximiliano con tanto calor de deber, de honor, de sacrificios. La conducta de este hombre basta para dar idea de todo su partido, al cual no encuentro un nombre exacto y apropiado con que designarlo. Dábanse ellos el de moderados. Firmes ayer, y animados de las mejores intenciones, ostentaban hoy descaradamente su egoismo; ambiguos siempre, y sin guardar consideraciones ni á los amigos ni á los enemigos.

Decian los dos liberales que era imposible un imperio en México; sostenian los conservadores netos que el imperio era la única forma de gobierno posible; los *moderados*, esos no hablaban mas que de sí mismos. "Debe quedarse el emperador," decian ellos, aunque estaban persuadidos de que no podria sostenerse mucho tiempo; querian que subsistiese el imperio, pero solo el espacio suficiente para que ellos pudiesen asegurar sus intereses.

Este partido era, si se quiere, el mas sincero al decir que el emperador debia sacrificarse. Y se sacrificó: podia tenerse por consumado el sacrificio, desde el momento en que Maximiliano cediendo á las instancias de la mayoría de ambos Consejos contestó, que estaba resuelto á tomar de nuevo las riendas del gobierno.

Su respuesta á Lares fué del tenor siguiente:

"*Mi querido ministro:*

"Profundamente nos han conmovido las pruebas de lealtad y adhesion que hemos visto consignadas en las actas de las sesiones que ayer celebraron el Consejo de Estado y

el de ministros, y que nos fueron entregadas por los respectivos presidentes. Ni un instante hemos vacilado en seguir el camino que nos señala el deber y el amor patrio.

"Dispuestos á cualquier sacrificio que el bien de la Nacion pudiera exigirnos, creemos sin embargo que debemos preveer por nuestra parte lo que se necesita para que semejantes sacrificios no sean estériles.

"En caso de acceder á las peticiones de nuestro Consejo de Estado y de ministros, y de tomar en tal virtud una firme resolucion, deseariamos una solucion práctica del actual órden de cosas, conforme á los medios que creemos necesarios é indispensables, si ha de ser provechoso el sacrificio que el bien de México nos exige, para que se logre el fin que tan vivamente deseamos.

"I. Convocacion de una asamblea nacional, hecha de manera que garantice la representacion mas ámplia posible de todas las clases del pueblo mexicano. Esta asamblea no deberá reunirse para solo deliberar sobre la forma ulterior de gobierno, sino tambien para establecer el órden, fijando y mejorando las leyes constitucionales. Nuestro Consejo de Estado deberá determinar el punto en que habrá de reunirse la asamblea, establecer la manera con que hayan de hacerse las elecciones, y procurar por los medios mas apropósito, que claramente resulte estar garantizada la representacion completa de todos los ciudadanos mexicanos.

"II. Se deberá pensar en los recursos financieros, que garanticen suficientemente el pago de los gastos del gobierno. En este punto, habrá que tener presentes las proposiciones de proyectos preparados ya por nuestro ministro de Hacienda.

"III. Será necesario dar la ley para la conscripcion, y para el arreglo del ejército nacional.

"IV. Deberán proponerse leyes para la colonizacion del territorio.

"V. Deberán proponerse medios apropósito, para conducir á una solucion la cuestion pendiente entre México y Francia.

"VI. Igualmente deberán proponerse los medios de restablecer la buena inteligencia con los Estados-Unidos.

"Si nuestro Ministerio y nuestro Consejo de Estado se hallan en aptitud de proponernos los medios para llegar á una solucion segura y práctica, entónces continuaremos nuestra tentativa, perseverando con franca y buena voluntad en la difícil obra de la regeneracion de México."

"MAXIMILIANO."

"*Llamada de los Consejos; dictámen y apelacion al deber y al honor.*" Tales son las palabras que sobre este doloroso punto se leen en el manuscrito del emperador.

No podia caber duda en que los ministros y los consejeros de Estado presentes en Orizaba aceptarian las condiciones puestas por el emperador. Con la declaracion de Maximiliano de que queria renovar la tentativa de gobernar el país, habian logrado su objeto, y encadenado al emperador á su partido, contra su voluntad y sin que él mismo lo echase de ver. En cuanto á la posibilidad de cumplir con las condiciones propuestas, ni siquiera lo pensaron un momento, ni ménos manifestaron al emperador las dificultades con que no podia ménos de tropezar, aun en las hipótesis mas favorables, el cumplimiento de una sola parte de su programa. Aceptaron ciegamente todas las condiciones, y obraron de la misma manera que si el cumplirlas fuese juego de niños. Hubo en esto una gran falta de honradez por parte de los conservadores, y aunque indirectamente, por parte tambien del padre Fischer.

Si los conservadores y sus aliados en aquel momento, es decir, los *moderados*, hubiesen tenido siquiera una sombra de honradez, habrian debido declarar, y con ellos el padre

Fischer, que era imposible aceptar las condiciones puestas por el emperador, desde el momento en que no habia ni la mas remota esperanza de poderlas cumplir.

La mayor parte del territorio, como dije ántes, estaba en poder de los republicanos, los cuales siguiendo paso á paso á los franceses que se retiraban y concentraban en el Valle de México, iban ocupando una tras otra las plazas abandonadas por estos. Por solo este motivo era ya absolutamente imposible la convocacion efectiva y general de una asamblea nacional, y esta era sin embargo la primera y mas importante de las exigencias del emperador.

Por lo que toca á los recursos financieros, persuadido estoy de que los ministros sabian muy bien que aun cuando hubiesen tenido toda la buena voluntad de que completamente carecian, no habrian estado en aptitud de hacer lo mas mínimo por aliviar la positiva miseria del erario.

Y en la imposibilidad real de proveer al mejoramiento de la Hacienda pública, estaba imbíbita la imposibilidad de arreglar el ejército nacional, como tambien la de colonizar el territorio.

Por otra parte, dejando á un lado la cuestion pendiente con Francia, no era por cierto hacedero el avenimiento con los Estados-Unidos, sino hasta despues de que el imperio hubiese adquirido sólida consistencia.

La verdad es, que Maximiliano no se hacia ilusiones sobre el estado de las cosas, puesto que en su autógrafo decia: "Si nuestro ministerio y nuestro consejo de Estado se hallan en aptitud de proponernos los medios para llegar á una solucion segura y práctica, entónces continuaremos nuestra tentativa, perseverando con franca y buena voluntad en la difícil obra de la regeneracion de México." Aun cuando hubiese tenido la persuasion de que no habia ninguna probabilidad de poderse sostener en el trono, todavía no podia partir sin esponerse á que los conservadores le acusasen de

no haber hecho la última tentativa para defender su buen derecho, en favor del cual podian surgir casos imprevistos, eventos favorables; como que estos sucesos eran los que los conservadores tenian buen cuidado de hacer entrar en sus cálculos.

Para justificar mi severo juicio sobre el ministerio conservador, quiero aducir todavía otro hecho, del cual hace mencion Mr. de Kératry. Cuando el 21 de Octubre en Soquiapan derogó el emperador la ley marcial de 3 de Octubre de 1865, segun tengo ya referido, y con ocasion de conferenciar en México el mariscal Bazaine con el ministerio acerca de esa disposicion del emperador, Lares y Marin se mostraron poco inclinados á secundar tan justa y generosa medida, por manera que el decreto relativo fué relegado formalmente *ad acta.*

Fácil es, por lo dicho, calcular con certeza lo que pensaban y el caso que hacian los ministros, ya de la idea del congreso, ya de todos los demas puntos contenidos en el autógrafo del emperador, á pesar de que en Orizaba se adhirieron á cuanto se les propuso.

Segun se vió mas tarde, contrariaron particular y directamente el proyecto de congreso, el cual habia tenido ya secretos opositores en la junta de Chapultepec. En lo que ménos pensaban ellos era en una solucion pacífica; no querian mas que la guerra, cuyos azares, segun lo demuestra la historia toda de México, mas de una vez lograron salvar causas que parecian irremisiblemente perdidas.

La decision del emperador de regresar á la capital, fué acogida por los conservadores como era de esperarse, con trasportes de júbilo. La grata noticia fué enviada por el telégrafo á México, á Puebla, y hasta á los lugares mas pequeños. En la noche del 30 de Noviembre se participó al emperador que en Orizaba se iba á hacer una gran demostracion con antorchas, músicas, iluminaciones, etc., pero

la tal noticia no le agradó mucho. "Paréceme esto, me dijo, muy inconveniente por parte del ministerio; deberia manifestar su actividad de una manera mejor: trabajar, procurar dinero y soldados; esas vanas demostraciones están fuera de lugar, tanto mas, cuanto que hasta ahora no han hecho otra cosa que hablar y solo hablar." Al mismo tiempo mandó decir, por intermedio del ministro de la casa imperial, Arroyo, al prefecto de Orizaba, que impidiese la tal demostracion; pero los conservadores no abandonaron por eso la empresa. Su intento era hacer gala de la persona de Maximiliano y de su popularidad, sin tener en cuenta consideraciones mas sérias; y demostrar al mismo tiempo al emperador cuánto se alegraba de su permanencia la poblacion; solo que este no se dejó cojer en el anzuelo de aquella comedia, segun la llamaba.

Llegó el pueblo delante del palacio, con gritos y vivas. Forzoso me fué volver á hacer mi papel de portero; y así dije á Lares, que andaba con vivacidad febril agitando y pidiendo que se presentase el emperador á la gozosa muchedumbre: "Ya se acostó S. M., está enfermo, y mi deber es evitarle cualquier desarreglo." Encargóseme ademas decir á Lares, que desde el balcon del palacio hiciese presente á la poblacion la gratitud del príncipe.

La demostracion, en tanto, siguió tranquilamente su carrera conforme al programa; solo falló completamente el golpe teatral preparado por los conservadores, que consistia en mostrar al emperador en connivencia con ellos.

Antes de pasar á referir cómo partió Maximiliano de Orizaba, me detendré un momento á describir el método de vida que allí seguia.

En los primeros dias de su llegada, postrado el ánimo, delicada la salud, se mantuvo constantemente encerrado en el palacio, sin ver á nadie mas que al padre Fischer, al profesor Bilimeck y á mí.

Mejorado que se hubo su salud, despertóse en él su genial laboriosidad, y cambió de método. Por las mañanas despues del almuerzo, á eso de las diez, y por las tardes á cosa de las cuatro, salia con el profesor y conmigo. A media legua de la ciudad se apeaba del carruaje, y durante algunas horas paseábamos por aquellos campos, cuya variada vegetacion de *yucas*, ricinos, acacias y café, cuyas verdes praderas ricamente esmaltadas de flores, recreaban la vista del modo mas agradable.

En aquellos paseos solitarios por los contornos nada seguros de Orizaba, debiamos parecer á los transeuntes tres naturalistas ni mas ni ménos; guiados por el profesor Bilimeck, incansable coleccionador de objetos de historia natural, y á quien no distraian los cuidados políticos de sus habituales ocupaciones, armados de redes gigantescas y de otras mas pequeñas para mariposas, haciamos la guerra á los insectos que el profesor buscaba entre los carcomidos troncos de los añosos árboles. El emperador mismo cazaba empeñosamente; quien no lo hubiera conocido, habria llegado á figurarse que si emprendia aquellas escursiones era solo por ayudar al profesor en su guerra contra aquellos *inocentes animalitos*, como decian los indios que en actitud verdaderamente cómica nos estaban admirando.

En un principio, y mientras tenian lugar los tratos con Márquez y Miramon, y las sesiones de los ministros y consejeros, daba el emperador aquellos paseos de naturalista únicamente por distraerse; pero despues, ya tuvo otra mira, de la cual me habló varias veces. Soplaba en Orizaba el viento francés, francesa era la guarnicion, y el emperador no se fiaba sino hasta cierto punto de la guardia de honor que le habia dado el coronel Poitier. Trataba de vigilarlos, y para que no sospechasen su pensamiento se andaba por los campos en son de naturalista. Notorios eran la inclinacion del emperador por la historia natural y sus cono-

cimientos en ese ramo; así, pues, los ojos mas suspicaces no hubieran descubierto en aquellas escursiones nada de estraordinario ni de calculado, y ademas durante ellas se veia libre de las miradas de esploradores y espías.

En aquellos paseos solitarios, tenia el emperador con Miramon entrevistas que deseaba ocultar á los ojos de lince de los franceses; y por último, aquellas inocentes ocupaciones en circunstancias tan graves, no ménos que el sencillísimo método de vida que el emperador seguia durante su permanencia en Orizaba, tendian á otro fin.

Queria Maximiliano persuadir á los mexicanos, de que su designio de abandonar el país era un pensamiento sério, y de que no gustaba del fausto y esplendor de la corona imperial. Los mexicanos, como todo pueblo que aun no está suficientemente culto, no se dejan llevar sino de la esterioridad: un emperador sin corte, sin fausto, no les debe parecer sino como una mariposa que ha perdido el polvo que esmaltaba sus alas: no podia, pues, Maximiliano dar á entender mejor el poco caso que hacia de aquella corona, que viviendo sin corte, sin fausto, y presentándose en el coche del hacendado Sr. Vallejo, coche al que hasta mucho despues le hizo la concesion de agregarle un tiro de seis.

No habia que esperar que los mexicanos pudieran figurarse, ni remotamente, la cruda lucha que el emperador hubo de sostener en su ánimo durante las últimas semanas; por eso Maximiliano, sabiendo perfectamente que no habian de comprender la abnegacion de que habia dado pruebas al consentir en quedarse, trató de buscar otro arbitrio para convencerles de que ninguna consideracion personal sino solo el bien del país era lo que le detenia.

En los últimos dias le acompañaba tambien á sus escursiones el padre Fischer; pero como no era muy aficionado á andar á pié, quedábase las mas veces en el coche, acompañándole yo, mientras el emperador y Bilimeck se ocupa-

ban de su zoología. En una de esas ocasiones, me acuerdo que el padre se espontaneó conmigo. Sentíase contento y feliz al pensar en que poseía la confianza del emperador; un solo pensamiento turbaba un tanto su felicidad: "Persuadido estoy, me dijo, de que el emperador me tiene por honrado y por franco; pero temo que me tenga por inmoral." Por estraña que hubiese de parecerme semejante confesion á mí, que en mi calidad de médico no acostumbro juzgar con mucha severidad la pretendida moralidad de los sacerdotes, creí, sin embargo, que debia consolarle diciéndole, que no tenia razon al creer que el emperador sospechase de su moralidad.

Aquella inquietud del padre Fischer tenia seguramente su orígen en los muchos rumores que circulaban tocante á su vida privada, rumores que él temia pudiesen llegar á oidos del emperador.

CAPITULO VIII.

Agitaciones en México.—Proclama del emperador á la Nacion.—Circular del subsecretario de Estado, Pereda, á las legaciones y á las córtes extrangeras.—Autógrafo del emperador á los comisarios imperiales.—Sherman y Campbell.—Division militar del territorio.—Disolucion del cuerpo franco-austro-belga.—Manifiesto del emperador á los austro-belgas.—Protesta de los oficiales franceses contra Bazaine.

ECO de la demostracion de Orizaba fueron las felicitaciones y las protestas de adhesion, que llegaron de todas las localidades en donde los conservadores tenian libertad de obrar. Aun de la capital, en la que la opinion pública se pronunció en sentido favorable, llegaron felicitaciones, algunas de ellas de parte de los mismos liberales.

Estas últimas eran de suma importancia, por ser cosa muy distinta de las actas de adhesion sugeridas á las magistraturas y á las administraciones por los conservadores, en donde quiera que su partido prevalecia. Revelábanse en ellas las aspiraciones de aquella fraccion del partido liberal, conocida con el nombre de *Maximilianistas.*

Tan luego como el emperador salió para Orizaba, tuvo lugar en favor suyo una revolucion en la opinion pública, revolucion que hubiera tenido consecuencias duraderas, á haber sacado de ella partido honradamente. La eventuali-

dad de la abdicacion ponia el *quid nunc* á la vista de los pocos que en medio de aquel furor de contiendas y de partidos poseian aún verdadero patriotismo. Comprendian estos, que con la caida del imperio no cesaba la guerra civil; y que la reconciliacion de los diversos partidos bajo un príncipe liberal, superior á esos mismos partidos como habia mostrado serlo Maximiliano, era lo que debia buscarse de preferencia á todo. Para hacer mas eficaces las tentativas en este sentido, se agregaba el temor de perder la independencia nacional. Tenian á la vista el ejemplo, la amenaza, de la suerte que cupo á Tejas, suerte que tambien podia caber á México.

Era esta la última coyuntura de la que se podia y debia sacar partido; pero los conservadores se desentendieron de toda declaracion conciliadora; y mientras una fraccion imponente, animada del deseo de arreglar de un modo estable las cosas se hallaba pronta á cualquier eventualidad, los conservadores no hicieron realmente nada de cuanto hubiera podido hacer creer que estaban dispuestos á transar. Tal solucion no podia tenerles cuenta á los conservadores, quienes á todo trance querian dejar abierto el portillo á la reaccion.

Necesitaban la guerra para aprovecharse de la victoria, y su respuesta fué: "Márquez y Miramon."

Bastaba con estos dos hombres para hacer imposible cualquier transaccion con los liberales, por cuanto ninguno de este partido habria entrado en relaciones con Miramon, y mucho ménos con Márquez, empapado aún en la sangre de las víctimas de Tacubaya. Y estos dos hombres fueron justamente los que el padre Fischer y el ministerio indicaron al emperador como los "salvadores de la patria," como los únicos que por su valor, por su esperiencia, por su antigua fortuna militar, eran capaces de asegurar á su causa el triunfo contra los rebeldes.

Con el autógrafo del emperador á Lares, comenzó la nueva fase del gobierno, despues del interregno del 21 de Octubre al 30 de Noviembre.

El 1º de Diciembre dirigió el emperador á la Nacion la siguiente proclama:

"Mexicanos:

"Motivos de la mas alta importancia, estrechamente ligados con la prosperidad de la Nacion, á los que se agregó la desventura doméstica que nos ha herido, nos condujeron á la persuacion de restituiros el poder que nos habíais confiado.

"Nuestro ministerio y el Consejo de Estado, á quienes llamamos cerca de nos, fueron de opinion que el bien de México exigia que conservásemos ese poder, y por lo mismo juzgamos estricto deber nuestro adherirnos á su dictámen. Pero al hacerlo, hemos manifestado al mismo tiempo el deseo de que se convoque, bajo las mas ámplias y liberales bases de eleccion, una asamblea nacional en la que estén representados todos los partidos. Esta asamblea deberá decidir si ha de continuar subsistiendo el imperio; deberá proponer las leyes necesarias para consolidar las instituciones públicas.

"En estos momentos, nuestros consejos se ocupan de proponernos los medios mas adecuados para ese fin, y al mismo tiempo deberán proponer las medidas mas oportunas para alcanzar en este sentido la concordia entre los diversos partidos.

"Hasta entónces, mexicanos, fiamos en vosotros todos, sin exceptuar á los que tienen distintas opiniones; y nos esforzaremos en continuar con valor y constancia la obra de regeneracion que habeis encomendado á vuestro conciudadano.

MAXIMILIANO."

Esta proclama fué así mismo enviada á todas las córtes extrangeras, con la siguiente circular del sub-secretario de Relaciones, Pereda:

" *México, Diciembre* 10 *de* 1866.

" S. M. el emperador Maximiliano, al decidirse á aceptar la corona de México, no quiso hacerlo sin estar seguro de la voluntad de las poblaciones, consignada en las actas emanadas de las poblaciones mismas, ni sin la seguridad de apoyo ulterior por parte de los aliados, quienes debian, segun lo manifestaron terminantemente, ayudar á la pacificacion del país; ni finalmente, sin el auxilio de los recursos financieros estraordinarios, que debian completar los ordinarios, que por las circunstancias del país no era posible encarrilar en las vías habituales.

" Para este fin se estipularon tratados y convenios, segun los cuales quedó firmada una estrecha y fuerte alianza de la manera mas solemne, para el restablecimiento de la paz. Entre tanto, la guerra civil fué prolongándose mas de lo que en un principio se creyó, y esto á pesar de las concesiones que el emperador hizo á los disidentes. Los esfuerzos del gobierno para crear un ejército nacional, se estrellaron en los mas grandes obstáculos, originados de varias causas, consumiéndose entre tanto inútilmente los fondos destinados á ese objeto, por manera que el gobierno se vió obligado á recurrir á las mas ruinosas operaciones de crédito, las cuales agravaron mucho mas las ya gravísimas circunstancias del erario.

" En este estado de cosas, S. M. el emperador Napoleon participó, que por razones de alta política no le era ya posible prestar al imperio su ulterior apoyo ni con armas ni con dinero; y que las tropas francesas tenian que retirarse ántes de la época fijada en los tratados.

"En consecuencia, las tropas francesas comenzaron á poco á concentrarse, y de esta concentracion resultó, como era de esperarse, que las ciudades, pueblos y tierras cuya defensa no pudo por falta de fuerzas asegurar de pronto el gobierno mexicano, fueran tomadas acto contínuo; y hoy, la mayor parte de las localidades abandonadas por los franceses han caido en manos de los disidentes, y muchas en poder de las gavillas de bandoleros.

"Esta conducta de la potencia aliada, la cual faltó en los puntos de mayor interés á cuanto habia prometido formalmente, y la noticia de la partida inminente de las tropas del territorio, que por lo mismo cesaba de estar protegido por los franceses, aumentaron, como era natural, el atrevimiento de los disidentes, al paso que desalentaban en igual proporcion á los amigos y defensores del gobierno actual.

"De esta manera se fué estendiendo la revolucion, no ya por su fuerza intrínseca, sino por la circunstancia de que mientras en su mayor parte quedaba abandonado é indefenso el territorio nacional, crecia el atrevimiento de los enemigos del órden de cosas existente, por la persuasion de que ya no tenian que ponerse frente á las tropas francesas. De aquí es que el derramamiento de sangre tomaba mayores proporciones, y la guerra civil dejaba marcado su camino con la devastacion de las propiedades, con la ruina y con el incendio.

"En medio de esta crísis deplorable, no estaban ociosos los Estados-Unidos, quienes siempre habian visto con malos ojos una intervencion política extrangera en México; y llegó á conocimiento de S. M. el emperador, haberse iniciado negociaciones entre el gobierno francés y el de los Estados-Unidos para llegar á una mediacion franco-americana, que habria debido poner término á la guerra civil que destroza al país; añadíase que era inevitable que el nuevo gobierno que debia establecerse bajo la proteccion de las po-

tencias mediadoras, tendria que asumir la forma absolutamente republicana.

"En consecuencia, las esperanzas del gobierno de S. M. el emperador, fundadas en gran parte en la lealtad del gobierno francés, y en la continuacion del apoyo de este en tanto que se lograba establecer sólidamente el nuevo imperio, eran cada vez mas remotas. En efecto; léjos de haberse alcanzado la pacificacion del país, la guerra civil se prolongaba mas; los disidentes se apoderaban á su antojo de todas las localidades indefensas; continuaba derramándose lastimosamente la sangre de los ciudadanos. Los gastos de guerra absorbian todas las rentas, y los tratos entre Francia y América debian, segun se dice, tener por base condiciones incompatibles ya con la continuacion del imperio, ya tambien con la integridad del territorio nacional.

"Despues de tantos afanes y de tantas pruebas en vano, en presencia de una situacion tan difícil y tan extraordinaria, S. M. consideró como de estricto deber el restituir á la Nacion el poder que esta le habia confiado; tanto mas, cuanto que prometiendo la proyectada alianza restablecer en México la paz con la esclusion de la monarquía, de ningun modo podia ser obstáculo para el desarrollo ulterior de tal designio.

"Con abnegacion mayor que la que mostró al aceptar la corona, se decidió el emperador á hacer en las aras de la patria el sacrificio de la abdicacion.

"Pero ántes de llevar á cabo un acto de tanta importancia, quiso esplorar la opinion de sus ministros y del Consejo de Estado, á quienes llamó para el efecto cerca de sí á Orizaba, adonde se habia dirigido de antemano por razones de salud.

"Hizo presentes S. M. á los dos cuerpos, todas y cada una de las dificultades ya mencionadas, y ambos opinaron que su abdicacion en las actuales circunstancias léjos de quitar

del medio las complicaciones existentes, traeria consigo infaliblemente la ruina del país, la pérdida de la libertad y de la independencia de la Nacion, y el total aniquilamiento de la raza mexicana.

"En esa junta, se espresó la opinion de que la responsabilidad de la sangre derramada recae sobre el que mantiene con pertinacia una lucha, que para la defensa de los intereses sociales, y para garantizar la existencia misma de la Nacion debe de continuarse; que para sostener intereses tan sagrados, debia recurrirse á todas las fuerzas del país; que era preciso levantar un ejército nacional y hacer los mayores esfuerzos; pero que al mismo tiempo no debian dejar de tenerse en consideracion las relaciones políticas en el esterior, y la forma interior del gobierno, sobre cuyos asuntos solo á la Nacion tocaba decidir.

"A consecuencia de estas declaraciones de los dos cuerpos, quiso todavía el emperador someter la ejecucion de sus designios á una solucion práctica de las varias importantísimas cuestiones pendientes, ya políticas, ya administrativas, á fin de que el sacrificio que estaba dispuesto á hacer con seguir empuñando las riendas del gobierno, no fuese un sacrificio estéril, sino capaz de alcanzar el fin que se intentaba.

"Entre las condiciones puestas por el emperador, la mas importante es la convocacion de una asamblea nacional, bajo las bases de eleccion mas ámplias y libres. Deberán tomar parte en ella los partidos políticos de todos los colores, y decidir ante todo si debe continuar el imperio, ó cuál haya de ser la forma de gobierno de la Nacion. El Congreso deberá proponer, ademas, las medidas mas apropósito para alcanzar el completo y definitivo arreglo del país, y dar especialmente su opinion sobre la mejor manera de reponer la hacienda pública; deberá proponer, en fin, una ley de colonizacion en grande escala.

"La necesidad de examinar maduramente todos estos puntos importantes, fué reconocida tanto por parte de los ministros como del Consejo de Estado; este último ha tomado á su cargo el discutirlos, y está preparando los proyectos referentes á diversas particularidades.

"En virtud de cuanto antecede, S. M. adhiriéndose al parecer de los dos Consejos, está decidido á continuar rigiendo el gobierno que la Nacion le confió, y se consagra de nuevo con valor y perseverancia á proseguir la obra de regeneracion.

"Para poner en conocimiento del país su determinacion de convocar una asamblea nacional, S. M. ha publicado últimamente en el número 183 del *Diario del imperio* la proclama cuya cópia adjunto, y al mismo tiempo ha sancionado ya algunas leyes destinadas á proveer á las necesidades mas urgentes del erario; así como tambien ha dictado ya las órdenes oportunas para la formacion de un ejército independiente, el cual, con el apoyo de los franceses durante el tiempo que estos continúen permaneciendo en el país, deberá procurar la pacificacion de este, tan ardientemente deseada por todos los buenos mexicanos.

"Aseguró á S. M. en estos dias S. E. el Sr. mariscal Bazaine, de acuerdo con las instrucciones que ha recibido de su soberano, que las tropas francesas durante todo el tiempo que continúen ocupando el territorio nacional, continuarán tambien prestando su apoyo á las disposiciones del gobierno, y cooperando al restablecimiento del órden y de la paz.

"Cumpliendo con las órdenes de nuestro soberano, tengo el honor de participaros cuanto antecede, á fin de que lo pongais en conocimiento del gobierno cerca del cual estais acreditado; autorizándoos ademas, para que deis lectura de esta nota al ministro de negocios extrangeros, así co

mo tambien para dejarle copia de ella, siempre que así lo desee.—*De órden, etc.*

"*El sub-secretario de Estado, y del ministerio de Relaciones,*

JUAN NEPOMUCENO DE PEREDA."

Asimismo, y con ocasion de la proclama mencionada ántes, dirigió el emperador la siguiente carta á los comisarios imperiales, Salazar Ilarregui, Luis Robles, José Esteva, Domingo Bureau é Iribarren:

"Mi querido Comisario:

"Por los documentos oficiales, y especialmente por mi manifiesto á la Nacion, habreis comprendido cuáles son mis intenciones en los asuntos políticos. Querria yo intentar, si posible es, resolver las difíciles cuestiones que ahora mas que nunca nos afligen, y que dividiendo á nuestra patria en partidos no solamente la debilitan, sino que no pueden ménos de convertirla en fácil y segura presa de nuestro poderoso vecino.

"Si los diversos partidos se adhiriesen á la idea de la convocacion de una asamblea nacional, se pondria término al doloroso derramamiento de sangre de nuestros compatriotas, lo cual satisfaria uno de mis mas antiguos y mas ardientes deseos. Con la aceptacion del pensamiento de la asamblea, se abriria al mismo tiempo á los diversos partidos ancho y libre campo para manifestar y hacer prevalecer sus aspiraciones.

"El poder se deriva de la Nacion, por cuanto la Nacion sola, reunida, y legalmente representada, puede decidir de una manera estable sobre la forma de gobierno y el porvenir del país.

"Yo seré el primero en sujetarme de buen grado á la decision legal de la Nacion, sea cual fuese.

"Entre tanto, para lograr una verdadera representacion nacional, en la que se encuentren reunidos los partidos todos, se necesitan dos cosas, que recomiendo sin pérdida de tiempo al celo que desplegais por la causa del imperio.

"Es menester ante todo, hacer saber por todos los medios posibles, tanto á los partidarios del imperio como á los disidentes, que las ideas desarrolladas en mi programa son esencialmente leales, como espresion de mi profundo convencimiento, y que no se debe de buscar en ellas un pensamiento oculto ni disimulado, como tampoco la influencia de cualquier partido.

"Tengo la firme resolucion de dar, como leal mexicano, á mis conciudadanos el ejemplo de que yo seré el primero que me apresuraré á sujetarme á lo que decidan los representantes legales de la Nacion.

"Para dar á conocer estas mis determinaciones, podeis serviros de todos los medios legales, directos é indirectos, como correspondencia é imprenta, y aun valeros de la influencia misma del clero.

"En segundo lugar será preciso que procureis poneros en relacion con los principales gefes de los disidentes, para tratar de inclinarlos á que se adhieran al pensamiento de una asamblea nacional, establecida en principios neutrales, y en la que les será fácil esponer y patrocinar sus deseos, para que en tanto se ponga término á la desgraciadísima guerra civil.

"Y si entre ellos se encontrase alguno que abrigase un sentimiento muy natural de desconfianza, yo estoy en la mejor disposicion para recibirlo en lo particular, y para darle personalmente mi palabra de honor de que en el nuevo programa de mi gobierno no existe ninguna idea ambigua.

"Trabajando con vuestra acostumbrada lealtad y reconocido celo en este sentido, que á mi juicio puede alcanzar la salvacion duradera de nuestra querida patria, podeis es-

tar mas que nunca persuadido de mi reconocimiento y amistad.

"Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO."

El 2 de Diciembre llegó de Veracruz la noticia de que los americanos Campbell y Sherman desembarcaron allí; pero que inmediatamente se habian vuelto á marchar. Llegaban en la firme persuasion de que el emperador estaba ya caminando para Europa, y traian órden de tratar directamente con Juarez. No fué poca su contrariedad al saber que no solamente estaba todavía el emperador en México, sino que habia resuelto permanecer; no les quedó, pues, mas recurso que desandar en el acto su camino.

Despues de la proclama del emperador, se publicaron algunas disposiciones de los ministros; las que dictó especialmente Campos, sub-secretario de Hacienda, bastan por sí solas para comprender lo que realmente valian las promesas hechas en Orizaba.

Continuamente hablaban los ministros de ricas fuentes de recursos, desconocidas para los demas, y que ellos podian esplotar; ya se iban descubriendo, por fin, cuáles eran esas famosas fuentes.

Para crear un fondo de instruccion pública, se decretó una lotería nacional con doce estracciones al año, y con billetes de á cinco y diez pesos; decretáronse ademas, cuatro nuevas contribuciones: una sobre el tabaco, del 16 por 100 *ad valorem;* otra del 6 por 100 sobre la industria, la cual se calculaba que produciria unos dos millones de pesos; la del 6 por 100 sobre la propiedad; y por último, la del 2 por 100 sobre inquilinatos.

Estas contribuciones deberian comenzar á causarse á mediados de Enero de 1867, y lo que es en el papel rendian un magnífico producto.

No podia dar el ministerio una prueba mas patente de miseria, al esperar que se mejorase la Hacienda pública por medio de nuevas contribuciones. El caso era, que solo las ciudades de México, Puebla, Orizaba y Veracruz, estaban en disposicion de pagar las tales contribuciones, y eso, únicamente cuando se recibian noticias desfavorables para los disidentes. Mientras no se procurase en el acto dinero contante en abundancia, los mejores proyectos financieros, (y los de Campos no merecian tal nombre) quedaban reducidos á meros proyectos. No de otra manera se puso mano al arreglo del ejército.

Un europeo difícilmente comprenderá esto de levantar un ejército sin dinero y sin soldados; pero en México las cosas andan de muy diversa manera; solo quien haya conocido las circunstancias del país, puede formarse alguna idea de cómo se procede en el particular. Los soldados se reclutan á la fuerza; apenas se les coje, se les encierra en los cuarteles, sin lo cual no quedaria uno. A los oficiales se les promete un sueldo mensual que se les paga por quincenas; en cuanto á vestuario y uniforme, no es asunto de gran dificultad, como que la tropa no está destinada á lucir sino únicamente á batirse; por otra parte, es el clima tan suave, que un ejército mexicano puede llevarse á campaña aun sin uniformes.

Hicieron los ministros todos los esfuerzos posibles; llegaron á reunir algun dinero, el suficiente para levantar las primeras compañías, y en obsequio de la verdad el arreglo del ejército se continuó con empeño, bien que habian transcurrido ya algunas semanas.

Quedó dividido el territorio de México en tres grandes distritos de pacificacion. El mando del primero, que comprendia California, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Nazas, Durango, Nayarit, Jalisco y Colima, se confió á Miramon, como gefe del primer cuerpo de ejército que aun no existia.

El segundo distrito comprendia Guanajuato, Querétaro, Michoacan, Toluca, Tula, Valle de México, Tulancingo, Tuxpan, Tlaxcala, Puebla, Guerrero, Acapulco, Veracruz, Oaxaca y Tehuantepec; este gigantesco territorio que se estendia hasta las costas de los dos mares, debia ser pacificado por el general Márquez, gefe del segundo cuerpo de ejército. Este cuerpo contaba seis mil hombres, de los cuales cuatro mil componian la brigada Mendez y estaban en Michoacan, y dos mil formaban la guarnicion de Puebla.

Al tercer distrito pertenecian Coahuila, Nuevo-Leon, Matamoros, Tamaulipas, San Luis Potosí, Matehuala, Aguascalientes, Fresnillo y Zacatecas. El mando de este distrito se confió al general Mejía, quien podia disponer de un efectivo de cuatro mil hombres.

Al mismo tiempo que estas disposiciones, dió el emperador un decreto en que prescribia la disolucion del cuerpo franco-austro-belga.

El decreto tenia fecha 13 de Diciembre, y era del tenor siguiente:

"Siendo necesario que el ejército quede arreglado sobre bases uniformes, para lo cual deben desaparecer todas las diferencias entre los diversos cuerpos que tienen distintas denominaciones, hemos tenido á bien ordenar que los dos cuerpos de la legion austro-belga queden disueltos, prévia liquidacion y pago de sus haberes. No obstante, todos los individuos pertenecientes á dichos cuerpos que quieran formar parte del ejército mexicano, serán recibidos al servicio del imperio, conservándoseles sus grados respectivos. Los que quieran regresar á su patria, serán embarcados conforme á su contrato; una comision compuesta de los gefes mas antiguos de ambos cuerpos, y de dos oficiales de

nuestro ejército nombrados por nuestro ministro de la Guerra, dispondrá todo lo necesario para el efecto.

MAXIMILIANO."

A la vez, dirigió el Emperador al cuerpo austro-belga el siguiente manifiesto:

"Con singular complacencia recordamos los buenos servicios que habeis prestado á nuestro gobierno con inequívoca lealtad; constantemente tenemos en la memoria los magníficos hechos de armas que en el suelo mexicano honraron las armas de nuestra patria; y reconocemos con gratitud el verdadero mérito militar y la lealtad que os conquistaron la estimacion de todos los mexicanos, sin exceptuar á nuestros mismos enemigos.

"Al manifestaros nuestro reconocimiento por vuestros distinguidos y honrosos servicios, os participamos al mismo tiempo nuestra resolucion de que el cuerpo franco-austro-belga cese de existir como tropa extrangera distinta del ejército nacional.

"Aun cuando cada uno de vosotros se comprometió á servir por seis años á nuestro gobierno, no queremos, sin embargo, estrecharos al cumplimiento de esa obligacion; y nos declaramos dispuestos á absolver de su juramento á todos aquellos, que por el cambio de circunstancias deseen regresar á su patria.

"Por tanto, de acuerdo con nuestro ministerio hemos decretado lo siguiente:

"1º Todos los oficiales, sub-oficiales, y voluntarios del cuerpo franco-austro-belga, declararán si es su intencion volver á su patria, ó entrar á formar parte del ejército nacional mexicano.

"2º Los oficiales superiores, con excepcion de los coro-

neles, que entren á formar parte del ejército nacional, obtendrán el grado superior al que en la actualidad tienen, de manera que el teniente coronel ascenderá á coronel, el mayor á teniente coronel, el capitan á mayor, el teniente á capitan, y el sub-teniente á teniente. Para los grados inferiores se observará la misma regla, en cuanto sea compatible con las exigencias de la formacion del ejército. Todos los soldados del ejército mexicano deberán estar animados de un mismo espíritu; y por lo tanto, estamos dispuestos á asegurar á cuantos entren á formar parte de aquel, la posicion que tenian como miembros de un cuerpo extrangero, conservándoles el carácter y la naturaleza del cuerpo á que ahora pertenecen.

"3º En virtud de estas disposiciones, todos los espresados oficiales, sub-oficiales y voluntarios, trascurrido el plazo de seis años obtendrán terrenos á propósito para colonizar, en cantidad correspondiente al grado que tengan.

"4º Todos los oficiales, sub-oficiales y voluntarios que declarasen espontáneamente su voluntad de volver á su país, serán embarcados desde luego, y trasportados á Europa á espensas del gobierno.

"5º Se proveerá lo conveniente, y conforme á sus grados, respecto de los oficiales, sub-oficiales y voluntarios que sean reconocidos como inválidos.

"Los comandantes de los cuerpos quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

"Orizaba, Diciembre 10 de 1866.

MAXIMILIANO."

Al proceder á la disolucion de dicho cuerpo, el emperador tuvo por mira (y mucho mas desde el momento en que los franceses iban á desocupar el país) la creacion de un ejército puramente nacional licenciando las tropas estrangeras,

que bajo el punto de vista táctico formaban cuerpos distintos. Disolvió, pues, el cuerpo auxiliar con el solo fin de quitar á los austriacos y belgas su carácter militar de tropas estrangeras, reuniéndolos con los nacionales en las filas del nuevo ejército. Destinóseles á formar los cuadros de este, debiéndoseles asimilar en todo y por todo. En la nueva era que el emperador se lisongeaba de inaugurar, no habia de intentarse la tan deseada pacificacion sino por obra de las fuerzas nacionales.

Puedo asegurar, por haberlo oido decir mas de una vez á Maximiliano, que su mas vivo deseo era que todos los austriacos y belgas del cuerpo auxiliar pasasen á formar parte del ejército nacional.

Pocos fueron los que entraron al nuevo servicio, y en muy pocos de los cuerpos de nueva formacion prevaleció el elemento extrangero.

Los motivos por que la mayor parte de los austriacos no correspondieron al deseo del emperador, fueron dos: en primer lugar, la influencia francesa ejercida especialmente en los oficiales superiores, quienes en virtud de su autoridad persuadieron á los soldados al regreso. Pero la mayor parte de la culpa la tuvo la conducta de los encargados de negocios austriaco y belga. No refiero cosas nuevas, sino muy sabidas de cuantos conmigo se hallaban por aquel entónces en México; en efecto, el baron Lago y el Sr. Hoorinks empeñaron toda su influencia en persuadir á los austriacos y á los belgas á que partiesen, y lograron plenamente su intento con solo mostrarles la poco halagüeña perspectiva que ante ellos se abria.

Fácil es comprender, que lo mismo sucedió con la influencia francesa respecto de los oficiales y soldados de esta nacionalidad que ya se habian enganchado en el ejército mexicano. Pocos meses ántes se habian creado bajo los

auspicios de los franceses algunos batallones de cazadores; formaban parte del ejército nacional, pero sus gefes y oficiales eran casi todos franceses; aun en la clase de tropa, de nacionalidad mixta, dominaba el elemento francés.

Aquí, bien que anticipándome algunas semanas, debo hacer mencion de la órden por la cual el mariscal Bazaine, tan luego como se hubo definitivamente decidido la salida de los franceses, llamó á todos los oficiales y soldados que servian en el ejército mexicano, declarando sin mas ni mas, desertores á cuantos no obedeciesen la tal órden, ni estuviesen dispuestos á abandonar el país con el cuerpo espedicionario. Por lo que hace á la desercion, fácil es demostrar con el objeto de que se vea claramente la conducta del mariscal, que no le exime de culpa el pretesto de proteccion. Los franceses que habian pasado á formar parte de los batallones de cazadores, renunciaron á su posicion primitiva en el ejército francés, con espreso consentimiento del mariscal. Era él, por consiguiente, quien les habia inducido á desertar.

No obstante esto, el mariscal con la mencionada disposicion suya declaró proscritos á cuantos franceses permanecieron fieles al juramento que á sus nuevas banderas habian prestado, por lo cual los disidentes recurrieron despues al impío fusilamiento de *los desertores*, con especialidad Escobedo, que despues de la derrota de Miramon en S. Jacinto á principios de Febrero, pasó por las armas á ciento nueve franceses que cayeron prisioneros.

Semejante atrocidad exaltó los ánimos, y diez oficiales franceses publicaron en el *Courrier*, periódico que se imprimia en México, la siguiente protesta que el Sr. de Kératry no inserta en su libro. [1]

---

1 No teniendo yo copia de esta protesta, que por encargo del emperador envié de Querétaro á Europa, la tomo de las *Revelaciones* de Montlong.—(N. del A.)

"Señor Director.

"En nombre de nuestros compañeros franceses, austriacos y belgas, suplicamos á vd. inserte en su periódico nuestra protesta contra el acto infame cometido por Escobedo despues del combate de S. Jacinto.

"Ordenar á sangre fria la matanza de unos prisioneros de guerra es un hecho tal, que subsistirá como una mancha indeleble en la historia; pero añadir todavía el insulto al adversario que combate lealmente, es una accion tan infame que nos hace llorar de rabia.

"Escobedo, en el parte de la accion, nos llama bandidos porque no nos cubre ya la bandera de la intervencion francesa, y porque hemos permanecido fieles al servicio del imperio queriendo cumplir lealmente con el deber que hemos contraido. ¡Nos llama bandidos, porque somos estrangeros y no tenemos ya bandera!

"Gracias al mariscal Bazaine, esta es la suerte que nos ha tocado, porque no hemos querido faltar á un juramento para el cual nos facultó el mariscal mismo, y del que no tenia derecho para eximirnos.

"Perfectamente sabemos de dónde salieron las balas que han herido á nuestros infelices compañeros de armas; perfectamente sabemos quién es el que nos destina á una muerte semejante, si la desgracia nos hace caer en manos de un enemigo para quien *civilizacion y humanidad* no son mas que palabras vanas.

"¿Qué respodió S. E. el Sr. mariscal Bazaine á la apelacion que el emperador Maximiliano le hizo, en favor de los soldados franceses que entraron á formar parte del ejército mexicano?

"Respondió con un acto que no hallamos palabras con que calificarlo.

"Recordó la ley que establece, que á todo francés que sin

licencia de su gobierno entre al servicio del estrangero, se le considere como que ha renunciado á su nacionalidad.

"¿No es esto declararnos párias á los que hemos entrado al servicio de un gobierno establecido por la Francia, y sostenido durante cuatro años por las armas y por el gobierno de Francia?

"No solamente lo hicimos con licencia, sino que el mismo mariscal nos la dió, nosotros se la pedimos, y ahora es él quien trata de quebrantar nuestro juramento.

"¡El juramento es cosa muy sagrada, señor mariscal, y no podeis disponer de nuestras conciencias!

"Esa misma declaracion insuficiente, fué la que Escobedo tomó como pretesto para sus insultos y para su matanza.

"¿Y no deberá caer la sangre derramada, sobre la cabeza de quien fué el primero en dar ocasion para semejante carnicería?

"Esa sangre clama venganza, y nosotros la vengaremos. Nuestro único deseo es que el gobierno forme una legion compuesta de franceses, de austriacos y de belgas, poniéndola á la vanguardia bajo las órdenes del general Miramon; nosotros sabremos marchar, combatir y morir, hasta que hayamos vengado á nuestros compañeros. Entónces se verá si somos semejantes á los que guardan para nuevas hecatombes á los prisioneros y á los heridos.

"Apelamos, por último, á los soldados europeos que combaten en las filas enemigas; ellos comprenderán que no pueden permanecer por mas tiempo en compañía de quienes asesinan á sus compatriotas."

Mientras todo esto pasaba, la casa de Bringas habitada por el emperador, tan silenciosa los primeros dias, habia tomado otro aspecto. Los mexicanos que al principio entraban como á hurtadillas en la habitacion del padre Fischer, llegaban ahora con toda franqueza y libertad, haciendo gala

de su triunfo; por todos lados reinaba el movimiento y la vida.

Entre tanto, llegaron de Veracruz los equipajes, y comenzaron á hacerse nuevos preparativos de viaje, no ya hácia el mar, sino para volver á la *hermosa capital de México.*

CAPITULO IX.

Partida de Orizaba.—Encuentro del emperador con Danó y Castelnau en Xonaca.—Cuestion aduanal.—Junta en Palacio.—Victoria de Miramon cerca de Zacatecas.—Derrota de este en S. Jacinto.—Orden del dia al ejército.—El emperador toma el mando de las tropas.

SALIÓ de Orizaba el emperador en la mañana del 12 de Diciembre. La escolta, mandada por el coronel Kodolitsch, se componia de los húsares y del regimiento de gendarmería, en el cual la mayor parte de los soldados eran estrangeros. Viajaban con el emperador, ademas de las personas de su séquito, los ministros, los cuales en virtud de las instrucciones que recibieron deberian haber salido mucho ántes. Pero se aguardaron á partir con el príncipe, para poner sus preciosísimas personas bajo la proteccion de una buena escolta. El tan anhelado regreso del emperador á la capital sirvió á los ministros de ocasion para dar la última noche un banquete, al cual, como era justo, no podia faltar el padre Fischer, que tan maestramente les habia conducido á lograr el intento. Festejóse la nueva era con espumoso champagne; mas el padre Fischer, cuyo ardor en este terreno era tan notorio, hubo seguramente de escederse á sí mismo aquella noche, pues que á la mañana siguiente se me quejó de una feroz jaqueca.

Durante el camino se le fué agravando mas y mas, y en Acultzingo, en donde paramos á medio dia, tan malo estaba el pobre padre, que declaró serle absolutamente imposible dar un paso mas. La indisposicion del padre afligió sériamente á los ministros. No tanto por simpatía personal hácia él, cuanto por el temor de perder en tan críticos momentos su mejor apoyo cerca del emperador, se resistieron á abandonar á su fiel y activísimo aliado.

Se habló, se discutió como si se tratara de un grave asunto de Estado, y los ministros acabaron por declarar que no podian dejar abandonado al padre enfermo, é hicieron proponer al emperador que se suspendiese el viage hasta tanto que el padre Fischer, quien segun todas las apariencias presto deberia mejorarse, estuviese en estado de soportar la fatiga del camino.

Preguntóme el emperador si la tal enfermedad era cosa séria; mas cuando le hube asegurado que solo eran consecuencias del banquete de la víspera, y que nada habia que temer, se decidió á continuar tranquilamente su viage, mandándome que dijese al padre que se le reuniese tan pronto como estuviese en disposicion de caminar. Manifesté esta determinacion á los ministros; y ellos, creyendo que se debia á mis sugestiones, se manifestaron muy resentidos de mi poca consideracion; no se calmaron, sino cuando declaré terminantemente al general Miramon que tal era la voluntad del emperador.

Quedóse aquella noche el padre Fischer en Acultzingo; al dia siguiente por la mañana se puso en camino, y se nos reunió en el Palmar, en donde pasamos la segunda noche.

Llegamos el 14 á Xonacá, rancho situado á un cuarto de hora de distancia de Puebla, á cuyo obispo pertenecia antes.

No habia querido Maximiliano ir á parar á la ciudad, por sustraerse á toda demostracion ruidosa; pero no logró evitarlo del todo, por cuanto salió de Puebla á encontrarlo una

multitud de gente en coche, á caballo y á pié, festejando su llegada á Xonacá con toda la vivacidad mexicana.

Allí por fin tuvo lugar la tan dilatada entrevista del emperador con el general Castelnau.

Dos veces le recibió el emperador: la primera en compañía del enviado frances, la segunda á él solo. Ya se deja entender que yo no estuve presente ni la una ni la otra vez; pero á poco rato me habló el emperador de lo tratado en ambas audiencias.

"Hé atacado realmente á Castelnau," me dijo entre otras cosas el emperador; "era cosa de gusto el ver el apuro en que se encontraba; en semejantes ocasiones no se deben olvidar ni aun los recursos mas pequeños." Y marcándome en la estancia el sitio exacto, continuó: "Coloquéme yo de tal manera que me quedase en la sombra; con lo cual Castelnau, deslumbrado como estaba, no podia verme sino vagamente, mientras que yo sí veía con toda claridad en su fisonomía la impresion que le iban causando mis palabras."

No me quedó la menor duda acerca de lo que el emperador contestó; por otros muchos indicios pude cerciorarme, de que el tenor de esa respuesta fué el mismo que el de la que dió á la carta de Napoleon. Teniendo por base el tratado, no dejó pasar la oportunidad de espresarse con toda franqueza acerca de la ruptura de él por parte del emperador de los franceses.

"*Los franceses exigen mi salida para arreglarse con Ortega, y hacer pagar á México; mi permanencia salva el pays de este peligro, tanto mas que yo quebro el tratado de aduanas. Vuelta á México, entrevista en Puebla con Danó y Castelnau.*" Así se espresa en sus apuntes el emperador, al mencionar los acontecimientos de Orizaba.

Cerca de ocho dias permaneció Maximiliano en Xonacá. Allí volvió á emprender sus escursiones con el profesor Bilimek y conmigo; pero hubo que desistir de ellas, por ser

áridas y esterilísimas las cercanías, y escasa la cantidad de insectos. En las horas de descanso se ocupaba, como solia hacerlo en Orizaba, en dibujar el parque de Miramar y la abadía de Lacroma. Despues de comer, se tiraba al blanco en el jardin, con pistola. El padre Weber, confesor del emperador y capellan del cuerpo austriaco, un dia que fué invitado á comer sostuvo perfectamente su parte en aquel ejercicio; mientras por el contrario, el profesor Bilimek que es tan nervioso no podia soportar el estallido del arma, y siempre andaba apartándose de allí. El padre Fischer, que habia obtenido el nombramiento de secretario de gabinete efectivo, era asiduo concurrente á aquella diversion.

De Xonacá se dirigió el emperador á Puebla, yendo á habitar el palacio episcopal.

Por aquellos dias, ya se habia regularizado mas el despacho de los asuntos en el gabinete del emperador.

Conferenciaba de continuo S. M. con el padre Fischer y con los ministros, y ya no estuve yo, sino raras veces, al tanto de los negocios, bien que la mayor parte versaban sobre hacienda ó guerra, y por consiguiente me eran de todo punto estraños. Al dejar á Orizaba el emperador y al regresar á México, habia obrado, en lo general, conforme á las miras de sus ministros y de los conservadores; su conducta era, pues, tanto mas decidida, cuanto que las mas de las veces su opinion iba de acuerdo con la del ministerio. Obedecia ya enteramente á su propia inspiracion, y yo entónces me limité al papel de observador y espectador; su único consejero era entonces el padre Fischer. Esto no quiere decir que yo hubiese perdido ni en un ápice su antigua benevolencia; la verdad es, que yo voluntariamente me abstuve de manifestar mi opinion á no ser que me la pidiesen. Pero al mismo tiempo, mientras mas oscuro me parecia el porvenir, tanto mas crecia en mí el deber de hacer imposible la inculpacion de que esquivaba yo el peligro.

Todavía en Orizaba, y ya decidido el emperador á volverse á México, me pidió mi parecer; yo le contesté sin reticencias, que si perseveraba en su designio de abandonar el pais, me parecia muy racional que su abdicacion la hiciese en buena y válida forma. No desperdicié nunca las ocasiones de espresarme claramente y sin miramientos en apoyo de la abdicacion en dicho sentido; pero todo fué en vano. El emperador, lleno de confianza en sus ministros y en las ofertas de estos, iba caminando paso á paso á su trágico fin.

Hasta qué punto fuesen los ministros dignos de tal confianza, y cómo la justificaron con sus actos, bastará á probarlo el hecho siguiente, realmente característico.

A fines de Diciembre, entré un dia en el gabinete del emperador, á la sazon que salia Campos, el sub-secretario de Hacienda. "Este sí que es un hombre de bien," me dijo Maximiliano señalándome á Campos; "me ha dado la plena seguridad de que comenzando el año nuevo desaparecerá el déficit."

Bien sabia Campos que no estaba él en aptitud de aliviar en lo mas mínimo las angustias del erario, así como tambien lo poco que habia que esperar de las nuevas contribuciones. Era tanto menos disculpable al dar al emperador esperanzas de mejora en la Hacienda, cuanto que lo hacia en los momentos en que acababa de suspenderse el único ramo de ingresos del imperio, es decir, los derechos de la aduana de Veracruz.

La confiscacion de dicha aduana habia sido uno de los últimos actos violentos de parte de los franceses. Segun el tratado de 30 de Julio de 1866, la mitad de los derechos aduanales cuotidianos del puerto de Veracruz, debia consignarse á los franceses. Desde el punto y hora en que Napoleon rompió los tratados anteriores, no habia razon para que el emperador continuase obligado á la observancia de una convencion especial, renunciando en favor de la Fran-

cia el último recurso financiero que le quedaba. Maximiliano, á pesar de la intimacion que Danó, encargado de negocios, le hizo sobre que no cambiara nada en el particular, podia muy bien dar órden lisa y llanamente á su ministro de Hacienda, para que se quitase á los franceses el participio en los derechos de la aduana. Pero los franceses recurrieron á la arbitrariedad, y á principios de Noviembre plantaron al lado de la aduana mexicana una oficina suya, cuyo gefe Mr. Maintenant, á despecho de las protestas del ministro de Hacienda, cobraba tranquilamente los derechos.

Despues de haber intentado en vano nuevos arreglos, despues de que el mariscal Bazaine salió del paso con decir que todas aquellas disposiciones habian sido dictadas directamente por el ministerio de Hacienda frances, no le quedó al mexicano otro recurso que declarar prohibido el que se sacasen de la aduana las mercancías que no hubiesen pagado derechos á la oficina mexicana. El 2 de Enero apareció en el *Diario del imperio* la siguiente notificacion al comercio:

"Estamos autorizados para poner en conocimiento de los comerciantes que llegan de Veracruz con mercancías procedentes de aquella aduana sin estar provistas de los documentos que prescriben las leyes del país, que el Sr. Maintenant, quien ha publicado una notificacion sobre el particular, no está investido de la autoridad competente para facultar á los comerciantes á que saquen sus mercancías; los que lo hicieren á pesar de lo dicho, sin poder probar que han satisfecho en la oficina mexicana los correspondientes derechos, serán denunciados al fisco para los efectos consiguientes."

Semejante declaracion del ministro de Hacienda no sirvió mas que para hacer mas atrevido al Sr. de Maintenant; éste contestó con un ataque directo á la soberanía del imperio,

publicando en la *Ere nouvelle*, órgano del mariscal, una notificacion dirigida al comercio, en la que ofrecia la proteccion de la Francia para la estraccion de las mercancías que no hubiesen pagado los derechos prescritos, mientras establecia sus agentes en la aduana de México.

La protesta del sub-secretario de Relaciones Pereda al ministro Danó, con motivo de la dicha notificacion, no fué mas que una defensa tan débil contra la arbitrariedad de la Francia, que no cambió en un ápice el estado de las cosas. Tampoco sirvió de nada un nuevo aviso publicado en el *Diario* del 7 de Enero análogo al anterior, con respecto á la conducta de los franceses:

"No están facultados los franceses para poner agentes en la aduana de la capital que aseguren la estraccion de las mercancías, en virtud de que, aun cuando se observase estrictamente la convencion de 30 de Julio, la accion de los empleados franceses quedaria limitada á solo los puertos de mar, sin poder estenderse á las aduanas interiores."

No sé si el Sr. Danó y el Sr. Maintenant contestaron á esta nueva protesta; lo cierto es, que no hubieron de cambiar de conducta, puesto que el producto de las aduanas continuó siendo escaso ó nulo.

En semejante situacion, ¿cómo pudo el Sr. Campos tener la impudencia de prometer al emperador que pronto cesaria el déficit? Esta y otras cosas por el estilo, él y los demás ministros tendrán que arreglarlas con su conciencia.

Salió de Puebla el emperador el 3 de Enero, despues de haber hecho la víspera una visita á Cholula, distante cosa de tres leguas y media, en donde se alza la pirámide descrita por Humboldt. Acompañámosle á esta escursion el egiptólogo Reinisch, el coronel Schaffer, el profesor Bilimek, el capitan Groller, comandante de la *Elisabetta*, el capitan Nauta, comandante del *Dandolo*, y yo.

El 5 llegamos á la hacienda de la Teja, que es propiedad de un español y dista un cuarto de hora de la capital; allí se estableció provisionalmente el emperador.

Todo su viage de Orizaba me hizo la impresion de un acto nada espontáneo; parecia que una mano amiga trataba de detenerle, no abandonándole sino con pesar á su destino. Se caminaba lentamente, se hacian frecuentes paradas.

Entre tanto, las opiniones con respecto al emperador, ya favorables, ya hostiles, habian tomado en la capital un carácter tan decidido, que algunos partidarios del imperio á quienes ligaba simpatía personal con el emperador, al ver la perspectiva que presentaba el porvenir se declararon opuestos á su permanencia ulterior en el país. Entre estos se contaban los miembros del gabinete liberal Fernando Ramirez, Escudero y Robles Pezuela, quienes juzgaron que el partido mas prudente era espatriarse, no queriendo esperar á verse envueltos en la ruina del imperio y del emperador.

En la Teja se despidieron de Maximiliano, para quien fué muy sensible la partida de Ramirez, al cual solia llamarle siempre *su amigo*, á pesar del desprecio con que de él hablaban los conservadores. Me dijo: "Lloraba Ramirez, y á mí tambien se me nublaron los ojos; se ha despedido de mí deseando que no se realicen sus negros presentimientos."

En el mismo lugar, y el dia mismo en que partió el comisario imperial Robles Pezuela, quien habia conjurado al emperador á que se volviese á Europa, me participó este bajo la impresion de la escena de despedida, y por la última vez antes que nos moviésemos hácia Querétaro, que estaba decidido á permanecer en México solo unos cuantos meses. "No me detendré, me dijo, por ningun motivo sino pocos meses, para dejarlo todo arreglado. ¿Cree V. que mi permanencia ulterior en México podrá ser perjudicial á mi salud, que volverán las intermitentes?" Creí yo entónces que debia aprovechar esta oportunidad, y en mi respuesta fuí tan

léjos como era permitido á un médico para con un príncipe. "No veo peligro, díjele, para la salud de V. M. en detenerse por ahora en México; pero sí temo mucho que una permanencia ulterior ponga en riesgo la vida de V. M."

"Lo que es eso, me importa poco," repuso volviéndose á otro lado. Desde entónces no volvió á hablarme sobre el particular.

En la Teja vivia el emperador de la misma manera que en Chapultepec: comia con las personas de su pequeña Corte, y diariamente invitaba á alguno á su mesa.

En diversos dias fueron convidados el arzobispo de México y el obispo de Puebla. El primero se presentó con toda la pompa correspondiente á su elevada dignidad, y trató de hacer valer su categoría de príncipe de la Iglesia. Terminada la comida, se pasó como solía hacerse en Chapultepec, á otra sala en donde se distribuyeron cigarros, y el emperador despues de haberse detenido cosa de media hora mas con sus convidados, se retiró. El ceremonial con que se despidió el arzobispo fué sobrado estraño, y contrastaba singularmente con las maneras sencillas del emperador para con todas las personas que se le acercaban. El melífluo prelado, como quien pide homenages, tendió su mano para que la besasen todos; solo el padre Fischer y los mexicanos se prestaron á semejante acto; los europeos se limitaron á manifestar á monseñor su respeto con un buen apreton de manos.

A mediados de Enero se trasladó el emperador, de la Teja á México.

A gran prisa se acercaba el momento de la partida de los franceses, y urgía mas que nunca la formacion de las tropas que debian sustituirles. Entónces se crearon el regimiento de húsares de Khevenhuller, el de infantería de Hammerstein, y el de *Cazadores del emperador* mandado por el coronel mexicano Moso. Estos tres cuerpos, así como el de gendar-

mes de que ya he hablado, se formaron en gran parte con cuadros que provenian de las tropas extrangeras.

La creacion del regimiento de Cazadores dió orígen á un incidente curiosísimo. El emperador en un principio quiso dar el mando de estos soldados, indudablemente muy buenos, á uno de sus ayudantes de campo. Cualquier otro oficial, en virtud de la guerra inminente, habria tenido como muy honrosa esa comision; pero el agraciado no quiso cambiar su tranquilo y agradable puesto de edecan por el de gefe llamado á hacer una guerra activa; renunció desde luego al mando del regimiento, que le fué confiado al oficial de órdenes Moso, quien á la sazon no era mas que teniente coronel.

Como que despues de la partida de los franceses era de temerse un ataque á la ciudad por parte del ejército republicano mandado por Porfirio Diaz, se pensó en ponerla en estado de defensa; y por la vez primera desde que estaba yo al lado del emperador le ví con las divisas de general, atender sériamente á los preparativos militares, y pasar revistas é inspecciones.

El 14 de Enero reunió nuevamente el emperador en Palacio á los ministros y consejeros de Estado en junta, á la que concurrieron ademas el padre Fischer y el mariscal Bazaine. Este último fué invitado para ella en una visita que pocos dias ántes hizo al emperador en la Teja.

En el último consejo de ministros se trató sériamente del intentar persuadir á los gefes de los disidentes á que suspendiesen las hostilidades, y á su partido á que tomase parte en el Congreso. Pero como estas tentativas, ya propuestas en Orizaba, no surtieron efecto, la junta que ahora se reunia no tenia mas arbitrio que resolver definitivamente cuál era el camino que debia seguirse.

El emperador insistió en la condicion que habia puesto ya, es decir, en la convocacion de una asamblea, cuyo voto

habria de ser la norma de su conducta ulterior; dijo así mismo, que debiendo someterse el punto de su abdicacion solo á un congreso como á la única autoridad legal, podria de esa manera resignar el poder que se le habia confiado, en virtud de un voto formal de los pueblos.

Pero ni en esta vez quisieron los conservadores conformarse con las intenciones del emperador. Sucedió lo mismo que habia sucedido en Chapultepec y en Orizaba: no quisieron que se les hablase ni de asamblea nacional ni de tentativas de arreglo pacífico.

En obsequio de la verdad, los pocos liberales que concurrieron á la junta se creyeron en el deber de hacer patente la insuficiencia de medios para emprender y sostener la guerra, así como tambien las pocas probabilidades de éxito feliz. Levantáronse como un solo hombre contra ellos los conservadores; y Lares, Sanchez Navarro, y el padre Fischer se propusieron probar en largos y vehementes discursos, que muy pronto se tendrian abundantes recursos, y que la victoria era infalible. El mas ardiente agitador en aquella junta fué Sanchez Navarro, el amigo íntimo del padre Fischer; llegó al estremo de proponer que se hiciera la guerra hasta con puñales.

El mariscal Bazaine dió tambien su voto, ámpliamente fundado; de acuerdo con sus antecedentes, y apoyándose en su esperiencia militar, financiera y política, opinó por la cesacion del imperio. Ya se vé que las consideraciones espuestas por el mariscal no habrian de ser de gran peso. Así, al hablar bajo el punto de vista militar especialmente, alegando la esperiencia que tenia como gefe de la intervencion, y sacando la consecuencia de que si los franceses habian cedido á los disidentes igual cosa tenia que suceder al ejército imperial, fácil era contestarle lo que perfectamente sabia, y es que los franceses no se iban de México porque los liberales los habian vencido, sino porque voluntariamen-

te resolvieron dejar el territorio en manos de estos. Aun en lo tocante á la política y á la Hacienda, sacó el mariscal falsas consecuencias de premisas falsas; así fué que todas sus consideraciones no ejercieron influencia ninguna, ni en el ánimo del emperador ni en el de los miembros de la junta.

Quedó, pues, resuelta la guerra, tanto por los ministros como por los consejeros de Estado; el emperador, aun cuando todavía abrigaba una remota esperanza de ponerse de acuerdo con los republicanos, hubo de ceder al dictámen de los conservadores.

Maximiliano hace mencion de esa junta en sus apuntes, con estas pocas palabras:

"*Otra junta de los Consejos en México, mismo dictámen. Trabajo asíduo para juntar el Congreso; agentes á Juarez y Porfirio Diaz. Envío de García con el hijo de Iglesias cerca de Juarez.*" Este envío de García tuvo lugar ya que estábamos en Querétaro.

Entre tanto, se continuaban con empeño los preparativos de guerra, y en el arreglo del ejército no dejó de adelantarse mucho á pesar de infinitos obstáculos.

El 26 de Enero escribió el emperador la siguiente carta al ministro de Fomento Mier y Terán:

"Mi querido ministro:

"Los trastornos políticos que México ha sufrido y sufre todavía, han traido consigo la ruina total de muchas familias extrangeras, especialmente francesas, las cuales no están por lo mismo en aptitud de aprovechar las ofertas que la legacion de Francia les hace de volverlas á su patria con el ejército espedicionario.

"Deseo que se procure mejorar en cuanto sea posible la suerte de esas familias, proporcionándoles los medios de

que se fijen definitivamente entre nosotros, con la concesion de terrenos para colonizar.

"Os recomiendo que me propongais un proyecto el mas adecuado para el intento, y contad con las seguridades de mi benevolencia.

"Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO."

El mismo dia publicó el emperador la siguiente *órden general del ejército:*

"Sres. generales, comandantes, oficiales y sub-oficiales de nuestro ejército nacional: hay entre vosotros un número considerable de soldados, que no nacieron en México; pero que son mexicanos por adopcion y por sentimientos. Es nuestro mas ardiente deseo, que reine el mas perfecto acuerdo entre ellos y los indígenas; deberán soportar en comun las fatigas de la campaña, los peligros de las batallas, y las dulzuras de la paz.

"Por tanto, os conjuramos á manejaros en este sentido, porque me seria muy doloroso tener que castigar faltas, ya en hechos ya en palabras contra la concordia, que lastimen la justa susceptibilidad de quienes son hermanos nuestros. Recomendamos á estos últimos una conducta semejante, y no dudamos que se conservará de este modo la mejor armonía.

"El ejército francés regresa á su patria; pero una gran parte de los hijos de la noble Francia se queda entre nosotros. Unos se hallan en las filas del ejército nacional despues de haber servido á su patria; otros se han dedicado al comercio, á la industria, á las artes. Es deber estricto nuestro, cuidar de que los primeros no tengan motivo para quejarse de sus compañeros de armas, por la abnegacion con

que prefieren quedarse en México á volverse á su patria. Así mismo, respecto de los otros debemos tratar de que estén seguras sus personas y sus intereses. Deber nuestro es insistir de una manera particular, en que se cumplan estos nuestros propósitos.—Palacio nacional. Enero 26 de 1867.—MAXIMILIANO."

Entre tanto, se habian roto ya las hostilidades. Miramon, á la cabeza de algunas tropas tomadas de aquí y de allí, se habia dirigido á marchas forzadas sobre Querétaro y Zacatecas, habiéndose apoderado de estas dos importantes plazas al primer asalto. Juarez y sus ministros no escaparon de caer prisioneros sino merced á la velocidad de sus caballos, á los que no pudieron dar alcance por cansados los de Miramon. El buen éxito de este golpe de mano de Miramon, llenó al ministerio de júbilo y de confianza en el triunfo. Ya veian deshechos á los rebeldes y terminada la guerra aun ántes de que comenzase. Pero á los dos dias llegó otra noticia, que disipó completamente sus bellas ilusiones. Miramon se encontró con Escobedo junto á la hacienda de San Jacinto, y su cuerpo sufrió una plena derrota. Al mismo tiempo se supo, que ciento nueve franceses que cayeron prisioneros fueron fusilados, con lo que la ciudad se sobrecogió de espanto y de horror.

Algunos, apoyándose en este lastimoso caso, intentaron todavía persuadir al emperador á que partiese con las tropas francesas; pero á la verdad que no pudo escogerse un momento menos á propósito.

Cuando Maximiliano estaba en Orizaba, pudo pensar en regresar á Europa; pero embarcarse con los franceses en los momentos en que comenzaba la campaña, era un consejo que no podia menos de rechazar con indignacion como príncipe y como soldado. En aquel momento tenia que permanecer á toda costa. Contaba aún á su lado con tropas su-

ficientes, las mejores de las cuales estaban formadas en gran parte de soldados extrangeros; merced á ellas, podia sostenerse el tiempo suficiente para intentar la reunion del Congreso, (lo cual era ya mucho mas probable, habiendo cesado toda presion con la retirada de los franceses) y llegar de ese modo á algun resultado. Si esta tentativa salia fallida, le quedaba todavía aun en la peor hipótesis, abierto el camino para cualquier punto de la costa, sirviéndole de escolta esas mismas fuerzas.

La derrota de Miramon impulsó á los ministros á dar un paso decisivo. Forzoso les era ante todo asegurar la persona del emperador, quitándole toda posibilidad de abandonar el país en cualquier evento. Lo que les importaba era que hiciese causa comun con ellos, y que tomase el carácter de gefe de partido.

Lares y Márquez espusieron al emperador, que la derrota de Miramon habia desalentado á las tropas, y que era necesario que él se pusiese á la cabeza de ellas asumiendo el mando del ejército. En obsequio de la verdad debo consignar aquí, que el padre Fischer no tomó parte en esta intriga. Al hablarme de ello, me dijo terminantemente: "el emperador debe quedarse en la capital, no ya por su seguridad, puesto que en medio de sus tropas estaria mas seguro que en cualquiera otra parte, sino por respeto al principio; él le pertenece á la capital."

El padre Fischer estaba perfectamente de acuerdo en que se hiciese á los disidentes una guerra enérgica; pero es de todo punto falso que aconsejase á Maximiliano el ir á Querétaro. Debo igualmente justificar al enviado de Prusia baron de Magnus, del cargo que se le hace sobre que sus consejos determinaron al emperador á salir con el ejército. En una relacion hecha al gobierno austriaco, se pinta en ese sentido la cooperacion de ambos; pero las cosas no pasaron de esa manera. El baron Magnus opinó contra la

guerra, como que no tenia mas mira que la de hacer posible un arreglo. Para que se comprenda la idea que el baron se formaba de la situacion, bastarán las siguientes palabras suyas dichas al padre Fischer:

"Mil veces he visto que se trate para entrar en campaña; pero nunca, que se abra una campaña para tratar. El emperador jugará una partida muy peligrosa, si quiere iniciar tratados de paz con las armas en la mano."

Pero de nada sirvieron todas las observaciones; ya el emperador habia prometido á Márquez salir para Querétaro.

CAPITULO X.

Ultimos dias de la intervencion francesa.—Una proclama de Márquez.—Khevenhüller y Hammerstein.—El emperador sale de México.

BAZAINE, que apesar de no estar ya en relaciones con el emperador todavía se informaba cuidadosamente de cuanto sucedia en Palacio, no podia ménos de aguardar con impaciencia la resolucion final de Maximiliano. Todavía esperaba que este se decidiese á regresar á Europa á bordo de un buque francés y en compañía de los franceses, con lo cual habria quedado satisfecho su último deseo. En tal caso, el mariscal y el ejército francés, en vísperas de retirarse, habrian desempeñado por completo su mision, y regalado á México una república. Solo que las esperanzas del mariscal se vieron burladas: se quedó el emperador, y empeñó la lucha con los republicanos, lucha difícil, pero que no dejaba de ofrecer probabilidades favorables para el imperio, como lo sabia muy bien Bazaine á quien no eran desconocidas las circunstancias.

Furioso al verse burlado en sus esperanzas, el mariscal se quitó la máscara que por tanto tiempo habia llevado puesta: en los últimos dias de su permanencia en México, ya mostró abiertamente y sin la menor sombra de disimulo,

toda su amargura y su rencor. Hasta donde estuvo en sus facultades, hizo cuanto pudo para preparar la ruina del imperio, y para hacer imposible la lucha encaminada á sostenerlo.

No tengo datos suficientes para probar que fué cierta la muy valida voz de que Bazaine habia vendido armas á los republicanos; pero lo que sí hizo indudablemente, fué echar al agua en presencia de mil espectadores toda su provision de pólvora, y despedazar cureñas, y clavar cañones. Las granadas se enterraron para esconderlas; en una palabra, se destruyó hasta donde se pudo todo el material de guerra existente. Una vez en este camino reprobado, el mariscal de Francia no tuvo empacho en descender á hechos de la mas grosera arbitrariedad, de la mas vergonzosa codicia. Cuando su casamiento, Maximiliano le regaló un palacio, que el gobierno habia provisto de rico mobiliario cuyo uso temporal le concedió. Bazaine, despreciando el derecho de propiedad, enagenó todos aquellos muebles, así como tambien el coche del dictador Santa-Anna perteneciente al Estado.

Los franceses salieron de la capital el 5 de Febrero, y todavía hasta ese momento dió el mariscal pruebas de su pueril malignidad. Se habia convenido que á las seis de la mañana los franceses abandonarian los cuarteles y los puestos militares de la ciudad, y partirian. Esto era de suma importancia para el cambio de las guardias; pero apesar de lo convenido, Bazaine partió tranquilamente á las dos de la mañana. Cuando mas tarde llegaron las tropas imperiales, se encontraron con que los cuarteles y los puestos estaban vacíos y sin custodia desde hacia cuatro horas.

Inmediatamente despues de que salieron los franceses, tomó Márquez el mando de la ciudad, avisándolo á la poblacion por medio de una proclama. En este documento,

(cuyas palabras *ya me conoceis, no tengo mas que decir*, se hicieron proverbiales), mostró Márquez ser aquel mismo soldado temido y feroz que ya México conocia. La tal proclama era del tenor siguiente:

"Acabo de tomar el mando de esta hermosa ciudad, y como ya me conoceis, no tengo mas que decir. Tiempo ha que os he dado pruebas de que sé sacrificarme por la causa que se me confía, y moriré ántes de tolerar el menor desórden. En tal concepto, he hecho mis preparativos para la conservacion de vuestra seguridad. La fuerza armada de que puedo disponer es bastante, y por vosotros mismos vereis cómo queda guardada la ciudad. Deseo que no haya espíritus inquietos que se arriesguen á trastornar el órden, para no verme en la dolorosa necesidad de aplicar la ley, á lo cual estoy firmemente resuelto en caso de contravencion."

El 10 de Febrero, á eso de mediodia, el emperador me participó, encargándome el mas riguroso secreto, que estuviese yo dispuesto para marchar dentro de dos semanas; añadió que iriamos á Querétaro, en donde segun lo que Lares y Márquez le habian manifestado era indispensable su presencia, ya para reparar la aturdida conducta de Miramon, ya para restablecer en el ejército la union y la confianza.

Con gusto, y lleno de esperanza en el porvenir, se ocupó Maximiliano de los preparativos de esta espedicion. Segun las noticias que se recibian acerca del mal estado de las tropas de Juarez, y de la incapacidad de sus gefes, no era de esperarse que la guerra se prolongara; y la presencia del emperador en el cuartel general, no podia ménos de contribuir á que el jóven ejército se animase para valerosas empresas.

Los ministros profetizaban próximos triunfos; la causa del emperador tenia en favor suyo las cinco *M* de un proverbio cabalístico mexicano: Maximiliano, Márquez, Miramon, Mejía y Mendez, de modo que la victoria era infalible. Nunca llegué yo á saber por qué aquellas cinco *M* eran de buen agüero.

Fijóse la marcha para el 12 de Febrero. Márquez, nombrado gefe de Estado Mayor, debia señalar la fuerza de la columna, proceder á su formacion, y acompañar al emperador. Para la contra-firma de los documentos gubernativos, eligió Maximiliano de entre los ministros á Sanchez Navarro, que lo era de la casa imperial; pero este, que en las juntas y en las sesiones del Consejo se habia mostrado siempre furioso por que comenzara la guerra, por que se empeñara la lucha con los disidentes, cuando llegó el caso se rehusó á acompañar al emperador al campo de batalla, y declaró que queria quedarse en la capital. En lugar suyo se llamó al buen García Aguirre, encargado entonces de la cartera de Justicia, el único hombre honrado y leal de cuantos componian el ministerio. Llamóse tambien al general Vidaurri, republicano ántes, y ahora maximilianista, enemigo acérrimo de Juarez. Habia sido gobernador de Nuevo-Leon bajo las dos presidencias de Comonfort y de Juarez, y por su recta administracion tenia gran partido en toda la frontera del Norte.

Vidaurri era el hombre mas á propósito para alcanzar la pacificacion de aquel importante distrito, y para tal comision le reservó el emperador.

De todos los europeos pertenecientes á la Corte, los cuales por haberse ido la mayor parte con la emperatriz quedaban reducidos á escaso número, solo yo fuí destinado á acompañar al emperador. Iban tambien en la comitiva dos criados europeos.

A pesar de que todo estaba dispuesto, no pudo tener lu-

gar la marcha el dia 12 segun se habia fijado, porque los ministros no pudieron suministrar fondos. Entónces apareció en toda su verdad el oropel de aquellas ricas fuentes inesploradas que no habia mas que abrirlas; entónces se les vió que no podian dar ni consejo ni ayuda. Entre tanto el emperador, á quien ni aquel obstáculo pudo hacerle cambiar de propósito, no quiso que se le hablase de retardo, y se decidió la marcha para el dia siguiente. Por fin, en la noche del 12, en vez de los millones prometidos, apénas consiguieron reunir los ministros con mil trabajos 50,000 pesos por junto. Esta mezquinísima suma fué cuanto pudieron poner á disposicion del emperador, para entrar en campaña.

Fijóse entónces la marcha definitivamente para las seis de la mañana del 13 de Febrero. Los húsares, acuartelados en el palacio mismo, como tambien el regimiento de Hammerstein, habian recibido el dia anterior la órden de hacer algunos pequeños preparativos; estupefactos se quedaron los austriacos al saber en la madrugada del 13 cuanto hasta entónces se habia tenido secreto, esto es, que el emperador iba á ponerse en marcha.

Al oir que no debian acompañarle, se pusieron de mal humor; conforme á las disposiciones de Márquez, no debian dar mas que una escolta de honor, sin formar parte de la columna de marcha. Márquez habia organizado esta columna de tal manera, que á escepcion de unos setenta extrangeros, austriacos en su mayor parte, enganchados en la guardia municipal de México, estaba compuesta solo de mexicanos. No echó mano de los austriacos, sea por sustraer al emperador de toda influencia estraña y tenerlo completamente bajo su dependencia, sea tambien porque le tranquilizaba el dejar confiada á los aguerridos austriacos la custodia de la ciudad, la cual le interesaba tanto como la persona misma del emperador.

Khevenhüller y Hammerstein hicieron todo lo posible para obtener el permiso de marchar con el emperador. Conjuraron al padre Fischer á que con tal fin interpusiese su influencia. Le hicieron observar, que ellos realmente nada tenian que hacer en México, y que si se habian quedado era únicamente por estar cerca del emperador, para vencer ó caer con él; que sus servicios perdian su consagracion si él no los llamaba á su lado. Declararon que estarian prontos á marchar dentro de una hora, con tal de que pudiesen acompañar al emperador á Querétaro.

Vanas fueron sus instancias: Maximiliano decidió que los austriacos habrian de quedarse. Mandóles decir que solo eran razones políticas las que le impelian á dar tal paso; que saliendo por primera vez á campaña por un principio nacional, no debia llevar en torno suyo sino mexicanos. El emperador, que aguardando el momento de partir se hallaba desde las seis en el patio de Palacio, se acercó á un grupo de oficiales, y les prometió que les llamaria tan luego como le fuese posible.

Entre tanto se dió el mando de la ciudad al general Tavera, y se nombró prefecto al famoso general O'Horan.

Por fin, salimos de Palacio á las ocho y cuarto en vez de á las seis. El emperador atravesó las calles de la ciudad solo con Márquez, con su ayudante de campo Ormaechea, con el oficial de órdenes Pradillo, y con algunos oficiales de Márquez. En la garita le esperaba la columna de mil seiscientos hombres, al mando del traidor López.

Así salió el emperador de la ciudad á donde no debia volver. Su partida tuvo lugar bajo auspicios verdaderamente fatales. Cabalgaban á su lado, en alto grado de favor, conversando amigablemente, los dos cómplices de la catástrofe del 19 de Junio de 1867: Márquez y López. ¡Con ellos se encaminaba á Querétaro la traicion!

CAPITULO XI.

Fragmento del diario del emperador.—Marcha hácia Querétaro.—Combate junto á la hacienda de la Lechería.—Otro junto á S. Miguel Calpulalpam.—Orden del dia del emperador al ejército.—Llegada á Querétaro.

".....viene á tomar parte en la guerra ó en el bandidage. Como que hasta ahora han sido vanas las tentativas para establecer la conscripcion, á causa de la resistencia pasiva de las poblaciones, forzoso le fué al gobierno recurrir á este horrible medio para levantar el nuevo ejército. La *leva* no se hace aquí sino con los mismos inícuos medios que la Inglaterra emplea para el enganche de sus marineros.

"El camino que llevábamos nos condujo á poco rato, entre los terrenos de la hermosa hacienda de los *Ahuehuetes*, á los gigantescos árboles llamados así, los cuales sombrean con sus inmensas ramas el rio de la hacienda. Estos árboles, *Taxodium dístichum* que constituyen la maravilla de Chapultepec y de otros pintorescos lugares del valle de México, se remontan en su mayor parte á los tiempos de los antiguos indios, y anuncian siempre la cercanía de manantiales, así como tambien la santidad de los sitios consagrados á los dioses, segun las antiguas tradiciones. El *Taxodium*, como las añosas encinas de los Germanos, como los tilos de los Eslavos, como las palmeras de Balbeck y de Palmira, es

realmente un indicio del antiguo imperio indiano. En el bosque sagrado de Chapultepec, bajo la inmensa bóveda formada por las ramas de estos árboles antiguos que igualan en altura á las mas elevadas torres, celebraba Moctezuma sus místicos sacrificios á orillas de las frescas corrientes; poseía tambien otro sitio predilecto en la ribera del lago de Texcoco, sembrado asimismo por aquellos titanes del reino vegetal. Uno de los mas colosales se eleva todavía erguido en el actual camposanto de Tacuba; el pueblo le llama *el árbol de la noche triste.* Sentóse al pié de él aquel Cortés, aquel atrevido aventurero, despues del famoso combate nocturno en que se vió momentáneamente desalojado de México; y allí, aquel hombre de fierro lloró amargamente. Fué la única vez en todo el curso de su vida, tan fecunda en peligros y riesgos, en que la tristeza y el abatimiento pudieron doblegar aquella alma heróica. Siempre me ha conmovido de una manera extraordinaria este pasage de la vida del gran conquistador, por cuanto nos enseña lo que con numerosos ejemplos nos muestra la historia, y es: que aun los ánimos mas férreos y tenaces tienen momentos en que se creen abandonados de su estrella, y caen en la postracion. Si en tales momentos no sobreviene una reaccion saludable, quédase el hombre aniquilado, y se puede asegurar que su estrella se puso para siempre. Federico el Grande, en su primera campaña de Silesia, tuvo uno de esos momentos, en el que sus generales hubieron de hacer mil esfuerzos para impedirle que huyese cobardemente. En cuanto á la estrella de Cortés, no la oscureció sino pasagera nube; irguióse él como reforzado por su dolor, y llevó á feliz término su atrevida empresa.

"En el valle de México, y cerca del pueblo de Atzcapotzalco, vése otro grupo de cuatro de estas magníficas plantas, las cuales forman con sus ramas un verdadero bosque á cuya sombra pueden abrigarse dos mil hombres. El patriar-

ca de estos árboles, y quizá el mayor de todo el globo, se eleva junto á Oajaca, y tiene una circunferencia de treinta y seis varas, es decir, ciento ocho piés. El general Gamboa tomó esta medida poco antes de que yo saliese de México. Brota de estos árboles maravillosos y místicos un vello que les es especial, gris á manera de barba, el cual por su abundancia dá realmente á esos árboles el esplendor de la plata; llámasele en el país *heno*. En la bóveda natural de Chapultepec, pende de las ramas de los árboles como las estaláctitas en una gruta.

"Todo estaba en la hacienda tan tranquilo como antes; las pocas personas que allí quedaban miraban en torno suyo con angustia. En vano las tabernas de *pulque* con sus muestras colgadas y plateadas, invitaban con inscripciones y pinturas á los caminantes á saborear el licor nacional.

"La semilla fermentada del maguey (*agave mexicana*) tenia que perderse con grave perjuicio del propietario, por cuanto á que el pulque no se conserva como las demas semillas fermentadas; ese licor, de color de ópalo, hay que beberlo pronto, por que en pasando dos dias se corrompe enteramente. Siendo el pulque el principal producto de las vastas haciendas de México, fácil es comprender el enorme perjuicio que habrá de originarse con los incesantes trastornos políticos."

Esta hoja del diario del emperador, diario de que ya hice mencion al hablar de Soquiapan, la recogí del suelo en mi habitacion la mañana en que caimos prisioneros en el convento de la Cruz. La transcribo tal como fué dictada por el emperador durante el sitio de Querétaro; el último periodo, que comienza con las palabras "la semilla fermentada," está escrito de puño y letra de Maximiliano. Hé hecho aquí esa transcripcion, porque los lugares que en ella se des-

criben corresponden á la historia de los primeros dias de la partida de México.

Nuestra primera posta en el camino de Querétaro fué Tlalnepantla, adonde llegamos á eso de la una de la tarde sin que nadie nos hubiera molestado. Almorzó allí el emperador en la casa del cura, con el general Márquez, el ministro Aguirre, y yo.

Todavía me acuerdo de las palabras que dijo en la mesa el general Márquez, para tranquilizar al azorado cura.—*No tenga V. cuidado; ya verá V. como irán las cosas.*—Márquez, á quien el cura hacia coro, se desató contra los liberales pintándoles como enemigos del órden y de la tranquilidad, y haciendo notar, entre otras cosas, que tambien lo eran del progreso puesto que cortaban los alambres del telégrafo.

Allí en la casa cural fué donde oimos los primeros tiros. Una gavilla que habia estado poco antes en Tlalnepantla, se arrojó sobre nuestra retaguardia; pero no tardó en alejarse rápidamente despues de haber cambiado con los nuestros algunos tiros de fusil.

Detuvímonos allí mas de una hora. El emperador aguardaba al general Vidaurri, quien no habia podido marchar junto con él, porque el ministerio no pudo proporcionar caballos para él y para la escolta de cuarenta hombres fieles que consigo llevaba. Mezquina malignidad habia sido esta realmente de parte de los conservadores, para quienes Vidaurri en su calidad de liberal no era persona aceptable. Pero entre tanto, Vidaurri no parecia, así es que proseguimos nuestro viage.

Media hora despues de haber salido de Tlalnepantla, se ofreció una escaramuza, que vino á ser nuestro primer combate.

El gefe guerrillero Fragoso, con algunos centenares de caballos, esperaba á la columna sobre una pequeña altura situada entre Tlalnepantla y Cuautitlan, lugar este último en

donde debiamos pernoctar, y rompió el fuego á tiro de cañon de la Lechería.

El emperador, que estaba en el centro de la columna, picó espuelas inmediatamente y se puso á la cabeza de ella, la cual habia tomado posiciones junto á la hacienda; á tres pasos de su persona cayó herido un sargento de la guardia municipal, á quien tuve que operar bajo los fuegos.

Márquez, entre tanto, habia destacado cosa de noventa hombres de la guardia municipal de á caballo, los cuales guiados por el valiente coronel Joaquin Rodriguez no tardaron en rechazar á la gavilla dejando libre el camino. Continuaron, sin embargo, los ginetes de ella girando al derredor de nosotros segun la manera de pelear de los guerrilleros, y enviando una que otra bala á nuestras filas, aunque sin hacernos daño.

Duró el fuego hasta cosa de las dos de la tarde; á las cuatro, los últimos caballos de la gavilla desaparecieron de nuestra vista. Continuamos nuestra marcha tranquilamente hasta Cuautitlan, á donde se habia replegado Fragoso, pero de donde le desalojó á poco rato un destacamento de nuestra caballería.

En el camino de la Lechería á Cuautitlan, una de las soldaderas que caminaban con nuestra columna, descubrió á uno de la gavilla de Fragoso escondido en una zanja próxima al camino. Le habrian fusilado en el acto, segun costumbre del país, á no haberlo impedido el emperador; de mala gana obedecieron los mexicanos la órden suya de dejarlo con vida, y de limitarse á llevarlo prisionero.

En Cuautitlan la tropa desfiló delante del emperador, saludándolo con indecible entusiasmo; pero un horrible espectáculo vino á turbar la alegría general: es el caso, que los disidentes habian colgado por los piés en un árbol de la plaza frente á la Iglesia el cadáver de un soldado imperial que

cayó en sus manos, despues de haberle destrozado lastimosamente.

La noche, con excepcion de tal cual tiro de alarma, se pasó tranquila, sin que para nada nos inquietasen los guerrilleros.

Ya al caer la tarde se nos habia reunido el general Vidaurri acompañado de su escolta y de un escuadron de húsares austriacos. Llegó tambien el coronel príncipe de Salm-Salm, quien en su calidad de extrangero debia haberse quedado en México; pero como á todo trance quiso tomar parte en la campaña, se habia agregado al Estado Mayor del general Vidaurri.

El 14 de Febrero nos dirigimos de Cuautitlan á Tepeji del Rio. El dia se pasó tranquilo, sin que nos encontrásemos con Fragoso, ni con su gavilla, ni con ningun otro disidente. Nos dijeron que Fragoso se habia atrincherado en Zumpango, aldehuela situada á orillas del lago de su nombre, á la derecha del camino y á nuestra vista. Al saberlo, no nos dió cuidado, y proseguimos nuestro camino sin detenernos para nada.

Tranquilo se pasó tambien el siguiente dia 15, y sin la menor novedad llegamos á San Francisco.

Durante la marcha, y al pasar nosotros por delante de una tropa de soldados irregulares que divididos en pequeños destacamentos representaban los varios distritos del territorio á que pertenecian, el emperador me hizo notar la originalidad de su uniforme.

La única parte de este, comun á todos, era una faja blanca atada en el sombrero, en la cual estaba impreso el nombre del distrito en que los habian enganchado por fuerza. La mayor parte de ellos estaban vestidos con una especie de jubon; muchos ni eso tenian, y por último, habia algunos que por todo equipo militar llevaban una cartuchera ceñida á la cintura. El emperador al verlos, me dijo son-

riendo: "¿Qué dirian de nosotros por allá si tal viesen? estos no se han abotonado una levita en su vida."

El 16 de Febrero no se pasó tan tranquilo como los dos anteriores. Como de costumbre, partimos á las seis de la mañana, y tras dos horas de una marcha un poco rápida llegamos al pueblecillo de San Miguel Calpulalpam. El tal pueblecillo tenia conquistada ya cierta nombradía en la historia de la guerra civil. Pocos años ántes, habian llegado allí á las manos Gonzalez Ortega y Miramon; el primero quedó vencedor, y el segundo derrotado completamente.

San Miguel Calpulalpam está pegado á la garganta del mismo nombre. En esta se habian situado las fuerzas de Cosío y de Gelista, consistentes en seiscientos hombres. Si el enemigo hubiese ocupado las alturas de ambos lados, habria tenido que ser la travesía de aquel estrecho paso totalmente imposible, ó practicable solo á costa de grandes pérdidas; pero á poco hubo de reconocerse que el enemigo ocupaba solamente las alturas de la izquierda, quedando completamente libres las de la derecha.

Desde Calpulalpam, en donde nos detuvimos cosa de una hora, se distinguian á la simple vista en los matorrales de la izquierda pequeños grupos de gente armada, con quienes á poco habriamos de entablar mas estrechas relaciones.

A eso de las nueve se movió nuestra columna precedida por los tiradores. Segun opinaron algunos oficiales del Estado Mayor, las disposiciones para el combate dictadas por Márquez no fueron de lo mejor, estratégicamente hablando. Fácilmente hubiera podido Márquez forzar el paso, haciendo rodear las alturas de la izquierda por una parte de la columna, con lo cual al mismo tiempo habria cortado la retirada á las guerrillas. Pero en lugar de eso sucedió, que el enemigo tuvo libres sus flancos y su espalda; y mientras que de la opuesta colina le hacian poco daño nuestros tiradores, pudo, protegido como lo estaba por los árboles, con-

centrar sus fuegos sobre nuestra columna, empeñada ya en el paso del desfiladero. A distancia de cincuenta pasos teniamos al enemigo, que hacia sobre nosotros continuas descargas; aquí tambien estuvo á la vanguardia el emperador con su comitiva.

Repentinamente, y cuando mas menudeaba la lluvia de balas, se detuvo la columna. Era el caso, que á una diligencia tirada por doce mulas, que habiamos encontrado en San Francisco, se la habia mandado retroceder, á causa de que los pasageros que pretendian seguir para México parecieron sospechosos. La guerrilla, creyendo que el emperador iba en el tal carruage, colocado en aquel momento en el centro de la columna, la hizo blanco de una nutrida fusilería. Espantáronse las mulas, volcaron la diligencia, introdújose el desórden en la columna, y hubo de pasarse mas de media hora ántes que nuestra fuerza se pusiese de nuevo en movimiento.

Mientras esto sucedia, el emperador con su comitiva se mantuvo en un bosquecillo, sirviendo de blanco. Sin cesar silbaban las balas sobre la cabeza de Maximiliano por entre las ramas. Su cocinero, que estaba á caballo con las personas de la comitiva, el mismo que presenció despues la ejecucion del príncipe, salió herido en la cara. El emperador, que no habia hecho mas que aprovechar una ligera inclinacion del terreno para quedar un poco resguardado de la granizada de balas, no quiso cambiar de sitio, á pesar de las instancias que el general Vidaurri, sus ayudantes, y yo le haciamos. Volviéndose á mí, me dijo: "ni puedo ni debo cuidar de mí en el primer lance; creedme, es mucho mas conveniente que yo me esponga."

No obstante el vivo fuego á que estuvimos espuestos por espacio de tres horas, nuestras pérdidas se redujeron casi á nada: á un muerto y dos heridos.

Ya habiamos llegado al fin del desfiladero, cuando oimos

á nuestra espalda una viva fusilería. Inmediatamente retrocedió el emperador, lanzándose al galope hácia el punto en donde se oia el estruendo. Durante toda la accion, me mantuve yo constantemente á su lado, y de igual modo le seguí en aquel movimiento suyo hácia la retaguardia. Vivísima fué la impresion que me causó el entusiasmo con que los soldados recibieron al emperador, no bien le hubieron visto aparecerse repentinamente en medio de ellos; entónces comprendí la embriaguez de las batallas.

Tres horas despues, y por tanto á medio dia, la columna acabó de pasar el desfiladero y ganó el llano. Ya el enemigo no lanzaba sino una que otra granada, así es que nosotros continuamos sin cuidado nuestro camino. Entre tanto, los guerrilleros habian descendido de las alturas, y correteaban á tiro de cañon de los flancos de nuestra columna, descargando sobre nosotros, aunque inútilmente, sus mosquetes. Entónces nuestros soldados acabaron por perder la paciencia. Un escuadron de caballería pidió permiso para poner término á semejante insolencia; no bien lo obtuvo, se lanzó al llano lanzando un entusiasta *viva.* No esperó el enemigo el encuentro, sino que se desbandó huyendo á todo escape. De aquella caza, que otro nombre no merecia, trajéronse los nuestros un muerto, dos prisioneros y dos caballos.

Ya pudimos continuar sin otra molestia nuestra marcha, y á eso de las cuatro y media llegamos á Arroyozarco, en donde habiamos de pernoctar. Desde este punto hasta Querétaro, ya no volvimos á encontrarnos con los disidentes.

Salimos de Arroyozarco la mañana del 17, y á las once llegamos á la Soledad, pueblecillo pequeño pero bonito, de reciente construccion. Allí solia haber cada año una féria, la cual, segun dijeron los de la poblacion no habia tenido lugar hacia tiempo, á causa del temor á los guerrilleros,

quienes no tienen sino muy imperfectas ideas tocante al derecho de propiedad, y que desde la partida de los franceses se entregaban á sus anchas al robo y á la devastacion. Supieron los vecinos con certeza la llegada del emperador, y manifestaron la confianza que ese hecho les inspiraba, de una manera muy original, esto es, haciendo la acostumbrada féria. De la misma manera que en todos los lugares por donde pasamos, salió aquí la poblacion á recibirnos con demostraciones de júbilo; por donde quiera oiamos espresar el ardiente anhelo por la pronta pacificacion del país.

El 17 de Febrero, tras una marcha forzada de cosa de trece leguas, llegamos á San Juan del Rio, en donde el emperador publicó la siguiente órden del dia:

"Al ejército mexicano.

"Hoy me pongo á vuestra cabeza, y tomo el mando de mi ejército que apenas hace dos meses comencé á levantar y organizar.

"Este era desde hace mucho tiempo mi deseo; impidiéronmelo hasta ahora obstáculos independientes de mi voluntad; pero hoy libre de todo compromiso, me es ya dado poder consagrarme esclusivamente á mi deber de bueno y leal patriota.

"Nuestro deber de buenos ciudadanos nos exige combatir por los dos principios mas sagrados para el país: por su independencia, amenazada por hombres que cegados por el egoismo se atreven á invadir el territorio nacional; por el órden y la tranquilidad que ellos comprometen diariamente y de la peor manera.

"Libres hoy de toda influencia ó presion extrangera, queremos mantener alta y honrada nuestra gloriosa bandera nacional.

"Espero que los generales, los oficiales, y sus valientes soldados, darán digno ejemplo de ciega obediencia y de la mas rigurosa disciplina, tal como conviene á un ejército destinado á realzar el honor nacional.

"No necesito hablar á los mexicanos de valor ni de intrepidez; estas cualidades son peculiares á la Nacion.

"He nombrado gefe de mi Estado Mayor general al valiente general Márquez; y dividido el ejército en tres cuerpos.

"El mando del primero lo he confiado al valeroso general Miramon; el segundo conserva su actual gefe; y el tercero al intrépido general Mejía.

"De un dia á otro aguardo la llegada del general Mendez, quien anhela tomar parte en la lucha con sus buenos y aguerridos soldados que se agregarán al tercer cuerpo. Igualmente nos acompaña el patriota general Vidaurri para organizar cuanto ántes sus fuerzas, y romper las hostilidades en el Norte.

"Confiemos en Dios, que ahora y en el porvenir se digne proteger á México, y luchemos con valor y constancia por nuestra santa causa.

"¡Viva la independencia!—San Juan del Rio, Febrero 17 de 1867.

MAXIMILIANO."

La noche del 18 la pasamos en el Colorado, pueblecillo distante de Querétaro cosa de dos millas, y el 19 á las nueve y media de la mañana llegamos á la Cuesta China, desde donde el camino desciende en rápida pendiente á Querétaro, por espacio de media milla. Allí nos detuvimos para prepararnos á la entrada solemne en la ciudad. Los generales Miramon y Mejía, que á la sazon se hallaban en Querétaro, subieron á la Cuesta China á encontrar al emperador, con sus Estados Mayores y con los oficiales supe-

riores de la guarnicion; todos se unieron á la comitiva del príncipe.

Entre tanto los soldados se alistaron como mejor se pudo, y con cuanto hubieron á mano para la parada; el emperador revestido de las grandes insignias de la Orden del Aguila, se puso á la cabeza de la comitiva. Lentamente bajó la columna por el camino montuoso, y eran las once y media cuando llegamos á la garita de México en Querétaro.

CAPITULO XII.

Entrada del emperador á Querétaro.—Tres cartas particulares suyas.—Carta al ministro Aguirre.—Ocupaciones militares del emperador.—El general Vidaurri ministro de Hacienda ó intendente del ejército.—Método de vida del emperador.

LA acogida que á Maximiliano hizo la poblacion de Querétaro, fué sinceramente cordial. El pueblo ocupaba todo el tránsito de la garita al Casino español, que estaba dispuesto para habitacion; el emperador fué aclamado con gritos de júbilo, y con incesantes vivas. Las ventanas y balcones, adornados con cortinas y banderas, estaban ocupados en su mayor parte por las señoras, mientras de las azoteas atestadas de gente se arrojaban á la muchedumbre de abajo millares de copias de un himno en honor del imperio. Detúvose la comitiva al llegar frente al Casino; dirigióse el emperador al salon, y allí recibió inmediatamente al general Escobar, prefecto de la ciudad, y á las principales autoridades civiles y militares. Acto continuo, y acompañado de todos los presentes, se dirigió á la Catedral, en donde se cantó un solemne *Te-deum*, despues del cual, y en el salon del Casino, recibió á las demás autoridades. Los generales Miramon y Escobar pronunciaron discursos vanagloriosos; este último terminó el suyo con las siguientes palabras: "la posteridad dará con justicia á V. M. el título de Maximiliano el Grande."

La contestacion del emperador, que terminaba con las palabras: " ¡Viva la independencia! " fué acogida con vivo entusiasmo. En seguida las tropas de Miramon y de Mejía desfilaron delante del palácio.

Habian preparado los generales un gran banquete para ese dia, al que invitaron al emperador, quien se escusó alegando el cansancio del camino. En esa ocasion pronunció Márquez un discurso fulminante, en el cual, con mal disimulado sarcasmo, quiso dar á entender al jóven y temerario Miramon, que la presencia del emperador venia muy oportunamente para moderar sus ímpetus. El tal discurso no era sino la espresion de una alegría maligna por la última derrota de Miramon; al mismo tiempo trataba Márquez de hacer comprender á este la superioridad de su actual posicion sobre él, puesto que ahora le estaba subordinado quien habia sido en otra época presidente. Pálido de ira estaba Miramon, pero se contuvo, y contestó en pocas palabras con un bríndis al ejército.

El dia 21, á eso de las dos de la tarde, salió el emperador á encontrar al general Mendez que llegaba de Michoacan con cuatro mil soldados, buenos y aguerridos; y á las cuatro pasó una gran revista, en la cual distribuyó por su mano condecoraciones y medallas á los oficiales y soldados. A la noche, reunió en un gran banquete, al que tambien asistí yo, á todos los oficiales superiores como tambien á las personas de su comitiva; eran por todos cosa de cincuenta personas. No bien se habia terminado, cuando le presentaron al emperador un hombre vestido de paisano, y conducido por un ayudante de Márquez. El tal sugeto, al llegar de San Luis Potosí provisto de un pasaporte del general Escobedo, fué preso ¿ incomunicado por órden de Márquez. De las primeras esplicaciones resultó que era el teniente Pitner, del cuerpo franco-austriaco, que despues llegó á teniente coronel, el cual herido gravemente el 16

de Mayo de 1866 junto á Santa Gertrudis, cayó en manos de los juaristas, y ahora volvia despues de ocho meses de prision. Trémulo de vergüenza y de justa cólera, refirió como Márquez habia añadido el insulto á la sospecha. Procuró el emperador tranquilizar al jóven oficial, y le preparó una espléndida reparacion: pocos dias despues, Pitner fué ascendido á mayor, y agregado al Estado Mayor del mismo general Márquez.

Segun las últimas noticias que acerca de los disidentes nos llegaron, Escobedo con lo mejor de sus fuerzas estaba á la sazon en S. Miguel Allende, y Corona en Guadalajara. La distancia que separaba entre sí á esos dos cuerpos enemigos, era de cosa de cincuenta leguas. Fijó su atencion el emperador ántes que nada en el arreglo de los cuerpos que se encontraban en Querétaro. Confió la primera division de infantería á Miramon, la segunda á Castillo, la de caballería á Mejía, y la brigada de reserva á Mendez.

Durante la marcha á Querétaro, habia mandado el emperador la órden de que las tropas austriacas que todavía estaban en México, es decir, los húsares de Khevenhüller y el regimiento de Hammerstein, así como tambien toda la artillería que estuviese en disposicion de marchar, saliesen para Querétaro. Pero los ministros, siempre cuidadosos de sí mismos, no quisieron ni aprontar dinero, ni privarse del apoyo de las tropas extrangeras que eran las mas seguras; las órdenes del emperador no se comunicaron á los respectivos comandantes, y aquellos dos cuerpos continuaron permaneciendo en México.

Las ocupaciones militares no impedian al emperador atender al mismo tiempo á los negocios del gobierno y á los suyos particulares. Como que de todos los que mas de cerca le rodeaban yo era el único que sabia el aleman, á mí era á quien dictaba diversas cartas. Las escribia yo en mi libro de memorias; y él, despues que yo las copiaba, las vol-

via á leer y las firmaba. Dudo que por la inseguridad de las comunicaciones hayan llegado todas estas cartas á sus destinos; sin embargo, supe despues por las mismas personas á quienes iban dirigidas, que algunas sí las recibieron.

Voy á trascribir aquí tres de esas cartas, copiándolas fielmente del borrador original, y suprimiendo tan solo ciertos pasajes referentes á circunstancias domésticas, ó de naturaleza sobrado delicada.

Aun á riesgo de que álguien me acuse de indiscreto, no creo que debo abstenerme de publicar esos escritos, por cuanto entendería que me apartaba de mi objeto si suprimiese esos documentos que por su naturaleza y por su contenido serán, para quienes estudien la historia, preciosos auxiliares para poder pronunciar un juicio seguro y franco sobre las personas y sobre los acontecimientos.

Comenzaré por una carta al padre Fischer.

" *Querétaro, Febrero* 28.

" Querido padre Fischer.

" He leido con satisfaccion su carta fecha 23 que recibí anoche, y se la agradezco infinito. Aguardo con impaciencia el opúsculo, y las traducciones que á él se refieren. Un proscrito, que narrase esactamente las últimas infamias de los franceses y los últimos actos de nuestro gobierno, seria lo mas á propósito. Si se han perdido algunas de sus cartas, es que indudablemente las han interceptado nuestros ministros; no puede ser de otra manera.

" Sé que tratan de suprimir la secretaría de gabinete. Esta es una prueba de debilidad de parte de esos señores que ahora manejan el timon de la nave, por cuanto solo los débiles se espantan de la fiscalizacion, y hacen la guerra á la capacidad de los demás.

"Dirá V. á Lares, que es preciso que dé dinero para la secretaría de gabinete; que tal es mi espresa voluntad.

"Es mas que indigno esto de que no se les dé, segun me escribe Schaffer, ni un centavo á los fieles sirvientes que en esa dejé. Si el emperador no está en aptitud de pagar á los tres ó cuatro criados, únicos que de su corte le quedan, dígasele claramente. En caso tal, no se debe tener vergüenza de confesar la verdad; pero esto de mentir, y de no pagar, es para el gobierno una vergüenza, que en último análisis recae sobre el príncipe mismo.

"Deberá V. continuar asistiendo á todos los consejos de ministros, é insistir en que se me remitan con regularidad y por el conducto mas seguro las actas, así como tambien las memorias circunstanciadas de las labores que se hacen en los diversos ministerios.

"La publicacion de mi carta á Lares escrita en Orizaba, no fué muy del gusto de esos señores, lo cual era muy natural atendida su calidad de hombres de partido. En Europa, esa publicacion ha hecho escelente efecto. Con todo, me disgusta en lo particular que la carta no haya sido reproducida fielmente, lo que tal vez sucedió á consecuencia de las repetidas traducciones.

"Espero con ánsia estractos concisos del correo de Europa.

"Con verdadera satisfaccion he visto que escribió V. en nuestro nombre á todos nuestros agentes diplomáticos. Le ruego que lo haga en cada correo.....

.....

".....Aquí nos estamos arreglando y fortificando; pero esperamos con impaciencia las libranzas. Todos estamos buenos; y en cuanto á mí, el clima caliente de Querétaro me sienta muy bien; estoy ocupado todo el dia en las cosas de la guerra; por la noche juego un partido de boliche.

"Suyo afectísimo,

MAXIMILIANO."

Aquí debo añadir algunas esplicaciones á esta carta del emperador. El opúsculo que pide al padre Fischer, era una estensa narracion de los acontecimientos que precedieron á la partida de los franceses, obra del consejero de Estado Martinez.

La carta á Lares, es la que el emperador le habia escrito en Orizaba despues de las deliberaciones de la junta, y que ya en su lugar trascribí textualmente.

Las relaciones del padre Fischer con el ministerio, segun se infiere de la carta, y segun lo menciona espresamente el emperador, se habian modificado considerablemente. Los ministros, desde que lograron su intento, y desde que con el auxilio del padre llegaron al punto á donde tendian sus esfuerzos, trataban de romper la buena inteligencia con su antiguo aliado. Mientras este trabajó de acuerdo con ellos, mientras abrigó los mismos designios, les fué apreciable: pero ahora que siendo secretario particular del emperador podia en ausencia de este manejarse por sí solo, y debia en cierto modo representar para con los ministros las intenciones personales del príncipe, ya no era para ellos el padre mas que una piedra de estorbo. A esto aludia el emperador con las palabras *se espantan de la fiscalizacion.* No necesito hacer esplicacion ninguna tocante al manejo del ministerio con respecto á la secretaría de gabinete, y á la casa del emperador; no encuentro palabras suficientes para calificar la baja malignidad de semejante conducta. Apénas hubo abandonado á México el emperador, apénas le vieron en lugar seguro, léjos de todo puerto de mar, hicieron los ministros descarada ostentacion de su asqueroso egoismo, que se revelaba hasta en el hecho incalificable de detener á los regimientos extrangeros.

Con la misma fecha escribió el emperador al coronel Schaffer la siguiente carta, en la cual se espresaba respecto de

ministerio en un sentido igual al de la dirigida al padre Fischer:

"*Querétaro. Febrero* 28.

"Querido capitan de navío Schaffer.

"Con verdadera satisfaccion hé leido su carta fecha 26 que recibí anoche, y se la agradezco infinito. Veo con gusto que el inventario está ya al terminarse; el de aquí está casi concluido, y se le remitirá dentro de pocos dias.

"Sumamente desagradable me fué el saber que los *viejos pelucones* de México tienen tan poca deferencia que no pagan á la escasa servidumbre de la Corte, que se quedó allí. Esta es la consecuencia que suele producir el sistema de mentira oficial, fundado en un mal entendido amor propio nacional. Si ellos pudiesen y supiesen decir honradamente que no tienen dinero, yo sabria acomodarme á la necesidad, y me contentaria con un solo criado, y andaria á pié. Ya escribí á Fischer acerca de esa incalificable conducta, y hoy escribo tambien al mismo Lares.

"Quedo enterado de que no puede V. enviar los objetos que el Dr. Basch habia pedido *sub speratim*. La remision de ellos estaba subordinada á la partida de los regimientos de húsares.

"Escriba V. inmediatamente á Herzfeld, que estoy muy contento de su conducta prudente y diplomática en lo relativo á los voluntarios; y que él y Leisser recibirán órdenes para la comision de liquidacion. Escriba V. inmediatamente á Herzfeld, que en su conducta actual hé echado de ver nuevamente su talento, su prudencia, y su antigua energía.

"Para terminar lo que aun queda pendiente respecto de los voluntarios, será menester.....

.....

"Los pocos austriacos que permanecieron en el servicio,

gozan ahora de honores y consideraciones. Unicamente es de desearse, que Leisser y Herzfeld continuén manejándose con energía, y no cuenten con mi problemática partida, que nunca ha sido tan incierta como en estos momentos. Tenga V. la bondad de escribir tambien á Herzfeld acerca del actual estado de cosas, agregándole que me encuentro hoy á la cabeza de un ejército cuya formacion data de seis semanas, y que se compone únicamente de elementos mexicanos.

. . . . . .

. . . . . .

"Está V. completamente equivocado en cuanto me dice tocante á su persona y á su posicion, y en creerse un mueble inútil, y en suponer que hay que perdonarle á V. mucho teniendo en cuenta las presentes circunstancias. Si todos mis muebles fuesen así, mi casa estaría espléndidamente adornada, y podria pasarse en ella una vida buena, tranquila, *confortable.* La permanencia de V. en México en las presentes anormales circunstancias, y señaladamente cuando acabo de partir, era de absoluta necesidad; sin Fischer en el gabinete, sin V. en palacio, y sin Khevenhüller y Hammerstein en el cuartel, todo aquello se lo hubiera llevado la trampa en las primeras veinticuatro horas.

"Conozco perfectameute con cuánto disgusto se ha de haber V. quedado ahí; pero tal es el sacrificio que creí poder pedir á la fidelidad y á la adhesion de que constantemente me tiene dadas pruebas.

"Es una mera aluclnacion de su fantasía conmovida el atribuir su actual difícil situacion á la sobrada sinceridad de sus palabras. Nadie gusta tanto como yo de la verdad; cuanto mas ingénua y sincera es, tanto mas me halaga. Si por casualidad me hé resentido alguna vez de tal ó cual palabra suya, fué por la gran diferencia que para mí hay entre la superioridad de las verdades ingénuas, y el desaliento

que infunde una escesiva aprension en épocas sobrado duras ya y difíciles.

"Mucho gusto me dará el poder saludar á V. aquí, porque siempre me ha sido grato el tenerle á mi lado; pero su venida actualmente sin la proteccion de un convoy, seria de todo punto imposible: hemos tenido que batirnos en el camino, como ya debe V. saberlo. Si el tiempo y la fortuna nos favorecen, quizá tendré el gusto de ver á V. con nosotros en el cuartel general dentro de pocas semanas.

"Espero que haya V. continuado recibiendo buenas noticias de su señora y de su hijo. ¿Qué es lo que dicen por ahí del profesor Bilimeck? ¿Y Lani, [1] llegó bien á Veracruz, y pudo partir *sin novedad* para Europa?

. . . . . .

"Su afectísimo,

MAXIMILIANO."

La tercera carta estaba dirigida al profesor Bilimeck, quien desde ántes de nuestra salida de México se quedó en Orizaba, nombrado director del museo de Miramar; allí debia permanecer hasta que el emperador le diese órden de marcha para Europa. La carta tiene fecha 2 de Marzo, y muestra claramente cómo el emperador sabia distinguir en el padre Fischer al hombre y al secretario. Maximiliano apreciaba su capacidad para tal empleo, y le manifestaba la confianza que en él tenia, sin dejarle sospechar en lo mas mínimo la opinion que se habia formado acerca de sus debilidades humanas. La carta es la siguiente:

"Querétaro, Marzo 2 de 1867.

"Profesor esclarecido:

"Aun cuando hasta ahora no he recibido ni una sola car-

1 Antiguo camarista del emperador.

ta de Orizaba, lo cual atribuyo á irregularidad en el correo, quiero, sin embargo, probar á enviarle noticias nuestras.

"Segun habrá vd. visto ya por los periódicos, despues de la partida largamente deseada y esperada de nuestro *amigo-enemigo*, de México, y tras haber reconquistado con tal motivo nuestra libertad de accion, hemos trocado por la espada nuestras pacíficas redes.

"En vez de cazar escarabajos y chinches, hacemos ahora otra especie de cacería; zumban en torno de nuestra cabeza ya no abejas sino balas.

"Dos veces hemos tenido que batirnos en el camino de México á Querétaro. Tuvimos algunos muertos y heridos, uno de los cuales cayó á tres pasos de mi caballo, y fué operado en el acto y bajo los fuegos del enemigo por el Dr. Basch, único europeo que me acompaña.

"En el segundo combate, en el cual nos hacian fuego ni mas ni menos que á un blanco, nuestro cocinero húngaro, á quien tanto conoce vd., y que estaba á caballo tras de m con Grill, salió herido de un labio.

"Por donde no habia disidentes, las poblaciones nos han hecho exelente acogida, suspirando por la paz y maldiciendo á los franceses.

"Tras una marcha larga y penosa, que toda la hice á caballo ó á pié, llegamos el 19 de Febrero á Querétaro, ciudad bella y amena.

"El recibimiento por parte de la poblacion fué tal, que no he visto cosa semejante ni aun en mejores épocas.

"He tomado ahora el mando de este pobre jóven ejército, que no tiene mas que seis semanas de levantado.

"Dentro de pocos dias tentaremos fortuna. Si la victoria nos sonrie, espero que no tardaremos en vernos en México ó en cualquier punto del Interior. Pero si nos toca la peor parte, habremos combatido al ménos como hombre de

honor, y probado que supimos sostenernos algunas semanas mas que los gloriosos y afamadísimos franceses.

"Morir con la espada en la mano, es fatalidad no deshonra.

"¡Cuánto me pesa que las ciencias pacíficas no puedan florecer y prosperar al lado de Marte! Hallaria vd., mi digno amigo, por todo el camino y en este bello y cálido Querétaro cosas preciosísimas. Mientras zumbaban en torno nuestro las balas en el ameno bosque de Calpulalpam, ví revolotear tranquilamente las mariposas mas espléndidas; aquí en Querétaro hemos descubierto una nueva especie de chinches, *Cimex domésticus Querétari*, que segun parece tiene un doble aparato perforante y aspirante, y es el asombro de todos los recien llegados. Si hubiese podido traerme algunos vidrios, le habria yo guardado á vd., á despecho de todas mis ocupaciones guerreras, algunos ejemplares de estos maravillosos animalejos.

"He dejado á su queridísimo amigo y colega espiritual Fischer en México, en donde la existencia es un sacrificio para él y para cuantos tienen participio en la cosa pública. Entre tanto, durante mi marcha he tropezado casualmente con Fischer, es decir, con los lares domésticos del piadoso pastor, de que tanto se ha hablado; ó para espresarme con toda claridad, he dado con las huellas de la familia Fischer. No son rumores vanos, ni hablo con acalorada fantasía: los Fischer existen en carne y hueso, *verbum caro factum est.* Solo que la cosa no anda muy limpia.....

.....

"Un amigo de la casa, que estuvo presente á la alegre historia, y que conoce los hechos en sus mas menudos pormenores, nos ha referido aquí en Querétaro la chistosa verdad. No sé, por lo demas, si pertenece á los tiempos antidiluvianos de Fischer, cuando su colega de vd. y amigo era

abogado americano; pero vd. siguiendo las huellas de aquella época hallará quizá la esplicacion.

"Schaffer se ha quedado en México cuidándome la casa. Dejé en palacio á las tropas austriacas, para asegurar en cierto modo la marcha de las cosas en la capital. El clima de Querétaro es casi igual al de Cuernavaca; ya se figurará vd. por lo mismo, que me siento bien, tanto mas cuanto que la fiebre por fin desapareció ya del todo. El desarreglo, por lo demas, me gusta como siempre. En cuanto á vd., viviendo ahora en plena primavera hará por cierto rico botin, y no habrá en los alrededores de Orizaba árbol viejo al que no le haya vd. puesto la puntería. Salúdeme á Boteri, [1] y soy

"Suyo afectísimo,

MAXIMILIANO."

Teniendo en cuenta el importante papel que desempeñó el padre Fischer en la historia de los últimos meses, hasta el momento de la partida del emperador á Querétaro, el lector me permitirá que en este punto concrete yo mi juicio sobre ese personage. Al criticar la ingerencia del padre Fischer, he manifestado sin temor y sin embozo mi censura, porque bajo las apariencias de adhesion al emperador no trabajaba sino en provecho de su partido. Por severo que haya sido mi juicio, puedo asegurar con toda tranquilidad de conciencia que no he tenido en cuenta sino los hechos, que no obedecí á ninguna opinion preconcebida, y que nada he imputado al padre Fischer de que no haya sido realmente culpable. Como que pude ver y juzgar los acontecimientos, no le hago responsable de haber persuadido al emperador á que desistiese de la abdicacion en Orizaba, y á que regresase á México; le acuso, sí, de falta de sinceri-

1 Boteri es un dálmata, profesor de ciencias naturales en el gimnasio de Orizaba.

dad y de honradez política. Básteme recordar la conducta del padre en Orizaba y la que observó en la última junta de México, para que cada cual pueda formarse idea de las razones en que he fundado mi juicio. Aislados despues, y distantes como nos encontrábamos en Querétaro, no sabré decir cómo y hasta qué punto cumplió el padre Fischer, despues de la partida del emperador el encargo de éste, que consistia en representar y hacer valer ante el gobierno que en la capital quedó, las intenciones imperiales.

El 2 de Marzo escribió igualmente el emperador una carta al ministro de Instruccion pública Aguirre, quien le habia acompañado. Este autógrafo se publicó en el *Boletin de noticias* de Querétaro. El emperador, esponiendo en él las razones que le movieron á trasladarse á Querétaro, y esplicando las intenciones que tenia para lo de adelante, hace otra vez mencion del Congreso nacional, como único fin de todos sus esfuerzos. La carta era del tenor siguiente:

"Mi querido ministro Aguirre.

"Como quiera que mi venida á Querétaro y el haber yo tomado el mando del ejército que acaba de organizarse, pudieran presentarse bajo un aspecto falso ya en el país, ya en el extrangero, por ignorancia de los motivos que á ello me condujeron, ó quizá con menos nobles fines, estimo necesario, en virtud de las muchas calumnias que nuestros enemigos se esfuerzan en propalar contra la conducta de nuestro gobierno, hacer algunas observaciones que pongan en su verdadero punto de vista y aclaren el difícil estado actual de las cosas.

"En nada he cambiado el programa que se publicó en Orizaba, despues que solicité y oí la franca y libre opinion de mis Consejos; persisto siempre en la idea de que un Con-

greso nacional es la única solucion capaz de dar estabilidad definitiva para el porvenir, y de hacer que se logre la reconciliacion de los diversos partidos que hasta aquí han dividido y desolado á nuestra abatida patria.

"Esta idea del Congreso me ocurrió casi desde que llegué al país, y no he vacilado en manifestarla tan luego como tuve la certidumbre de que pudieran reunirse los representantes de la nacion, libres de toda influencia extrangera.

"Mientras los franceses ocupaban el corazon del país, no era posible pensar en un Congreso que pudiese deliberar libremente. Mi viage á Orizaba apresuró la partida del cuerpo de ocupacion, y ha llegado por fin el dia en que con franqueza y libertad pueda hablarse de una asamblea constituyente.

"Que no fuese posible pensar ántes en llevar á cabo tal proyecto, lo ha probado hasta la evidencia la vivísima oposicion que no cesaron de hacerle las autoridades francesas, aun en vísperas de su retirada.

"Una asamblea elegida por la nacion, espresion efectiva de la mayoría, investida de plenos poderes, es el único medio de poner término á la guerra civil, de hacer cesar este dolorosísimo derramamiento de sangre.

"Como soberano y gefe electo por la nacion, quise sujetarme por segunda vez á la manifestacion de su voluntad, porque lo que yo anhelaba sobre todo era poder poner término á esta desgraciadísima lucha. He hecho mas: me he dirigido, ya personalmente, ya por medio de agentes leales y dignos de confianza, á los diversos gefes que combaten, segun dicen, en nombre de la libertad y por el principio del progreso, intentando inclinarles á que se sometiesen, como yo estaba pronto á hacerlo, al voto lealmente espresado por la mayoría de la nacion.

"¿Cuál fué el éxito de esas tentativas?

"Aquellos hombres que hablan de progreso, no pudieron ó no quisieron someterse á esa decision. Respondieron con el fusilamiento de leales y distinguidos ciudadanos; rechazaron la mano fraternal que queria poner paz entre los hermanos, ó para hablar con mas esactitud, quisieron como obcecados partidarios dominar únicamente con la espada en la mano.

"¿En dónde está, entre tanto, la voluntad nacional?

"¿De qué lado surge, y en dónde se ha manifestado un verdadero deseo de libertad?

"La única escusa que puede presentarse en descargo suyo es su misma ceguedad, de la que dan sobradas pruebas los nefandos actos que se ejecutan á la sombra de su bandera.

"No es posible, por tanto, contar con ellos; el deber nos obliga á obrar con toda energía, para restituir al pueblo la libertad lo mas pronto posible, con el objeto de que pueda espresar libre y francamente su propia voluntad.

"Este es el motivo por el cual he venido á esta ciudad, y por el que me esfuerzo en restituir por todos los medios á nuestra desgraciada patria el órden y la tranquilidad, para salvarla por segunda vez de la perjudicial influencia extrangera.

"Por el rumbo de Oriente se retiran ya las bayonetas de la intervencion; ahora es cuando importa lograr el fin, ya que no pesan influencias armadas, directas ó indirectas, sobre la independencia y sobre la integridad de nuestra patria.

"Vuestro gobierno quiere intentarlo hasta su última hora, y necesita por consiguiente que se le suministren todos los medios capaces de poner fin á tan crítica situacion, y de librar á México de cualquier presion extrangera, ya que ahora una asamblea nacional puede decidir sobre la suerte futura de la nacion, sobre su forma de gobierno, sobre sus ins-

tituciones. Pero si esa asamblea no pudiera reunirse; si nosotros, que constantemente hemos tenido esa mira, hubiésemos de sucumbir en la lucha, la opinion pública del país no podrá menos de hacernos justicia, y de decir que nosotros fuimos los verdaderos defensores de la libertad, que no hemos hecho traicion á los intereses de la patria, que por dos veces quisimos garantirla y salvarla de la presion de la intervencion extrangera, y que en todo hemos obrado con la firme resolucion de hacer triunfar el principio de la voluntad nacional.

"Recibid las seguridades, &.

"Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO."

"*Querétaro, Marzo* 2 *de* 1867."

Nuestro ejército en Querétaro se componia por junto de nueve mil hombres. Como dije ya, en el momento de nuestra salida de México no habia en la caja militar mas que cincuenta mil pesos, y en lo de adelante no entraron cantidades dignas de mencionarse.

De esa suma no tomó el emperador para su casa y Corte mas que la mitad de una mensualidad de la lista civil, es decir, diez mil pesos; todo el tiempo que estuvo en Querétaro, no volvió á recibir mas dinero. Y sin embargo, la mayor dificultad con que hubimos de tropezar desde los primeros dias de nuestra llegada, fué la de tener recursos. Como dije ya tambien, se habia enviado á México la órden para que saliesen los húsares y la infantería de Hammerstein, y con ellos se remitiesen dinero y municiones; pero el ministerio para nada se ocupó de semejante cosa. Si, pues, necesitaba el emperador no verse entorpecido en sus operaciones por la carencia de fondos y de material de guerra, forzoso le era recurrir á un arbitrio, que si bien tenia que ser gravoso á

los habitantes de Querétaro, quedaba disculpado con la inexorable necesidad. Decretóse un préstamo forzoso, quedando encomendadas al general Mendez todas las disposiciones necesarias para hacerlo efectivo. Los ciudadanos acomodados de Querétaro, de buena ó de mala gana tuvieron que pagar, y proveer á la manutencion del ejército. Conviene decir, sin embargo, que cedieron con gusto á la necesidad; era Querétaro una buena ciudad animada de sentimientos favorables al imperio, y se sometieron de buena voluntad sus habitantes á los sacrificios que hubieron de exigírseles.

El financiero Campos, Sub-Secretario de Estado en México, para nada se cuidaba del emperador ni del ejército, fiel á su promesa de que con el año nuevo desaparecería el déficit sin tener que recurrir á medidas extraordinarias; desde el momento, pues, en que el ministerio dió en obrar como gobierno independiente, vióse precisado el emperador á nombrar ministro suyo de Hacienda al general Vidaurri. Ahora que el ejército iba á entrar en campaña sin tener que esperar nada del gobierno de la capital, indudablemente era de la mayor importancia, en atencion á las emergencias que podian sobrevenir, poner cuando menos órden en el empleo de los escasos recursos disponibles, y establecer una administracion regularizada.

No podia hacer con ese fin el emperador una eleccion mas acertada, que en la persona del general Vidaurri. Plenamente justificó este la antigua fama de su rara capacidad administrativa, y el ejército no pudo menos de elogiar su manejo. Él supo resolver de una manera feliz el árduo problema de suministrar al ejército cuanto necesitaba, sin gravar excesivamente á la poblacion; porque, en fin, no era fácil á una ciudad de cuarenta mil habitantes esto de mantener un ejército de nueve mil hombres. Vidaurri puso órden en los pagos y en la distribucion de víveres; verdad

es que los oficiales no recibian sino media paga, pero la recibian con puntualidad; en cuanto á los soldados, diariamente se les daba su sueldo.

Hasta el emperador daba en aquellos dias pruebas de extraordinaria actividad militar. Asistia regularmente á los consejos de generales, visitaba los hospitales y cuarteles, y como que lo vigilaba todo y en todo tomaba parte, llegó á ser el ídolo del ejército. El espíritu de este era excelente; la confianza fundada en la unidad de mando, y en el conocido valor de la mayor parte de nuestros generales, se aumentaba de dia en dia presagiando segura victoria.

Habia sabido el emperador no solo conquistarse el cariño del soldado, sino que por su continente sencillo y afable, en poco tiempo se hizo muy popular en la ciudad. Diariamente se paseaba solo, sin acompañamiento de ninguna clase. Veíasele por las calles ó en la Alameda, aun cuando llevase uniforme, sin espada, sin divisas ni condecoraciones, vestido con una levita azul, y un baston bajo el brazo. Si salia á caballo, llevaba el traje mexicano: el sombrero ancho, la pintoresca chaqueta, y las calzoneras ricamente adornadas con botonadura de plata. Muchas veces se mezclaba, como simple espectador, á la multitud que asistia á las revistas y al ejercicio, conversando con los que tenia al lado, fumando su puro, pidiendo y dando la lumbre.

El método de vida del emperador en Querétaro era lo mas sencillo. Solo ocupaba en el Casino dos piezas: en una dormia, y la otra le servia de gabinete en donde trabajaba, recibia visitas y daba audiencias. Despues de haber trabajado todo el dia, se distraia un poco por la noche jugando durante una hora al boliche; y á no ser que se lo impidiese algun asunto grave, se acostaba á las nueve para levantarse antes de las cinco de la mañana.

CAPÍTULO XIII.

Querétaro.—Sucesos del 5 al 13 de Marzo.

PARA que el lector pueda orientarse en la descripcion del sitio, que desde ahora va á ser mi asunto, bueno será anteponer una breve descripcion topográfica de Querétaro.

Esta ciudad, de cuarenta mil habitantes, [1] forma un rectángulo tendido en direccion oblícua de N. E. á S. O. Tiene de largo unos dos mil cuatrocientos metros, y cerca de mil doscientos de ancho. Por el lado septentrional, y en el sentido de la anchura, corre el *Rio-Blanco*, riachuelo que baja de las montañas de la Sierra-Gorda, las cuales se elevan al N. E. de Querétaro. Al Poniente de la ciudad se estiende una dilatada llanura, circunscrita en lontananza por los montes de Guadalajara.

Formando un arco en torno de la ciudad, arco interrumpido únicamente en el punto en que el Rio-Blanco ha escavado su lecho, están en direccion de S. á N. E. el Cimatario, la Cuesta China, la Loma de Carretas, y la Cañada; al N. y al O. la Cantera y S. Pablo. Mas próxima á la ciu-

1 Cuarenta y ocho mil doscientos treinta y siete (48.237), le da nuestro geógrafo García y Cubas.—(N. del T.)

dad, y paralela á S. Pablo, se eleva la colina de S. Gregorio; termina el arco al S. como continuacion directa del Cimatario, la colina de Jacal, á cuyo pié hay una hacienda que lleva el mismo nombre.

Entre la abertura de este arco de colinas, y hácia el confin occidental de la ciudad, se alza el Cerro de las Campanas. Descúbrese desde éste, hácia el N., S. Gregorio, S. Pablo y la Cantera; á la derecha, la ciudad con el convento de la Cruz que se eleva al fin de ella; y abajo la Cuesta China, la loma de Carretas y la Cañada; á la izquierda, la ancha llanura de Guadalajara; mientras atrás están el Cimatario y la colina de Jacal.

Todas estas alturas fueron ocupadas por el enemigo durante el sitio; nosotros solo teniamos el Cerro de las Campanas, y este, con el convento de la Cruz erigido sobre una escarpada roca en el confin oriental de la ciudad, eran nuestros únicos puntos fortificados.

El resto de la ciudad carecia totalmente de fortificaciones, ya naturales ya artificiales.

Un acueducto que viene de la Cañada, cuya sólida construccion se remonta á los tiempos de la dominacion española, surtia de agua á la ciudad.

En preparativos militares llegó el dia 5 de Marzo; la division de Miramon pasó revista á las cuatro de la tarde, y en seguida hizo ejercicio de fuego. A esa hora poco mas ó menos llegaron las primeras noticias positivas, de que el enemigo se aproximaba por el Norte y por el Poniente. Movíase por el camino de S. Miguel Allende una columna de 17,000 hombres al mando del general Escobedo, y formada por los batallones de Nuevo-Leon, Coahuila, Durango, Zacatecas y S. Luis Potosí. Otro cuerpo de 18,000 hombres á las órdenes del general Corona estaba mas atrás, en el camino que viene de Guadalajara, y lo formaban las tropas de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Colima. Las fuerzas de Escobedo

habian llegado desde antes al punto en que se unen los caminos de S. Miguel y Celaya, es decir, á cosa de tres millas de la ciudad.

Inmediatamente citó el emperador á Consejo de guerra, bajo su presidencia, á los generales Márquez, Miramon, Mejía, Mendez, y Castillo; quedó resuelto no salir al encuentro del enemigo, sino esperarlo en las posiciones cubiertas, por cuanto se preveía un ataque. Dictáronse, de consiguiente, las disposiciones necesarias en este sentido, apoyando nuestra ala derecha en Rio-Blanco, la izquierda en la hacienda de la Casa-blanca y en la garita de Celaya, mientras el centro ocupaba el Cerro de las Campanas, que tan célebre llegó á ser. La reserva estaba frente á la Alameda.

Esperábase el ataque para el 6 de Marzo, miércoles de Ceniza. Salió de la ciudad el emperador á las cuatro de la mañana para inspeccionar las tropas, las cuales estaban listas en sus puestos, y habian formado ya la línea de batalla. Desde la noche anterior se me habia dado la órden de estar dispuesto para salir, tan luego como la fusilería y los cañonazos me indicasen que ya habia comenzado la accion. Pero no tuvo lugar tal ataque. A las ocho estaba de vuelta el emperador; á las cinco de la tarde salió de nuevo con el general Márquez y con su Estado mayor, á recorrer la línea. A eso de las ocho de la noche vino á mí el teniente coronel Pradillo, oficial de órdenes del emperador, y me avisó que estuviese listo para presentarme al alba del otro dia en el cuartel general. Dos horas despues, es decir á las diez, una órden expresa me llamaba en el acto al Cerro de las Campanas.

Es esta una colina, sobre la cual se dice que hubo en otro tiempo un templo indio, poblada hoy de *cactus*, (nopales) á diez minutos de Querétaro, por cuya parte se eleva poco; pero hácia el N. frente á la colina de San Gregorio, y al O. frente al camino de Celaya, es sumamente escarpa-

da. Allí estaba nuestro cuartel general; todos reposaban cuando yo llegué. Hombres, caballos y mulas, estaban tendidos entre las piedras y los espinosos grupos de nopales, en pintoresco desórden; y sin embargo, los que así dormian estaban seguros de que los despertaria de un momento á otro el toque de un clarin, ó los cascos de los caballos.

El emperador no se habia llevado consigo al cerro sino un cobertor y un *plaid;* aquella noche y las siguientes durmió como soldado entre la tropa, sobre el suelo desnudo y al aire libre. Busqué un sitio para mí, y encontrado que lo hube, envuelto en mi cobertor me dormí mas pronto de lo que me figuraba, en medio de aquella situacion que me era totalmente nueva.

Ya desde este punto dejaré hablar á los restos de mi diario de Querétaro, que logré salvar en la catástrofe del 16 de Mayo.

Marzo 7, á las cinco de la mañana.

Tres horas ha que estamos esperando el ataque. Es costumbre entre los mexicanos atacar á la madrugada. Ya el sol está muy alto sobre los montes, y ni el menor indicio hay de ese ataque que tan vivamente deseamos. No se oyen sino algunos tiros aislados que se cambian nuestras avanzadas con las del enemigo. A las nueve de la mañana visitó el emperador nuestra derecha, formada con la division de Castillo. Hasta aquí en el cerro nos llegan los gritos de júbilo de los soldados, y vemos al emperador recorriendo á caballo el frente de batalla.

El emperador tiene empeño particular en la distribucion de víveres á las tropas. Los soldados están alegres, y en magníficas disposiciones. La poblacion de Querétaro, por su parte, se nos muestra simpática, y nos ayuda en cuanto

puede. Van los habitantes muy gustosos á ayudar á conducir cañones para el cerro.

Me dice el emperador que ha hecho en esta colina un *descubrimiento maravilloso;* tales son sus propias palabras. Es el caso, que en el costado septentrional se encontró entre las rocas un nicho escavado en la peña, el cual tiene á mayor abundamiento un banco de granito. Protegido contra los rayos del sol, circundado de altísimos nopales, entre los que revolotean los mas graciosos colibríes, con una vista que se estiende hasta las azules montañas de Sierra-Gorda, parece hecho á propósito para recrear el ánimo cansado convidándole al reposo. "No diga vd. palabra de esto á alma viviente," me dijo el emperador contentísimo de su tesoro; "aquí al menos podré estar solo." Mas parece ser que ya algun otro habia descubierto el tal tesoro, y aprovechádose de él: me cuenta el emperador que cuando hoy á medio dia bajó á la gruta con su criado para comer allí, se halló de manos á boca con una pareja enamorada que tambien buscaba soledad, y que asustada con aquella subitánea aparicion, huyó á toda prisa para sustraerse á las miradas indiscretas.

A eso de las nueve de la noche llegó del campo enemigo un desertor, medio desnudo, y en el estado mas lastimoso. Conducido ante el emperador, se echó á sus piés temblando, sin poder hablar de miedo, y pidiendo que le salvase la vida. En su calidad de mexicano, sabia muy bien la suerte que le estaba reservada conforme á la costumbre del país. El emperador le hizo levantarse, y le aseguró que no se le haria ningun daño. Cuenta que en el campo contrario se da muy mal trato á la tropa, y que la mayor parte de los soldados están sirviendo contra su voluntad.

Las fogatas del campamento enemigo, perfectamente visibles, nos dan á conocer las posiciones que ellos ocupan.

Marzo 8.

Todavía la mañana de hoy se ha pasado sin ataque, y sin mas que los tiros de las avanzadas. Oyense distintamente los clarines del enemigo.

Dá órden el emperador de que se proceda á la tala de nopales en el cerro de las Campanas, y de que se comience á fortificarlo. A las ocho fué á recorrer nuestra ala izquierda, adelantándose hasta las avanzadas. Sin que él hable á los soldados, estos le dirijen la palabra; y segun lo que me cuenta el emperador, es esta la vez primera que desde la independencia les sucede el poder decir como dicen: *estamos contentos de todo, tanto de la paga como de la comida*, todo lo cual se debe especialmente á los cuidados del intendente del ejército, general Vidaurri. Y realmente es muy bueno el rancho del soldado, mejor aún que la mesa del emperador, cuya cocina, dicho sea de paso, es lo que se llama atroz.

En esa revista, entregó el emperador una bandera al segundo batallon, pronunciando una breve arenga, que fué acogida con vivo entusiasmo; despues se dirigió á visitar el cerro fortificado de la Cruz, en donde están el hospital y los almacenes de artillería.

Otros desertores nuevos nos traen noticias circunstanciadas de los movimientos del enemigo. Desde anteayer estamos esperando el ataque, y todos en nuestro campo, desde el emperador hasta el último soldado, están impacientes por esa tardanza.

Hoy hubo Consejo en el campamento; conferenció el emperador con el ministro Aguirre y con los generales Márquez y Vidaurri. Me dice que está verdaderamente irritado por la negligencia del gobierno de México. Llevamos un mes en Querétaro, y no ha enviado mas que diez y nue-

ve mil pesos, suma que á pesar de toda la economía que el emperador y el general Vidaurri han introducido, apenas le basta para seis dias á un ejército de nueve mil hombres. Se continúan las fortificaciones del cerro por medio de una compañía que se formó con los presos de la cárcel para no cansar á nuestras tropas, las cuales son, á decir verdad, muy escasas con respecto á las que el enemigo puede poner en batalla.

A media noche hubo que despertar al emperador para anunciarle que el enemigo ha hecho un movimiento sobre nuestra derecha, es decir, hácia Rio-Blanco y San Gregorio; se teme que estemos cercados. Reúnese un Consejo de guerra, el cual decide que hay que hacer una conversion de nuestras dos alas, correspondiente al movimiento del enemigo; pero aun despues de esto, continúa nuestro centro ocupando el Cerro de las Campanas.

Marzo 9.

No hubo en todo el dia mas que el cambio de tiros entre nuestras avanzadas. Hasta ahora no hemos perdido ni un solo hombre en todas esas pequeñas escaramuzas; al enemigo le hemos matado once, uno de los cuales era un mayor, cuyo caballo se trajeron nuestros soldados.

Nuestra distraccion de hoy, fué observar desde el cerro esas escaramuzas; la verdad es, que no deja de ser muy curiosa la manera de combatir que en ellas emplean los mexicanos.

Treinta ó cuarenta ginetes, armados de largos fusiles, se sitúan unos frente á otros durante cierto tiempo, á distancia del tiro. Antes de hacer fuego, tiene lugar entre ambas partes una especie de diálogo en voz muy alta. Lánzanse alternativamente injurias, se irritan con apodos ridí-

culos ó insultantes, á los que se sigue una especie de grito de guerra en tono vibrante y provocativo, que el emperador me dice ser el que usan los árabes nómades. Cuando ya ha durado mucho aquella granizada de ultrajes y aquel gritar, uno de los mas atrevidos se sale de la fila, avanza veinte ó treinta pasos al galope, descarga su fusil, vuelve grupas, y se coloca otra vez en donde estaba. Esta maniobra se renueva con frecuencia por un par de horas, hasta que una de las partes contendientes se cansa, ó alguno de los hombres cae herido ó muerto en aquel disparar á la ventura. Apenas se retira uno de los grupos, el otro se precipita al campo que quedó libre, permanece allí un rato, y luego se vuelve á su puesto. Para dar idea de la manera con que hacen aquellos disparos en las tales escaramuzas, baste decir que estando nosotros en la colina, pasaban por sobre nuestras cabezas las balas de las avanzadas.

Marzo 10.

Tampoco hoy nos atacaron. A las nueve hubo Consejo de guerra. Me dice el emperador, que él opinó por salir al campo y atacar; pero que los generales fueron de opuesto parecer. A las diez recorrió toda nuestra línea, y tambien visitó las avanzadas. A las once y media, pude ver desde el Cerro de las Campanas en la llanura de Celaya todo el ejército enemigo, dispuesto en órden de parada para una revista, la cual duró mas de tres horas. De cuando en cuando, traía el viento á nuestros oidos el sonido de sus clarines.

Informado el emperador, subió al cerro despues de su inspeccion, y todavía tuvo tiempo de gozar por una media hora de aquel espectáculo. Dijo riendo á los generales que con él estaban: "En esa revista no veo mas que un acto de justo respeto del enemigo hácia mí, como soberano."

No es probable que el enemigo tenga intencion de atacarnos á una hora tan avanzada. A las dos y media el emperador reunió un gran Consejo de guerra, por cuanto á que despues de aquella demostracion se tiene por seguro el ataque para mañana. Despues del Consejo, presentóse al emperador una diputacion de los generales para rogarle que no se espusiese inútilmente al peligro, y que desde esta noche se volviese á la ciudad en donde está la reserva.

El general Mejía, con su estilo un tanto tosco, le dijo:

"Es menester que se cuide, Señor; porque si le sucede una desgracia, cada uno de nuestros generales ha de querer ser presidente."

Recibió el emperador á la comision con mucha afabilidad, y le contestó, segun me dijo, que en las actuales circunstancias un emperador tímido haria mucho perjuicio: y que su firme intencion era quedarse en el cerro.

Hoy le enviaron de los conventos al príncipe imágenes de santos.

A eso de las dos de la tarde llegó un desertor del campo enemigo. Dice que es campesino de Celaya, y que hace poco se lo llevó á fuerza el general Corona, con otros paisanos suyos. Las municiones que trae consigo son de muy mala calidad. Dice tambien, que los soldados enemigos están muy mal pagados, que no reciben mas que *medio* diario, (mientras los nuestros reciben dos reales) y que despues de todo eso tienen que sufrir malos tratamientos.

El general imperialista Olvera, que dispone de una fuerza de mil doscientos hombres, y que se halla á pocas millas de distancia al pié de la Sierra Gorda, debe reunírsenos mañana ó pasado.

El coronel de caballería Quiroga hizo un reconocimiento, y se ha traido doscientas reses.

Hoy por la primera vez, no duerme ya el emperador al pelo de la tierra; decidióse por fin á aceptar la tienda de

campaña del general Almonte, que repetidas veces le habia ofrecido el general Mejía. Tambien Márquez y Miramon se han mandado colocar para su uso grandes tiendas. El cuartel general sigue tomando cada vez mas el aspecto de un campamento atrincherado.

Marzo 11.

La mañana de hoy se ha pasado en tiroteos con las avanzadas. Ha cortado el enemigo el acueducto que surte á Querétaro, notable construccion de en tiempo de los españoles. El emperador envía columnas á los contornos para procurarse medios de subsistencia. En todas las alturas que circundan la ciudad, es visible el enemigo; parece que su intento es ponernos un cerco sin venir á las manos. El ejército está lleno de entusiasmo, y los generales están todos en armonía, cosa que por primera vez les sucede desde que México es México; tal demuestran, al ménos, las apariencias.

A eso de las once de la mañana, el general Mendez á la cabeza del regimiento de la Emperatriz y de un destacamento de húsares, practica un reconocimiento por el rumbo de S. Pablo. En la altura de S. Pablo se encuentra con una fuerza enemiga superior á la suya; no la ataca, sino que se contenta con desprender sobre ella algunos tiradores aislados. Despues de este reconocimiento, vuelve á tomar Mendez su puesto en la reserva.

A las tres de la tarde, nuestra batería del cerro tiró sus primeros cañonazos. Habíase retirado poco ántes el emperador á la gruta, que es ya su mansion favorita no obstante la aventurilla con que allí topó. Mandóle suplicar Márquez que se sirviese subir al cerro, para observar el efecto de nuestros fuegos.

Nuestra artillería tira admirablemente. Descúbrese desde el cerro una columna de cosa de cien caballos enemigos, que avanza á todo galope. Detiénese desde nuestro segundo cañonazo; y á los tres tiros siguientes y simultáneos, cuyos proyectiles se ven caer en las filas, se dessorganiza la columna.

Poco ántes de este episodio, el valiente coronel Quiroga que habia salido á otro reconocimiento, se batia con el enemigo obligándole á retirarse. Trájose prisionero á un capitan, que fué conducido ante el emperador, y reconocido como antiguo ladron sentenciado ya por dos veces, y á quien poco ántes habia indultado el emperador.

A las cinco de la tarde hizo Miramon una correría rumbo á la Cañada, en donde está el cabecilla Carbajal; este emprendió la fuga no bien se presentó Miramon. Dos muertos tuvo el enemigo, y se le tomaron dos caballos. Ademas se trajeron como botin sesenta bueyes, cien cabras, doce mil tortillas, y una gran cantidad de maíz.

Marzo 12.

A eso de las nueve de la mañana, la division Castillo, compuesta de un batallon de cazadores del 7º de línea, y apoyada por el regimiento de la Emperatriz, practicó un reconocimiento hácia el pueblo de S. Pablo. Allí tuvo lugar un combate de poca importancia, pero encarnizado. Lanzáronse nuestros cazadores á la colina, y no se contestó al fuego de nuestros cañones; parece, por lo mismo, que el enemigo no tiene artillería en S. Pablo. El objeto del reconocimiento se logró, volviéndose Castillo á sus posiciones en nuestra ala derecha. Tuvimos de pérdida siete muertos, y herido el coronel Villanueva, comandante del batallon de cazadores. Dió el emperador el mando de este cuerpo

que se habia quedado sin gefe, al coronel príncipe de Salm-Salm, quien estaba á la sazon en Querétaro en la comitiva de Vidaurri, pero sin empleo determinado.

A las tres de la tarde se anuncia una conversion de las columnas enemigas por detras de la ciudad, es decir, hácia la Cuesta China. A las siete y media se reune el Consejo de guerra.

Las fogatas del enemigo, que se observan durante la noche, indican de una manera precisa que notoriamente ha cambiado de posicion. Las hogueras que en las primeras noches iluminaban visiblemente toda la llanura de Celaya, escasean ya en este punto, mientras por el contrario brillan grandes luminarias en nuevos lugares: en la colina de S Pablo, en la loma de Carretas, en la Cañada, y en la Cuesta China.

Como que el cerro no se encuentra ya frente al grueso de la fuerza enemiga, ha perdido mucho de su primera importancia como centro; siendo nuestras alas las mismas, el centro se traslada en direccion diagonal, atrás de la ciudad, mirando hácia México. El convento de la Cruz, ámplio y estenso edificio del tiempo de los españoles, se alza sobre un alto plano de rocas; y así por su posicion, como por la solidez de su construccion, forma una fortaleza natural. Por su amplitud se presta para cuarteles y hospitales; y sus estensas huertas, ceñidas de sólidas cercas, son otras tantas obras avanzadas.

A este punto se trasladará mañana el cuartel general.

CAPITULO XIV.

Sitio: del 13 al 22 de Marzo.—Asalto del 14 de Marzo.—Envíase á Márquez á México, como lugar-teniente del Emperador.—Carta de éste.

Marzo 13.

TAMPOCO hoy nos asaltó el enemigo. A las diez de la mañana se trasladó el cuartel general al convento de la Cruz.

Un reconocimiento que Quiroga hizo por el rumbo de la Cuesta China, nos aseguró que el enemigo ha concentrado en ese punto un considerable cuerpo de ejército, cosa de ocho mil hombres al decir de Quiroga, y que tambien hay allí piezas de batir.

El emperador, su comitiva y todo el Estado Mayor, toman alojamiento en la Cruz. A mí se me señala un cuarto en el primer piso contiguo al que habita el emperador; ambos dan á un corredor que mira á la Cuesta China. Estraño me parece que no se dé paso á fortificar mejor el convento, el cual está al alcance de las baterías enemigas. Su punto estremo es el cementerio con una capillita. Entre este y las alturas de la Cuesta China y de Carretas, el terreno está profundamente encajonado, y plantado todo de nopales tupidísimos; fácil cosa le será al enemigo acercarse por aquel camino sin que nadie le vea. Todo el mundo

aconseja al emperador que ocupe el cementerio, que se fortifique allí, que desembarace el terreno de todos aquellos nopales que pudieran ser favorables al enemigo; pero Márquez no hace caso.

Desde el cementerio se divisan las baterías enemigas de la Cuesta China, como tambien la bandera de los contrarios que flamea en lo alto de la colina.

A las seis y media de la tarde, el enemigo dispara por primera vez su artillería, y lanza sobre el convento una buena cantidad de granadas, de balas comunes y de proyectiles cónicos.

Marzo 14.

A las nueve de la mañana visita el emperador las grandes huertas del convento; las troneras abiertas en las paredes esteriores, están ocupadas por los soldados del batallon del emperador; yo acompaño al príncipe. Los movimientos que el enemigo ha hecho esta mañana, hacen indudable el ataque por parte suya. El emperador alienta á las tropas á que cumplan con su deber, y á que se porten como valientes.

Mientras él está aquí presente, comienza el ataque del enemigo por tres partes á un tiempo: de la Cuesta China sobre el convento de la Cruz, defendido por el general Mendez; de S. Pablo sobre la línea de Castillo al Rio Blanco, y del Cimatario contra la Alameda y Casa Blanca ocupada por el general Mejía.

Nos retiramos del patio bajo una lluvia de granadas. El emperador se situó en la plaza frente al convento para asistir á la accion. Van y vienen al galope los ayudantes; mientras tanto, un oficial austriaco de Estado mayor, el capitan baron de Fürtenwarther, armado de un magnífico anteojo, participa desde el campanario al emperador y al general

Márquez, los cuales están abajo en la plaza, los movimientos del enemigo.

El sitio que ocupa el emperador nada tiene de seguro, espuesto como lo está á una lluvia continua de balas y de granadas. A eso de medio dia, mientras se hallaban al rededor del príncipe los generales Márquez y Mendez, y los oficiales de Estado mayor, cayó una granada á seis ú ocho pasos de distancia. Reventó, echáronse al suelo todos, y solo el emperador se mantuvo de pié. Afortunadamente ninguno salió herido, y solo un cascote le torció el sable y le quemó la ropa á un ayudante del general Márquez.

A eso de la una llegaron noticias de nuestras dos alas: tanto Castillo como Mejía habian logrado rechazar al enemigo, el cual no se batia ya sino para retirarse en buen órden. En ambos puntos se portaron generales, oficiales y soldados, con valor é intrepidez. El coronel príncipe de Salm-Salm, que se hallaba con sus cazadores en el puente de Rio-Blanco, hizo una brillante salida, y se trajo un cañon quitado al enemigo.

A las dos entraron á la ciudad multitud de prisioneros. Entre estos hay un americano que fué conducido ante el emperador.

—"¿Por qué se bate vd. contra nosotros?" le preguntó este.

—"Porque soy republicano," contestó el oficial.

—"Si es vd. republicano deveras, no deberia tomar partido por Juarez, sino únicamente por Ortega," le replicó el emperador.

Durante esta conversacion, para nada se habia quitado el sombrero aquel americano, sea porque hubiese olvidado las reglas de urbanidad en el campo en que peleaba, sea tambien por hacer ostentacion de su orgullo republicano. El general Mendez, que se hallaba á su lado, le quitó el sombrero, haciéndole observar que estaba en presencia del

emperador. Este, que hasta entonces no habia echado de ver que el oficial le hablaba con la cabeza cubierta, se chanceó sobre la susceptibilidad (muy justa por otra parte) del general, y despidió al prisionero.

A cosa de las cinco habia cesado el combate en las dos líneas, señal de que el enemigo se habia retirado; únicamente en el centro era donde continuaba la pelea.

Márquez, apesar de las órdenes terminantes del emperador, no habia provisto á la defensa del cementerio, ni colocado mas que unos cuarenta austriacos en el techo de la capilla, al mando del capitan de la guardia municipal Linger, austriaco tambien. Tan corta fuerza no era naturalmente capaz de impedir que el enemigo se apoderase del cementerio; tras una encarnizada defensa de cerca de dos horas, y luego que cayó muerto el capitan Linger, forzoso les fué á los imperiales abandonar la capilla para que no los hicieran pedazos fuera del convento los asaltantes, cuyo número iba engrosando.

A cosa de las cinco, el enemigo tras un reñido combate habia hecho retroceder á los nuestros, y el peligro crecia por momentos. En tan crítico instante, el segundo batallon mandado por el atrevido coronel Joaquin Rodriguez, hizo una brillante salida, en la cual quiso tambien tomar parte Márquez, acometido de un súbito paroxismo de bravura. Sostuvo el ataque el nutrido fuego de un cañon que se llevó al patio interior, y que servia en persona el general de artillería Arellano; y tras un encarnizado combate de una hora, á eso de las seis quedó el convento enteramente desocupado por el enemigo.

Inmediatamente se dirigió el emperador á visitar las líneas; acompañábale el general Márquez con algunos oficiales de Estado Mayor, y yo hallé modo de unirme á la comitiva. En todo el trayecto á lo largo de la línea de Rio-Blanco al Cerro de las Campanas, no cesó el enemigo de

dispararnos granadas. No dejaba de ser á la verdad un juego pueril, en el que mas que nada desperdiciaba su pólvora; pero conjeturaba, y con razon, que podria dar un buen golpe, á lo cual le inducian los toques de clarin y los gritos entusiastas de júbilo, señales del paso del emperador frente á las tropas. Caian en derredor nuestro las balas, y rebotaban en el suelo, pero afortunadamente no nos causaron daño ninguno. Durante este vivo fuego, el emperador circundado de su comitiva continuó su inspeccion al trote corto; solo cuando hubo pasado el cerro y quedamos fuera del alcance de los tiros enemigos, se lanzó al galope hácia Casa Blanca y la Alameda para regresar á la ciudad.

El resultado final de la jornada fué, que no obstante haber logrado rechazar al enemigo en toda la línea, está ahora mas cercano de nosotros, y ocupó la colina de S. Gregorio al N. de la ciudad, que por falta de fuerzas no nos fué dado comprender en nuestro radio de defensa. En sustancia, estamos hoy cercados mucho mas estrechamente que ayer.

Al llegar á este punto, creo oportuno completar, especialmente para los lectores militares, estas noticias tomadas de mi diario con la relacion oficial del terrible combate del 14 de Marzo, publicado en el *Boletin de Noticias* del 12 de Abril.

"A eso de las nueve y media de la mañana, los cañones enemigos de la Cuesta China dieron la señal de que comenzaba la batalla. La caballería contraria desembocó en gran número por el camino del Pueblito, y se situó junto á la hacienda del Jacal, que está á un lado de la garita de Linto. En esta última se hallaba el Estado Mayor de nuestra division de caballería. La primera brigada de esta, á las inmediatas órdenes del valiente general Mejía, se lanzó sin pérdida de momento sobre el enemigo; lo detuvo en su

marcha, y poco despues logró desalojarlo del terreno de que ya se habia posesionado. La carga fué brillante, y nuestra caballería llegó hasta las líneas enemigas cerca de la Estancia. En este primer combate se hicieron sesenta prisioneros, siendo mas que el doble el número de muertos y heridos. Mientras esta columna recobraba sus antiguas posiciones, se renovó el ataque contra la ciudad por el lado del N., en donde el enemigo habia concentrado el grueso de sus fuerzas. Ya se habia apoderado sin combate de las colinas de S. Pablo y de S. Gregorio, en donde colocó su artillería pesada. De allí hizo un movimiento hácia Rio-Blanco para apoderarse del puente que une la ciudad con el barrio de S. Sebastian. Sostúvose por algunas horas un vivo fuego en esta línea; las columnas enemigas fueron rechazadas muchas veces, pero se rehacian en las alturas volviendo á tomar la ofensiva con fuerzas nuevas. Pero ni con el número, ni con el ímpetu del ataque lograron apoderarse de aquel punto importante defendido por los generales Castillo y Casanova. Nuestros bravos soldados, despues de rechazar al enemigo, salieron de las trincheras, se pusieron á perseguir á los asaltantes, les tomaron un cañon, y les hicieron varios prisioneros. Durante este crudo combate, nuestra batería establecida en el Cerro de las Campanas, continuó haciendo un fuego muy nutrido y con admirable precision.

"En tanto que de esta manera se combatia, movíase tambien el enemigo para el asalto del convento de la Cruz, asiento de nuestro cuartel general; y favorecido por la naturaleza del terreno, logró apoderarse del camposanto y de la capilla contigua. Este ataque estaba sostenido de parte del enemigo, por un batallon con dos piezas colocadas en la altura de San Francisquito, y por cuatro fuertes columnas de caballería con igual número de cañones, las cuales habian tomado posiciones en la fácil bajada de Carretas. De

esta manera, se vieron amenazadas simultáneamente de grave peligro la Alameda y toda la parte meridional de la ciudad. Mientras atacaba sin descanso á la Cruz, destacó el enemigo una de sus columnas de caballería situadas en Carretas, y la lanzó contra el Cimatario para impedir el ataque de nuestras tropas, las cuales desde Casa-Blanca amenazaban su ala izquierda. El general Miramon comprendió en el acto la dificultad del momento; y con aquel perspicaz golpe de vista que lo distingue, ocupó la Alameda con su division compuesta de infantería y artillería, sostuvo á nuestra caballería, y obligó á retroceder á la reserva enemiga que estaba junto á San Francisquito.

"Entre tanto, del convento mismo de la Cruz se hacian tres brillantes salidas. El enemigo fué desalojado del cementerio. Tuvo que desocupar en seguida las huertas del convento como tambien las casas anexas, y batirse en plena retirada. La jornada se habia concluido.

"El enemigo se ha resuelto á volver á sus líneas. Él mismo confiesa que ha sufrido grandes pérdidas. Nuestros soldados recobraron sus posiciones, trayendo consigo los trofeos de la victoria. ¡Honor al emperador, que ha sido la admiracion de todos por su asombrosa sangre fria en el peligro, y por su intrepidez! ¡Honor á nuestros valientes soldados, que tomaron parte en esta brillante defensa! Segun las relaciones mismas del enemigo, hemos hecho setecientos cincuenta prisioneros."

Marzo 15.

El dia se ha pasado tranquilo; solo de cuando en cuando, y como por pasatiempo, han lanzado de la Cuesta China algunos proyectiles sobre el convento. En la noche, el emperador me dió directamente órden de estar listo para marchar mañana, entre dos y tres de la madrugada.

Marzo 16.

A las cinco y media de la mañana se encamina el emperador al cerro de las Campanas. Habíase concertado y resuelto para hoy un ataque decisivo, al cual deberia dar principio Miramon con su division; pero el tal ataque no se llevó á cabo, porque Miramon se durmió, segun me dijo el emperador mismo. Vino el alba entre tanto, y poco podiamos esperar de un ataque contra el enemigo que ya estaba alerta.

Irritadísimo está el emperador por semejante retardo, y ha ordenado un arresto de veinticuatro horas á dos oficiales superiores de Estado Mayor, porque no despertaron á Miramon. (En este punto hay una laguna en las hojas del diario que logré salvar; pero no me costará trabajo reponer el texto con ayuda de la memoria).

Hasta el 21, trascurrieron los dias sin acontecer nada digno de mencion.

El 21 por la mañana se celebró un gran Consejo de guerra; y el mismo dia me participó el emperador, recomendándome el mayor secreto, que habia resuelto enviar á Márquez á México.

El ministerio de allá, con la conducta que hasta entónces habia observado, llegó á engendrar en el ánimo del emperador grave descontento y desconfianza. Las órdenes suyas relativas al envío de los austriacos, aun no se ejecutaban ni habia trazas de que se ejecutasen. Pero de todos los ministros, el que peor se manejaba era Campos, subsecretario de Hacienda. Vióse por lo mismo obligado el emperador á llamar al poder á otro ministerio bajo la presidencia de Vidaurri, á quien ya habia nombrado ministro de Hacienda, y que tan capaz se habia mostrado. El ministerio de Gobernacion se reservó para Iribarren. Már-

quez, provisto de los mas ámplios poderes, debia marchar á México como lugar-teniente del emperador; debia ademas despedir al ministerio, dar posesion al nuevo, proporcionarse dinero lo mas pronto y en la mayor cantidad posible, y en todo caso volverse á Querétaro con auxilios. Insisto de una manera particular en esta última órden del emperador, órden de la cual hubo de enterarme él directamente, porque no falta quien para disculpar en cierto modo á Márquez, asegure que sus poderes no eran tan ámplios, siendo así que el emperador se los otorgó en realidad amplísimos. Las cosas pasaron tal como las voy narrando. "Márquez debia en todo caso volverse á Querétaro con auxilios;" el emperador solo habia dejado al buen juicio del general el decidir si deberia llevarse consigo todas las tropas de México dejando la ciudad enteramente desguarnecida, ó si solo conduciria una parte en socorro de Querétaro dejando el resto para la defensa de la capital. Así me lo aseguró personalmente Maximiliano.

No quiero pasar adelante sin decir algo sobre las acusaciones que á Márquez se han hecho tocante á la conducta que observó ántes de salir para México, acusaciones entre las cuales hay algunas, que por lo visto carecen de fundamento.

Ante todo, no cabe duda que Márquez es responsable, mas que ningun otro, de la partida del emperador y de su venida á Querétaro. Dícese que Márquez lo hizo con el propósito deliberado de arruinar al emperador; si en efecto tuvo tal intencion, preciso es confesar que no pudo concebirla mas diabólicamente, ni llevarla á cabo con mayor perfeccion.

Es indudable ademas, que Márquez indujo al emperador á que partiese de México sin dinero, sin tropas, y sin municiones. Si tal hizo deliberadamente, es de todo punto fundado el cargo de traicion; y si tuvo otros móviles su con-

ducta, siempre habrá de acusársele de falta de conciencia al haber impulsado al emperador á semejante paso, con informes falsos; acusacion es esta, de la cual no creo que pueda justificarse. Verdad es que los franceses habian destruido mucho material de guerra; pero todavía quedaba en abundancia. Las mejores tropas, en vez de ser conducidas á Querétaro, se las dejó en México. No se llevó ni una sola pieza de campaña. Márquez no hizo mas que repetir la vieja cancion con que el ministerio conservador desde un principio habia tratado de engañar á Maximiliano; y para disimular la positiva carencia de recursos propios, continuamente hablaba con profundo desprecio de los disidentes, á quienes nunca consideraba como una fuerza disciplinada, sino como cuadrillas sueltas y desordenadas de bandoleros. En una carta escrita á Lares desde Querétaro, carta que tengo muy presente, dábale á entender Márquez las grandes ventajas que se prometia de la llegada del emperador á este punto, por cuanto se tenia que convencer personalmente de que sus enemigos no consistian mas que en gavillas de malhechores. Entre tanto, el emperador descansaba plenamente en Márquez, por cuanto á que tenia fama de buen soldado, y era reconocido como uno de los poquísimos que no habian seguido mas que una bandera. Circunstancia es esta última tan rara en México, que no podia menos de influir grandemente en favor del general.

Márquez, apoyado en el favor de Maximiliano, preponderaba en los Consejos de guerra; sus palabras eran casi leyes, y aun en caso de que no prevaleciese su opinion, hacia siempre su voluntad, sabiendo como sabia manejarse tan diestramente para con el emperador tocante al parecer de los otros generales, que al cabo se adheria siempre este al dictámen de su gefe de Estado Mayor. Sé por un conducto tan directo como seguro, que así fué como se impidió la marcha que para el 26 de Febrero estaba decidida hácia

San Luis Potosí contra el ejercito de Escobedo. Márquez fué quien se opuso. Hallábanse en aquella época los dos ejércitos de Escobedo y de Corona separados por una distancia de cincuenta leguas; y teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraba la ciudad de México, un enérgico ataque sobre uno de esos dos cuerpos no podia menos de ser fatal al otro. En un Consejo de guerra que se celebró poco despues de comenzado el sitio, y cuando ambos ejércitos se habian unido ya, Miramon echó en cara á Márquez este error suyo en presencia del emperador y de los demas generales. Le acusó terminantemente, de haber faltado á los principios mas elementales del arte de la guerra. No pudo Márquez disculparse; y sin aducir razon ninguna en su favor, se limitó á contestar que su conducta habia sido oportuna. Cuando despues se reunieron los dos ejércitos y se situaron juntos frente á Querétaro, emitió Márquez la opinion de que no habia que esperar nada bueno tomando la ofensiva; así es que, en el Consejo que se celebró el 10 de Marzo en el cerro de las Campanas, propuso que el emperador con el ejército se volviesen á México. Si se hubiera seguido tal opinion, habrian quedado destruidos vergonzosamente el emperador y sus soldados, como que un ejército de nueve mil hombres molestado en su retirada por otro de treinta mil que contaba ademas con numerosa caballería, habria sido infaliblemente destrozado; y con mayor motivo un ejército mexicano, que nunca está menos compacto ni se bate tan mal como cuando sabe que lleva al enemigo á su espalda. Fama de soldado heróico se conquistó el emperador en el sitio de Querétaro; si entónces hubiese dado oidos á las sugestiones de Márquez, lo mas que habria podido hacer la historia, y eso tratándole con indulgencia, seria pasar en silencio su memoria. Pero el emperador no quiso acceder á lo propuesto por Márquez. Ya desde entónces estaba firmemente decidido á luchar

y morir si tal era su destino, y así lo aseguró á sus generales.

No hay que atribuir á Márquez mérito ninguno por el hecho de haberse rechazado tan brillantemente el ataque del 14 de Marzo; culpa suya fué, por el contrario, que no se hubiese reportado mayor provecho del éxito de aquella jornada. Si el enemigo hubiese sido rechazado de la Cruz al mismo tiempo que lo fué de Rio-Blanco y de Casa-Blanca, quizá con un atrevido movimiento de todas nuestras tropas habriamos logrado hacer levantar definitivamente el sitio. Si en ese dia no hizo traicion Márquez, como opinan algunos, fué cuando menos un malísimo general, y deberia haber sufrido el castigo de sus errores.

Para distraer la atencion del enemigo sobre la proyectada partida de Márquez, se decidió que en la mañana del 22 se hiciese una salida rumbo á S. Juanico y al Jacal, dirigida por Miramon, el cual nada sabia de cuanto habia resuelto el emperador con respecto á Márquez. A eso de las cuatro de la mañana, el emperador, en cuya comitiva me encontraba yo tambien, se dirigió al Cerro de las Campanas para ver desde allí la accion. Dirigióse Miramon con una fuerza de dos mil hombres á la garita de Celaya, y de allí á la hacienda de Jacal y á S. Juanico. Sorprendido el enemigo, dejó en el campo todos sus bagajes y aun las vituallas que llevaba consigo, batiéndose desde luego en retirada. Trájose Miramon veintidos carros de provisiones de boca y guerra, y además unos sesenta bueyes, con otras doscientas cabezas entre carneros y cabras. Tras este afortunado golpe de mano, y despues de haber rechazado el ataque de una division de caballería enemiga, recondujo á la ciudad sus tropas á eso de las nueve.

El camino que conduce á Querétaro distaba unos trescientos pasos del Cerro; era medio dia. El enemigo, irritado por el insulto sufrido y por la pérdida de sus municiones

y bagajes, no pudiendo tomar venganza de las tropas que se retiraban, se puso á enviarles desde la batería de S. Gregorio una granizada tal de balas, que un observador atento contó nada menos que doscientas diez y nueve en media hora.

Imponente era el espectáculo militar que gozábamos desde el cerro. Veíase por una parte el S. Gregorio con su batería, por otra nuestras tropas, que casi nos recordaban á los griegos ébrios de gloria y cargados con los ricos despojos de los troyanos; y en medio de todo, el fuego graneado de la artillería enemiga, el fragor incesante, el continuo relámpago, y el silbar de las balas, que pasando por sobre nuestras cabezas iban á caer al otro lado de la colina, en donde se hundian en la tierra despues de levantar remolinos de polvo.

Todas aquellas balas eran, á decir verdad, un regalo que el enemigo nos hacia, por cuanto escaseando en nuestro campo las municiones de guerra, aquellos proyectiles nos eran muy útiles; los rateros de Querétaro se iban á recogerlos, y nos los vendian á medio cada uno. Segun dijeron los desertores que el 23 se pasaron á nuestro lado, el enemigo celebró en la noche del 22 una gran victoria. Ya otros desertores nos habian hablado de los grandes destrozos sufridos en las filas enemigas. Por lo demás, las noticias que nos dieron sobre las fuerzas de los disidentes y sobre las posiciones que ocupaban, estaban plenamente de acuerdo con nuestros informes particulares.

El dia anterior me habia dictado el emperador la siguiente carta para el coronel Schaffer, la cual debería ser entregada en México por conducto de Márquez, con otra en igual sentido dirigida al padre Fischer:

"*Querétaro, Marzo* 21.

"Mi querido capitan de navío Schaffer:

"Como la gran cuestion del momento para México es la

cuestion puramente militar, y como el actual ministerio residente en México no está á la altura de ella segun se echa de ver por sus actos, hé resuelto despedirlo, y llamar á la presidencia del Consejo al general Santiago Vidaurri, quien corresponderá mejor á la gravedad de las circunstancias presentes.

"Juntamente con la presidencia, tendrá Vidaurri á su cargo la cartera de Hacienda.

"Envío ademas á esa en calidad de lugar-teniente mio é investido de los mas ámplios poderes, al general Márquez, á fin de que reduzca al órden á todas aquellas *viejas (vecchie femminucce)*, levante la moral abatida, y al mismo tiempo sirva de apoyo y proteccion á mis verdaderos amigos. Ya se deja entender que á V. le cuento entre estos últimos; de palabra hé dado instrucciones al general tocante á su persona, y no tiene V. mas que dirigirse á él para cuanto se le ofrezca y desée.

"Como puede acontecer que en virtud de las operaciones militares quede la capital enteramente desguarnecida por algun tiempo, Márquez lleva órden de colocar á V. y á Knechtl, si tal sucede, en el centro de las tropas combatientes. Si llegare ese caso, deseo que se pongan en salvo los archivos; y á última hora deberá V. mandar quemar á su vista todo lo que sea de poca importancia, ó sobradamente voluminoso.

"Como que no se ejecutaron plenamente en los últimos meses mis instrucciones relativas á la venta de la plata, carruages, caballos, vajilla, vinos, etc., todos esos objetos deberán dejarse á guardar en la legacion de Inglaterra con un inventario autorizado por Sanchez Navarro, por V. y por el padre Fischer; en el caso, poco probable, de que la legacion inglesa no quiera aceptar el encargo, deberá V. entregarlos á la legacion austriaca ó á la de Prusia.

"Los inventarios deberán ir firmados por Márquez, por Sanchez Navarro, y por ustedes dos.

"La legacion á quien se encomienden los dichos objetos, deberá dar un recibo en toda forma.

"Cuando llegue el caso, hará V. empacar con mucho cuidado y de modo que puedan trasportarse á lomo de mula en el centro de las tropas activas, todos aquellos objetos de mi propiedad particular que puedan serme útiles en una larga campaña y en diversidad de climas y estaciones.

"Como que aquí no tenemos buenos libros, deseo que haga V. una coleccion de pocas pero buenas obras, y se las traiga consigo. No olvide V. el opúsculo del consejero de Estado Martinez, sus varias traducciones, y algunos ejemplares del tomo que contiene mis discursos y mis cartas, que mandé imprimir á Boleslawsky en la imprenta de la Secretaría. Bueno será que tambien se traiga la coleccion de leyes del Imperio, los Códigos militar y civil, los almanaques, especialmente el de los condecorados; la coleccion que formó Blasio de la "Gaceta oficial" desde el tiempo de la Regencia hasta hoy, una buena Carta del Imperio, como tambien las principales cartas de las diversas provincias, tomadas de la coleccion francesa de Pierron, y un buen anteojo. Se traerá V. tambien todas las condecoraciones que haya en la cancillería de la Órden, las medallas militares y civiles, las cruces de Guadalupe, las medallas *pro lítteris et ártibus*, así como todas las estampillas de las diversas medallas, que están en Palacio, en mi habitacion particular, encerradas en una cajita azul junto á mi escritorio. Convendrá tambien, que en el caso previsto saque V. del Apartado los cuños de todas las monedas nuevas, y mande romper los antiguos de la República.

"Que no olvide Knechtl la pequeña coleccion de planos y de anotaciones. El baul del Dr. Basch tambien deberá traer-

se, ó entregarse en la legacion, como tambien los demas objetos de pertenencia particular.

"Quede V. con Dios.

"Nosotros estamos bien y con buen ánimo, á despecho de tantas dificultades. Solo nos amarga la conducta de esos débiles *pelucones* de allá, quienes con su manifiesto miedo y avaricia se manejan como verdaderos traidores.

"Con la esperanza de tener muy pronto el placer de volver á ver á V, soy

"Suyo afectísimo,

MAXIMILIANO."

"P. S. Mas de tres semanas há que no tenemos ninguna noticia de México ni de los demás puntos hasta Veracruz, como ni tampoco de Europa, lo cual concuerda perfectamente con la egoista traicion de esos *viejos mandarines*. Esto, sin embargo, no nos hace vacilar en nuestro propósito."

Por el contenido de esta carta se echa de ver, que ya el emperador habia abierto un tanto los ojos; formábase un juicio exacto de los ministros conservadores, pero continuaba teniendo plena confianza en Márquez, de quien fiaba para una comision de la mas alta importancia. No existen testimonios escritos tocante á la manera con que el emperador hubo de modificar mas tarde su opinion en lo relativo al general; yo tendré, sin embargo, ocasion de hacer notar, que aun durante el sitio mismo habia cambiado mucho el concepto que de Márquez tenia Maximiliano.

En la carta que acabo de transcribir se vé la prueba inequívoca de cuanto dije antes, es decir, que Márquez habia de volverse á Querétaro.

La noche del 22 á eso de las ocho, entregué al general las cartas dirigidas á México. Cuando entré al cuarto de Márquez, hallábase este acostado en su cama, despierto, co-

mo sumergido en profunda meditacion, y dió un salto como asustado cuando le dije que le llevaba cartas del emperador para México. Hasta aquel momento, se habia tenido la partida de Márquez en el mayor secreto; yo mismo, aunque estaba perfectamente enterado, no debia (conforme á las instrucciones del emperador) dejar traslucir al general que sabia yo que él iba á ser el portador de aquellas cartas. Se las dí, rogándole que las despachase con el correo que debería llevarlas. Aquel susto de Márquez, al que por entónces no dí grande importancia, pero que mas tarde se presentó á mi memoria cuando la conducta del general me lo hizo sospechoso, fué para mí un fenómeno psicológico que hasta hoy no me hé llegado á explicar. Quizá fué la sorpresa de quien se vé espiado y descubierto por el inesperado y subitáneo ingreso de una persona, en uno de aquellos momentos en que se están madurando resoluciones que á toda costa desearia uno tener secretas.

A las once de la noche, Márquez y Vidaurri acompañados de los oficiales de su respectivo Estado mayor, y escoltados por mil cien caballos, atravesaron sin el menor inconveniente las líneas enemigas.

CAPÍTULO XV.

Sitio de Querétaro.—Castillo, gefe de Estado Mayor general.—Combates del 24 de Marzo y del 1º de Abril.—Fragmento de una carta del emperador.—Carta á Herzfeld.—El ejército condecora al emperador.—Los hospitales de Querétaro.—Carta de un oficial prisionero.

EN lugar de Márquez fué nombrado gefe de Estado mayor general, Severo Castillo, tenido por una de las mejores capacidades militares del partido conservador, y notable estratégico. Era juntamente con Miramon y Arellano, uno de los pocos generales que recibieron su educacion en el Colegio de Chapultepec, y que habian ganado sus altas graduaciones en el ejército, y por escala progresiva y regular. Porque es de saber, que la mayor parte de los oficiales de Estado Mayor no debian su carrera sino á los repetidos pronunciamientos.

Comandantes de cuerpo habia que no tenian realmente ni la menor instruccion. No exagero en lo mas mínimo; algunos de ellos, generales y todo, miraban con ojos estupefactos un plano de las posiciones, preguntando ingénuamente lo que significaban todos aquellos puntos y todas aquellas líneas trazadas en el mapa. Castillo, señaladamente, era considerado como un instruido militar; referíase con énfasis que hasta estudiaba en sus libros. Indepen-

dientemente de sus conocimientos teóricos, Castillo era un general muy distinguido y de estraordinaria sangre fria. Imposible parecia que fuese tan enérgico aquel hombre pequeño, de aspecto delicado, tímido en el hablar, y sordo por añadidura.

Pero aquella sordera suya le perjudicaba menos de lo que pudiera uno figurarse á la hora del combate, porque aun cuando no percibiese el fuego del enemigo, lograba orientarse perfectamente con solo las respuestas de sus ayudantes á sus continuas preguntas: "¿Ya? ¿Todavía? ¿De dónde?" Era ademas un leal y honrado servidor de Maximiliano, á quien se mantuvo adicto hasta el último momento; soldado en todo y por todo, pero desgraciadamente sobrado contemporizador y de poca iniciativa.

A las órdenes de Castillo la defensa adquirió mayor precision, y ya en los combates posteriores al 22 de Marzo hubo de notarse mas unidad de mando.

Pasó el dia 23 sin que se nos molestase; hasta llegamos á tener esperanzas de que el enemigo, desalentado por la dura leccion que se le dió el 14, se abstendria de atacarnos en lo sucesivo. No esperábamos, por cierto, que se retirase, ni que levantase el sitio; pero sí confiábamos en que nos dejaria tranquilos unos catorce dias siquiera, que mas no se necesitaba para que volviese Márquez con auxilios. Podiamos, entre tanto, terminar las fortificaciones de la ciudad, reforzar nuestras posiciones, y tomar la ofensiva no bien llegase Márquez. Disminuiríase entónces con mucho la desproporcion numérica; y nuestras bisoñas tropas, que ya habian hecho sus primeras pruebas recibiendo de una manera tan brillante el bautismo de fuego, animadas con la presencia de los selectos cuerpos que debian llegar de México, podrian sostenerse con ventaja frente al enemigo.

Pero estaba decretado que no habiamos de descansar. El 24, el enemigo que habia recibido considerables refuer-

zos de México, Puebla y Guerrero, se movió para un nuevo ataque. Habian llegado al campo contrario el general Ignacio Martinez con cinco mil hombres, y Riva Palacio con dos mil ochocientos; por manera que el ejército disidente, segun sus propias relaciones, no tenia menos de cuarenta mil soldados. Estas nuevas tropas, que aun no conocian nuestro modo de pelear, fueron colocadas por Escobedo en la primera línea. Pintóseles como muy fácil, segun dijeron despues los prisioneros, el combatir contra nosotros y el vencernos. Entre tanto, en los partes enemigos se representaba el ataque del 14 de Marzo como un mero reconocimiento, disimulando de esa suerte el descalabro sufrido.

Desde las cuatro de la mañana comenzaron á verse fuertes divisiones de tropa enemiga, moviéndose rumbo al Sur de la ciudad, hácia la Alameda.

Como que le habia salido fallida el dia 14 su tentativa de un ataque combinado, creyó poder alcanzar ahora mejor éxito atacando la ciudad por el punto mas indefenso. La línea entre la Alameda y Casa-Blanca aun no la fortificábamos, y su defensa estaba encomendada á solo la caballería.

A las ocho de la mañana se veian distintamente avanzar de la Cuesta China numerosas columnas de infantería, seguidas de destacamentos de caballería y de artillería de campaña. Desplegábanse esas columnas á lo largo del Cimatario, lo mas cerca de la garita del Pueblito, en donde se hallaba el Estado Mayor general de nuestra division de caballería. Estos movimientos del enemigo indicaban que su designio era apoderarse del punto entre Jacal y el Cimatario, punto por donde Márquez habia pasado poco ántes, para cortarnos de esa manera nuestra única comunicacion con México; podia tambien tratarse de un ataque sobre nuestra línea meridional, estensa y abierta.

En el acto habia comprendido el emperador lo grave de

la situacion, así es que se dictaron todas las órdenes para salir al encuentro del enemigo, el cual indudablemente queria dirigirse del Cimatario sobre la garita del Pueblito, con el fin de desalojar á nuestra caballería.

No se hizo esperar mucho tiempo el combate. Algunas fuertes columnas de infantería, seguidas por la caballería, y sostenidas por el fuego de veinte piezas, atacaron á medio dia la Casa-Blanca en donde estaba Mejía, mientras otras columnas desembocaron sobre nuestra línea entre la Alameda y Casa-Blanca, defendida por Miramon.

Ambos generales dejaron tranquilamente acercarse á las columnas enemigas; y solo cuando ya estuvieron á tiro, rompieron contra ellas un fuego vivísimo. El enemigo, que hasta entónces habia avanzado á paso de carga, se detuvo de pronto. Avanzaron entónces de la Alameda las tropas de Miramon, y de Casa-Blanca las de Mejía. El triunfo de Miramon fué instantáneo; pero la caballería de Mejía vaciló por un momento, ante el nutrido fuego de la artillería y de la infantería enemigas. Entónces Mejía con los oficiales de su Estado Mayor salió de las filas; espoleó á su caballo el atrevido general, y gritando: "*¡Muchachos, así muere un hombre!*" avanzó solo. Toda su tropa le siguió, animada con tan heróico hecho.

En ambos puntos hubo de ceder el enemigo. En esta jornada, el príncipe de Salm mandaba una brigada que el emperador habia puesto á sus órdenes, despues de su brillante comportamiento el dia 14. El mayor de caballería Malburg hizo cincuenta prisioneros, y tomó personalmente una bandera. El total de prisioneros que aquel dia se hicieron pasó de cuatrocientos, entre los cuales habia catorce oficiales.

Durante el combate, el emperador se situó en la azotea del convento de la Cruz con el gefe de Estado Mayor Castillo, y con los dos oficiales Swoboda y Fürstenwärther

agregados á este. A eso de las tres de la tarde, fué atacado tambien el convento por una columna sostenida por el fuego de la batería de la Cuesta China; pero tambien fué infructuosa esta tentativa. Una de las granadas que contra el convento se dispararon, reventó á pocos pasos del emperador sin hacer el menor daño á los que le rodeaban, á la vez que caian gravemente heridos tres soldados de los que estaban en la misma azotea.

En los dias 25 y 26, hizo el enemigo repetidas tentativas para destruir el puente que de San Sebastian conduce á la ciudad, sobre el Rio-Blanco, pero fué rechazado siempre.

Entre mis papeles hallo el siguiente fragmento de una carta que me dictó el emperador para el prefecto de Miramar, la cual debe de ser muy poco posterior al dia 24:

"..... Maravillados han de quedar todos mis compañeros de marina al saber que estoy mandando un verdadero ejército.

"Por ahora he hecho á un lado la administracion; ahora soy general en servicio activo y en el campamento, con botas altas, espuelas y *sombrero ancho.* No conservo de mis arréos de almirante sino el anteojo, el cual no me abandona nunca. Con verdadera pasion estoy desempeñando mi nuevo oficio, y encuentro un verdadero atractivo en el pelear, especialmente con tropas valientes y llenas de entusiasmo como lo son estos jóvenes soldados. Del mismo modo que cuando estaba yo en la marina inspeccionaba de dia y de noche llegando de improviso á los navíos y á los cuarteles, así visito ahora continuamente las avanzadas, y me aparezco á deshora de la noche en las líneas esteriores. Ya me conoce bien el enemigo, de tal suerte, que cuando me presento diariamente en las avanzadas ó delante de las obras esteriores, lanza granadas y balas sobre mí y sobre mi Estado Mayor, como quien tira al blanco. En el com-

bate del 24, reventó una granada á tres pasos de donde yo estaba; pero afortunadamente no mató á nadie y solo hirió á tres soldados. Ya le enviaré á vd. un casco de esa misma granada, para nuestro pequeño museo de Miramar. En esta guerra no tengo á mi lado mas que mexicanos, y eso no por casualidad sino por cálculo mio. En la actualidad no tengo conmigo en Querétaro mas europeos que al Dr. Basch mi médico, y á Grill entre la servidumbre. Ni aun en mis tropas hay extrangeros; mientras que en las de Juarez, mi adversario, hay muchos americanos de los Estados-Unidos, y hasta hemos hecho ya prisioneros á algunos oficiales de estos."

En los siguientes dias, para nada nos molestó el enemigo. Todo se redujo al cañoneo contra el convento de la Cruz, sobre el cual lanzaron balas durante dos horas, en la mañana y en la tarde.

El emperador trabajaba asíduamente todo el dia con los generales, y hacia visitas cuotidianas á las fortificaciones, respecto de las cuales se trabajaba con actividad tanto por parte nuestra como del enemigo.

En medio de estas ocupaciones militares, andaba el emperador meditando un plan para el caso de que lograse derrotar al enemigo despues del regreso de Márquez. Constante siempre en su designio de convocar una asamblea nacional, pensaba trasladar el asiento del gobierno á Nuevo-Leon, y espedir allí la convocatoria. Me decia, que de tiempo atrás tenia la idea de trasladar la capital al centro del país, y que Nuevo-Leon, ciudad de cosa de 130,000 habitantes y cabecera de la industriosa provincia del mismo nombre, le parecia el punto mas á propósito.

Desde el 26 de Marzo no nos habia atacado formalmente el enemigo; limitábase á avanzar mas y mas sus paralelas, para estrecharnos mas de cerca. Entre tanto, comenzaban

á escasear los víveres en la ciudad por la negligencia del anterior gefe de Estado Mayor. Pocas provisiones quedaban, así de carne como de maíz; estábamos, sin embargo, contentos, pensando que Márquez habria de llegar dentro de ocho ó diez dias á lo sumo.

El emperador vigilaba de un modo especial el cuidado de los enfermos. Diariamente visitaba los hospitales, hablaba á los heridos, los consolaba, y los socorria con dinero de su bolsillo.

El 29 de Marzo, por encargo del emperador y en parte bajo su dictado, escribí al consejero Herzfeld á Viena la siguiente carta:

"A fines de Febrero escribí á vd. desde Querétaro una larga y minuciosa carta, en la cual le referia todo lo acaecido desde el dia 13 en que salimos de México hasta el 19, dia en que llegamos aquí. Pero como no se puede contar con que lleguen á su destino las cartas que tienen que atravesar por el territorio enemigo, creo oportuno adjuntar á esta un duplicado de mi anterior, de la que le escribí en Querétaro.

"Ya deberá vd. saber á la hora de esta, cómo los franceses que á todo el mundo hacen feliz, abandonaron por fin á México. En el momento en que escribo estas líneas, se encuentran ya en Veracruz. Fuéronse de tapadillo, no como quien puede volver el rostro complacido á la obra que tras sí dejó, sino como quien no se atreve á volverlo por temor de que se le arroje á la cara la inmundicia que marca sus huellas. Y así es la verdad, que solo inmundicia dejaron, y mucha. Su mariscal era un hombre muy honrado; solo que ántes de marcharse vendió los muebles cuyo uso le habia concedido el gobierno, y así mismo convirtió en moneda contante los coches de Santa-Anna que eran propiedad del Estado, y que Juarez respetó siempre. Es ya

notorio que entró en relaciones con Porfirio Diaz, y que vendió armas y municiones á los disidentes. No contento con eso el honrado mariscal Bazaine, mandó destruir durante las veintiocho horas que precedieron á su marcha, armas, municiones y cuanto pudo. Hízose ademas reo de traicion directa, partiendo cuatro horas ántes de la convenida, por manera que durante todo ese tiempo quedaron completamente indefensos los baluartes esteriores.

"Tan luego como S. M. tuvo la certidumbre de que el grueso del ejército francés habia desocupado ya el valle de México, determinó ponerse á la cabeza de las tropas, y rodeado de los mejores generales del ejército mexicano emprender la guerra, que de cualquier manera habia de decidir de la suerte del imperio. Lleno de confianza S. M., fió en esta vez su persona únicamente á los mexicanos. Yo soy no solamente el único austriaco, sino el único europeo que está á su lado; como tambien soy el único que tiene el honor de saber su voluntad, me ha encomendado la comision de hacer á vd. directamente la relacion de la campaña, en la cual he tomado parte. (Aquí seguia el relato de nuestra marcha).

"Llegamos á Querétaro el 19. Los generales Miramon y Mejía salieron á caballo á encontrar al emperador. La entrada de S. M. en la ciudad fué verdaderamente brillante, y lleno de entusiasmo y de sincera alegría el recibimiento que la poblacion le hizo. Al llegar á las fortificaciones esteriores, los cañones hicieron salva, las calles estaban atestadas de pueblo, y resonaba el aire con los gritos de júbilo y los *vivas*. Un poeta no dejó escapar la oportunidad de inspirarse, é hizo al emperador un himno, que impreso en hojas sueltas se arrojaba de las azoteas á la gente de abajo, la cual se disputaba su posesion como cosa preciosísima. Fué recibido S. M. en el Casino español, en donde se le tenia preparado alojamiento por los generales y las

primeras autoridades civiles; de allí le acompañaron á la Catedral, en donde se cantó el *Te-Deum.* Los generales Miramon y prefecto Escobar arengaron á S. M. El segundo cerró su discurso con las siguientes palabras: "*¡Dios os bendiga, Señor, y á nosotros tambien, para que la posteridad os proclame con justo título de gloria:* MAXIMILIANO EL GRANDE!"

"Los últimos dos correos fueron interceptados, y destruida la correspondencia por los franceses que ahora se están embarcando; mientras nuestros ex-aliados no desocupen enteramente el territorio, serán vanos todos los esfuerzos de S. M. Ha renunciado á escribir, desde que le fueron interceptadas tantas cartas suyas; por eso me encarga, que si le llegan á vd. las mias, enviadas por la casa Davidson-Rostchild, le envíe una copia de ellas á..... (Aquí seguian encargos particulares).

"El único motivo de que S. M. no escriba directamente es, que como van todas sus cartas dirigidas á elevados personages y es tan conocida la letra de S. M., llaman la atencion de los agentes franceses. Debo igualmente participar á vd. que junto con mis cartas iban órdenes é instrucciones, tanto para vd. como para el coronel Leisser, con respecto á los voluntarios.

"Escribo á vd. estas líneas desde Querétaro, en donde hace ya un mes que estamos sitiados por el enemigo, el cual entre tanto reunió sus fuerzas con....." (Aquí me vuelven á faltar algunas hojas de mi diario).

El 30 de Marzo á medio dia, tuvo lugar en la plaza del convento de la Cruz una importante solemnidad militar, acompañada del forzoso cañoneo y fusilería del enemigo. Acababa de condecorar el emperador por su mano á los oficiales y soldados que se distinguieron en los combates del 14 y del 24 de Marzo; pero el episodio mas interesante

de esta solemnidad, fué una sorpresa que nuestro jóven ejército preparó á su imperial gefe, y con la que quiso demostrar el amor y el entusiasmo de los soldados por la persona del emperador. Despues que el emperador hubo distribuido las condecoraciones, se presentaron los generales presididos por Miramon, el cual en una conmovedora arenga pidió al príncipe licencia y facultad para condecorarlo en nombre del ejército, con la medalla de bronce del *Mérito militar*. Esta medalla, destinada á recompensar todos los distinguidos servicios en la milicia sin distincion de grados, fué fundada por Maximiliano hacia dos años. El llevaba, desde que principió el sitio, las condecoraciones de las dos órdenes de caballería de Guadalupe y del Aguila, de las cuales es gran maestre; pero no queria usar la medalla. Ahora que le fué concedida por el ejército, la lleva constantemente, y aun le da sobre su pecho la precedencia respecto de las otras condecoraciones.

El 1º de Abril hicimos una salida hácia la colina de San Gregorio. Tratábase de desalojar de allí al enemigo, si era posible.

A las tres de la mañana se situaron en la vertiente septentrional del cerro de las Campanas mil hombres de caballería, destinados á apoyar los movimientos de nuestra infantería. A la misma hora, Miramon, que mandaba personalmente la fuerza, hizo avanzar de la garita de Celaya hácia San Sebastian á la brigada Salm, compuesta de lo Cazadores y de un batallon de línea. La vanguardia, guiada por Pitner, sorprendió al enemigo que no tardó en replegarse. La facilidad con que se alcanzó este resultado, indujo á Miramon á no contentarse con ello y á seguir adelante. Movióse Pitner al asalto de San Gregorio, y tomó dos cañones; pero dominado por la preponderancia de las fuerzas enemigas, hubo de tocar retirada, si bien logró traerse las dos piezas quitadas al enemigo.

Tuvieron así mismo buen éxito nuestros combates todos, hasta el 15 de Mayo. Siempre rechazábamos al enemigo, siempre lo desalojábamos de sus posiciones; pero por la desproporcion numérica de nuestras fuerzas, que á la sazon se reducian á siete mil hombres, no nos fué posible sacar mayor partido de nuestras ventajas. La única ganancia que de todos aquellos combates reportábamos era, la de causar perdidas al enemigo matándole é hiriéndole mucha gente, y capturar municiones de guerra. Solo que el enemigo podia soportar tales pérdidas, al paso que para nosotros, nuestros triunfos eran otras tantas victorias de Pirro.

Los dias del 1º al 11 de Abril trascurrieron sin acontecimientos militares dignos de mencion; solo que de hora en hora crecia nuestro vivo deseo de que volviese Márquez, por cuanto andaban ya escasísimos los víveres en Querétaro, y nuestras circunstancias cada vez iban poniéndose mas graves.

Algo mejor estábamos en punto á municiones, como que por todos los medios posibles se trataba de reparar la falta que de ellas hubo desde un principio. Establecióse una fábrica de pólvora en el convento del Cármen; para los cartuchos, nos valiamos de carton; para las granadas, echamos mano de las campanas; y con el plomo del techo del teatro fundimos balas de fusil.

Entre tanto, además de mi empleo cerca de la persona del emperador se me confió otro cargo: la inspeccion general de los hospitales de Querétaro. Mucho trabajo me costó poner remedio al desórden que allí encontré, por cuanto á que los médicos mexicanos abandonaban el cuidado de los heridos á enfermeros inespertos; no se ocupaban de ellos sino de vez en cuando, y eso para los casos muy graves. Nada, pues, tiene de estraño que aquellos mis colegas se pusiesen desde los primeros dias á urdir una trama contra mí. Veíanse pospuestos á un extrangero, y trata-

ron de imposibilitarme el desempeño de mi comision. El que hasta entónces habia fungido de médico en gefe se dió por enfermo; algunos de los otros doctores amenazaron con retirarse del servicio. Yo no me dejé asustar, y continué tranquilamente cumpliendo con mi encargo. Como que no era posible sin que los enfermos se perjudicasen desplegar el conveniente rigor contra los médicos, los cuales oponian una resistencia pasiva á cualquiera innovacion, juzgué oportuno establecer en el Casino, y bajo mi inmediata dependencia, una especie de enfermería normal, para demostrarles todo lo que podia hacerse. El emperador cedió el local mas á propósito y en su misma habitacion: eran dos salas y dos cuartos capaces de contener cuarenta camas; allí establecí mi departamento, ayudado por otro médico aleman, el doctor Prandt. Poco á poco fuí introduciendo los reglamentos de esta enfermeria normal aun en los otros hospitales encomendados únicamente á los médicos mexicanos, quienes acabaron por avenirse á ellos. Echaron de ver mis colegas mexicanos que yo, gefe y todo, me sujetaba á aquel riguroso reglamento; no hallaron, pues, una manera decente de evadirse, y no les quedó mas recurso que conformarse con él.

Como que la notoria escasez de la caja militar no permitia ministrar fondos para los hospitales, pensé en establecer una *junta de beneficencia* compuesta del cura, de otros dos sacerdotes, y de algunos vecinos de los mas acomodados; yo entré á formar parte de ella, conforme al deseo de los demas miembros.

Conseguimos de los habitantes, ropa blanca, colchones, vino é hilas. Solo que todo ello no alcanzaba por el gran número de heridos, como que además de los nuestros asistiamos á los prisioneros que lo estaban; de ahí es que la mortandad fué considerable, á pesar de todo nuestro esmero.

Asombrados estaban los mexicanos al ver el empeño con que el emperador se ocupaba de los hospitales y del cuidado de los enfermos, empeño que se estendia hasta á los prisioneros, á algunos de los cuales favoreció secretamente con socorros pecuniarios, sin que ellos supiesen apreciar tanta humanidad.

La siguiente carta, de la cual poseo copia, fué enviada al campo enemigo por un capitan disidente prisionero nuestro; en ella se vé cómo atendiamos á los adversarios que caian en nuestras manos:

"*Querétaro, Abril* 26 *de* 1867.

"Al capitan Jorge W. Green, caballero de la Legion de honor.

"Mi querido amigo: el emperador nos ha hecho el favor de permitirnos que participemos á V. y al general Corona que estamos vivos y buenos; yo me aprovecho de esta licencia, pues creo que ya ustedes nos contarán por muertos. Nada de eso; estamos todos con vida, y cuanto bien pudiera yo decir de S. M. el emperador y de todos sus oficiales, seria poco; los franceses, sobre todo, han hecho cuanto estaba en su mano por auxiliarnos y sernos útiles. Tenemos un alojamiento bueno, cómodo, aseado, fresco, muchísimo mejor de lo que esperábamos en nuestra calidad de prisioneros de guerra; otro tanto podemos decir respecto del trato que se nos da. Aquí están con nosotros, dos americanos, Mr. Clark y Mr. Wales. M. Clark es corresponsal del *New-York Herald*, y Mr. Wales lleva ya tiempo de estar aquí. Mr. Wales tuvo la cortesía de socorrernos, para que compráseinos algunas cosas que por lo comun no se conceden á los prisioneros. No ha mucho nos visitó el

general Castillo, quien preguntó á cada oficial si estaba á gusto con el alojamiento y con la comida. Para nada se nos ha abandonado en lo tocante á comodidades. Tenga V. la bondad de preguntar al capitan Bellon y al teniente Bailey, qué se hicieron mis cosas que dejé en el campo, así como mi silla de montar. Salude V. á todos nuestros camaradas. Tenemos esperanza de ser cangeados pronto. Contésteme V. si le es posible; se lo agradecerá mucho su afectísimo

"*Capitan* JHON BRADY.
"*Teniente* JOSÉ PLUKE."

"Señor general Corona.

"El señor D. Miguel Jimenez está aquí prisionero de guerra."

El original de esta carta estaba en inglés. En otra, escrita en español, hablaban en igual sentido y de *motu propio* los oficiales mexicanos prisioneros, á sus compañeros de armas. Entre mis papeles estaba tambien esta, pero se me estravió.

CAPITULO XVI.

Querétaro, sitio.—Aniversario de la exaltacion al trono.—Discurso del ministro Aguirre.—Contestacion del emperador.—Diploma de la condecoracion del emperador.—Dos cartas que este me dictó.—Noticias falsas.—Carta al cónsul americano Otterburg.—Un parlamentario del enemigo.—Un comunicado del *Boletin de noticias*.

EL 10 de Abril era el aniversario de la exaltacion al trono. Tres años ántes, y en semejante dia, habia recibido el emperador en Miramar á la segunda comision, la cual le presentó la corona de México.

Aquel dia se celebró en Querétaro. A las diez de la mañana, una comision presidida por el ministro de Justicia Aguirre, y compuesta de las autoridades superiores militares y civiles, se encaminó al convento y se presentó en el cuartel general para felicitar al emperador.

El ministro pronunció entónces el siguiente discurso:

"Señor:

"El recuerdo del 10 de Abril de 1864, no puede borrarse de la memoria de todo mexicano verdaderamente patriota; porque en ese dia se dignó V. M. aceptar la corona de México, abriendo de nuevo con este hecho, por siempre memorable, á este desgraciado país las puertas de

la esperanza, que le habia cerrado la despiadada mano de la revolucion.

"Mas de medio siglo duró la lucha fratricida, en lo cual los partidos contendientes se destrozaban alternativamente al grito de *órden* y de *libertad.* Esta lucha no podia traer mas resultado, que el de acabar con la autonomía y con el principio vital del pueblo ahogados en la sangre de la guerra civil.

"Aceptando la corona, y dando su palabra de gobernar de tal manera que pudiese progresar simultáneamente el órden y la libertad, V. M. dió una feliz solucion á aquella peligrosa crísis. Fiel á esta solemne promesa, todos los actos de V. M. como soberano demuestran que no se engañó México al adoptar la monarquía, y al elegir á V. M. para príncipe suyo.

"¡Señor! Yo espreso estos sentimientos á la luz del dia, y en nombre de mis conciudadanos.

"La verdadera época de las garantías individuales y sociales; la época de una justa igualdad que eleva á las clases oprimidas hasta el nivel de las que sobre ellas pesaban; la época de los esfuerzos estraordinarios en favor de nuestro progreso, la época del bien: tal ha sido hasta hoy el imperio.

"¡Señor! Sin asomo de duda creo espresar con estas palabras la verdadera opinion de la Nacion, aun cuando las pronuncio en una ciudad que se halla circundada de numerosas tropas que combaten contra el imperio, porque creo haber comprendido la verdadera importancia de los dos principios que en este momento se disputan el triunfo.

"El principio de la revolucion, que compromete los intereses mas sagrados de la sociedad, es débil á pesar de su poderosa apariencia esterna; por cuanto á que, bien mirado no representa sino la voluntad de unos pocos que quieren subordinar á ese principio la voluntad de la Nacion.

"El principio del imperio, por el contrario, no se apoya únicamente en la voluntad de la Nacion, sino tambien en la justicia.

"¡Señores! El emperador Maximiliano era digno del entusiasta homenaje con que nuestros conciudadanos, segun el acta de Miramar, lo saludaron el 10 de Abril de 1864 como soberano en nombre del pueblo mexicano; pero hoy el emperador Maximiliano es mil veces mas digno de este homenage, por haberse mostrado grande en los dias de la desgracia, y por las indudables pruebas que nos dá de su amor y de su fidelidad á su patria adoptiva.

"¡Cuanto mas no deberémos amar á esta patria, nosotros que le pertenecemos por nacimiento!"

El emperador contestó de la manera siguiente:

"Señores:

"Rodeado de peligros y de dificultades de todo género, os recibo con placer hoy, dia en que principia el cuarto año de mi reinado, como á representantes fieles de la parte sana y honrada de la Nacion, no menos que de nuestro valiente y constante ejército.

"Han trascurrido tres años de áspero trabajo y de grandes obstáculos; el fruto que he podido recoger en este penoso período es, el de poder mostrar á mis conciudadanos la constancia y la lealtad de los propósitos de mi gobierno.

"El dia en que acepté mi actual posicion, hice voluntariamente en mi lejana tierra natal el juramento de consagrarme todo entero á la defensa y á la integridad de mi nueva patria, y al desarrollo de su prosperidad hasta donde alcanzasen mis fuerzas.

"Por espacio de tres años he debido sostener una dura lucha contra la poderosa y fuerte influencia extrangera que llegó á ser perjudicial para nuestro país. He luchado, y he

logrado triunfar, sin que haya tenido que sufrir mengua por ello ni un solo giron de nuestra gloriosa bandera nacional.

"Pude combatir con constancia y valor, porque hallaba el orígen de mis deberes y la base de mi legitimidad en las numerosas actas llevadas á Miramar por dignos hijos de la Nacion, emanadas de la gran mayoría de los mexicanos que me habian elejido gefe suyo, y como tal me consideraban.

"En el momento en que los extrangeros desocuparon nuestro territorio, y en que con eso logré uno de mis mas vivos deseos, la conservacion de la integridad y de la independencia de nuestra patria amenazadas, consideré que el permanecer por mas tiempo á la cabeza de la Nacion podia ser á esta perjudicial; inpulsado por semejante duda, convoqué á los consejeros legales de la corona, teniendo cuidado de que en ellos estuviesen representados los diversos partidos y colores políticos, para poner en sus manos y bajo su responsabilidad la decision de una cuestion tan grave y tan delicada para mi conciencia.

"Los ministros y los consejeros de Estado decidieron en el acto, y emitieron la opinion casi unánime de que por mi parte seria faltar gravemente á mis deberes, si en las actuales críticas circunstancias abandonaba yo el puesto á que me habia llamado la voluntad de la Nacion. Consentí, por tanto, en sacrificarme segunda vez para seguir el áspero camino que se hacia cada vez mas difícil mediante algunos desgraciados obstáculos; pero al mismo tiempo, y obedeciendo á mi propio impulso interior, convocaba yo desde Orizaba mucho antes de mi regreso á la capital del imperio, á la Nacion representada en una libre asamblea constituyente, para sugetarme voluntariamente á su decision final, no menos que para someterle los actos, documentos y cuentas de mi gobierno, todo lo cual puedo con segura conciencia presentar al exámen de mis conciudadanos y del mundo entero.

"Bien sabeis, señores, los motivos por los cuales no ha podido hasta ahora reunirse libremente la asamblea; lo han impedido nuestros adversarios, y ademas parece que no están dispuestos como nosotros á sujetarse á la voluntad de la Nacion. Y á decir verdad, hechos hay que pertenecen ya á la historia, y que dificilmente soportarian el exámen imparcial de una libre asamblea.

"Nuestros deberes, por lo mismo, y nuestro camino, están trazados para lo sucesivo de una manera clara y precisa.

"No debemos únicamente defender la independencia, sino tambien la libertad; y restablecer cuanto antes á la Nacion en su accion propia y libre, en su dignidad, sustrayéndola á la presion del terrorismo despótico de las cohortes de la revolucion social.

"El 16 de Setiembre de 1865 os decia yo: *hasta la última gota de mi sangre es ahora mexicana; si en los decretos divinos estuviere determinado que amenacen nuevos peligros á nuestra amada patria, me vereis combatir en vuestras filas por su independencia y su integridad.* Los que están á mi lado en estos dias difíciles y peligrosos de Querétaro, ven ya que he cumplido mi palabra.

"Un año ha, en dia igualmente memorable, declaré que *Sin lucha y sin sangre no hay triunfo estable, ni desarrollo político, ni progreso duradero.* Y añadí: *Permanezco en el puesto á que me llamó la voluntad de la Nacion, sin vacilar en mis deberes; porque un verdadero Hapsburgo no abandona su puesto á la hora del peligro.*

"Aquí estoy ahora, y combato muy contento con vosotros; prosigamos constantes en el camino que el deber nos marca. Dios querrá remunerar nuestros esfuerzos, y concedernos en recompensa la paz y la libertad de nuestra patria.

"Ojalá que sin mancilla pueda ser siempre nuestro grito: ¡*Viva la independencia*!"

El mismo dia, una comision de generales presentó al emperador el diploma de la *medalla del valor militar*, que el ejército le habia conferido el 30 de Marzo. Decia así:

"Señor:

"El ejército mexicano, que bajo las inmediatas órdenes de V. M. defiende la ciudad de Querétaro, representado por los generales que suscriben, os ruega que os digneis hacerle el honor de ornar de hoy en adelante vuestro pecho con la medalla del valor militar.

"Vuestra majestad recompensará con esta honorífica distincion los servicios de los generales, oficiales y soldados, quienes al cumplir con sus mas sagrados deberes no hacen sino imitar el heróico valor, la constante modestia, la rara abnegacion de V. M.

"Ningun príncipe ha bajado, en semejantes circunstancias, las gradas del trono para vivir en medio de los peligros como V. M.

"Vos, Señor, os habeis identificado con vuestros soldados, cuyas privaciones no tienen igual en el mundo; y vos les precedeis á todos en el ejemplo del patriotismo y del sacrificio.

"La nacion que V. M. se esfuerza en salvar y hacer poderosa, así como tambien la historia rigurosamente imparcial, no tardarán en hacer plena justicia al emperador de México.

"El ejército, por su parte, confiando en la bondad de V. M. le condecora con la medalla del valor militar.

"Cuartel general en Querétaro, Marzo 30 de 1867.

"*El general de division de infantería*, MIGUEL MIRAMON. —*El general de division de caballería*, TOMAS MEJIA.—*El general de brigada, gefe de Estado mayor general*, SEVERO CASTILLO.—*El general de brigada, gefe de la 2ª division*

de infantería, PEDRO VALDES.—*El general de brigada, gefe de la* 1ª *division de infantería*, RAMON MENDEZ.—*El general de brigada, director de artillería*, MANUEL ARELLANO.—*El general, gefe del cuerpo de ingenieros*, MARIANO REYES."

El 11 de Abril, á eso de las tres de la mañana, se hizo por nuestra parte una tentativa de asalto á la garita de México. Miramon dió las disposiciones, pero falló la empresa, gracias á la acostumbrada negligencia de ejecucion propia de los mexicanos.

Formaban la vanguardia los cazadores mandados por Pitner. Iba detras el segundo batallon de la brigada Mendez á las órdenes del valiente coronel Cevallos. Estas valerosas tropas avanzaron á paso de carga hasta frente á la garita, bajo los fuegos vivísimos del enemigo. Pero al llegar allí, tropezaron con una pared, en la cual no habia ni brecha ni puerta, aunque segun los vagos informes del oficial de Estado mayor que guiaba la columna, debia encontrarse una abertura por donde hubieran podido penetrar los nuestros. Viva fué la lucha durante una hora; pero al fin nuestros soldados se vieron obligados á retirarse con grandes pérdidas, y despues que el mismo Pitner salió herido de la cabeza.

El enemigo, entre tanto, continuaba manteniéndose en una actitud meramente pasiva. No nos atacaba, limitándose á molestarnos incesantemente con su artillería, la cual no solo perjudicaba á nuestros soldados, sino tambien á los habitantes de Querétaro: casi todos los dias hombres, mujeres y niños caian heridos ó muertos por los proyectiles en las calles mismas de la ciudad.

Agravábanse cada vez mas nuestras circunstancias en Querétaro, y ya la penuria iba sintiéndose de una manera escesiva. La harina, el maíz, la carne, estaban reducidas á insignificantes cantidades. Comenzaba á tener que echarse

mano de la carne de caballo. El emperador mismo no tenia alimentos mejores que los nuestros, y hasta el dinero escaseaba de un modo extraordinario. No alcanzaba el préstamo forzoso á cubrir nuestras necesidades, tanto mas cuanto que por andar ya tan escasos los víveres su precio habia subido casi al doble. Impúsose una contribucion de capitacion, y otra sobre puertas y ventanas. Al mismo tiempo se dispuso que todos los habitantes varones habrian de trabajar en las trincheras, pagando una multa los que se rehusasen á ello.

Tengo en mi poder dos pequeños fragmentos de apuntes que en aquellos dias me dictó el emperador, dirigidos al coronel Schaffer que estaba en México; los reproduzco en complexo:

"El emperador visita con frecuencia por la noche las avanzadas y las líneas exteriores, lo cual no es muy del gusto de los generales, porque con eso se ven obligados á hacer por su parte semejantes escursiones nocturnas. No dejaria V., querido amigo, de sonreir melancólicamente, si recordando su antigua vida de marino viese V. ahora al emperador pasearse diariamente á lo largo de las trincheras con un largo anteojo bajo el brazo, mirando hácia todos los rumbos segun la costumbre del hombre de mar."

"El ministro de Justicia, que acompaña al emperador como ministro responsable para la contra-firma, puso una cara atroz cuando el emperador le anunció sus nuevas ocupaciones. Nuestro amigo..... al oir semejante cosa estuvo á pique de enfermarse de miedo."

Entre tanto, Márquez se habia desaparecido, no daba señales de vida. No teniamos de él ninguna noticia segura, y despachábamos correos uno tras otro; pero á ninguno de ellos volviamos á ver.

Un dia se presentó en nuestro campo una muger, la cual aseguraba que habia visto á Márquez junto á Cuautitlan; pero no tardó en averiguarse que solo habia sido una astucia dispuesta por el enemigo para burlarse de nosotros.

Tres semanas llevaba Márquez de haber partido, y habia trascurrido ya con mucho el plazo de su regreso. Tratábase ahora de que Mejía forzase el paso para México con una division de caballería, á fin de salir á encontrar á Márquez ó de llegar hasta la capital en solicitud de recursos. Pero aquel general estaba enfermo, y por lo mismo no podia desempeñar semejante comision. Decidió el emperador encomendársela al príncipe de Salm, cuya bravura, fidelidad y abnegacion, habia tenido motivo de apreciar en distintas veces durante el sitio. Investido el príncipe de plenos poderes, debia abrirse paso con los húsares y con un pequeño destacamento de caballería llamado *Exploradores del valle de México*, mientras nosotros simulábamos un ataque, y dirigirse á la capital. Debia acompañarle el mayor Malburg, en clase de ayudante.

Entre los papeles que salvé cuando caí prisionero, me encontré con una instruccion en veinte puntos que el emperador me dictó relativamente á la mision del príncipe Salm. La reproduzco en seguida textualmente:

"1º Tres puntos para el cuerpo diplomático:

"*a.* Invitará algunos de esos señores á que se vengan con Márquez.

"*b.* Influencia sobre los juaristas bajo el punto de vista humanitario.

"*c.* Hacerles entender que el emperador no cederá voluntariamente, si no puede restituir su mandato á una asamblea legal.

"2º Carta al ministro Murphy.

"3º Hacer saber solo á los generales Márquez y Vidaurri

la verdadera situacion; y que desde hace seis dias no comemos mas que carne de caballo.

"4º Para el público buenas noticias.

"5º Orden al general Márquez para que ponga á disposicion del príncipe toda la caballería.

"6º El príncipe de Salm debe exigir al general Márquez que dé una respuesta decisiva en el término de veinticuatro horas; si no la obtiene pasado ese plazo, partirá con toda la caballería.

"7º En caso de que el príncipe de Salm venga con la caballería, deberá traerse cuando menos doscientos mil pesos, fuera de la caja particular del emperador.

"8º Despachar correos con las mas noticias que pueda, gastando en ello hasta mil pesos.

"9º El príncipe de Salm hará entender en México, que todos los generales habrian deseado que el emperador hubiese llegado á Querétaro con toda la caballería.

"10º El príncipe de Salm procurará influir en el periodismo nacional y extrangero. Llevará consigo todos los números del *Boletin de Noticias.*

"11º México deberá ser evacuado completamente, si hay allí tropas bastantes para socorrer á Querétaro, pero no suficientes para guarnecer la capital.

"12º Traerse extractos de los periódicos nacionales y extrangeros; de los primeros desde el 20 de Febrero, y de los segundos desde el 1º de Enero.

"13º El príncipe de Salm se traerá consigo todas las medallas civiles y militares que haya acuñadas, las cruces de Guadalupe, algunas condecoraciones de las órdenes, y las cintas de estas.

"14º El príncipe de Salm se pondrá de acuerdo con el padre Fischer ó con el general Vidaurri, para tener á su disposicion un fondo secreto con que poder despachar correos reservados.

"15º El príncipe de Salm se traerá algunos buenos libros de historia ó de otras materias, haciendo que los escoja el baron Magnus.

"16º El príncipe de Salm deberá traerse con especialidad una copia del opúsculo del consejero de Estado Martinez; y el tomo de los discursos y escritos del emperador, impreso en la secretaría.

"17º El príncipe de Salm no se olvidará de pedir á Márquez las noticias que tenga del general Negrete.

"18º El príncipe de Salm entregará al general Márquez ó al general Vidaurri los escritos confidenciales que contienen instrucciones relativas al general O'Horan.

"19º El príncipe de Salm está autorizado para tratar con las personas del partido contrario.

"20º El príncipe de Salm tomará informes relativos al *Yacht.*"

El príncipe de Salm estaba además investido, segun me dijo el emperador, de plenos poderes para poner preso á Márquez si era necesario.

Por encargo tambien del emperador escribí al cónsul americano Márcos Otterburg, residente en México, la siguiente carta que deberia serle entregada por el príncipe de Salm:

"A peticion de S. M. me permito dar á V., como á persona completamente neutral que es, algunas noticias de las cuales tendrá V. la bondad de hacer uso oportunamente, si le fuere posible.

"En mi calidad de médico ordinario de S. M. me encuentro, como es natural, en el campo de las tropas imperiales de Querétaro. Tenemos al frente un enemigo que se dice liberal, pero que por los actos que lleva ejecutados, por los que actualmente ejecuta, y por los que piensa ejecutar (al

decir de los prisioneros) caso que la victoria le sonria, reniega de todos los principios de civilizacion generalmente admitidos en Europa y en América. No hablaré del tan sabido fusilamiento despues de la derrota de Miramon, ni de la muerte perpetrada en el hermano de este general estando herido; solo diré á V. para darle una muestra de la conducta de los llamados liberales en estos últimos dias, que colgaron de un árbol en presencia nuestra el cadáver de un correo, á quien cogieron prisionero matándole en seguida; conducta es esta, digna en verdad de los apaches y comanches.

"A nuestra cabeza se halla un príncipe estrangero; basta este solo hecho para garantizar plenamente, que por nuestra parte se hace la guerra como suele hacerse en Europa. Seiscientos prisioneros, entre los cuales hay sesenta y dos oficiales, se hallan actualmente en nuestro campo; verdad es que no se les ha dejado libres bajo su palabra de honor como se acostumbra en Europa; pero segun verá V. por las dos cartas adjuntas, el trato que reciben es tal, que nos ha granjeado su estimacion no ménos que su agradecimiento.

"Que no son los mejores ciudadanos de los Estados-Unidos los que combaten por la causa de Juarez (no me es posible decir la *causa de la libertad*) se lo probará á V. el hecho de que dos de esos oficiales, al otro dia de haber caido prisioneros, escribieron al emperador solicitando ser admitidos en las filas de nuestro ejército. Difícil se hace creer que la sola vista del príncipe fuese capaz de cambiar tan de pronto sus opiniones. Mejor les hubiera estado manejarse de otra manera, haciendo comprender á nuestros adversarios que nuestro modo de hacer la guerra es muy diverso del que ellos ponen en práctica. No necesito decir á V. que la humanidad está representada en nuestro campo únicamente en la persona del emperador; ya sabe

V. lo que suelen hacer los generales mexicanos cuando pelean por su cuenta. Hago mérito de esta circunstancia, porque si nuestros adversarios no cambian de conducta, puede ser que el emperador se vea obligado á plegarse á las instancias de sus generales y oficiales que todos unánimes piden venganza.

"Nuestros adversarios deberian tener en cuenta que nosotros no hemos fusilado un solo prisionero, aun cuando haya sido desertor, y que tenemos seiscientos de los suyos en rehenes. Espero que tendrá V. la bondad de dar los pasos oportunos en nombre de la humanidad y de la civilizacion; entre tanto, quedo de V. etc."

A las dos de la mañana del 22, se hizo la tentativa de romper la línea enemiga. Pero los contrarios, aprovechando los obstáculos naturales del terreno, lo habian hecho impracticable con fosos y reductos de tal manera, que nuestra caballería no pudo salvarlos; y tras un combate de dos horas, tuvo que replegarse ante un vivo fuego cruzado.

Falló la tentativa, y ya no pudo llevarse á cabo la mision del príncipe de Salm.

A las once de esa mañana tuvo lugar una entrevista, de Miramon y Arellano por nuestra parte, con un parlamentario del campo enemigo. Durante las pláticas se suspendieron las hostilidades en la línea del Norte, que fué en donde se verificó la junta.

El parlamentario enemigo, coronel Rincon, hizo propuestas de capitulacion segun me dijo el emperador, prometiendo á Maximiliano la libertad de marcharse. Miramon, en virtud de sus instrucciones, no pudo acceder á lo propuesto, é hizo entender que aun no estábamos en situacion de capitular, porque aun no se nos habian agotado nuestros medios de defensa. Preguntó Miramon al coronel, por qué motivo rehusaban los liberales adherirse á la idea de un

congreso en el que pudiese la nacion dar á conocer su voluntad; y tambien por qué seguian la bandera de Juarez, que llevaba ya dos años de haber terminado su período legal de presidente; y por qué no reconocian mas bien como gefe á Ortega, el cual segun la Constitucion deberia ser por derecho presidente de la República, siéndolo de la Suprema Corte de Justicia.

Contestó Rincon, que en las instrucciones que el general en gefe le dió al enviarle á aquella entrevista, nada habia sobre el particular; que tenia que restringirse á su comision; y que no estaba en aptitud de responder á las preguntas que acababan de hacérsele.

Las pláticas, como era de esperarse, no produjeron ningun resultado útil, y á poco volvieron á romperse las hostilidades.

En el diario oficial, *Boletin de noticias*, del 22 de Abril, se publicó lo siguiente por el Estado Mayor general:

"Un correo que llegó ayer de la capital, ha traido al emperador una comunicacion del ministro de Gobernacion, la cual debe considerarse como muy importante en las actuales circunstancias.

"S. E. el ministro Iribarren da parte al emperador, de que una fuerza disidente que se habia aproximado á la ciudad se retiró al alba del dia siguiente, no bien supo que estaban disponiéndose en la capital fuertes columnas para salirle al encuentro. Nuestras tropas esploraron los alrededores de México, limpiándolos completamente de las gavillas enemigas."

La tal noticia estaba comentada de la manera siguiente, que es muy característica:

"Aunque á primera vista parece de poco momento esta

noticia, no es sino de suma importancia, porque da á conocer las últimas intenciones de S. M. el emperador, así como las de las personas á quienes se refieren. Una de las últimas resoluciones de S. M. era cambiar el personal del ministerio que quedó en México, segun lo requeria la situacion. El general D. Santiago Vidaurri fué llamado por el emperador á la presidencia del consejo; y D. José María Iribarren, de quien viene la referida comunicacion, recibió el nombramiento de ministro de Gobernacion.

"De esas noticias se deducen las consecuencias siguientes, que el público sabrá apreciar como conviene:

"1ª El nombramiento que el emperador ha hecho de los nuevos ministros que están ya en ejercicio, fué aceptado por estos, dando con su aceptacion una prueba de que no consideran las actuales circunstancias, ni difíciles, ni comprometidas.

"2ª No hay que temer por la ciudad de México; las noticias que los enemigos esparcen tocante al territorio de ella, pertenecen á la categoría de esos medios de que hasta aquí han hecho uso tan ámpliamente para engañar á las personas inclinadas á darles inconsiderado crédito.

"3ª Pero lo mas importante para la ciudad de Querétaro es, que el general Márquez debe haber salido ya de México; puesto que, en caso contrario, el mismo correo que trajo la comunicacion del Sr. Iribarren habria traido igualmente despachos del general.

"El general Márquez debe indudablemente llegar dentro de pocos dias á esta ciudad, y la benemérita y patriota poblacion de Querétaro no tardará en ver el momento que ponga fin á sus sufrimientos, y en el cual obtendrá de la generosidad tan propia de nuestro soberano la justa recompensa que se debe á los sacrificios de todo género, que hasta aquí ha hecho en el altar de la patria."

Pero estas noticias, así como las que ya he dado y que daré todavía, las falsificaba el enemigo por medio de los agentes suyos que las hacian llegar á nosotros. Ellas bastan, sin mas esplicacion, para que se comprenda cuál era por entónces nuestro estado.

Quizá se haya escapado al lector una circunstancia, sobre la cual llamo especialmente su atencion, y es: aquella manera sofística, muy propia de los mexicanos, con que se comentaba la breve é insignificantísima comunicacion de Iribarren.

Del mero hecho de haber aceptado sus nombramientos los nuevos ministros, se deduce en el punto primero que la situacion no era ni difícil, ni comprometida. Los colaboradores del *Boletin de noticias* conocian á su gente, y sabian muy bien que semejante modo de juzgar estaba de acuerdo con su carácter.

Las demas observaciones no necesitan comentarios; respecto del último pasage, bueno será advertir que el emperador habia prometido á la poblacion generalmente clerical de Querétaro, que en el caso de que alcanzase la victoria le reembolsaria en el acto el préstamo forzoso, y regalaria al altar mayor del convento de la Cruz un crucifijo de oro macizo.

CAPITULO XVII

Querétaro: sitio desde el 1º hasta el 13 de Mayo.—Mi diario del 23 de Abril al 5 de Mayo.—Combates del 27 de Abril, 1º y 3 de Mayo.—Noticias falsas acerca de Márquez y Vidaurri.—Las mujeres de los soldados.—Relajacion de la tropa. —Lopez.—Preparativos de salida.

PARA lo relativo á los hechos posteriores al 22, puedo reproducir nuevamente el texto de mi diario.

Abril 23.

Hacen los húsares una pequeña salida del cerro contra una division atrincherada, y se traen veintidos prisioneros, uno de los cuales es oficial.

Estamos observando con la mayor atencion todos los movimientos del enemigo, para ver si de ellos sacamos algun indicio de que Márquez se aproxima.

Dícese que este último está en Salvatierra, á dos jornadas de Querétaro, y que ya su vanguardia al mando del general Tavera tuvo un encuentro con la caballería enemiga.

Abril 24.

Las obras de fortificacion del convento de la Cruz están ya concluidas, y hoy vamos á estrenar nuestras baterías

comenzando á cañonear la garita de México. Rompimos el fuego á cosa de las siete; no se hizo esperar mucho la respuesta, y entónces comenzó una sinfonía de cañonazos como no la habiamos oido en mucho tiempo.

El emperador estaba á la sazon en el campanario del convento con Miramon, López, Salm, y el mayor Malburg. Cayó una bala de cañon en la cúpula sin lastimar afortunadamente á ninguno. El emperador y los que con él estaban, se bajaron del campanario cubiertos de tierra.

Vuelve un correo que habia salido diez dias ántes, y sus noticias quedan muy reservadas. Parece que lo que trae tocante á Márquez no es de lo mas halagüeño. Pero el emperador se muestra mas satisfecho que de costumbre, y asegura que las cosas toman buen aspecto.

Abril 25.

A excepcion del continuo cañoneo, pasa el dia sin novedad.

Hablando hoy conmigo el emperador, hizo mencion de la posibilidad de que cayese prisionero. "Debo estar dispuesto á todo, me dijo; y en caso de que tal suceda, estoy resuelto á escribir en el acto á Juarez, que si quiere sangre tome la mia y se contente con ella."

Esta noche ha de atacarse á San Gregorio. La colina esa es de suma importancia para el caso posible de una retirada, por cuanto á que domina la entrada de la Sierra-Gorda.

A esta la llama el pueblo Sierra de Mejía, porque allí nació el general y allí tiene mucho partido.

Ya se dieron las disposiciones necesarias para la accion. El capitan francés Curié, con los voluntarios del batallon de Cazadores y otro cuerpo, debe tratar de sorprender al enemigo, mientras la brigada Salm estará pronta para apo-

yarlo. El general Valdes, con el 7º y el 12º batallon, debe aguardar el éxito del ataque junto á la garita: si el lance sale bien, ocupará en el acto el San Gregorio; si se malogra deberá proteger la retirada.

Abril 26.

Siempre se malogró el ataque proyectado, á causa de una mala inteligencia. Miramon, que debia dirigir el golpe, no se durmió como el 16 de Abril, pero no entendió bien las instrucciones. Segun ellas, debia moverse *á las doce*, y él entendió que *á las dos*. A esta hora, en que ya habian tocado la diana en el campo enemigo, no era posible contar con una sorpresa.

Es nombrado ayudante honorario el príncipe de Salm en lugar del coronel Ormaechea, á quien se le acaba de confiar un regimiento.

"Mañana por la mañana debe atacar Márquez, me dice el emperador, y nosotros hemos de hacer otro tanto." Recibo aviso de estar listo para marchar á la primera señal.

En la tarde se repica á vuelo en todas las torres, y se tocan al mismo tiempo dianas con el pretesto de que han llegado buenas noticias; pero en realidad no es sino para reanimar la confianza de la poblacion, que comienza á decaer.

Abril 27.

A las seis de la mañana comienza el ataque de que me habló ayer el emperador. No soy yo el único á quien se le representa como un movimiento combinado con Márquez; el mismo general Mendez está mantenido en esa ilusion por el emperador. Solo Miramon y Salm están enterados de que no hay ni la mas remota noticia de aquel general.

A las cinco se mueve Mendez contra las paralelas que el enemigo tiene establecidas en el Cimatario. La vanguardia está á las órdenes del general Morett. Mientras Mendez ataca el Cimatario, Castillo partiendo del convento de la Cruz, debe dirigirse sobre la garita de México é intentar apoderarse de ella; el general Gutierrez con la caballería apoyará á Mendez. La reserva queda á las inmediatas órdenes de Miramon, quien tiene el mando en gefe.

Espléndido fué el primer resultado, y nunca se notó mejor que hoy la diferencia entre la bravura de nuestros soldados y la cobardía del enemigo.

Nuestra vanguardia, conducida nuevamente por el mayor Pitner con sus cazadores, apenas encuentra resistencia, y se posesiona en breve y sin pérdidas de las primeras paralelas. Comienza el enemigo á huir en masa, sin siquiera tratar de oponerse, y dejando en el campo cañones y bagajes. Veintiuna piezas se tomaron, de las cuales trece eran de montaña, mas de quinientos prisioneros, y todo esto en el espacio de una hora sin grande esfuerzo.

El emperador, no bien supo tan feliz resultado, se dirigió del convento de la Cruz al campo de batalla, acompañado de Salm, de Arellano, y de los húsares, y fué recibido por los soldados con grandes gritos de júbilo.

La satisfaccion de tan pronta victoria, hace olvidar momentáneamente el principal objeto del ataque, es decir, la salida.

Desde las cuatro estaban ensillados los caballos en el convento de la Cruz, y todo listo para seguir en cualquier momento al emperador. Pásanse dos horas largas sin hacer realmente nada, sin lanzar como estaba convenido todas nuestras fuerzas contra el San Gregorio, en donde aprovechando el susto del enemigo fácilmente hubiéramos podido establecernos.

En vez de eso, se le deja tiempo para reorganizarse, para

ponerse en buen órden, para guarnecer las paralelas superiores del Cimatario con tropas nuevas tomadas de su centro.

Miramon, queriendo quedar airoso delante del emperador, manda un nuevo ataque; pero esta vez ya no huye el enemigo; nos recibe con un fuego nutrido de ocho piezas lo menos, obligando á nuestra caballería á emprender la retirada.

Durante esta última accion, el emperador á la cabeza de su Estado Mayor y enmedio del estampido de la metralla, se estuvo constantemente en el campo recorriendo sable en mano el frente de los escuadrones, é intentando hacer que volviese á la carga la caballería desorganizada por lo vivo del fuego. Pero ni aun su presencia pudo hacer posible un nuevo ataque. A la una del dia, fué forzoso volver á entrar á la ciudad. La jornada debe considerarse perdida, á pesar de la victoria de la mañana, y á pesar de los prisioneros y de los cañones que se tomaron.

No se logró el fin propuesto, ni pudo llevarse á cabo la proyectada salida. El desengaño de los que por la mañana todavía estaban creyendo en la llegada de Márquez es tanto mas amargo; pocos son los que ahora abrigan esperanzas de socorro. [1]

Abril 28.—30.

Durante estos tres dias se suspendieron las hostilidades, consecuencia natural del decaimiento que sobrevino despues de la jornada del 27. Continúa, sin embargo, de una y de otra parte vivo y continuo el cañoneo.

---

1 Hablé de esta jornada del 27 de Abril con muchos oficiales del ejército liberal, despues que salí de mi prision en Querétaro; todos me aseguraron que el pánico y el desórden de sus filas en el primer ataque fué tal, que si hubiésemos sabido aprovecharnos sin pérdida de tiempo, habriamos podido cuando menos salir de Querétaro con todo nuestro ejército.

Mayo 1º

Esta mañana muy temprano se intentó un nuevo ataque á la garita de México y á la hacienda de Callejas. En esta vez la vanguardia iba tambien mandada por Pitner, y tambien esta vez el primer triunfo fué nuestro.

La hacienda fué tomada por asalto, y las tropas continuaron trepando á paso de carga la colina hácia la garita, á pesar de que el enemigo disponia de fuerzas considerables para defenderla. En el interior mismo de la garita se empeñó un encarnizado combate. El enemigo iba aglomerando numerosas fuerzas en este punto; pero los nuestros oponian una obstinada resistencia, y continuaban manteniendo la posicion. Pero en el momento crítico cayó muerto el valiente comandante de la Guardia municipal, coronel Joaquin Rodriguez; y su batallon, que siempre habia cumplido con su deber, al verse privado de su valeroso gefe perdió el ánimo y se replegó ante el enemigo.

Nosotros tuvimos diez y ocho heridos, tres muertos y trece dispersos.

Mayo 2.

El coronel Rodriguez ha sido sepultado solemnemente en la iglesia de la Congregacion; el emperador con toda su comitiva asistió á los funerales.

A las cuatro de la tarde, cediendo el emperador á las súplicas del padre Aguirre, nuestro capellan militar, consiente en que se saque su fotografía en el cuartel general; á propósito de esto, hace notar en tono de chanza que el padre habia pillado al vuelo aquella coyuntura, para proporcionarse un recuerdo de su persona mientras todavía estaba

vivo. Comienza á hablarse nuevamente de auxilios que están para llegar, y esta vez se asegura que ya vienen en camino los generales Chacon, Márquez y Olvera. Pero lo que es ahora, no estamos muy dispuestos á dar crédito á tales rumores.

Mayo 3.

Hácese una nueva tentativa contra S. Gregorio, pero de pronto se interrumpe el ataque por nuestra parte y nos batimos en retirada.

Esta vez, se hallaba el emperador en el campanario del convento. Llegó una bala á la cúpula pasando por entre el príncipe y el general Arellano, y rozó á este un hombro al caer en la iglesia.

Me dice el emperador, que realmente debe estar ya muy cerca Márquez; yo le contesté que en la ciudad ya no se creen las buenas noticias con respecto á este general, agregándole que por mi parte estoy persuadido de que para lo sucesivo no tenemos mas recurso que obrar por cuenta nuestra. Parece que la opinion de la ciudad no le coje de nuevo, puesto que inmediatamente me contestó que era forzoso resignarnos á todo en caso de que Márquez no vuelva.

Mayo 4.

Tranquilidad en todos los puntos; no hay mas que el cañonéo continuo del enemigo. Nuestra línea frente al Cimatario no se vé ahora tan molestada; los veintiun cañones quitados al enemigo, han dejado un vacío considerable en sus baterías.

Mayo 5.

Tranquilidad escepcional durante todo el dia. Los disi-

dentes están festejando el aniversario de la victoria que alcanzaron el año de 62 contra los franceses en Puebla, á las órdenes de Zaragoza. Parece que con motivo de esta solemnidad están descansando; nosotros descansarémos con eso un dia.

Repentinamente, á eso de las siete de la noche, al volver yo de visitar al general Mejía que está enfermo, se rompió contra nosotros un fuego vivísimo, como no lo hubo igual en todo el curso del sitio; tanto, que con el continuo tronar de la artillería con trabajo podian distinguirse los cañonazos del estallido de las granadas.

El enemigo, fiado en la buena estrella de aquel dia y excitado por los licores que se le distribuyeron copiosamente, avanzó de todas sus líneas á paso de carga, aglomerando el grueso de sus fuerzas sobre el puente del Rio Blanco.

Cedió á poco el ímpetu con que emprendió el ataque, no bien le disiparon los humos de la embriaguez algunas descargas nuestras de metralla. Cerca de una hora duró el fuego; en toda nuestra línea no tuvimos mas que dos heridos levemente, mientras por el contrario nuestras piezas servidas por artilleros que no habian bebido, hicieron gran daño en las filas enemigas.

Hasta aquí llega lo que de mi diario logré salvar; para completar mi narracion hasta el fin del asedio, necesito recurrir á mi memoria y á los documentos oficiales de que puedo disponer.

Desde el 5 de Mayo en adelante, continuaron los contrarios quietos en sus trincheras, reduciéndose á una actitud meramente pasiva con respecto á nosotros. Mucho mas que el enemigo que teniamos delante, nos daban cuidado las angustiadas circunstancias nuestras en la ciudad. Ya nuestros soldados comenzaban á padecer el hambre, tanto mas perjudicial, cuanto que la debilidad física, de concierto con el desaliento moral, amenguaba el valor en el ejército.

Entre tanto no estaba el enemigo tan ocioso como parecia; solo que su actividad, en vez de tomar un carácter militar, obraba regalándonos noticias falsas.

En el *Boletin* que se compilaba en el cuartel general, aparecieron el 7 de Mayo dos despachos falsos, cuya introduccion decia así: "Inútil seria mantener secretas por temor del enemigo las noticias del general Márquez y del general Vidaurri, que por fin han llegado á S. M." Estas palabras demostraban suficientemente, que en el cuartel general no se abrigaba la menor ilusion tocante á la naturaleza de dichos documentos. Bien sabiamos cuán perfectamente servidos estaban los disidentes por la policía secreta que tenian en Querétaro, para dejar que llegasen á su conocimiento noticias de tanta importancia en el caso de que fuesen ciertas.

Creo oportuno reproducir aquí el texto del tal artículo:

"¡Viva la independencia! ¡Viva el emperador! ¡Viva el ejército mexicano!"

"Inútil seria mantener secretas por temor del enemigo las noticias del general Márquez y del general Vidaurri, que por fin han llegado á S. M.; las publicamos, por tanto, para satisfaccion ya del ejército, ya de los habitantes de esta escelente ciudad, tan cruelmente atormentada. Los defensores y los partidarios de la causa nacional leerán con entusiasmo las buenas noticias que nuestro escelso soberano ha recibido de México. Los que de todo dudan y los enemigos del órden deberán persuadirse una vez mas, de que basta muy poco tiempo de sufrimientos al ejército y á la poblacion, para derrotar á los juaristas y librar á la sociedad de los males con que la amenaza la demagogia.

"S. M. ha recibido el parte siguiente:

"Señor.

"Segun tuve el alto honor de participar á V. M. en mis

comunicaciones del 16 y 19 del corriente, he salido de México el 17 con el ejército, ordenado de esta manera:

"Iª division de infantería, á las órdenes del general Rosas Landa.—1ª brigada, general Ruelas; 2ª brigada, coronel Oronoz.

"IIª division de infantería á las órdenes del general Perez.—1ª brigada, general Vega; 2ª brigada, coronel Pozo. Artillería, dos baterías.

"IIIª division de caballería, á las órdenes del general O'Horan.—Regimiento de húsares, 6º y 9º regimientos de caballería; primer escuadron del regimiento de la emperatriz.

"IVª division de reserva, á las órdenes del general Vidaurri.—Brigada de infantería, general Piña; brigada de caballería, coronel Quiroga; artillería, dos baterías de montaña y piezas de á 36. Víveres, 90 carros.

"La comisaría va abundantemente provista de fondos.

"S. E. el general Vidaurri lleva distinto camino que mis tropas; debemos encontrarnos en la hacienda de la Jordana. Queda en México guarnicion suficiente á las órdenes del general Tavera.

"Puedo asegurar á V. M. que no hay nada que temer por la seguridad y la defensa de la capital, para lo cual sobra con la guarnicion que allí quedó.

"Tengo el honor de acompañar á V. M. un despacho de S. E. el general Vidaurri.

"Monte-alto, Abril 27 de 1867.

"*El general en gefe*
"MARQUEZ."

"Señor:

"En la incertidumbre de que este pliego pueda llegar á manos de V. M., juzgo oportuno prescindir de los pormenores relativos á las operaciones del ejército, así como á los

obstáculos naturales é imprevistos con que hemos tenido que luchar el general Márquez y yo para poder obsequiar las órdenes de V. M. Me limito á poner en conocimiento de V. M. que están para comenzar nuestras operaciones contra el ejército que tiene sitiada á esa ciudad.

"Tengo el honor de asegurar á V. M. segun se lo participé en mis anteriores comunicaciones, que el gabinete está formado ya conforme á los deseos de V. M.; y que durante mi ausencia lo presidirá el E. Sr. Iribarren, cuya aptitud y energía ha podido V. M. apreciar.

"El entusiasmo de la capital, y el estado de defensa en que se halla, son en alto grado satisfactorios.

"Ixtlahuaca, Abril 23 de 1867.

"*El ministro de Hacienda*
"SANTIAGO VIDAURRI."

Todo era falso; ya no habia que creer en el socorro de Márquez. Para todos era un enigma, el que despues de seis semanas largas de la partida de ese general, no hubiese llegado acerca de él la menor noticia digna de crédito. El emperador mismo iba creyendo ya en una traicion.

Un dia, paseando conmigo por la plaza que está delante del convento, me dijo terminantemente que comenzaba á creerse traicionado por Márquez y por Vidaurri.

Nada tiene de estraño que en semejantes circunstancias fuese flaqueando la constancia de nuestros soldados, ni que comenzasen á ser frecuentes las deserciones, que hasta entónces habian sido rarísimas. Contribuian mucho á semejante ruina las mujeres de los soldados, que en número considerable habia en el campamento. El soldado mexicano soporta en lo general con mucha facilidad las molestias y las privaciones; pero es preciso que no oiga las lamentaciones y quejas de su consorte.

Un ejército mexicano en servicio activo tiene de caracte-

rístico, el gran número de mujeres y de niños que todo cuerpo de tropas lleva consigo. En las marchas y en el campamento, esta singular comitiva suele ser provechosa, por cuanto esas mujeres desempeñan hasta cierto punto el servicio interior de los cuarteles, que en Europa está encomendado á la tropa misma; y preceden á los cuerpos en la localidad designada para hacer alto, y se ocupan con toda actividad en procurarse víveres y forrages. Pero en una ciudad sitiada no sirven mas que de carga y de estorbo, como que apresuran el consumo total de víveres y provisiones. Bajo este punto de vista, estaban los disidentes mejor que nosotros. Ya no teniamos mas que tortillas y frijol; en el campo enemigo aun no reinaba el hambre, y este era un gran atractivo para pasárseles.

¿Qué necesidad habia de servir por mas tiempo á una causa que en mejor época se habia abrazado con gusto, soportando el hambre y las privaciones, mientras en el campo enemigo se estaba bien, y era seguro el buen recibimiento á los desertores? El mexicano es incapaz de abnegacion; pertenece en cuerpo y alma á quien le ofrece mayores ventajas materiales.

Diariamente eran mas considerables las deserciones. Hasta el regimiento de la Emperatriz, que si bien no brillaba precisamente por el valor era de los mejor disciplinados, veía disminuirse sus filas como los demás. El emperador preguntó á Lopez, que habia formado y mandado este regimiento, la causa de su actual conducta; Lopez evitó con subterfugios darle una respuesta categórica; y me dijo á mí en aquella ocasion, que de buena gana se volveria á Orizaba, abandonando este país, porque "me pesa como mexicano tener que ver con tanta canalla y tantos pícaros."

Yo no sospeché entónces que con aquellas palabras trataba Lopez de tranquilizar su conciencia que ya debia estar cargada de remordimientos, como que precisamente en esos

dias habia iniciado ya sus arreglos con el enemigo para la traicion; su conciencia al dictarle esas frases, le mostraba el juicio que dentro de poco iba á formar de su persona el mundo.

Lopez, mexicano de nacimiento, con ojos azules de dudosa espresion, y con cabellos rubios, cosa rarísima en un mexicano, estaba muy léjos de poder vanagloriarse de una vida sin mancha. Varias veces habia traicionado á sus compatriotas, como primero á los norte-americanos y despues á los franceses. Tenia pocos amigos en el ejército, pero era bien visto por el emperador; él habia sido uno de los primeros que se le presentaron cuando desembarcó en Veracruz. Su esterior modesto, sus maneras mesuradas, hicieron buena impresion en el emperador. Lopez era además oficial de la Legion de Honor, y estaba muy recomendado por los franceses. Así fué como se conquistó la confianza de Maximiliano, quien le dió el mando del regimiento de la Emperatriz, y eso le proporcionó la oportunidad de adelantar cada vez mas en la gracia del emperador. Su regimiento en complexo no se portó mal; el buen porte de este y su esmerado equipo hacian que en México fuese un cuerpo modelo; pero en Querétaro bajó mucho de reputacion. Durante el sitio, hizo Lopez un papel importante; era gefe del punto de la Cruz, y sin tener el título, ayudante de campo del emperador, quien le confiaba encargos confidenciales, como el envío de correos y otros por el estilo. Lopez acompañaba al emperador á las visitas de inspeccion que este hacia muy de madrugada, vestido de paisano; y parecia, y así se le consideraba generalmente, como favorito de Maximiliano.

Permítame el lector referir aquí un episodio, que se me viene involuntariamente á la memoria cuantas veces me acuerdo de López; episodio del cual el mismo Maximiliano hacia mencion con frecuencia, ya prisionero. Es el caso,

que el emperador tuvo siempre gran aficion á los perros; durante el sitio le regalaron un lebrel muy bonito que habia pertenecido á un oficial imperial prisionero en S. Jacinto, y cuyo perro, del campo enemigo se habia vuelto al nuestro. Aquel animalito, que con semejante motivo se habia conquistado cierta celebridad entre nosotros, hubo de cobrar extraordinario cariño al emperador, y hacia mil fiestas á cuantos se le acercaban. Solo á López no lo podia ver: le enseñaba los dientes, se le tiraba, y lo mordia no bien se le ponia delante. Tal vez López maltrató de alguna manera al perro aquel, quizá era obra del instinto; lo cierto es, que Maximiliano en su prision hablaba muchas veces de su fiel *Bebello*, y del ódio que le tenia este á López.

Nuestras circunstancias en Querétaro eran ya tales, que comprendimos la imposibilidad de sostenernos por mas tiempo; era indispensable partir. Ni aun podiamos esperar el socorro de Márquez, aun cuando este hubiese salido ya de México.

Solo se trataba de decidir qué rumbo tomariamos. Hácia la capital, ni pensarlo: éramos harto débiles para hacer ese camino, aun cuando lográsemos romper las líneas enemigas. Habriamos tenido en tal caso á la espalda el ejército de Escobedo y el de Corona, superiores con mucho al nuestro en número y en recursos; al frente, el de Porfirio Diaz, el cual segun todas las conjeturas deberia estar sitiando á la capital. Entre estos poderosos cuerpos de ejército, el reducidísimo nuestro tenia que ser aniquilado en un instante. Solo un camino nos quedaba, el de la Sierra.

Allí no podia seguirnos el enemigo. Con solo que lográsemos llegar á la boca de la Sierra, que dista unas seis leguas de Querétaro, podiamos disponer, levantando los pueblos, de una fuerza que bien empleada habria sido suficiente para mantener en respeto á los disidentes que dejásemos á la espalda. Los indios de la Sierra-Gorda pertenecian en cuerpo y

alma al general Mejía, á su D. Tomasito como le llamaban; una vez este en sus montañas, verian en él á su gefe natural.

Los pueblos de Sierra–Gorda son famosos por la defensa de sus gargantas y sus desfiladeros; solo necesitaban de un gefe que los conociese para aprovechar sus cualidades, y que los sacase de su inaccion. En esta última época, las tropas liberales habian tenido que padecer mucho en la Sierra, cuyos habitantes siempre han pertenecido al partido conservador.

Conforme al plan concertado, el emperador esperaria en la Sierra la marcha de los acontecimientos, así como tambien las noticias de la cápital, para sus ulteriores decisiones.

En la peor hipótesis, habia camino abierto para el golfo de México por la Sierra. En Veracruz estaba la corbeta austriaca *Elisabetta*, al mando del capitan Groller, y no hubiera sido difícil hacerla llegar á Túxpan, puerto el mas cercano á donde se podia ir desde Sierra–Gorda.

Quedó, pues, decidido que ese rumbo tomariamos, y se dictaron las medidas oportunas. Encomendóse á Salm el ordenar la escolta del emperador, la cual habian de formarla los hombres del coronel Campos, que estuvieron antes á las órdenes de Vidaurri y que pasaban por ser los mejores soldados; el escuadron de húsares de Kevenhüller, que en su orígen contaba con solo cincuenta hombres, y que se completó en Querétaro con cien voluntarios y con los Esploradores de México (ochenta hombres), al mando del mayor Malburg; el regimiento de la Emperatriz, y finalmente el 4º regimiento de Caballería, para el cual fué propuesto con este fin un nuevo comandante, el teniente coronel Conde de Pachta. El mando de esta fuerza se le confió á López, prueba evidente de la plena confianza que el emperador tenia en ese miserable.

Si al ver el estado tristísimo á que llegaron las cosas, al-

guien pregunta por qué Maximiliano no abandonó desde antes á Querétaro, la respuesta está en el carácter del príncipe, quien no creía haber hecho todavía lo bastante para llenar cumplidamente su deber. Habia manifestado de una manera luminosa que no le faltaba ni valor, ni constancia, ni espíritu de abnegacion; se habia sujetado durante un largo mes con sus soldados á toda clase de penalidades y de privaciones; habia dejado bien puesta su fama de soldado, se habia portado como un héroe; y por último, se habia visto traicionado de la manera mas asquerosa por los conservadores: pues bien, á pesar de todo esto le repugnaba todavía alejarse de aquel infeliz lugar de ruina. No queria pronunciar la condenacion de aquel partido que le indujo á quedarse; no podia resolverse á creer que le habian engañado del modo mas vituperable, que le habian sacrificado á él, tan noble y tan generoso, á sus maquinaciones egoistas y vulgares; todavía abrigaba la esperanza de que llegase Márquez trayendo consigo la victoria.

Miramon, por otra parte, fué quien disuadió al emperador de salirse antes. No quisiera yo pronunciar palabras sobrado severas, contra el hombre que pagó con la vida aquel error suyo; solo referiré cuanto sobre el particular me dijo el emperador mismo. Poco antes de la salida del 27 de Abril, contándome que habia hablado largamente con Miramon, me dijo: "Acaba de asegurarme Miramon de la manera mas esplícita, que él sostiene que la ciudad con los medios que tenemos á nuestra disposicion puede resistir todavía unos tres ó cuatro meses."

Por el contrario, todos los oficiales extrangeros, entre ellos el príncipe de Salm ayudante de campo del emperador, y Pitner que habia ascendido á teniente coronel, tiempo hacia que opinaban que no habia mas camino de salvacion que el tratar de salir.

Ahora sí ya estaban todos de acuerdo en esto; pero las

circunstancias se habian ido cambiando en perjuicio nuestro de una manera considerable.

En la tropa, se habia rebajado mucho la confianza y el deseo de batirse. La caballería, cuya porcion mas florida se fué con Márquez, iba empeorando de dia en dia, y una gran parte de los dragones estaban á pié por haberse tenido que matar los caballos, ya por falta de forrage, ya para comerlos.

Iba además creciendo hora por hora la dificultad de salir, por cuanto el enemigo habia ya concluido sus obras de fortificacion, con lo que nos tenia encerrados en un círculo sin intersticio libre. No nos quedaba, sin embargo, otro recurso, y en él solo descansaban nuestras esperanzas.

En los preparativos que con tal fin se hicieron, tomó mucha parte el general Mejía, el cual con gran pesar suyo habia tenido que estar en cama las últimas semanas; apesar de sus agudos sufrimientos, se levantó para sacudir la morosidad del cuartel general. Profundamente molesto por lo que estaba pasando en la ciudad, se espresaba de una manera muy enérgica acerca de la indigna conducta de Márquez.

Hallábame yo una mañana haciendo mi visita al general, cuando llegó Lopez enviado por el emperador para tomar informes acerca de un correo que habia que buscar. "No puedo comprender lo que hace Márquez, dijo Mejía; si hubieran mandado á un sargento lo habria hecho mejor."

Una vez tocado este punto por el general, lo desarrolló mas estensamente; é hizo notar con sobrada justicia, que todos los males presentes no eran sino consecuencia inevitable de los errores cometidos en Matamoros en Junio de 1866. "En Matamoros y no en México estaba la llave del imperio; debimos poner allí á toda costa una fuerte guarnicion, la cual habria hecho frente á los americanos. Entónces les rogué, concluyó el general muy conmovido,

que me diesen hombres nada mas, que yo los habria armado y mantenido; no me quisieron hacer caso, y con Matamoros todo se lo llevó la trampa."

Todo el empeño de Mejía era ahora conseguir de la poblacion de Querétaro, que le tenia gran cariño, el levantamiento de una guardia nacional, la cual protegiese nuestra salida y se encargase de la defensa de la ciudad. Diéronse al efecto las disposiciones necesarias; inmenso fué el número de los ciudadanos inscritos, y ya podiamos tener fundadas esperanzas en el feliz éxito de la salida, que nos pondria en salvo, y que se fijó para la madrugada del 14.

CAPITULO XVIII.

Querétaro: noche del 14 al 15.—Madrugada del 15.—Caemos prisioneros.—Traicion de Lopez.—José Rincon Gallardo.—El 15 de Mayo.

EN la noche del 13 al 14, á eso de las once, se celebró consejo de guerra, en el cual se decidió que la salida dispuesta para las dos y media de la mañana se prorogase hasta la siguiente noche.

En consideracion al gran número de voluntarios que se presentaron para formar la guardia nacional, aun no estaba Mejía en disposicion de dejarla completamente arreglada. Pidió una dilacion para poder armar, distribuir, y colocar en donde convenia á aquellos voluntarios, con cuya enérgica cooperacion contaba mucho para el buen éxito de la empresa. Trasfirióse esta, por lo mismo, á la media noche del 14.

Concluidos estaban ya todos los preparativos; listos nosotros para marchar; no habian de llevarse mas bagajes, que los que pudieran cargarse en los caballos.

Hasta el emperador estaba lleno de confianza en el buen éxito. "Estoy contento, me dijo el dia 14 por la tarde, de haber llegado por fin á una conclusion; tengo esperanzas de que nos saldremos con la empresa. Confío en mi buena estrella que no me ha abandonado hasta ahora; y.....di-

rá V. que es supersticion, pero mañana es el dia onomástico de mi madre, y creo que esto me traerá la suerte."

Los bagajes del príncipe se habian repartido entre los soldados de la escolta; los papeles, entre las personas de su comitiva. Cada cual tenia que llevar algunos entre sus propias prendas. El dinero de la caja particular del emperador se repartió entre el príncipe Salm, el oficial de órdenes Pradillo, el secretario Blasio, el comandante especial de la escolta coronel Campos, y yo.

Lopez tambien recibió una parte, de manos del mismo emperador; vino en la noche del 14, á eso de las once y media, á tomar el dinero, y se manifestó disgustado de que no le diesen oro como á los demás, sino solo plata, y eso en corta cantidad.

Despues de las diez, hubo consejo de guerra, en el cual á peticion del general Mendez, y sin que yo haya podido saber la causa, se decidió trasferir todavía la salida para la noche siguiente.

A las once fué llamado Lopez cerca del emperador, quien le habló de algunos pormenores relativos á la salida.

Ya en la prision me habló de esta entrevista suya con Lopez, y me dijo: "En esa misma noche lo condecoré con mis propias manos con la medalla del valor militar; y le encargué, que en caso de que me hiriesen en la salida y quedase yo imposibilitado de evitar el caer prisionero, pusiese fin á mi vida con un balazo."

Aunque la dilacion quedó decidida ántes de las once, no se acostó Maximiliano sino hasta la una: el desasosiego le quitaba el sueño. A las tres y media me mandó llamar; todo estaba tranquilo en el cuartel general cuando atravesé el corredor para ir á verle.

Habia sido atacado el emperador de un fuerte cólico. La pésima alimentacion unida á la influencia epidémica, habian desarrollado despues de las lluvias la disenteria en

el campamento; el emperador mismo acababa de caer enfermo.

Cerca de una hora me estuve á su lado, hasta que se le calmaron los dolores; de vuelta á mi cuarto, me eché vestido en la cama.

Antes de las cinco me despertaron de pronto. Precipitáronse en mi aposento dos hombres, uno de los cuales era Jablonski, de quien despues supe que era cómplice en la traicion. "¿Dónde está el príncipe Salm? dijeron ambos; es preciso despertarle en el acto." Y se fueron. Yo salté de la cama; comprendí inmediatamente, que alguna circunstancia estraordinaria debia de haber conducido á esos dos individuos al cuartel general á semejante hora. Yo no perdí tiempo; desperté á mi criado que dormia en mi mismo cuarto, le mandé que ensillase en el acto mi caballo, y corrí al aposento del príncipe Salm. Ya me le encotré levantado y vestido; le pregunto qué pasa, y me responde: "Corra V., nos han sorprendido; diga V. á Fürstenwärther (austriaco, capitan de Estado Mayor) que haga montar sin tardanza á los húsares."

Apenas habia yo cumplido con el encargo, cuando llegó Severo, criado mexicano del emperador, á decirme que el príncipe queria hablarme. Corrí á su habitacion; ya estaba vestido el emperador. "No será nada, me dijo con mucha angre fria; el enemigo ha de haber entrado á la huerta. Vaya V. á tomar sus pistolas, y sígame á la plaza."

El emperador, segun me contó despues en la prision el mayordomo Grill, despues de haber oido de boca del príncipe Salm que el enemigo habia entrado ya, no perdió ni un solo instante su tranquilidad. Mientras se vestia, mandó poner su sable desenvainado cerca de la puerta para tenerlo pronto para defenderse. Tambien me contó Grill, que la actitud del emperador le hizo creer que este sospechaba un atentado directo contra su persona.

Obediente á la órden del príncipe, me fuí á mi cuarto para tomar mi revólver. Allí encontré á mi criado, quien me dijo que al estar ensillando mi caballo se lo habia impedido un oficial á quien no conocia, el cual le quitó de las manos los sudaderos. Ya habia yo comunicado á los húsares la órden de montar, y comprendiendo que tenia que seguir á caballo al emperador, lo que mas me importaba en aquellos momentos era tener lista mi cabalgadura. Mandé, por lo mismo, á mi criado que me siguiese, y que me enseñase al oficial que le habia impedido cumplir mis órdenes.

Lo encontramos en el átrio del convento, envuelto en uno de mis sudaderos, y con el otro en el hombro. Como que el emperador no me habia hablado mas que de la irrupcion del enemigo en la huerta, supuse que un oficial que se encontraba dentro del convento tenia que ser de los nuestros; y así mismo tomé por soldados imperiales á unos diez hombres que vestian el uniforme de *Supremos poderes.* Teniamos algunos prisioneros de este regimiento, los cuales combatian ahora en nuestras filas vestidos con su antiguo uniforme; no debieron, pues, llamarme la atencion, tanto mas cuanto que entre los nuestros se observaba la misma irregularidad de vestuario que en el campo disidente; mi error fué la cosa mas natural.

Pedí, por lo tanto, al oficial que me devolviese mis arneses, preguntándole si no me conocia, si no sabia que yo era el médico del emperador. El oficial trató de escusarse con respuestas evasivas; y señalándome una escalera que conducia á la azotea del convento, me dijo: "Allá arriba han de estar sus sudaderos." Yo, que aun no comprendia el sentido de estas palabras, me incomodé y eché mano á mi revólver. Entónces el oficial gritó á sus soldados: "Desármenlo," y una corona de bayonetas se volvieron contra mí, y oí que preparaban los fusiles.

Entónces lo comprendí todo; hubiera sido una locura resistir. Acompañado del oficial y de su gente, subí la escalera que conducia á la azotea del convento, el cual con gran asombro mio estaba ya todo ocupado por los soldados enemigos del mismo regimiento de *Supremos poderes.* "Es V. mi prisionero," me dijo entónces el oficial, que por sus compañeros supe mas tarde que se llamaba José María Perez. "Ya lo veo," fué mi brusca respuesta. Me quitaron el revólver, y el Sr. Perez comenzó á registrarme los bolsillos con un desparpajo tal, que á las claras demostraba no ser novicio en semejantes maniobras. No escaparon á sus pesquisas ni el cinturon lleno de oro, ni el reloj que yo llevaba; todo se lo cojió. Por lo demás, eché de ver que la presa, mayor de lo que él se esperaba, lo puso mas humano para conmigo.

Como se vé, mi situacion nada tenia de agradable. Tras haberme despojado de todo, no pude menos que ofrecer á aquel señor lo único que me quedaba, mi estuche de cirujano, y le pregunté si por casualidad no le gustaba tambien aquello; pero no quiso aceptar mi espontáneo regalo. Me dejó tambien mi libro de memorias, porque como en México no circulan los billetes del banco, poco atractivo le presentaban mis papeles.

Poco le importaba al oficial de *Supremos poderes* saber si yo llevaba encima escritos ó cartas interesantes; lo único de que se ocupaba era del dinero contante ó de los objetos valiosos. Así hubiera yo llevado un archivo entero en la bolsa, que no lo habria tocado.

Condujéronme despues al campanario, donde tantas veces se habia espuesto el emperador á los proyectiles del enemigo, y me pusieron dos centinelas. Estaba yo á punto de morirme de rabia y de vergüenza. No era tanto la prision lo que despertaba en mí aquellos sentimientos, cuanto la idea de que me habia yo ido á entregar por mí mis-

mo en manos del enemigo. Solo me consolaba el pensar que el emperador, con el resto de su comitiva, habria tenido tiempo de salir de la Cruz.

Pero no me duró mucho esta ilusion. Me bajaron del campanario, y me condujeron á la plaza que está delante del convento. Allí me encontré ya con una cuerda de prisioneros, y á traves de los patios del convento nos llevaron á todos á la hacienda de Carretas. En el camino se nos agregaron algunos otros compañeros de desgracia; y al ver entre ellos á todos los criados del emperador, se disipó la esperanza que tenia de ser yo el único preso de las personas de su comitiva. Ellos tambien cayeron prisioneros antes de poder reunírsele, unos en el interior del convento, y otros en la plaza.

De camino para la hacienda nos detuvimos en una iglesita, y allí nos dividieron en dos secciones: la primera, compuesta casi toda de soldados rasos, y la otra, en la cual me hallaba yo con algunos oficiales, debia detenerse por algun tiempo antes de continuar la marcha. Allí se nos reunió el oficial de órdenes Pradillo, que llevaba una bandera blanca, y que siguió adelante acompañado por algunos dragones enemigos. Mas tarde supe que iba enviado á Escobedo para reiterarle el deseo que tantas veces habia manifestado el emperador durante el sitio, es decir: que él solo fuese sacrificado; que si se queria sangre se contentasen con la suya, y que se respetase la vida de los demas, particularmente de las personas de su comitiva.

Entre tanto, los ojos de Argos de uno de los oficiales que nos custodiaban descubrieron el único objeto de valor que aun llevaba conmigo. Era un sello en forma de anillo, que me habia regalado un amigo cuando salí de Europa. "Regáleme esto", me dijo el oficial señalando el anillo con un guiño muy mexicano. "Déjemelo V., le respondí; no vale gran cosa, pero yo lo aprecio por que me lo regaló un amigo."

"¡Qué.....! y aquí soltó una blasfemia; si yo tambien soy su amigo." Y sin mas ni mas se apoderó del anillo.

A cosa de las ocho llegamos á la hacienda, y nos colocaron en un patio á cuya puerta situaron una guardia. Tan luego como llegué, pedí hablar al comandante, lo que me fué concedido en el acto. Díjele que era yo el médico del emperador, y que como no dudaba que él tambien estaria ya prisionero, deseaba que me condujesen á su lado, tanto mas cuanto que se hallaba enfermo y necesitaba de mis auxilios. El comandante, hombre cortés, me prometió desde luego que haria todo lo posible por satisfacer mis deseos.

Al príncipe Salm y al teniente coronel Pitner, quienes acompañaron al emperador hasta el cerro de las Campanas, debo los pormenores que voy á referir tocante á su arresto.

El emperador, tan luego como me dió la órden de seguirle á la plaza, habia salido del convento en union del general Castillo, del príncipe Salm, del teniente coronel Pradillo, y del secretario Blasio. Al llegar á la puerta hubo de encontrarse con un centinela enemigo; pero este los dejó pasar á todos, en virtud de que el coronel José Rincon Gallardo, que allí estaba con López, y á quien habló en voz baja, dijo á los soldados de la guardia: "que pasen, son paisanos."

El emperador, en compañía de Salm, de Castillo, y de los otros, se dirigió al cerro. En el tránsito se les reunieron el general Mejía, el teniente coronel Pitner, el Conde Pachta el mayor Malburg, y el capitan Fürstenwärther.

Todas nuestras líneas estaban ya en aquel momento en poder del enemigo; solo quedaba al pié del cerro un pequeño cuerpo de caballería, que de minuto en miuuto se iba disolviendo, por cuanto los soldados sobrecogidos de espanto se pasaban á los contrarios. Los disidentes, entre tanto, llegaban de todas partes en columnas cerradas, lanzando al

cerro una granizada de balas, muchas de ellas con las mismas piezas que poco antes eran nuestras.

Volvióse el emperador á Mejía, y le preguntó si no seria posible intentar la salida á la cabeza de unos cuantos hombres decididos; pero el general le respondió, que de ningun modo era factible la empresa. Permaneció tranquilo el emperador en el cerro, con la esperanza y el deseo de que una de tantas granadas que llovian en torno á su persona pusiese fin á su vida.

¡Ojalá! dijo volviéndose al general Castillo. Tuvo todavía tal presencia de ánimo, que entregó al secretario Blasio y al capitan Fürstenwärther para que los anulasen, los proyectos manuscritos de una nueva division militar del territorio, y de un reglamento para simplificar el servicio de la casa imperial. Preguntó otras cinco veces al general Mejía, si no era posible intentar la salida; pero la respuesta de este fué siempre negativa. Decidióse entónces á enarbolar en el cerro la bandera blanca, no obstante lo cual continuó el fuego contra la colina un buen rato. No bien hubo cesado, el primero que llegó á galope fué el general enemigo Echegaray. Siguióle á poco el general Mirafuentes, quien tomó al emperador la espada, que despues le fué devuelta por el general Riva Palacio en el convento de la Cruz, en la misma estancia que dos horas antes le habia visto emperador.

Para mas pormenores, puede verse lo que escribieron los testigos oculares, y especialmente el teniente coronel Pitner en el *Sport*, periódico de Viena; consúltese tambien lo que pronto publicará el príncipe Salm.

El mando del convento de la Cruz, y la custodia de los prisioneros, se encargó al general Francisco Velez; un ayudante de este vino á eso de las diez á la hacienda de Carretas, por mí y por los criados del emperador.

Trabajo me costó disimular la profunda emocion que

sentí al entrar al convento, y al echar de ver, conforme subí la escalera, cómo habia cambiado allí todo desde la media noche. Con el corazon oprimido me acerqué al aposento del emperador, frente al cual habia un cuerpo de guardia enemigo. Abrí la puerta, y me quedé como petrificado en el umbral. Vióme el emperador, vino á mí, y me abrazó llorando. Pero en el acto se repuso, me apretó la mano, y se volvió del lado opuesto con un suspiro. Hubo un largo rato de silencio.

Solo hasta entónces noté que en el mismo cuarto estaban Salm, Blasio, Pachta y Pradillo. El emperador se paseaba absorto en sus pensamientos. Por fin, rompió el silencio. "Me alegro de que todo haya terminado sin mas derramamiento de sangre. Hice lo que tenia pensado: me acordé de todos ustedes." Me refirió en seguida, que no tenia sino motivos de congratularse por la conducta de los oficiales enemigos, especialmente de Escobedo y de Riva Palacio. "Son mejores de lo que yo creia, dijo; me ha dado mucho gusto el oir que ellos aprueban mi manejo durante el sitio. Ya ven ustedes ahora el fruto de mi benignidad para con nuestros prisioneros."

La viva excitacion era lo que hasta entónces habia sostenido las fuerzas del enfermo emperador; así es que, la reaccion sobrevino proporcionalmente mas violenta con la tranquilidad relativa en que ahora entraba. Hubo de ponerse en cama, y yo no tenia á mano nada con que aliviar sus padecimientos. Entónces con gran sorpresa mia me mostró la cajita de píldoras de opio, que yo habia colocado la noche anterior sobre el buró al lado de su cama, y me dijo sonriendo melancólicamente: "Ya ve vd. cuánto importa no aturdirse; esta mañana, luego que supe que estábamos vendidos, no me olvidé ni aun de esto."

El catre en que yacia el emperador, que era el suyo de viage, y un sillon que se hizo traer de la tienda del general

Mejía, eran los únicos muebles que le quedaban al príncipe; todo lo demas, en aquella mañana lo habian sacado de su aposento, el cual fué literalmente saqueado. Ropa blanca, vestidos, libros, papeles, objetos de tocador, condecoraciones, todo habia desaparecido, y de muchas cosas de esas se apoderó Lopez, sin duda para conservar un recuerdo del emperador.

En la tarde de aquel mismo dia, movidos en gran parte por la curiosidad de conocer á *Maximiliano de Hapsburgo*, vinieron algunos gefes del ejército enemigo, entre ellos el general Vega, el coronel Smith, y los dos hermanos José y Pedro Rincon Gallardo, el primero de los cuales (José) habia facilitado al emperador por la mañana la salida del convento. Refirieron circunstanciadamente cómo entraron conducidos por López, hablando del traidor de la manera mas despreciativa. José Rincon terminó su narracion con estas palabras: "Se vale uno de semejantes hombres mientras los ha menester; despues, les dá un puntapié y los echa á la calle."

Me contó el emperador, que ántes habia recibido la visita de Altamirano, uno de los hombres políticos mas distinguidos del partido republicano. "Estuve muy contento, me dijo; y me ha dado mucho gusto oirle decir, que esperaba que el gobierno dejaria vigentes algunas de mis leyes, de las cuales habló con elogio."

La mayor parte de nuestros generales, con excepcion de algunos que estaban aún escondidos, se hallaban en los contiguos aposentos, que durante el sitio ocuparon Castillo y la secretaría de Estado Mayor general. Miramon no estaba en el convento; por la mañana, en el camino del Cerro, recibió un balazo en la cara de mano de un oficial enemigo, y habia quedado herido en una casa particular.

Envióme el emperador á visitar al general Mejía, á quien estaba yo curando, y escoltado por una guardia fuí á verle.

¡Qué contraste entre ayer y hoy en aquel cuartel general! Ayer, vida por donde quiera, rumor de armas, esa agitacion universal que precede á toda accion de guerra, cañonazos en todas las líneas; hoy, quietud profunda, no se oye una voz, reina por todas partes el silencio de la tumba.

Todo aquel dia permanecimos los prisioneros en la mayor incertidumbre respecto de nuestra suerte. No estábamos custodiados de una manera muy rigurosa; pero con todo, no podiamos deducir de la conducta que con el emperador observaban, cuál fuese la resolucion del vencedor tocante á nuestras personas. Parecia como que el enemigo mismo andaba asombrado y aturdido de un éxito superior á sus mas risueñas esperanzas; increible se le hacia el que tras una série de combates en los cuales llevó constantemente la peor parte, hubiese logrado sin desenvainar la espada apoderarse del emperador, de sus generales, de la guarnicion entera. Faltábale la conciencia del triunfo; en el aspecto de los generales se echaba de ver que no estaban satisfechos, y á la verdad no podian lisonjearse de su victoria. Por fuerza habian de avergonzarse, al ver dentro de los muros de Querétaro un pequeño ejército de cinco mil hombres, que por espacio de setenta dias supo oponer tan brillante resistencia á las fuerzas suyas, siete veces mayores. Ellos creian que las nuestras llegaban á diez mil combatientes; por eso les era mucho mas desagradable el pensar que solo la traicion pudo poner en sus manos á un puñado de soldados, á quienes abatia ya el hambre y los padecimientos.

He referido en otro lugar, cómo se espresaron los generales enemigos en presencia de Salm, de Blasio, de mí, y de otros testigos que todavía viven, con respecto á Lopez, y de qué manera calificaron su traidora conducta. No volveria yo á ocuparme de su persona, si la defensa de ese traidor, en la cual por medio de falsos testimonios y de im-

pudentes mentiras trata de justificarse y de desvanecer las acusaciones que contra él se han levantado, no me obligase á dar publicidad á las pruebas de su crímen que obran en mi poder. Todas las aserciones que en su defensa acumuló para probar que á eso de media noche le envió el emperador al campo enemigo con el objeto de entrar en arreglos, son meras falsedades, contradichas por los oficiales imperiales en Morelia, como tambien por las demas circunstancias positivas del hecho. Nosotros fuimos sorprendidos durante el sueño, y de ese modo pudo el enemigo apoderarse sin ruido, sin disparar un solo tiro, de la ciudad y del convento.

Ayudaron á Lopez para llevar á cabo su crímen, tanto su calidad de comandante del convento de la Cruz, cuanto la indolencia natural de los soldados indios, la cual á veces llega hasta la imbecilidad. Lopez introdujo al primer destacamento de *Supremos Poderes* por una brecha de la cerca esterior; lo acompañó hasta el cuerpo de guardia imperial, y ordenó á esta que le cediera el puesto. El gefe lo mandaba, ¿qué tenia que replicar un soldado mexicano? Agréguese á esto, que la oscuridad de la noche no permitia distinguir el uniforme enemigo; y en cuanto á entrar en sospecha por aquel conjunto de circunstancias, era cosa superior á la inteligencia de aquella raza. Mandó Lopez, entre otras cosas, á una batería, que dirigiese las piezas contra el convento, asegurando que una parte de la tropa se habia amotinado allí. Así fué como logró apoderarse del convento sin el menor ruido, y así fué como habiendo yo caido prisionero á las cinco de la mañana, cuando me llevaron á la azotea del convento ya la encontré completamente ocupada por los soldados enemigos, sin que hubiese llegado á nuestros oidos ni el mas leve rumor. Cuando á las tres de la mañana me mandó llamar el emperador por sentirse malo, ya estábamos en poder del enemigo.

Mientras ocupaban el convento, mientras nos cogian prisioneros, y despues, testigos oculares afirman que vieron á Lopez comunicar libremente con los oficiales enemigos; ademas, lo que es él no estuvo ni un momento preso.

La defensa de Lopez fué dictada bajo la influencia directa de Escobedo y del gobierno de Juarez con el fin de justificar la muerte del emperador, tanto mas vituperable cuanto que el heróico príncipe no cayó en sus manos en buena lid, sino por medio de la traicion, y ellos tomaron como pretesto para la sentencia, la ley que mandaba fusilar irremisiblemente á todo el que fuese cogido con las armas en la mano.

No se avergonzaron, sin embargo, de aducir testimonios falsos para probar que Lopez fué hecho prisionero en la noche del 14 al 15. Uno de esos testimonios fué el del coronel Yepes, comandante de *Supremos Poderes;* y á propósito de esto, puedo consignar aquí que el coronel enemigo Mayer, argentino de nacion, á quien traté en México despues de la catástrofe, y que habia entrado al convento en aquella funesta noche, me habló una vez de las mentiras contenidas en aquellos falsos testimonios, concluyendo su discurso con una brutalidad enteramente militar, con las siguientes palabras que reproduzco *testualmente*: "Muchas veces hé hablado con el coronel Yepes de esa porquería, reprobándole el que hubiese dado semejante testimonio. —¿Qué quiere vd? me ha contestado simplemente Yepes; Escobedo me lo mandó."

Por otra parte, importaba al gobierno de Juarez tener encubierto el hecho de la traicion, porque esto habria aclarado el embustero parte de Escobedo, en el cual se anunciaba pomposamente al mundo entero, que en menos de media hora habia tomado por asalto la ciudad fortificada de Querétaro. Ademas, confesando la traicion, habrian quitado al tribunal militar el argumento mas importante

para terminar sumariamente el proceso, es decir, la circunstancia de haber cogido al emperador con las armas en la mano en el cerro de las Campanas. En corroboracion de cuanto he dicho viene, por último, la generosa indignacion de José Rincon Gallardo, el cual por no hacer el papel de agente de un traidor dejó salir del convento á Maximiliano, haciendo responsables de todo á Juarez y á Escobedo. Con este rasgo, noble en sí y honroso para el coronel Rincon, hizo á ambos un mal servicio, como que dió con eso un mentís á sus falsas aserciones.

La conducta del coronel Lopez está ya juzgada por el mundo como lo merece; su nombre quedará en la historia marcado con la infamia.

CAPITULO XIX.

Querétaro: los prisioneros.—Diario de mi prision.

EN la tarde del 15 de Mayo, fué disminuyéndose la concurrencia en el cuarto del emperador; y como el Sr. Perez tuvo la bondad de dejarme mi libro de memorias, pude continuar mi diario.

Lo continué en mi prision, y lo reproduzco aquí íntegro.

Mayo 15.

Al anochecer vino al cuarto del emperador el general Mejía. "Estoy dispuesto á todo, le dijo el emperador; ya he tomado mi resolucion." "V. M. sabe muy bien que nunca he tenido miedo de un fusil," le contestó Mejía.

La enfermedad del emperador se ha agravado mucho, y me inspira sérios temores.

Mayo 16.

He dormido con dos criados en el mismo cuarto del emperador. Este pasó una noche muy inquieta.

En la mañana de hoy se ha publicado un bando, por el que se decreta la pena de muerte á todos los que no se presenten en el término de veinticuatro horas; á consecuencia de eso llegaron uno tras otro entregándose prisioneros, los generales Escobar, Casanova, Valdés, Morett, y el ministro Aguirre, los cuales hasta aquel momento estaban escondidos.

El emperador está muy grave; pero aun cuando de un momento á otro puede llegar la órden de fusilarnos á todos, se mantiene muy tranquilo. "No daré á mis enemigos, me dijo, el gusto de mostrar yo debilidad ni miedo."

Hoy ha tomado el general Echegaray el mando del convento y la custodia de los prisioneros, en lugar del general Velez que ha salido para México.

Como yo tambien estoy preso y no puedo comunicarme con los de fuera, he propuesto al emperador que se llame en consulta al médico en gefe del ejército liberal. Consintió en ello, porque en cualquier evento se desvanecerá así la sospecha que el enemigo pudiera tener de que la enfermedad sea fingida. El doctor Rivadeneira, médico en gefe del ejército republicano, hizo una visita al emperador en compañía de un oficial. El primer resultado de mi proposicion fué, que el doctor Rivadeneira juzgó necesario ante todo trasladar al enfermo á una habitacion mejor. Esto deberia hacerse hoy mismo; pero ya se sabe lo que valen las promesas de los mexicanos.

Los alimentos para el emperador vienen de casa de un comerciante llamado Rubio; en cuanto á nosotros, tenemos que contentarnos con lo que sobra de la comida imperial. Nadie se cuida de nosotros en lo mas mínimo; y si hubiésemos de contar únicamente con nuestros carceleros, bien podiamos tranquilamente morirnos de hambre.

Al pasar hoy por delante de mi antiguo cuarto, me encontré tirados en el corredor, entre muchos papeles, algu-

nos fragmentos de mi diario y de otros escritos mios. Corre la voz de que Juarez está para llegar á Querétaro. El oficial de guardia nos refiere algunos pormenores del sitio, así como tambien de la traicion de Lopez.

A cosa de las siete de la noche, alarma; se oyen algunos tiros de fusil, reina la mayor agitacion. El oficial de guardia manda poner á su gente sobre las armas. Llega otro oficial en busca mia, y me tranquiliza diciéndome que se me necesita únicamente como médico. Me lleva al lado de un oficial republicano herido mortalmente, y así vengo á saber la causa de la alarma. Es el caso que en la iglesia grande del convento, en donde estaban aglomerados todos los oficiales prisioneros en número de cuatrocientos, se inflamaron algunos cartuchos por haberles caido encima un cigarro mal apagado. Asustados con la esplosion, se precipitaron todos á la puerta; y creyendo el oficial de guardia que se trataba de una sublevacion, mandó hacer fuego sobre el grupo. Resultaron heridos tres oficiales, entre los que tambien le tocó un balazo á aquel enemigo para quien me llamaron.

Con motivo de ese accidente, el emperador hizo venir al coronel Margasio, y le dijo que él respondia de su persona y de cuantos estaban á su lado; pero que no podia responder de lo que hiciesen los demas prisioneros.

Mayo 17.

Tambien anoche dormí cerca del emperador con Grill y Severo, y la pasó peor. Esta mañana á las nueve nos trasladaron á otra prision, al antiguo convento de Santa Teresa.

Al emperador lo llevaron en un coche, en el cual iba tambien yo, además del general Echegaray y de su ayudante; nos escoltaba un piquete de caballería. Todos los de-

más prisioneros, inclusos los generales, tuvieron que ir á pié. Al pasar por delante del convento, vimos á un hombre que salia de la habitacion de Lopez llevando el sombrero de general del emperador.

La actitud de la poblacion fué de lo mas digno. Las calles estaban casi desiertas; pocos eran los curiosos, y en el semblante de los que encontramos no se reflejaba otro sentimiento que el de la compasion. Las ventanas de las casas estaban cerradas, y en ellas no se veía á nadie. Al llegar á nuestra prision, que está cerca de la Alameda, encontramos á la columna de prisioneros; todos se descubrieron respetuosamente. "Ningun príncipe, me dijo sonriendo el emperador, puede ostentar una corte tan numerosa."

La habitacion destinada al emperador y á las personas de su comitiva, consta de dos grandes aposentos que dan á un patio. Todo el mobiliario consiste en cuatro paredes desnudas, y un suelo desnudo tambien. Alegra al emperador la vista de algunos verdes árboles que en aquel patio hay plantados.

La generosidad del enemigo concede al emperador unas cuantas sillas, las cuales, con el catre de su propiedad y el sillon de que ya hablé y que se trajo de la tienda de Mejía, componen el mueblaje de su cámara. En la otra estamos, el príncipe Salm, el ministro Aguirre, el general Castillo, el coronel Guzman su ayudante, el antiguo ayudante del emperador coronel Ormaechea, el oficial de órdenes teniente coronel Pradillo, el secretario Blasio y yo. Accediendo al deseo del emperador, nos dejaron cerca de su persona.

La complacencia del doctor Siuró, médico con quien estreché buenas relaciones durante el sitio, proporcionó al emperador alguna ropa de cama.

Tambien nosotros nos procuramos en el otro cuarto alguna mayor comodidad. Para colchones, conseguimos unos

cocos; para abrigarnos, el emperador nos mandó comprar zarapes, y teniamos además peines, cepillos, jabones y toallas.

El emperador está un poco mejor. Por la tarde, todos los oficiales prisioneros tienen que presentarse á pasar lista, y sus nombres se leen en voz alta.

Se ha publicado una proclama de Escobedo, en la que tiene la impudencia de vanagloriarse por su hecho de armas. Tambien se ha publicado la primera lista de prisioneros; allí figura el emperador como *Emperador Maximiliano, gefe del ejército sitiado, austriaco;* [1] el ministro Aguirre, el secretario Blasio y yo, como subtenientes.

Mayo 18.

La custodia de los prisioneros se ha encomendado á un nuevo individuo, el general Refugio Gonzalez.

Nosotros estamos incomunicados; los demas prisioneros que están en el convento tienen permiso para recibir visitas. Desde la puerta hablo con el Dr. Prantl, que pasa por el corredor para visitar á los prisioneros. Como todos los médicos, está en libertad y empleado en los hospitales de los republicanos. Me cuenta que un oficial liberal, que fué prisionero nuestro, ha hablado de mí á Escobedo poco favorablemente. Todos son iguales sin distincion de partidos, raza hipócrita, maligna, ponzoñosa.

El emperador sigue en cama; pero á pesar de eso recibe á algunos oficiales enemigos.

A las doce, otra vez se pasa lista. Los que estamos al lado del emperador no somos llamados; pero se nos presen-

---

1 El 24 se publicó una segunda lista, en la cual el emperador no estaba ya designado sino con el título de *Archiduque*.

ta la lista, y un oficial vá marcando á todos los presentes incluso el emperador. Parece que se me vigila hasta en mi calidad de médico, porque las recetas que yo firmo se quedan en la botica, mientras las del Dr. Rivadeneira son devueltas. Hoy restituyeron al emperador dos cajones que le habian sido robados el dia 15, cosa que le dió mucho gusto, porque allí se encontró algunos libros.

A eso de las ocho de la noche, estando yo en la cámara del emperador que se habia dormido ya, abrió muy quedo Pradillo la puerta, y asustado me dijo: "*ya se llevaron al príncipe Salm.*" Pero no habian hecho mas que llamarlo, y á la media hora volvió; solo se trataba de averiguar su nacionalidad

Mayo 19.

El emperador se siente mucho mejor; no le despertó la venida de Pradillo, y descansó tranquilamente toda la noche.

Ayer en la tarde fué descubierto el general Mendez en su escondite, y esta mañana lo fusilaron. ¡Otra víctima de la última ley de Escobedo!

El mayor Görwitz, que está prisionero con nosotros, ha recibido carta de un comerciante aleman de San Luis Potosí, quien le asegura que sabe de buena fuente que Juarez, á solicitud de todas las córtes europeas y del gobierno de los Estados-Unidos, se abstendrá de derramar sangre.

En la mañana recibió el emperador la visita de algunas señoras, quienes le ofrecieron sus servicios y le prometieron ademas proporcionarle ropa blanca. Despues vinieron algunos oficiales enemigos.

El emperador está muy aliviado; le cesó la disenteria, y los dolores han disminuido mucho.

A pesar del fusilamiento de Mendez, tenemos hoy algu-

na esperanza. Han trascurrido ya cinco dias, y los mexicanos suelen ser muy activos en esta especie de justicia.

Hasta ahora, solo los oficiales superiores habian solicitado ser recibidos por el emperador; pero la curiosidad va ya estendiéndose. Hoy vinieron dos oficiales muy desarrapados *á ver á Maximiliano;* y cuando queriamos impedírselos por parecernos muy singular tal pretension, sacaron del bolsillo un papel en el cual habia una órden de Escobedo concediéndoles esa facultad. Y entre tanto, esta raza de republicanos está creyendo que se porta con el príncipe y con nosotros de la manera mas caballerosa. Nos dejan respirar, y nos permiten morirnos de hambre si no nos procuramos la subsistencia por nuestra parte. De ahí no pasan sus ideas de humanidad y de miramiento.

El emperador mismo está irritado por semejantes pretensiones, á las cuales no puede sustraerse. "Esa curiosidad es lo mas impertinente, dice molesto; ¿pero qué le vamos á hacer? No han de conseguir que yo les muestre ni rencor ni desagrado."

En la tarde vino á visitar al emperador el general Escobedo, en compañía del general Diaz de Leon y del coronel Villanueva.

Todos estamos con gran ansiedad, y preocupados hasta lo sumo: ¿cuál será el objeto de la visita del general y de sus ayudantes? Quizá vienen á anunciarle la sentencia de muerte; quizá, y esta es nuestra esperanza, sea el principio de los tratados. La esperanza y la agitacion nuestra crecen conforme se prolonga la entrevista; no solamente nosotros, sino todos los oficiales prisioneros sabedores de la visita de Escobedo, se hallan en grave espectativa y angustia; agrupados están en gran número en el corredor, delante de nuestra puerta.

Media hora duró la visita, y no fué mas que una mera formalidad. Vá Escobedo tambien á visitar al general Mejía.

Esta tarde ha corrido la voz de que han escogido á doce de los que fueron gefes de nuestras guerrillas, para fusilarlos mañana. Como esta son nuestras distracciones.

Esta noche nuestra guardia ha hecho un ruido infernal: todos los centinelas, y son lo menos diez, gritan á voz en cuello cada cuarto de hora: "¡centinela alerta!" El emperador, que delicado como está necesitaría tanto del reposo, no ha podido cerrar los ojos en toda la noche.

Mayo 20.

Seis dias llevamos de estar presos. Continuamente se nos dan buenas palabras, á las cuales no corresponden los hechos: costumbre muy mexicana. "*Siempre á la disposicion de Usted*," dicen; pero se ponen furiosos si se les coje la palabra.

Llamada á las diez, y entre tanto no hay esperanza de solucion en ningun sentido; á lo que parece, nuestra cautividad habrá de prolongarse por mucho tiempo.

El emperador está realmente mejor; su inalterable tranquilidad de ánimo es verdaderamente digna de admiracion; Por medio de Pitner he podido conseguir para el emperador, que necesita estar ocupado y distraido, el *Romancero* de Heine.

Hoy tenemos una guardia mucho mas numerosa. Los republicanos están inquietos por el rumor que se ha esparcido, de que el general imperialista Olvera se mueve hácia Querétaro; añádese que se han avistado ya algunos destacamentos de sus tropas en las cercanías de la ciudad.

Se habla de trasladarnos á México; se habla tambien de que el emperador quedará libre mediante el pago de una cantidad de dinero.

A eso de las once llega de S. Luis Potosí la princesa Salm.

Segun lo que me han contado, esta señora se habia dirigido en los últimos dias del sitio al campo de Escobedo solicitando el permiso para venir á Querétaro; supo que el príncipe estaba herido, y creyó que se le permitiría á una mujer el ir á asistir á su esposo. Le contestaron, que si era cierto el hecho se le daria el permiso; pero en caso contrario, no.

Los republicanos, por medio de la policía secreta que tenian en Querétaro, como lo demostró el hecho de la traicion y como lo confesaron ellos mismos, sabian que el príncipe Salm no estaba herido, y negaron por tanto el permiso á la princesa, quien á consecuencia de esta negativa se encaminó á S. Luis Potosí, residencia del gobierno.

Las noticias que la princesa trae, segun me dice el príncipe, destruyen completamente las esperanzas que abrigábamos en estos últimos dias: el indio Juarez tiene sed de sangre; quiere dejar ámplio y libre curso á la ley de 25 de Enero de 1862. La vida del emperador pende de un hilo. "Donde ya no hay nada, hasta un emperador pierde sus derechos," me decia él esta mañana. Se ha estado hoy la princesa largamente con el emperador, dándole cuenta de la opinion pública en S. Luis Potosí, del sitio de México, y de la asquerosa traicion de Márquez.

Despues de que habló con el emperador, se dirige la princesa al campamento de Escobedo, y vuelve á eso de las cuatro con el coronel Villanueva. Poco despues se presenta otro ayudante de Escobedo, el Coronel Palacios, con órden de conducir al emperador al cuartel general. Palacios reconoce á Pitner como uno de los prisioneros de Santa Gertrudis, y le asegura que esta vez no logrará salvar la piel. Pitner le contesta refiriéndole en qué circuntancias volvió á tomar las armas, y concluye: "Por lo demas, no puedo tener muerte mas honrosa que en compañía del emperador."

Me dice Salm, que el caso es mas grave de lo que parece; y que segun se van poniendo las cosas, difícil será salvar la vida al emperador. Por lo que dicen Villanueva y Palacios, comprendo que la ley de 3 de Octubre es el principal cargo que se hace al emperador. Cuenta Palacios que los republicanos recibieron comunicaciones de Bazaine, en las cuales este se quejaba hasta cierto punto del emperador, inculpándolo de no haber querido bajo ningun motivo abdicar; de esa manera, resulta que los azuza contra el emperador el mismo que mas contribuyó á la ruina del imperio y de su gefe!

Villanueva se espresa en este sentido: "Lo que es yo, convengo en que vdes. nos estorban demasiado."

El emperador, á pesar de estar tan débil, se levanta de la cama para acudir al llamado de Escobedo, y se dirige al campamento en compañía del príncipe y de la princesa de Salm, del coronel Villanueva, y de Palacios.

Antes de salir, me entrega el emperador dos cartas: una es de Arellano, que aun está oculto y escribe al emperador desde su escondite; y la otra es una poesía que dedica al emperador un oficial francés prisionero.

"Guárdeme V. estos papeles, me dice; y en caso de que yo no vuelva como puede suceder muy bien, destruya V. la carta de Arellano." Familiarizado con la idea de la muerte, sale tranquilo y con paso firme de la prision, y saluda sonriendo á los oficiales.

Trascurrieron tres horas largas, llenas de angustia, durante las cuales fluctuábamos entre el temor y la esperanza. A medida que se prolongaba la ausencia, disminuia el temor y crecía la esperanza, por cuanto á que la noticia de un resultado fatal no habria tardado en llegar á nuestro conocimiento.

A eso de las ocho se siente el ruido de un carruage. El emperador está de vuelta; aunque débil su cuerpo, no le

abandonó la fuerza moral en aquella entrevista con Escobedo que no duró ménos de una hora; pero en este momento está abatido.

Me cuenta el emperador, que se encontró á Escobedo mucho mas benigno que de costumbre, y que todo pasó convenientemente por una y otra parte.

El príncipe Salm, que en la entrevista hacia de mediador, me cuenta que el emperador propuso lo siguiente:

1º El emperador está pronto á dar órden de que se rindan las dos ciudades de México y de Veracruz, ocupadas todavía por las fuerzas imperiales.

2º Está igualmente pronto á declarar, que para nada se mezclará ya en los asuntos de México.

3º Que se le dé una escolta que lo acompañe á Veracruz con las personas de su comitiva.

En cuanto á los oficiales mexicanos, ruega al nuevo gobierno que les tenga consideracion.

Parece que si el gobierno republicano tiene cordura, entrará en arreglos.

Mayo 21.

El emperador pasó buena noche. Nuestras esperanzas se van robusteciendo, y hoy la vigilancia es menos rigurosa. Puedo ir á donde están los generales, sin que me acompañe como hasta aquí un centinela; así mismo permiten al general Morett que venga á ver al emperador. Aun los gritos de *centinela alerta* fueron menos frecuentes anoche.

El principal obstáculo para el éxito favorable de los arreglos consiste, segun mi opinion, en la desconfianza de estos mexicanos. Falsos y sin fé como lo son, no comprenden la importancia de la palabra de honor. Limitados en su criterio, completamente ignorantes de las costumbres

europeas, están en la firme inteligencia de que una vez saliendo uno de su país puede venirle la tentacion de volver; por cierto que ambos partidos, el nuestro lo mismo que el contrario, han hecho todo lo posible por sofocar hasta el gérmen del mas remoto pensamiento de ceder á semejante tentacion.

La princesa Salm ha vuelto al campamento de Escobedo. Ella es hasta ahora el único intermedio entre el emperador y el cuartel general enemigo.

A eso de las cinco de la tarde, volvió la princesa en compañía de Villanueva. Nada se ha decidido todavia; pero Villanueva dice que dentro de dos dias llegarán órdenes positivas tocante á los prisioneros.

Se dice que los Estados-Unidos interpondrán su influencia, y que Juarez insiste en que ellos mismos den tambien garantías para el porvenir.

El estado físico del emperador no deja nada que desear.

Mayo 22.

Hoy es el octavo dia de nuestra prision. El batallon de *Supremos Poderes*, á quien conocemos demasiado, dá la guardia y desplega todo su valor y toda su bravura con los prisioneros. Toda la noche gritan hasta desgañitarse, con lo que logran tenernos despiertos, y á ellos al mismo tiempo.

La vigilancia es ya otra vez muy rigurosa; el espirítu caballeresco de los mexicanos se revela nuevamente de un modo estupendo.

Me cuenta el emperador, que ayer la princesa Salm hizo esfuerzos inauditos por conseguir que lo trasladasen á una habitacion mejor y con jardin, de que tanto necesita para aliviarse. Pero el miedo que estos señores manifiestan en

el campo de batalla no les abandona, y el espectro de una fuga ó de un golpe de mano les hace vivir en continua agitacion.

A las dos y media vuelve la princesa del campo enemigo, y al llegar la insultan dos oficiales. El que hoy está de guardia es el tipo de la grosería. Este hombre, capaz á lo sumo de desempeñar el oficio de portero, hace cuanto hay que hacer para que el emperador tenga un criado mas; no es este el único oficial republicano de tal laya. Uno de sus generales, Blanco, que hoy vino á visitar al emperador, me contaba con la mayor ingenuidad cuán popular y enérgico es su general Corona. "Figúrese V. Señor, le dijo al emperador refiriéndole una visita que Corona hizo á la fábrica de mantas de Rubio; figúrese V. que el general se estuvo todo el tiempo con la cabeza descubierta."

"¿Pues no son ridículos estos demócratas mexicanos?" dijo el emperador luego que se marchó Blanco. "Llaman *hacerse populares* á quitarse el sombrero. Parece que la intencion de Blanco fué inspirarme respeto por los republicanos; pero la verdad es que son lastimosamente miserables."

A las tres de la tarde habiamos de ser trasladados á otro convento, al que fué de Capuchinas; pero la traslacion no tuvo lugar sino hasta las cinco y media, y eso únicamente respecto del emperador, de los generales y del príncipe Salm. Los demás, todavía hemos de permanecer aquí; nos prometen, sin embargo, que pronto nos llevarán.

Dos comerciantes alemanes de San Luis Potosí, Bahnsen vice-cónsul de Hamburgo, y un señor Stephan, visitan á los prisioneros. Cuentan que toda la poblacion de San Luis está profundamente conmovida por la trágica suerte del emperador, y que Juarez en un principio estaba decidido á mandar fusilar inmediatamente al emperador y á los generales; pero que los pormenores relativos á la traicion

de Querétaro deben haberle hecho mudar de parecer. Ayer dió órden de suspender toda ejecucion.

Las horas se hacen interminables; llega en esto la noche, y no se acuerdan de que nos prometieron reunirnos con el emperador. Comienza á desvanecerse nuestra esperanza de volverle á ver; es muy posible que se lo hayan llevado á San Luis con los generales.

Por fin, á eso de las ocho se presenta un oficial con la anhelada órden de que se nos conduzca inmediatamente al lado del emperador.

El primero á quien me encuentro al llegar al convento de Capuchinas, es á Salm. "¿Dónde está el emperador?" le pregunto en el acto.—"El emperador está en un sepulcro."

Salm, al notar mi terror cuando oí tales palabras, añade: "No tenga V. cuidado, vive, pero no es ménos cierto que está en un sepulcro. Venga V. á verle."

Abro la puerta, y me dá en cara un olor frio de tierra húmeda. En un vasto pórtico, depósito de los cadáveres del convento, hay en un rincon un catre, con una mesita al lado, sobre la cual arde una luz. En el catre está el emperador, leyendo la *Historia universal* de César Cantú.

"No han tenido tiempo de prepararme una cámara, dice el emperador sonriendo; y entre tanto, han empezado á hacerme dormir con los muertos."

La verdad es que en esta ocasion se escedieron á sí mismos, con la barbárie de haber colocado en la fosa de los muertos á un prisionero sobre cuya cabeza está suspendida una sentencia de muerte! Esto es peor que la inquisicion, esta es una tortura refinada con apariencias de civilizacion.

Paso la noche solo, al lado del emperador, durmiendo en una ancha mesa que, segun parece, servia para poner encima los cadáveres. Junto á mí hay un féretro; pero des-

pues de todas las angustias que en el dia pasé, creo que ni los muertos me impedirán dormir.

Mayo 23.

El emperador no ha pasado mala noche; durmió tranquilo con pocas interrupciones. Sale hoy de su tumba para ir á habitar un cuarto pequeño, oscuro y mudo, el cual, lo mismo que las celdas que nos han señalado, cae á un patiecito, que como no tiene mas que dos puertas la vigilancia es mas fácil, y relativamente disfrutamos de mayor libertad, pudiendo comunicarnos entre sí sin que nos molesten. A pesar de todo, nuestras celdas, lo mismo que la del emperador, son verdaderos calabozos; algo las ensancha el patio durante el dia.

El emperador me hace notar que el oficial de guardia, jovencito de quince á diez y seis años, se está divirtiendo con una figurita vestida de levita azul, calzones rojos, y corona en la cabeza; el rostro es una especie de máscara movible, bajo la cual aparece una calavera.

Estamos sin cesar inquietos por la suerte de todos nosotros. Vuelve á pasarse lista.

Mayo 24.

El emperador ha pasado una noche inquieta. Hoy es el décimo dia de nuestra prision. La apacibilidad con que el emperador trata á los oficiales, los tiene asombrados. Ha llegado hasta á amansar á Palacios, el cual segun me cuenta el emperador le recomendó que tuviera confianza en él, porque cuanto hacia era de buena voluntad. ¡Vaya una cortesía rara! Destinar al emperador para habitacion un

agujero oscuro, y haber sabido encontrar para sí en el mismo convento cuartos ricos de sol y de aire!

Muy malas deben de ser las noticias que han llegado esta noche; lo infiero del aspecto turbado de Banhsen y de Stephan que vienen á visitarnos, como tambien de la postracion de ánimo en que está Salm.

Parece que se vá perdiendo la esperanza de salvar al emperador. Hace notar Stephan, que no ha de ser muy difícil una evasion de este convento. Ha llegado la órden para abrir el proceso contra el emperador, pero no sabemos de qué manera se formará el tribunal. Si es este un consejo de guerra, las cosas no pueden menos que empeorar. El solo hecho de encomendar la decision á un tribunal militar, dá á entender claramente que se quiere la muerte del emperador.

Por ahora no deberá someterse á juicio mas que al emperador, y á los dos generales Mejía y Miramon.

A las cinco de la tarde separan de nosotros al emperador, y lo trasladan al piso alto del convento con Miramon y Mejía. Gracias á la mediacion del vice-cónsul de Hamburgo, Bahnsen, logro que me trasladen á mí tambien en mi calidad de médico del emperador.

A las seis de la tarde me participa Bahnsen, que se me permite quedar al lado del emperador; pero que durante el proceso estaré rigurosamente incomunicado, lo cual se prescribe igualmente respecto del emperador y los dos generales; se me vigilará como al emperador mismo. Parece que me han quitado un peso del corazon.

Bahnsen entre tanto, ha hablado ya con un abogado de Querétaro que se llama Vazquez; por consejo de este manda decir al emperador, que cuando le interroguen se limite á negar la competencia del tribunal, y que pida un defensor. Para este encargo indica á Vazquez, de Querétaro, y á Martinez de la Torre y Mariano Riva Palacio, de México.

Oculté cuidadosamente el billete en que Bahnsen habia escrito dichas indicaciones, y me subí en el acto al piso superior, en donde se habia señalado al emperador y á los generales tres celdas interiores.

La del primero es un cuartucho oscuro, con una puerta y una ventana, ó para hablar con mas propiedad, un cuadrado abierto en la pared, sin vidrieras ni persianas. El emperador ha mandado poner delante de aquel agujero un zarape, para no estar espuesto todo el dia á las miradas de los soldados de la guardia. El mueblaje es el mismo de siempre, aumentado con una mesa.

No pude entrar inmediatamente, porque el emperador estaba hablando con el fiscal encargado de formular la acta de acusacion. Cuando este se hubo marchado, entré en la celda. La puerta estaba entreabierta; frente á ella habia algunos soldados mirando continuamente hácia dentro, y observando todos nuestros movimientos. Con alguna destreza pude cerrar un poco mas la puerta, y entregué rápidamente al emperador el billete de Bahnsen.

No me fué posible comunicarle de palabra el contenido, porque no quise correr el riesgo de despertar sospechas con los nombres de los abogados, quedando en tal caso imposibilitado de toda comunicacion con el príncipe para lo sucesivo.

Leyó el emperador el billete, y me dijo: "Ya he seguido el camino que el abogado me indica; yo tambien soy un poco abogado, tendrán que sostener conmigo una reñida lucha; yo no me rindo tan fácilmente."

En cuanto á la entrevista con el fiscal, me dijo: "La acta de acusacion está formulada de un modo tan ridículo, revela tanto encono, que si hubiese yo de comparecer ante un congreso ni necesitaria defensor. Por lo demas, hé estado bien con el fiscal. Antes de que me diese conocimiento del acta, le declaré que no estaba yo en aptitud de res-

ponder á una acusacion de naturaleza política, por cuanto á que no tengo conmigo todos los documentos y las pruebas necesarias, sin lo cual, de ninguna manera puedo entrar en la discusion de tan grave punto. El entonces me preguntó mis generales, y yo le declaré quién era, los nombres de mis padres, el lugar de mi nacimiento, etc. Por lo que hace á la acusacion, el fiscal no alcanzó de mí una sola palabra. Al leerme los primeros puntos, me iba preguntando si tenia yo algo que responder; y como mi respuesta era constantemente la misma, se puso á dictarla á su secretario."

Para que no me interrumpiesen mis comunicaciones con el emperador, este pidió al fiscal, quien entre tanto habia ya concluido el interrogatorio de Mejía, que declarase al oficial de guardia cómo yo era su médico. El fiscal le aseguró, que no habia opuesto obtáculo á mi comunicacion con el emperador; pero que era preciso que al hablar con el príncipe no me valiese yo de otro idioma sino del español. Esta restriccion para nada interrumpe nuestros coloquios, por cuanto á que los indios que montan la guardia delante de la puerta del emperador no son capaces de juzgar en qué idioma conversamos; con hacerles oir de cuando en cuando una que otra palabra española, ya quedará plenamente tranquila su conciencia. El emperador está de muy buen humor, gracias á la actividad intelectual que se le ha despertado con los preliminares del proceso.

Mayo 25.

Hoy es el undécimo dia de nuestra prision, y el primero del secuestro.

Angustiosa es en sumo grado la tranquilidad de hoy tras la agitacion de ayer. Llévase á cabo el secuestro con rigor

estremado; á nadie se permite que venga á vernos. Los dos generales Mejía y Miramon no pueden ya comunicarse entre sí, ni con el emperador. Hasta la comida la trae un soldado de los de la guardia, quien la recibe de manos del cocinero.

En el cuarto del emperador está una corona de espinas colgada de un clavo. Me la señala, diciéndome: "Nadie puede oponerse á que yo pretenda esa. Si llego á salir de aquí, me la llevaré á Europa como recuerdo."

No me atrevo á acercarme con mucha frecuencia al emperador, para no llamar la atencion del oficial de guardia. Paso la mayor parte del tiempo en mi celda, que es igual en un todo á la del emperador, solo que está desprovista de muebles; allí me paseo diagonalmente para tener mas estension.

A las diez de esta mañana debia haber venido el fiscal; pero no se presentó sino hasta las seis de la tarde, y se estuvo tres horas largas con el emperador.

Ya están formulados, leidos y firmados, trece distintos capítulos de acusacion.

El emperador está muy débil, tiene que pasar la mayor parte del tiempo en cama, y no puedo permitirle que se levante sino á medio dia. Le dan de alimento sopa, pollo, pan comun, café, té y un poco de vino rojo.

Mayo 26.

Con hoy llevamos doce dias de prision, y dos de secuestro.

Han decidido que el proceso del emperador pasará á un tribunal militar. La acusacion, segun me dice el príncipe, está formulada de una manera rencorosa, y fundada en gran parte sobre positivas mentiras. ¡Esto es muy mexicano!

A las once de la mañana vino Escobedo á visitar al emperador. No duró mucho la visita, pero sí lo bastante para no dejar presumir una sentencia de muerte. ¡Cómo tenemos que fijarnos en todo, en el tiempo, en el lugar, en las fisonomías, en el gesto!

Por fin, han permitido al emperador que el cocinero mismo sea quien le traiga la comida.

Hemos hallado medio de ponernos en comunicacion con los de fuera.

Nuestro capellan militar Aguirre pudo trasmitir al emperador un billete oculto en un cigarro, en cuyo billete le ofrece sus servicios. El emperador se corresponde con el príncipe Salm por medio de billetes ocultos en el pan.

El doctor Rivadeneira, que se habia ido para México, ha vuelto hoy á visitar al emperador; y como para la salvacion de este importa mucho el que se retarde lo mas posible el proceso, pinté á Rivadeneira con los mas vivos colores el carácter grave de la enfermedad del emperador, el cual por otra parte no está tan malo como debiera, si se atiende á la continua agitacion en que vive. Rivadeneira entra en mis intenciones.

Un oficial suizo que está hoy de guardia, Cárlos Benaut, me dá la seguridad consoladora de que, segun su opinion y la que corre entre los oficiales y en la ciudad, van bien las cosas, y tanto el emperador como nosotros quedaremos pronto en libertad.

Miramon y Mejía tuvieron que sufrir otra vez esta tarde un largo interrogatorio.

A cosa de la diez de la noche, el vice-cónsul Bahnsen que va á S. Luis, vino á despedirse del emperador, quien le entregó una larga carta para Juarez.

Mayo 27.

El emperador puede desde hoy hablar con las personas

que tengan permiso especial del fiscal; y á peticion suya se le ha concedido al príncipe Salm. El permiso para este, es del lacónico tenor siguiente: "El detenido Salm puede comunicarse con Maximiliano."

Trae el padre Aguirre á un abogado liberal de Querétaro, que ha ofrecido sus servicios para la defensa; trabajará en union de Vazquez, que es el abogado que el emperador eligió.

Los telégramas para México, en los que se llama á los ministros extrangeros y especialmente á Magnus, así como tambien á los abogados Martinez de la Torre y Mariano Riva Palacio, han sido enviados desde anteayer. Se dice que Márquez no quiere dejar salir á ninguno de los llamados.

Miramon y Mejía han obtenido permiso para comunicarse entre sí, pero todavía no con el emperador.

Mayo 28.

El coronel Gagern, el mismo que el 27 de Abril huyó en el Cimatario delante de nosotros con todo su batallon, vino hoy á visitar al emperador y á los dos generales. Este republicano, que en los Estados-Unidos no usa su título de baron, se presenta á mí como noble, y me suplica que lo anuncie al emperador, y que le diga que es hermano del baron de Gagern, el cual sirve como oficial en el regimiento de Ulanos *Emperador Maximiliano.*

"No estamos tan sedientos de sangre como ustedes nos creen," me dijo Gagern. *Satisfaccion no pedida, acusacion manifiesta.* Harto saben los juaristas lo que son, y por lo que se les tiene.

Un tribunal militar compuesto de un teniente coronel y de algunos capitanes, será el que juzgue al emperador.

La vista pública se ha retardado dos dias, á peticion del

defensor. Me cuenta Gagern que debe haber salido una comision de los Estados-Unidos, y que se la espera en S. Luis.

El emperador trabaja mucho con su abogado Vazquez. ¡Siempre la misma horrible incertidumbre!

Mayo 29.

Llevamos ya quince dias de prision. El emperador me hace notar que hoy hace tres años que desembarcó en el suelo mexicano.

No son muy buenas las noticias de S. Luis. Esta noche debe tener lugar la primera sesion del tribunal.

¡Cosa inaudita! Se confia á jóvenes que apenas saben leer y escribir, la decision sobre relaciones internacionales.

Esta tarde llega de S. Luis Potosí un telégrama de la princesa Salm. Anuncia esta señora que llegará mañana con buenas noticias. Mañana tambien se va Bahnsen, quien se abocará con Juarez. El telégrama de la princesa nos despierta grandes esperanzas.

Mayo 30.

El príncipe Salm persiste en ver negro el porvenir; quizá tenga razon.

Por la tarde llega de S. Luis la princesa en compañía de un comerciante aleman, Guillermo Daus. Las buenas noticias que anunció consisten en que obtuvo una dilacion; si se quiere, esto es una ganancia, porque cualquier próroga no puede menos de coadyuvar á los esfuerzos que se hacen para salvar al emperador.

Me cuenta Daus, que el general enemigo Treviño indignado por la traicion, se marchó de S. Luis.

Entre tanto, se ha diferido el plazo para la defensa para dar tiempo á que lleguen los abogados de México.

Bahnsen parte; habrá de hacer en S. Luis cuanto pueda, y ofrecerá cuanto quieran, por obtener una decision favorable del gobierno.

Mayo 31.

Décimo sétimo dia de prision.

Debe llegar cuanto antes alguna decision. Uno de los principales obstáculos para el éxito favorable, consiste en los celos verdaderamente pueriles de los mexicanos con respecto á cualquier intervencion extrangera. Les conozco tanto, que una intervencion abierta no serviría de nada, y antes les afirmaría en su primera opinion. Solo una influencia secreta, y por decirlo así confidencial, pudiera ser útil.

Márquez continúa en México; el emperador está irritadísimo contra él. Varias veces ha dicho á los oficiales enemigos: "Si pusiesen en mis manos á Lopez y á Márquez, dejándome en libertad para escoger entre los dos, dejaria yo ir á Lopez, traidor por maldad, y haría colgar á Márquez, traidor á sangre fria y por cálculo."

En la conducta del gobierno republicano se echa de ver claramente su debilidad; si se sintiese fuerte, si tuviera confianza en su duracion, dejaria marcharse en el acto al emperador. Pero tiene miedo de sí mismo, tiene miedo de sus propios soldados. El ejército quiere víctimas, y por miedo se le concederán.

Entre tanto, el emperador prisionero les infunde respeto: á espaldas suyas, se complacen en llamarle *Maximiliano* á secas; y en su presencia, lo tratan de *Señor*, de *Vuestra Magestad*, y hasta de *Señor Emperador*. No se atreven á arrancarle de las sienes la corona mientras está vivo, y esta

indecision suya se nota hasta en sus actos oficiales. En estos, ya le llaman *el Emperador*, ya *el Archiduque*, ya *el titulado Emperador*, ya *el Príncipe.*

Ademas de Salm y de la princesa, es recibido por el emperador un abogado de los Estados—Unidos, Federico Hall.

Junio 1º

Décimo octavo dia de nuestra prision.

Esta mañana se fueron la princesa y Dans para México, á buscar al baron Magnus y á los abogados.

Ahora sí no me cabe ya duda de que hay tristes designios tocante al emperador. Parece que están disgustados porque no se le fusiló desde el primer dia.

Gagern volvió á visitar al emperador, pero ya no tiene tantas esperanzas como la otra vez. Habiéndole yo preguntado cómo andaban las cosas, me contestó: "No cabe duda, el emperador será fusilado."

Refiriéndome el emperador su conversacion con Gagern, me dijo: "Pretendia probarme que los asuntos mexicanos y los de los Estados–Unidos son idénticos. Semejante asercion me chocó tanto, que no pude menos de decirle: ¿cómo puede ocurrírsele á V. el comparar á este gobierno con aquel? allí reina el derecho, y aquí prevalece únicamente la voluntad y el capricho de un partido."

Salm me dice, que ha esplorado la opinion de doce oficiales enemigos, y que todos unánimes creen que será fusilado el emperador.

Me habla el emperador de un viage á S. Luis Potosí, y me encarga que le prepare los medicamentos que se llevará el príncipe Salm, en caso de que yo no lo acompañe.

Todo lo comprendo.

Por la noche, me dice el emperador: "el viage no tendrá lugar por ahora."

Junio 2.

Décimo nono dia de nuestra prision.

La princesa, Daus y Bahnsen están ausentes; nosotros les aguardamos. En el solo hecho de aguardar hay un rayo de esperanza.

El emperador trabaja con Hall y con Vazquez. Vuelve á sentirse bastante bien, para poder estar levantado la mayor parte del dia.

Se ha levantado la incomunicacion al emperador y á los dos generales. Los abogados van y vienen, y él habla con los generales y con ellos. Por la tarde juega al dominó con Miramon, con Mejía, y conmigo.

Ademas de la defensa, el emperador tiene otra cosa en que pensar. Cambia con Salm y con Miramon billetes, que yo conduzco. Tiene todavía Miramon una herida ligera en la cara, que le curo todos los dias, y entonces es cuando le entrego los billetes.

Junio 3.

Hoy debe llegar de México el baron Magnus y los dos abogados Mariano Riva Palacio y Rafael Martinez de la Torre.

Los asuntos del emperador parece que toman mejor sesgo.

Varias veces ha venido hoy el fiscal á verle, y se ha manejado de un modo benigno.

El siguiente episodio, así como algunas otras cosas que pudieran perjudicar á los prisioneros, no están consignadas en mi diario, por motivos que cualquiera comprenderá; pero

los acontecimientos todos están tan vivos en mi memoria, que me sería fácil relatar fielmente hasta las mas ligeras pequeñeces. Por la tarde, el emperador me confió, en presencia de Salm, que todo estaba preparado para una fuga, y que probablemente se intentaría en aquella misma noche. Me indicó, que segun el plan concertado yo debia estar pronto para fugarme tambien; pero que despues de una larga y madura reflexion se persuadió de que le era imposible llevarme consigo, por cuanto á que eso habia de aumentar las dificultades de la empresa. El anuncio de semejante designio no me sorprendió, como que ya lo habia adivinado desde hacia dos dias en el encargo que el emperador me hizo de que le preparase medicamentos. Mostréle el pasage de mi diario, del cual se deduce que todo lo habia yo comprendido, así como tambien el motivo de que la noche anterior hubiese yo dormido en mi celda. La tentativa de la fuga solo se habia diferido, porque el emperador de ninguna manera queria huir sin Mejía y sin Miramon. Ahora está ya combinada la cosa de manera, que ambos pueden escaparse con el príncipe; dentro de una hora se resolverá si acaso se pone por obra el intento hoy mismo. Los caballos están preparados, y todo lo demas listo. Trátase de hacer un viage á caballo durante seis horas sin interrupcion. "Dígame V. ahora, me preguntó el emperador, si crée que estoy capaz de resistir semejante fatiga." Mi respuesta fué satisfactoria; por lo demas, yo tambien juzgo que no queda otro camino de salvacion si no es la fuga. En todo caso, hay mas que esperar de una fuga, que del gobierno de S. Luis. La guardia que hacia dos dias era la misma, *Cazadores de Galeana*, fué relevada esa noche. Los dos oficiales, ganados ya, fueron sustituidos por otros. Este cambio nos hace sospechar que Escobedo está al tanto de lo que se proyecta; segun como se han trastornado las cosas, no puede llevarse á cabo por hoy. Queda la esperanza de que los oficiales

hayan entrado en el plan de sus dos compañeros, que nos eran completamente adictos, y que el intento pueda todavia surtir hoy mismo. Fuí á mi celda, y me acosté vestido en mi *coco*, para hacer mas verosímil mi consternacion en caso de que llegase á descubrirse la partida del emperador. Pasé toda la noche sin poder cerrar los ojos, pendiente de cualquier rumor que me pudiese dar esperanzas de que la proyectada tentativa habia salido con bien. Pero trascurrió la noche sin que se pudiese hacer nada.

Junio 4.

Indudablemente esta tarde llegará el baron de Magnus con los dos abogados y otras cuatro personas.

Hoy vino á ver al emperador uno de los miembros del tribunal militar. El emperador me cuenta, que reconoció en él á un sugeto que pocos meses antes habia implorado en Cuernavaca su perdon para un general García, y que lo consiguió.

Salm ha logrado que se le permita habitar en el mismo claustro que el emperador, y vendrá á dormir á mi celda.

El emperador espera para medio dia la visita del baron Magnus y de las personas que le acompañan; y con el fin de manifestarles su tranquilidad, combina una partida de dominó con el príncipe Salm y conmigo.

El emperador, para distraer á Mejía, le hace la descripcion de sus posesiones de Miramar y de Lacroma; asegurándole que si el proceso tiene feliz éxito se lo llevará consigo á Europa. "Señor, le replica Mejía, no le seré gravoso á V. M.; yo soy hombre que no tiene necesidades, y no haré mas que pescar."

Junio 5.

Esta noche llegó el baron Magnus con su secretario Scholler, con los abogados, y con Hooricks el enviado de Bélgica. Ahora tenemos una doble esperanza: en el éxito de la fuga, y en los buenos oficios de los nuevos defensores. Mariano Riva Palacio es padre del general enemigo Vicente Riva Palacio, ardiente republicano y amigo íntimo de Juarez. El solo hecho de haber aceptado la defensa, induce á esperar bien de sus trabajos.

A las once, el baron Magnus visita al emperador, y se está con él una hora larga.

Despues que se marchó el baron, me dijo el emperador: "Ahora sí espero que nuestros negocios caminarán mejor; por fin hay uno que hará las cosas como se debe."

A la una y media llega repentinamente la órden de trasladar á todos los prisioneros del convento al Casino, con excepcion del emperador y de los dos generales.

No cabe duda, se ha traspirado el proyecto de fuga. Retardóse mucho la cosa, y era preciso que estuviesen sordas cuantas personas nos rodeaban, para que no oyesen algo de lo que se estaba fraguando.

No fué muy larga mi separacion del emperador; solo dos horas me tuvieron en el Casino, volviéndome luego al convento. "A las mujeres les debemos esto, me dijo el emperador; creo que ha sido la mujer de Miramon la que charló."

Entre tanto reforzaron mucho nuestra guardia; en la calle que dá frente al Convento, está acampado un batallon entero. "Así me gusta, dice el emperador; tiemblan los de abajo porque el leon se agita en su jaula."

Por la tarde visitan al emperador los dos abogados Martinez de la Torre y Riva Palacio.

Queda convenido que estos se dirigirán á San Luis para conferenciar con el gobierno, oponerse al tribunal militar, y procurar que tome distinto sesgo el proceso. Entre tanto, deberán trabajar aqui en Querétaro activamente en la defensa los abogados Vazquez y Eulalio Ortega, que tambien vino de México.

El abogado de Querétaro, recomendado por el padre Aguirre, viene á visitar al emperador; es todavía muy jóven, y yo converso con él para esplorar su opinion. No vá de acuerdo con Vazquez, y me declara que en su memorial se restringe á tratar la circunstancia de hecho; que no tiene derecho el gobierno para entregar á un tribunal cualquiera ni para juzgar á un hombre que fué entregado y vendido, por cuanto á que es imposible negar que el emperador no fué apresado por Escobedo, sino que se lo vendieron.

Dos coroneles, Palacios y Villanueva, son los que están de guardia; en la noche, mientras duerme el emperador, visitan su aposento, colocando por fin una luz en el suelo para vigilarle mejor.

El emperador no está bien, y se siente en estremo débil.

Junio 6.

Hoy llegó tambien de México el baron Lago, encargado de negocios de Austria. Le cuenta al emperador, que Márquez continúa en México su sistema de mentiras, y que publicó no ha mucho una proclama, en la cual participa á la poblacion que el emperador está para llegar con siete mil caballos.

La vigilancia es cada dia mas rigurosa, y hoy ha llegado órden para que en lo sucesivo no se nos traigan cubiertos. Así se trata á los galeotes; pero ¡ay del que se los diga! ¡tienen la pretension de que se portan como caballeros...!

Siguen faltándonos noticias directas de S. Luis. Los ministros extrangeros vienen todos los dias á ver al emperador, pero para eso necesitan un permiso especial de Escobedo.

Junio 7.

Dia vigésimo cuarto de nuestra prision.

Vamos de mal en peor; toda relacion con los de fuera es cada vez mas difícil. Mañana han de abandonar la ciudad todos los extrangeros. Hoy están de guardia nada menos que mil hombres; tal es el miedo que tienen.

He pedido una consulta de seis médicos, entre los cuales habrán de estar el médico en gefe de los republicanos doctor Rivadeneira, y mi amigo el doctor Siuró. La junta tuvo lugar á las diez, y todos estuvieron acordes en que para el completo restablecimiento del emperador es absolutamente necesario el cambio de habitacion y una perfecta tranquilidad, porque no creen posible la curacion en esta oscura celda.

A peticion mia se consignó este dictámen en una acta, que se le remitió á Escobedo.

El emperador confia en que á consecuencia de esto se le arreglará una habitacion mejor, tal vez con jardin, y de todos modos un espacio mas ámplio en que pueda moverse con desahogo.

¡Pero qué hipócritas son estos mexicanos! El doctor Rivadeneira, que con mucho empeño habia sostenido ser indispensable una habitacion mejor, se rehusa á firmar el acta por miedo de comprometerse; al cabo la suscribe, pero no sin haber obtenido antes el permiso de Escobedo.

Gracias á la astucia del muchacho que me trae diariamente la comida, he logrado hacerme de un cubierto, y no me veo ya obligado á partir la carne con los dedos á manera de salvage.

Junio 8.

Esta tarde han sido puestos en libertad todos los oficiales subalternos. Se asegura que los demas, de capitan á general inclusive, serán confinados á diversos puntos del territorio por el término de tres á seis años.

Tal noticia no puede ménos de ser muy tranquilizadora, como que de eso á la muerte hay una inmensa distancia; y ademas la prision y el confinamiento, aunque sea por muchos años, no tienen gran importancia en México, porque mientras se estingue la condena sobreviene un cambio de gobierno, y no se cumplen las penas impuestas por el anterior.

Hoy llegó tambien de México, Curtopassi, encargado de negocios de Italia.

Junio 9.

Durante la noche ha tenido lugar otra vez un ruido infernal; los centinelas gritan con mas frecuencia que nunca su *¡alerta!* y desde las cuatro de la mañana nos tiene despiertos el toque de los clarines.

Hoy salen de Querétaro los oficiales subalternos. Antes de que se marchen les arenga Escobedo, diciéndoles que así es como paga el gobierno á los traidores á la patria.

A los oficiales superiores, que hasta ahora habian estado presos con los generales en el Casino, se los llevan tambien. Dícese que unos irán á Piedras-Negras en la frontera del Norte, y otros á Acapulco; y que van sentenciados á cuatro y á siete años de prision.

Pitner, á pesar de que no es mas que teniente coronel, se queda por ahora en el Casino con algunos generales, entre los que están Castillo, Salm, y el ministro Aguirre.

El negocio de Pitner se presenta mal: los presos del Casino deben comparecer tambien ante un Consejo de guerra.

Por lo demas no son desfavorables las noticias que llegan á nuestros oidos, en cuanto á que no se habla ya de fusilar al emperador; en lugar de eso se dice que tal vez será confinado á Acapulco con los generales.

Junio 10.

Dia vigésimo sétimo de nuestra prision.

Volvió Daus de Tacubaya ayer tarde, pero sus noticias no son de lo mejor. Me pinta la opinion del ejército como decididamente hostil al emperador. Esta horda de desertores, que tal son en su mayor parte, pide la muerte del soberano.

Los coroneles han sido sentenciados á siete años, y hoy habrán de sacarlos de Querétaro. Segun parece, la pena para los generales será de diez años. Salm, que figura solo como coronel en la lista de los republicanos, presenta su despacho de general, y se queda en el Casino.

Parece que ya no hay que pensar en la tentativa de fuga. Se nos guarda con estremado rigor, y toda la noche velan custodiándonos los ayudantes de Escobedo.

Ya se acerca el dia de la sentencia, y el emperador se ha mejorado un tanto; solo que nos conviene hacer creer que sigue gravemente malo y en estremo débil, para que así se desorienten respecto á la fuga, y para dar á entender que el emperador no piensa en semejante cosa estando como está tan postrado.

El emperador ha hecho su testamento con el baron Lago, encargado de negocios del Austria; me lo enseñó preguntándome si por casualidad se habia olvidado de alguno, y si tenia yo observaciones que hacer.

A las dos de la tarde, llega de S. Luis un telégrama de los dos abogados, que dice así: "Todos nuestros esfuerzos han sido inútiles."

Manda llamar el emperador al baron Magnus, quien despues de un breve coloquio parte para S. Luis, con el fin de interponer allí con el gobierno su influencia diplomática.

El telégrama no parece haber hecho gran impresion al emperador; los abogados de Querétaro y el baron Magnus están mas consternados que él.

A las cinco, se acostó el emperador como de costumbre. "¿Cómo cree V. que terminará esto? me pregunta; dígame V. francamente su opinion."

"Señor, le respondí; yo creo que el tal proceso no es sino mera comedia, que representan para aparecer generosos á los ojos de la Europa concediendo el perdon. Creo que lo llevarán á término, pero no tengo inquietud por el éxito final; todo ello me parece un puro juego, si bien sobrado cruel y que se va prolongando mucho."

"No," replicó tranquilamente el emperador; "yo creo que me fusilarán sin remedio, y hasta por los dedos se puede hacer la cuenta: los coroneles fueron sentenciados á siete años de prision, los generales á diez; segun las leyes mexicanas, no hay otra pena mayor que ésta sino la de muerte. Por lo demas, ahora puedo decírselo á V.: á pesar de que nadie lo ha comprendido, yo nunca he esperado nada absolutamente. No habia querido hasta ahora afligir á ustedes y por eso he fingido que creia posible salvarme. No quedaria aún otro camino que la fuga. Por lo demas, ya dos veces me he creido frente á la muerte: la primera, (ya se acuerda V.) cuando fuí llevado ante Escobedo; la segunda, cuando del convento de las Teresas me trasladaron aquí."

Procuré combatir la idea del emperador, pero mi conviccion íntima era que tenia sobrada razon.

Junio 11.

Vigésimo octavo dia de nuestra prision.

Ha llegado de S. Luis por el telégrafo la órden de ponerme en libertad. El coronel Palacios me comunica el telégrama, y me dice que desde este momento puedo pedir mi pasaporte y marcharme; pero yo le declaro, que aun cuando esté libre no saldré de la prision, y me quedaré al lado del emperador.

Desde mañana debe comenzar sus sesiones el tribunal militar. Ninguna noticia ha llegado de S. Luis.

Junio 12.

Vigésimo nono dia de nuestra prision.

El tribunal militar debe celebrar sus sesiones en el teatro. Se han distribuido numerosos billetes para el público. No les basta condenar al emperador, quisieran tambien humillarlo; pero no tendrán esa satisfaccion. El emperador me declara que está firmemente resuelto á no comparecer en el teatro.

Viene Salm á visitarle.

Esta tarde se siente otra vez malo el emperador; mando llamar al doctor Rivadeneira, para que se convenza de que está realmente enfermo; y de hecho, no pudo menos que declararlo así.

Junio 13.

Hoy cumplimos un mes de estar prisioneros.

A eso de las nueve de la mañana, viene una escolta para llevarse á Miramon y á Mejía al teatro.

¡Hasta dónde llega el olvido de toda consideracion y mi-

ramiento! Nos cuentan que hay una música militar tocando delante del teatro. Han adornado el escenario con decoraciones, y los miembros del tribunal son en gran parte jóvenes imberbes.

"¡Dios me lo perdone! dice el emperador; pero se me figura que han elegido para miembros del tribunal á los que tenian mejor uniforme, para que al menos la esterioridad apareciese decente."

Decidieron no ser necesario que el emperador compareciese en el teatro. Se dará lectura de la acta de los médicos al tribunal; y el estado de enfermedad del emperador, legalmente certificado, le dispensará de presentarse personalmente.

Recibe el emperador la visita de la princesa Salm y del baron Lago.

A medio dia hago uso por primera vez de mi libertad, y salgo de la prision.

Hasta aquí llega mi diario. En los dias siguientes estuve muy ocupado escribiendo las últimas disposiciones del emperador; y angustiado ademas por lo inminente de la catástrofe, no tuve la tranquilidad de ánimo que se necesitaba para poder continuar mis apuntes.

CAPITULO XX.

Del 13 al 16 de Junio.—Ultimos dias del emperador.—El 19 de Junio.—El cadáver—Gestiones con el gobierno para la entrega de este.—Mision de Tegethoff.

DESDE el momento en que comenzaron en el teatro las sesiones del tribunal militar, no abrigamos ya ilusion ninguna los que estábamos al lado del emperador. Podia decirse que estaba ya pronunciada su sentencia de muerte, desde el punto y hora en que lo consignaron á un tribunal militar, y en que se invocó en su contra la ley de 25 de Enero. No era de esperarse el perdon; quedaba como único camino la fuga, y por mas que esta presentase pocas probabilidades de buen éxito no habia mas que intentarla á toda costa.

Ya la princesa Salm tenia ganado á un coronel mexicano. Este declaró que estaba pronto á correr el peligro mediante la suma de cien mil pesos, y creía posible la empresa. Pero no creyendo que podia intentarla él solo, pidió que se le asegurase la cooperacion de otro coronel cuyo nombre dió á la princesa. Esta señora no dudaba que se llevaria á cabo felizmente el intento.

Por la tarde fué á ver al emperador, y le informó de cuanto se fraguaba.

Yo, para estar listo en cualquier evento, me procuré un permiso para salir, aun cuando fuese de noche, de la prision en donde continúo habitando.

A las nueve de la noche estábamos ya preparados para todo; y como, segun lo concertado con la princesa, á las diez habiamos de tener la respuesta definitiva, el emperador no tenia mas que levantarse, y en cinco minutos se hubiera podido intentar la fuga.

Poco faltaba para las diez, cuando de pronto se aparece el doctor Rivadeneira sumamente inquieto á informarse de la salud del emperador.

Habiamos concertado que yo saldria del convento con el pretesto de ir á buscar al doctor, para llevarlo al lado del emperador que se habia puesto malo. Ya no era posible esto, pero á toda costa necesitaba yo hablar con la princesa. Escribí inmediatamente una receta, y salí con el objeto ostensible de que la despachasen en la botica. Acompañóme Rivadeneira hasta la plaza del convento, y allí nos separamos.

Pocos minutos despues de las diez, ya estaba yo al lado de la princesa, en donde me encontré con los dos coroneles. Llevóme esta señora á la cámara vecina, y allí me entregó el anillo-sello del emperador, el cual debia servir para que S. M. reconociese á quien le ayudaba á la evasion.

Me dijo la princesa que por aquella noche nada se podia hacer; y que en la mañana siguiente á eso de las diez, pensaba ir á ver al emperador en compañía de los dos coroneles. Entró á la sazon el primero de ellos, quien me dijo que podia yo tranquilizar al emperador, asegurándole que todavía tenian que pasar tres dias para que el tribunal pronunciase la sentencia.

Dí estas noticias y el anillo al emperador, quien juzgó de buen agüero para la evasion el que el coronel *** me hubiese hablado del proyecto tan sin embozo, pues en eso veía un indicio de confianza en el buen éxito.

El 14, á las siete de la mañana, me mandó llamar el emperador y me hizo varios encargos. Tenia yo que comu-

nicar desde luego al baron Lago la órden de que aquel mismo dia le llevase el testamento para firmarlo; y que recordar además á Curtopassi enviado de Italia, y á Hooricks enviado de Bélgica, que le llevasen para la firma las cartas que les habia encomendado. En seguida debia yo ir á casa de la princesa Salm.

Al salir de casa de esta señora, me encontré en la calle con el general Refugio Gonzalez, quien me preguntó cómo seguia mi enfermo. El tono irónico que acompañó á esta pregunta, me hizo sospechar que solo era un pretesto para hablar de otra cosa. Poco tardé en cerciorarme de la verdad, porque en seguida volviéndose á un oficial que le acompañaba, le dijo: "Llévele V. estos dos señores al general." El otro señor era un tal Schovesinger, con quien habia yo salido de casa de la princesa, comerciante aleman que yendo de México hácia el Norte del imperio se detuvo en Querétaro, y durante el sitio sirvió de secretario al príncipe de Salm, y el cual ahora que estaba en libertad no dejaba de prestar algunos pequeños servicios al emperador. Fuimos presentados á Escobedo, quien me preguntó qué andaba yo haciendo en la calle. Yo le contesté simplemente: "¿Pues no estoy completamente libre?" "Está bien," replicó el humanísimo general; y volviéndose á un ayudante le dijo: "Lleve V. á estos dos señores al cuartel de Coahuila." Era este un cuartel en donde se hallaba alojado el batallon de ese nombre; allí me pusieron incomunicado. Hice inútilmente mil esfuerzos para que me dejasen hablar solo con el emperador. Con el poco dinero que llevaba conmigo, logré corromper á uno de mis centinelas para hacer que le llegase al emperador un billete mio; despues supe que por la rigurosa vigilancia no habia sido posible.

El 15, á las diez de la mañana, vinieron á sacarme de mi cárcel el coronel Villanueva y el doctor Rivadeneira. Me condujeron nuevamente ante Escobedo, el cual me dió per-

miso para volver al lado de *Maximiliano*, y mirándome con sardónica sonrisa me dijo: "Ya conozco sus antecedentes de V., y le hago responsable de cuanto pueda suceder con Maximiliano; y á V. es á quien mandaré colgar primero."

"Señor, le contesté; haga V. lo que le parezca."

Me hallé al emperador en la cama. "Temí, me dijo, que no estuviese V. ya en Querétaro; supe que desde ayer habian dado órden de llevársele á V. á S. Luis." Y entonces me enteré de cuanto habia ocurrido la víspera. En el momento en que me ponian preso recibian órden de salir de Querétaro en el término de dos horas los ministros extrangeros; y á la princesa Salm, la sacaban de la ciudad con una buena escolta. "Lago, me dijo el emperador, se ha ido sin poder hacer que firmase yo el testamento. Desde ayer le telegrafié, pero ahora hágame V. favor de escribirle que el testamento se tenga por válido, puesto que hay tres testigos que conocen su contenido, y son V., Lago, y Hooricks." Acababa yo de concluir dicha carta que contenia algunos otros pormenores, y héchola firmar al emperador, cuando entró el general Mejía con la noticia de que habia muerto la emperatriz. Este anuncio fué un golpe terrible para el pobre príncipe, si bien al mismo tiempo le hacia menos doloroso el abandonar la vida. Habíase espuesto con veronil serenidad á las balas enemigas; durante su larga prision, habia mostrado heróica resignacion y entereza al aspecto de la muerte; solo un pensamiento amargaba sus horas, y era el de la suerte de su desdichada esposa, á quien tenia que abandonar á tan crudo destino. Cesaba ya esta angustia; y libre de tal pensamiento, podia disponerse con mayor serenidad de ánimo á despedirse de la vida.

Apénas hubo recibido la noticia que el general le dió, me dictó una postdata á la carta del baron Lago, concebida en estos términos: "En este momento acabo de saber que mi pobre esposa dejó por fin de penar; esta noticia, aunque me

ha afligido profundamente, por otro lado me sirve de infinito consuelo en estos momentos."

"Un vínculo menos en la vida," me dijo.

En la misma tarde escribí, conforme á las instrucciones que directamente me dió el emperador, otra carta al Sr. Radonetz, prefecto de Miramar, la cual contenia las últimas disposiciones del príncipe.

A poco rato vino un ayudante de Escobedo, encargado por el general de que se informase si ya habia llegado á conocimiento del emperador la funesta noticia.

Entre tanto, el tribunal habia concluido sus sesiones, y de un momento á otro debia hacerse la publicacion de la sentencia. El emperador la aguardaba resignado y con ánimo plenamente tranquilo; y como ya se habia familiarizado con la idea de la muerte, no se cuidaba de ella sino de los que dejaba tras sí, y de despedirse de sus parientes y amigos.

Habian cesado ya las visitas de extrangeros, y á escepcion de los dos criados Grill y Tüdös, yo era el único europeo que al lado del príncipe quedaba, desempeñando el triste empleo de secretario suyo para las cartas de despedida. La última de estas comenzaba así: "Exento de culpa, y en los momentos de recibir una muerte inmerecida....."

A mediodía vino el padre Soria, á quien habia recomendado para confesor el abogado Vazquez. "Yo no me confieso indistintamente con cualquier sacerdote, me dijo el emperador, y he mandado llamar al padre para ver si estamos de acuerdo acerca de algunos puntos preliminares."

Aquella noche y las siguientes dormí en el cuarto del emperador, hasta el dia 19. El descansó muy sosegadamente.

A la mañana del 16, volvimos á la triste ocupacion de la víspera. A eso de las once se presentaron el general Refugio Gonzalez y el coronel Miguel Palacios, seguidos de un destacamento, que se situó en el corredor de la prision.

El nuevo fiscal Gonzalez leyó la sentencia, delante de las puertas que estaban abiertas, primero al emperador y luego á los dos generales.

El emperador la oyó pálido, pero sonriendo; y cuando el fiscal hubo concluido, se volvió á mí, y señalándome el reloj me dijo con tranquilo acento: "La hora fijada es á las tres; tiene V. mas de tres horas para hacer las cosas sin atarearse".

Llegó á la sazon el secretario Blasio, á quien el emperador habia mandado llamar desde antes, y al cual dictó la siguiente carta en español:

"Sr. D. Cárlos Rubio.

"Sin medios para atender á mis gastos indispensables, me dirijo á V. con toda confianza, rogándole se sirva poner á mi disposicion la cantidad que sea necesaria para el cumplimiento de mi última voluntad, cuya suma le será satisfecha por mis parientes de Europa, á quienes he instituido por mis herederos.

"Deseo que mi cuerpo se sepulte en Europa al lado del de la emperatriz; y confio en que tendrá V. la bondad de ministrar á mi médico el Doctor Basch la cantidad que necesite para el embalsamamiento y trasporte, como tambien para que regresen á Europa él y mis criados. Este préstamo le será á V. satisfecho por mis parientes, ya en las casas de comercio europeas que V. indique, ya por medio de letras de cambio que se le estenderán á V. pagaderas en México. El doctor Basch se arreglará con V. sobre el particular.

"Al declararme anticipadamente obligado á V. por este nuevo favor, le envío mi último saludo; y deseándole todo bien, me repito

"Suyo afectísimo,

"MAXIMILIANO.

"Querétaro, Junio 16 de 1867."

A mediodía vino el padre Soria; la mesa del cuarto del emperador se pasó al mio, y me estuve escribiendo hasta las dos.

A cosa de la una se dijo una misa en el cuarto de Miramon, y los tres sentenciados recibieron el santo viático.

A las dos, llevé al emperador las cartas que habia yo concluido para que las firmase, y entonces me dijo: "Le aseguro á V. que esto de morir es mucho mas fácil de lo que yo me habia figurado. Me hallo completamente dispuesto."

Tanto el confesor del emperador, como los de los dos generales, se quedaron al lado de los sentenciados para acompañarles á su último trance.

Un cuarto de hora antes de las tres, el emperador se despidió de mí y de los criados, los cuales sollozando le cubrian de besos la mano. Me entregó su anillo nupcial, y me dijo:

"Se volverá V. á Viena, verá á mi padre, á mi madre, y á mis parientes; déles V. pormenores del sitio, y de los últimos dias de mi vida. Diga V. á mi madre, y esto le lo recomiendo muy particularmente, que he cumplido con mi deber de soldado, y que he muerto como buen cristiano."

El oficial de guardia, nombrado para mandar el piquete encargado de la ejecucion, pidió llorando al emperador que lo perdonase: "Es V. soldado, le respondió este, y tiene que cumplir con su deber."

Dieron las tres, y nadie se presentaba para llevarse al emperador y á los generales. Una hora larga, es decir, hasta las cuatro, estuvieron aguardando la órden que debia conducirlos al lugar del suplicio.

El emperador pasó esa hora despejado, sereno, como en sus dias felices, conversando con los sacerdotes y con sus defensores Ortega y Vazquez que estaban presentes. Mani-

festó su satisfaccion al ver el cielo azul y limpio. "Siempre he deseado, dijo, morir en un dia hermoso; al menos este anhelo mio se me ha cumplido." Varias veces se volvió á mí haciéndome nuevos encargos, y repitiéndome los que me tenia hechos. Como último recuerdo de sus amigos, me encargó que saludase al príncipe y á la princesa Salm, á Pitner, Schaffer, á Gunner, á Groller, y á Bilimek.

Los dos generales estaban sentados, absortos en la lectura de sus devocionarios, ó hablando con los sacerdotes que los asistian.

Por fin, á las cuatro se presentó el coronel Palacios agitando un papel que llevaba en la mano. Era un telégrama de S. Luis, en el que el gobierno diferia la ejecucion para el sábado 19.

"Lo siento, dijo el emperador luego que Palacios hubo leido el telégrama; á estas horas ya me habia yo despedido completamente de este mundo."

En aquel instante brotó en mí una sombra de esperanza en el perdon, tanto mas cuanto que los oficiales con quienes hablaba yo del incidente opinaban que aquella dilacion no podia tener otro significado.

Increible se me hacia la ejecucion posterior de la sentencia, porque hubiera sido un rasgo de caníbales el jugar con los desdichados prisioneros, llamándolos á la vida despues de haberles hecho pasar todos los tormentos de la muerte.

El emperador se mostró absolutamente indiferente á ese rayo de esperanza. "Que hagan lo que gusten; yo no pertenezco ya á este mundo," dijo, y todos sus pensamientos, todos sus actos desde el 16 al 19 estuvieron en armonía con esta solemne resignacion.

En esos dias tuve que escribir otras cartas de despedida, entre las que iba una segunda para Radonetz, que completaba las instrucciones que antes se le habian dado.

El padre Soria vino todos los dias, y el emperador me dijo:

"Se han trocado los papeles; yo soy quien tengo que consolar á ese pobre sacerdote para que no se abata completamente."

El mismo dia, el emperador envió la siguiente carta á los generales que estaban presos:

"*Querétaro. Prision en las Capuchinas. Junio* 17 *de* 1867.

"Señores generales y gefes prisioneros en esta ciudad:

"En este momento solemne envío á ustedes estas cortas líneas, como espresion de mi reconocimiento por la lealtad con que me sirvieron, y de la sincera estimacion que les profesa

"Su afectísimo,

"MAXIMILIANO."

Trascurrió el dia 17 con alas de plomo; los minutos sucedian á los minutos, una verdadera eternidad, y el tan suspirado anuncio de la salvacion no llegaba.

Vino la noche, sin que alma viviente se presentase con una noticia cualquiera, buena ó mala. El emperador durmió tranquilamente; llegó la mañana del 18, y el gobierno de S. Luis continuaba sin dar señales de vida.

Trajo Vazquez la respuesta de los generales, que me fué entregada por el emperador; era del tenor siguiente:

"*Querétaro. Prision en las Teresitas. Junio* 18 *de* 1867."

"Señor:

"Hemos recibido la afectuosa y tierna carta de V. M., fecha de ayer, en la cual se digna espresar de su puño y letra los nobles sentimientos que continúa abrigando en este

momento terrible para con los generales y gefes de su ejército.

"Como una gran parte de nuestros compañeros no están en comunicacion con nosotros, no hemos podido aún darles noticia de la carta de V. M., lo cual haremos tan luego como nos sea posible.

"¡Señor! Tambien nosotros, generales vencidos, estamos en el camino que conduce al suplicio; si tal ha de ser nuestra suerte, nos volveremos á ver, Señor, en el cielo con V. M. y con nuestra generosa emperatriz, que está ya entre los ángeles.

"¡Señor! somos de V. M. sus entusiastas servidores,

M. M. Escobar.

J. L. Casanova.

C. Morett.

J. Herrera y Lozada."

A medio dia se presentaron en la prision el baron Magnus y el vice-cónsul de Hamburgo Bahnsen, los cuales habian llegado de S. Luis en la noche. Habiendo sabido Magnus en S. Luis mi nuevo arresto, se trajo un médico aleman, el doctor Szänger, para poder proceder al embalsamamiento.

Ya desde el 16 habia entregado el emperador al abogado Vazquez las reliquias que mas tarde llevé yo á Europa, con la instruccion de dármelas despues de su muerte. En la tarde del 18, y en presencia de Magnus y de Bahnsen, dió las cartas al mismo Vazquez con igual encargo; para mayor seguridad, yo tambien le dí á guardar mis papeles.

El emperador, en una carta de su puño, dió las gracias á sus defensores por su "perseverancia y energía," y envió al gobierno el siguiente telégrama: "Deseo que se perdone la vida á los señores D. Miguel Miramon y D. Tomás Mejía, los cuales anteayer probaron todas las angustias y todas las

amarguras de la muerte, para que yo sea la única víctima, que es lo que pedí desde que caí prisionero."

En seguida escribió el emperador á Juarez la siguiente carta, la cual lleva fecha 19, porque segun las instrucciones del príncipe debia enviársele ese dia.

"Sr. D. Benito Juarez."

"A punto de sufrir la muerte por haber querido hacer la prueba de si con nuevas instituciones políticas era posible poner término á la guerra civil, que desde hace tantos años aflige á este desventurado pais; afronto con gusto la pérdida de la vida, si este sacrificio mio puede contribuir á la paz y á la prosperidad de mi nueva patria. Pero persuadido profundamente de que nada duradero podrá fundarse sobre una tierra empapada en sangre y sacudida por fuertes conmociones, os conjuro de la manera mas solemne, y con la sinceridad propia del momento en que me hallo, á que mi sangre sea la última que se derrame; así como tambien, á que consagreis aquella perseverancia que condujo vuestra causa á la victoria, y que en mis dias de fortuna supe conocer y apreciar en vos, al noble fin de conciliar los ánimos, y de procurar una vez á este desgraciado pais la paz y la tranquilidad fundadas sobre bases firmes y estables."

Eran cerca de las tres, y se hallaban presentes el baron Magnus y el coronel Villanueva, cuando llegó el coronel Palacios, quien dijo al baron y á mí que era preciso que el emperador se entendiese personalmente con el general Escobedo para las disposiciones concernientes á su cadáver.

Viéndonos el emperador en coloquio con Palacios, preguntó de qué se trataba; y yo, haciéndome un esfuerzo, le

enteré de lo que decia el coronel. "Esto sí que es indecente," dijo. Dicté al coronel Villanueva, que sabia el aleman, una carta que este tradujo inmediatamente al español, en la cual se decia: "ser el deseo del emperador, que su cadáver fuese entregado al baron Magnus y á mí; que yo estaba encargado de trasportarlo á Europa, y el baron de tomar todas las disposiciones concernientes." Leyó el emperador tranquilamente la carta, y la firmó con mano segura.

A las cinco, llegó de S. Luis la respuesta negativa al telégrama del emperador en que pedia gracia para los dos generales.

A las ocho se metió á la cama el emperador, y yo me quedé solo con él en su aposento.

A las nueve volvió Palacios trayendo la respuesta de Escobedo, el cual aseguraba al emperador que su última voluntad seria cumplida fielmente.

A las once y media, y cuando apenas comenzaba á dormirse el emperador, entró álguien en el cuarto. Me levanté entre azorado y alegre: era el doctor Rivadeneira, que me dijo que allí estaba el *general (*Escobedo*)* y que deseaba hablar con el emperador. Entre tanto, el rumor habia despertado al príncipe, que encendió luz, hizo entrar á Escobedo, y Rivadeneira y yo nos salimos del cuarto. Poco despues se retiró Escobedo, y yo volví al lado del emperador, que me dijo: "Escobedo vino á despedirse de mí. ¡Vaya! de mejor gana hubiera yo seguido durmiendo."

Poco despues apagó la luz, y al cabo de una hora que me pareció un siglo, pude convencerme por su respiracion sosegada y normal, de que se habia dormido. Despertóse á las tres y media; llamé á los criados que dormian en un cuarto del corredor; á las cuatro vino el padre Soria, á las cinco oyó misa el emperador con los dos generales, y á los tres cuartos para las seis almorzó carne, café, media botella de vino rojo, y pan.

Volvió á entregarme su anillo nupcial que yo le habia devuelto el dia 16; me repitió sus encargos y sus saludos, y sacando del bolsillo del chaleco un escapulario que su confesor le habia dado, me dijo: "esto se lo llevará V. á mi madre." ¡Fué su última recomendacion!

A las seis y media vino el coronel Palacios, y esta vez sí que habia desaparecido el postrer rayo de esperanza.

El emperador se colocó entre los soldados que formaban la escolta; yo le acompañé hasta la escalera; allí me saludó otra vez, souriendo dulcemente, con una ligera inclinacion de cabeza y con la mano; intenté seguirle, pero me faltaron las fuerzas; ¡no pude ya dar un paso mas!

Media hora despues, el sonido de las campanas me sacudió de mi profundo letargo.....¡se habia consumado el crímen!

A eso de las ocho volvió el coronel Palacios; con trabajo disimulaba su emocion; me tendió la mano, y me dijo con ahogada voz: "¡Era una alma grande!"

Me participó que estaba yo completamente libre, y que se me permitia proceder al embalsamamiento. Dirigíme á la iglesia en donde estaba el cadáver del emperador, tendido en una mesa y cubierto con una sábana. Para nada se descompusieron sus facciones, la cabeza quedó ilesa y tenia el pecho atravesado por seis balas.

Como que no presencié la ejecucion, no puedo describirla; ademas, paso en silencio este punto, que harto dolorosos son ya estos mis recuerdos sin tales pormenores. Me limitaré á rectificar las inesactitudes de las diversas relaciones que se han publicado, y á dar mi opinion como médico sobre si el emperador tuvo una muerte pronta ó dolorosa, segun lo que pude inferir del exámen de su cuerpo.

Dije ya que la cabeza no tuvo lesion; de las seis heridas que le atravesaron el tronco, tres estaban en el vientre bajo, y tres en el pecho, casi en la misma línea.

Los soldados que componian el piquete encargado de la

ejecucion, habian recibido del general Diaz de Leon, que mandaba el Cerro de las Campanas, la órden espresa de no apuntar á la cabeza sino solo al pecho. Hicieron fuego á muy corta distancia, de tal manera que en la autopsía no se halló ninguna de las seis balas que atravesaron el cuerpo.

Las tres heridas del pecho eran mortales por esencia: la primera bala atravesó el corazon de derecha á izquierda; la segunda, al atravesar el ventrículo, hirió los vasos gruesos; la tercera, por fin, atravesó el pulmon derecho.

La naturaleza de estas tres heridas induce, pues, á creer que la lucha del emperador con la muerte hubo de ser brevísima; y que aquellos movimientos de la mano, que una cruel fantasía interpretó como órden de repetir los tiros, no fueron sino movimientos meramente convulsivos, de aquellos que segun las leyes fisiológicas son consecuencia natural de toda muerte violenta.

Tocante á los diversos discursos que se han puesto en boca del emperador antes de morir, no puedo menos de referirme á cuanto me contó un médico mexicano, el doctor Reyes, testigo ocular de la catástrofe. Díjome que el emperador despues de haber distribuido algunas monedas de oro á los soldados del piquete, pronunció con voz entera las palabras siguientes:

"Que mi sangre sea la última que se derrame en sacrifi-
"cio de la patria; y si fuere necesaria la de alguno de sus hi-
"jos, sea para bien de la nacion y nunca en traicion de ella."

En la misma mañana del 19, los doctores Licea y Rivadeneira comenzaron la operacion del embalsamamiento, la cual se practicó en la iglesia de las Capuchinas y duró unos ocho dias.

A pesar de la palabra que el general Escobedo dió al difunto emperador, rehusó el gobierno entregarnos el cadáver á Magnus y á mí. El 20 de Junio por la mañana se dirigió el baron á S. Luis, con el intento de hacer valer an-

te el Presidente nuestras justas pretensiones. El 22 por la mañana llegó á Querétaro el secretario de la legacion austriaca Mr. Schmidt, y regresó á México poco despues, porque su gefe habia recibido del gobierno una respuesta negativa. Entregué al primero la ropa del emperador, que se llevó consigo para poder enviarla pronto á Europa; y á este simple hecho se redujeron las enfáticas narraciones de los periódicos, acerca de las aventuras y peligros que el Sr. Schmidt hubo de correr con la ropa del infeliz monarca.

Aun despues de terminada la operacion del embalsamamiento permanecí en Querétaro, porque en el cuartel general, eludiendo toda respuesta categórica, me daban esperanzas en la venida del Presidente. Llegó Juarez, con efecto, el 7 de Julio á las once de la noche; pero á la madrugada del siguiente dia salió para México, y no me fué posible hablarle.

Habia concluido mi mision en Querétaro, y me dirigí á México para dar cerca del gobierno los pasos conducentes á la entrega del cadáver.

Pero antes de marcharme, quise visitar aquel cadáver. Le habian depositado en la iglesia de Capuchinas, en una caja de madera forrada de zinc por dentro, y de terciopelo por fuera. La caja tenia dos tapas: la interior estaba formada de tres cristales unidos entre sí, llevando el de enmedio la letra M dorada.

Ya en México, pedí y obtuve el 27 de Julio una audiencia al ministro Lerdo de Tejada, y le hice mi peticion en forma. Dos dias despues recibí una respuesta resueltamente negativa, igual á la que ya habian dado á Magnus y á Lago.

Yo no podia marcharme entre tanto, porque tenía que aguardar la llegada de las reliquias que el emperador me habia encargado que llevase á Europa. Por mas seguridad las habia yo entregado desde el 20 de Junio, y estando aún en Querétaro, al vice-cónsul de Hamburgo Bahnsen pa-

ra que las guardase y se las llevase á S. Luis. En aquellos dias, tanto México como Veracruz se hallaban aún en poder de los imperiales, y sitiados por los republicanos. Nosotros, que aún teniamos la creencia errónea de que el gobierno habria de cumplir cuanto antes su palabra, fijamos de esta manera el camino para la traslacion del cadáver: Querétaro, S. Luis Potosí, Tampico.

Lago habia tenido cuidado de llamar á este último puerto á la corbeta *Elisabetta*, y en ella deberiamos embarcarnos. Quedéme por lo mismo en México, esperando la llegada del convoy que debia traerme los recuerdos del finado príncipe.

Pero entre tanto, llegó á Veracruz el Vice-almirante Tegethoff, y la entrega del cadáver parecia ya cosa segura: solo que el gobierno, que trataba de sacar partido de ello para las negociaciones diplomáticas, continuó suscitando dificultades, y objetando al almirante que no estaba provisto de credenciales en toda regla. Los ministros reconocian su alta graduacion, y le guardaban todos los miramientos debidos á su elevado mérito; pero al mismo tiempo no se mostraban dispuestos á entregarle el cadáver, sino "en virtud de un acto oficial del gobierno austriaco, ó de una peticion formal de la familia." Puso por fin término á las negociaciones una nota del Canciller del Imperio, conde de Beust, dirigida al ministro Lerdo de Tejada. Al mismo tiempo consiguió el almirante la libertad de los extrangeros que aún estuviesen presos.

En el curso de las negociaciones, fué trasportado el cadáver por cuenta del gobierno republicano á la ciudad de México, y depositado en la iglesia de S. Andrés. Allí lo visitó el almirante en presencia mia no bien hubo llegado, y otra vez cuando se le colocó en una nueva caja. Estaba bien conservado, si bien con el aspecto de momia, y ennegrecido completamente el rostro. La nueva caja era de palo de

Granadillo, forrada por dentro de cedro, con la tapa tambien de granadillo en la que habia esculpida una cruz.

Por fin, el 12 de Noviembre salió de la capital el cadáver. Le acompañaban el vice-almirante Tegethoff, el coronel Tegethoff, los dos ayudantes del primero, Sres. de Gaal y de Henneberg, y cien dragones de escolta.

El 25 de Noviembre fueron reconocidos otra vez la caja y su contenido en Veracruz; se estendió una acta en regla, y el todo con la llave del féretro se entregó al almirante.

El 26, la fragata *Novara* con el querido depósito á bordo zarpaba de aquellas malaventuradas playas. La misma nave que allí condujo al príncipe en la flor de sus años, traía ahora sus despojos mortales á la tumba de sus padres.

CAPITULO XXI.

El proceso.

NO me toca emitir mi juicio sobre la cuestion de derecho suscitada en el proceso del emperador Maximiliano. Séame permitido, sin embargo, en vista de las muchas é infinitas apreciaciones que sobre el particular se hicieron, aclarar los motivos íntimos que á ellas dieron lugar; séame permitido, al menos, descubrir la bajeza con que el gobierno republicano trató de dar al acto de venganza del 19 de Junio, acto que no tuvo ni una sombra de legalidad, los caractéres de un acto solemne de justicia. Mis palabras son severas, pero las pronuncio con plena tranquilidad de conciencia. El emperador Maximiliano, teniendo en cuenta todas las formas, todos los procedimientos con que fué iniciado y conducido el proceso, no fué condenado por una sentencia pronunciada legalmente: fué asesinado.

Con cínica y arrogante insolencia, y con arbitrariedad, conforme á la costumbre introducida en Europa desde las conmociones de 1848, se reunió un tribunal militar apoyado en una ley escepcional; ley que despues de preso el emperador como gefe de la "usurpacion," una vez terminada esta,

y conforme al tenor espreso de la Constitucion y de las disposiciones relativas, cesaba de ser ley. Ante este tribunal, cuya competencia impugnaban muchos de los mismos republicanos que habian conservado el suficiente valor para manifestar su opinion frente á una soldadesca sedienta de sangre, se presentó una acusacion, cúmulo indigesto y embustero de falsos cargos, que se contradecia en algunos puntos, que no tenia fundamentos ni pruebas, y que por su nulidad sustancial y por su falsedad en la esencia, habria sido la defensa mas elocuente del emperador ante cualquier otro tribunal, aun de mexicanos.

Por lo demas, en este proceso fué una nueva formalidad aun la acta de acusacion; ni de eso necesitaban los oficiales de *opinion disciplinada* enviados á formar el tribunal.

Trece puntos contiene el acta de acusacion, y es el más fiel espejo de la miserable hipocresía, del ciego encarnizamiento, y de la baja sed de venganza que dictaron semejante proceso, y que le condenan á eterna infamia en la historia.

Para dar una idea exacta de él en complexo, me limitaré únicamente al artículo noveno, en el cual se intenta sostener que el emperador fué preso en el cerro de las Campanas con las armas en la mano, y oponiendo resistencia. ¿Cómo pudieron aquel presidente, y aquel ministro, y aquel general en gefe, y aquellos jueces aducir sin rubor semejante mentira, á despecho del noble rasgo de José Rincon Gallardo, como un cargo contra el emperador? ¡Y esto en presencia de todo el ejército, que sabia muy bien que ya desde en la noche éramos prisioneros de Escobedo, y que por nuestra parte ni se disparó un solo tiro, ni se hizo la menor resistencia en el cerro de las Campanas!

El sistema de la acusacion se echa de ver de un modo especial en los dos últimos capítulos del duodécimo punto:

"Que Maximiliano rehusa reconocer la competencia del

tribunal militar establecido precisamente para casos de esa naturaleza por la ley de 25 de Enero de 1862."

Y en el décimo tercero que acusa

"á Maximiliano de obstinacion y de rebelion, bajo el pretesto de la pretendida incompetencia del tribunal militar."

¡Qué acusacion es esta, que inculpa al emperador del sistema de defensa empleado por sus defensores!

Sea como fuere, voy á recordar las fases esenciales de la historia del proceso.

Comenzó la instruccion el 24 de Mayo, con el interrogatorio que hizo el fiscal.

El 25, llama de México el emperador por telégrafo al baron de Magnus y á los dos defensores Mariano Riva Palacio y Rafael Martinez de la Torre.

El mismo dia se cierra la instruccion, y el emperador trabaja en estender los apuntes, que fueron litografiados, y que desde aquel momento sirvieron, por decirlo así, de testo en sus conferencias con los defensores.

Creo oportuno reproducir aquí íntegro el original, para que ayude á la inteligencia de todo lo demas:

"*El ministro de relaciones, Conde Rechberg, llega el* 18 *de Setiembre de* 1862 *á Miramar, donde vivo retirado. Proposiciones; condiciones mias, voluntad nacional. Llega una diputacion el* 3 *de Octubre de* 1863 *á Miramar, con la acta de Notables. Mi contestacion. Otra diputacion á principios de Abril* 1864 *con todas las actas de adhesion, que se encuentran originales en Londres. Gutierrez y Aguilar prueban con el mapa la grande mayoría. Aceptacion y juramento de independencia y integridad. Reconocimiento de casi todos los gobiernos del mundo, entre ellos Inglaterra y Suiza.—Llegado al país vista la traicion de los franceses, todo mi trabajo protejer la independencia y integridad; ne-*

gocio de la Sonora. En consecuencia inimistad con los franceses.—Los franceses roban todo el dinero, de los dos préstamos no entran que 19 *millones á las arcas del tesoro, y la guerra que ellos hacen cuesta mas que* 60 *millones; sobre todo este, quejas fuertes á Paris, documentos. El gobierno imperial el mas barato del país; pruevas* (*pruebas*) *hechas por Escudero.*

"*Llegada de Langlais, que consta él mismo los robos y el despilfarro.—*

"*En Setiembre de* 1865 *llega la noticia á Mégico que Juarez abandonó el territorio nacional. Impulso de los franceses para medidas fuertes, para como dicen terminar pronto y completamente. Se elabora la ley de* 3 *de Octubre; Bazaine dicta personalmente pormenores, delante testigos. Los ministros responsables y muy liberales, como Escudero, Cortes Esparza, etc. etc., discuten la ley con todo el Consejo de Estado. Todos los puntos principales de la ley existieron ya antes bajo Juarez; así lo dijeron los ministros. La ley fué bien ejecutada de los megicanos; por lo que hicieron los franceses no podemos tomar la responsabilidad.*

"*Los franceses siguieron á robar y rovinar* [*arruinar*] *el país; y el mismo gobierno de ellos quebró los solemnes tratados con Mégico. Declaran su salida. Deseo mio de un Congreso. Junta en Chapultepec. Ida de Mégico á Orizaba. Anulacion inmediata el decreto de* 3 *de Octubre. Deseo de salir; llamado de los Consejos.*

"*Dictámen y apelacion al deber y al honor. Convite al Congreso.*" (1) *Llegada imprevista de Miramon y Marquez.—Los franceses exijen mi salida para arreglarse con Ortega y hacer pagar á Mégico, mi permanencia salva el país de este peligro, tanto mas que yo quebro el tratado de aduanas.—Vuelta á Mégico; entrevista en Puebla con Da-*

I Envio [enviada] de García, con el hijo de Iglesias cerca de Juarez. [Nota del autógrafo.]

no y Castelnau.—Otra junta de los Consejos en Mégico, mismo dictámen.—Trabajo asiduo para juntar el Congreso; agentes á Juarez y Porfirio Diaz.—

"El mariscal declaró en nombre del gobierno frances que la corte de cassacion de Paris determinó que donde se encuentre un ejército frances todas las cuestiones mistas deben ser juzgadas por leyes francesas; Ejemplo con la firma de Napoleon.—

"Hecho de Miramon y de los 109 *franceses.*

"Base revolucionaria del plan de Ayutla.

"La presidencia de Juarez concluyó el 30 *de Noviembre de* 1865.

"Marquez era llamado desde 6 *meses como otros diplomáticos por razones de economía, Miramon no fué llamado."*

El 28 de Mayo dió órden Escobedo de que se reuniese el tribunal militar. Señaláronse dos dias para la defensa.

El 29 de Mayo el defensor Vazquez remitió al general Escobedo una protesta firmada por el emperador y por él, contra la competencia del tribunal militar.

El mismo dia llegó por fin al baron Magnus el telégrama del emperador. Con tal motivo, recibieron una confirmacion oficial las voces que desde el 17 circulaban en la capital sitiada por Porfirio Diaz, acerca de la prision del emperador. Los defensores conferenciaron en casa del baron Magnus con este y con el padre Fischer, y entonces supieron que el padre habia invitado para la defensa al abogado Ortega. La cooperacion de este último fué de su agrado. Con motivo de las muchas dificultades que se presentaban para la salida, Magnus y los defensores no pudieron partir de México sino hasta en la mañana del 31.

Al llegar al campamento republicano, tuvo conocimiento

Magnus de un telégrama despachado por Escobedo al general Porfirio Diaz, en el cual le ordenaba "que no pusiese embarazo alguno á la venida á Querétaro de los personages solicitados por Maximiliano, siempre que no se interrumpan los procedimientos del juicio y los términos que la ley prefija para su conclusion."

El baron Magnus dirigió entonces un telégrama al ministro Lerdo de Tejada, rogándole hiciera "suspender el juicio por un plazo suficiente, para que los defensores puedan llegar á cumplir su mision."

Esta súplica del enviado de Prusia no fué obsequiada sino en parte por el gobierno republicano. Lerdo de Tejada contestó con el telégrama siguiente, fechado en S. Luis el 3 de Junio á las nueve de la noche, y dirigido á Escobedo para que lo comunicase al baron Magnus:

"He recibido el mensaje de V. de esta tarde, comunicándome que tiene V. noticia de que el Sr. Baron de Magnus y los abogados que lo acompañan, llegarán mañana á esa ciudad; que esta tarde concluía el término que concede la ley para la defensa del Archiduque Maximiliano, y que en seguida comenzaría á correr el término para la defensa de D. Miguel Miramon. Se comunicó á V. en 28 de Mayo por el Ministerio de Guerra, que si dentro del término que concede la ley para la defensa no llegaban los defensores llamados por Maximiliano, podia V. concederle, como él lo habia pedido, que comenzára desde entonces á correr de nuevo el término que señala la ley, para que pudiese hacer su defensa. Conforme á aquella resolucion, ha acordado el C. Presidente de la República diga á V., que corriendo todavía mañana el término para la defensa de D. Miguel Miramon, que es uno de los procesados, y debiendo llegar tambien mañana el Sr. Baron de Magnus y las personas que lo acompañan, puede V. conceder que, al concluir el término para la defensa de D. Miguel Miramon, comience

á correr de nuevo el término que señala la ley para la defensa de Maximiliano; siendo en tal caso este nuevo término comun á los otros dos procesados para que puedan aprovecharlo en su defensa. Sírvase V. comunicar esto al Sr. Baron de Magnus, en respuesta á su mensaje que recibí anoche.—*S. Lerdo de Tejada.*"

El 5 de Junio tuvieron su primera entrevista con el emperador los defensores llegados de México. Comenzaron á desempeñar su comision, dirigiéndose por telégrafo al gobierno, para pedirle que les concediera "algunos pocos de dias."

El ministro de la Guerra, en un telégrama que llegó en la noche, les otorgó una última próroga de tres dias. Con anuencia del emperador, convinieron los abogados en que Riva Palacio y Martinez de la Torre se fuesen á S. Luis para obrar cerca del Gobierno, mientras Ortega y Vazquez hacian la defensa directa ante el tribunal militar.

Llegaron á S. Luis el 8, Palacio y Torre, y el mismo dia pidieron en persona al Presidente y á los ministros una nueva próroga de un mes. Al dia siguiente se les contestó, que su ocurso no podia tomarse en consideracion.

Ambos defensores, deseando llevar á cabo su mision, mas bien por medio de influencias con el gefe del Gobierno que por medio de una defensa legal, trataron de procurarse la cooperacion de las personas mas notables. Dirijiéronse desde luego al general Treviño, quien gozaba de gran influencia en el ejército; y con la misma franqueza con que habia manifestado antes su opinion sobre la traicion de López, les declaró que estaba dispuesto á apoyar la peticion de indulto. Aquel mismo dia escribió Treviño al general Escobedo en el sentido mas enérgico, y los defensores concibieron alguna esperanza de que este ejemplo del general hallando imitadores en los demas gefes, sería provechoso para el logro de sus intentos.

Entre tanto, Riva Palacio y Torre no dejaban de emplear como abogados los medios legales, y el 10 de Junio pusieron en manos del Presidente una protesta contra la competencia del tribunal militar; pero el mismo dia recibieron por conducto del ministerio de la Guerra la decision negativa del Gobierno.

Movidos de su celo, y convencidos sobradamente de que la sola consignacion del proceso á un tribunal militar equivalia para el emperador á la sentencia de muerte, se consagraron ambos defensores á pedir directamente el indulto, en caso de "que el archiduque Maximiliano fuese condenado á la pena de muerte." Dos dias despues contestó el Presidente á esa peticion, por conducto siempre del ministerio de la Guerra, "que no era posible resolver sobre una solicitud de indulto, antes de saber si el procesado ha sido condenado en el juicio."

Por otra parte, Lerdo de Tejada no pudo menos de hacer observar á los defensores, "que ellos veian el fallo del Consejo como el anuncio seguro de la muerte de Maximiliano," y que con eso daban á entender ellos mismos que creían desesparada la causa de su cliente.

El 13 de Junio, dia en que el tribunal militar dió principio á sus sesiones, llegó el baron de Magnus á S. Luis, y ese mismo dia tuvo largas conferencias ya con el Presidente, ya con el ministro Lerdo, trabajando con suma actividad por obtener el indulto del emperador, y prometiendo á nombre de su gobierno todas las garantías posibles. Al siguiente dia, repitió su solicitud por escrito; y como entre tanto habia llegado un telégrama de los dos defensores Vazqnez y Ortega, en el que anunciaban haber principiado las sesiones del tribunal, Riva Palacio y Torre repitieron su instancia relativa al indulto. Pero Juarez y sus ministros se mantuvieron inexorables, y el Consejo de guerra

pronunció en Querétaro la sentencia de muerte contra los tres acusados.

Para dar una idea de cómo se hicieron las cosas, reproduciré algunos trozos de la descripcion hecha por un periódico que se publicaba en Querétaro, la *Sombra de Arteaga*, [nombre de un republicano de aquella ciudad, á quien habia fusilado Mendez.]

"El 13 de Junio á las ocho de la mañana se instaló el tribunal militar en el Teatro Iturbide. El salon estaba profusamente iluminado, y en el foro se habia dispuesto una especie de palco. El resto del teatro estaba ocupado por el público.

"A la derecha estaba la mesa para los miembros del tribunal, y frente á ella unos bancos para los acusados, y sillas para los defensores. En derredor habia candelabros con largas velas de cera. Notábase en todo el mundo una viva conmocion; el mas profundo silencio reinaba en la sala. A eso de las nueve fueron conducidos de su prision en una calesa Miramon y Mejía. A los lados del carruaje iba de escolta una compañía de *Supremos Poderes*. Cuando llegaron al teatro, fueron entregados á la tropa que estaba de guardia.

"El presidente declaró abierta la sesion; los miembros del tribunal de riguroso uniforme, y los defensores, ocuparon los asientos que les estaban designados. Entonces el fiscal, Coronel Manuel Azpiroz, presentó la acusacion y algunos documentos. (Aquí los trascribe el periódico.)

"Concluida la lectura de estas piezas, fué introducido el acusado Tomás Mejía; se le hizo sentar en su banco, y á su lado se situó un piquete de *Supremos Poderes*."

El defensor de Mejía, Lic. Próspero Vega, pronunció un alegato, del que el citado periódico hace grandes elogios.

"Terminado el alegato, el presidente preguntó al acusa-

do si tenia alguna cosa que añadir en descargo suyo. Mejía respondió: "no, porque cuanto hubiera yo podido decir ya lo dijo mi defensor; y si por casualidad faltase algo, él lo supliria."

"Sacaron á Mejía, é introdujeron á Miramon. Despues de haber hablado sus defensores Jáuregui y Moreno, lo sacaron á su vez, y entonces deberia haber comenzado el proceso del archiduque. Pero antes se dirigió el fiscal personalmente á la prision (eran cerca de las tres de la tarde) y volvió poco despues declarando al tribunal, que el acusado estaba en una disposicion tal, que le era absolutamente imposible comparecer. Comenzóse el proceso en su ausencia, y continuó al siguiente dia."

A las nueve de la mañana se abrió la sesion, y duró hasta las diez de la noche, habiendo sido secreta una hora antes.

Ya en el capítulo anterior he referido los pormenores de la notificacion de la sentencia; solo me resta hablar de los esfuerzos que despues de pronunciada esta se hicieron todavía para tratar de salvar al emperador.

Desde el 15 de Junio, en que ya habian concluido las sesiones del tribunal, pero aun no estaba confirmada por Escobedo la sentencia, Riva Palacio y de la Torre presentaron en S. Luis una nueva solicitud de indulto, ó de que al menos se retardase la ejecucion. La respuesta del presidente, análoga á las que ya habia dado, declaraba "que no era posible resolver sobre una solicitud de indulto antes de saber la condenacion en el juicio, no habiendo una condenacion que pueda surtir los efectos de tal, mientras el fallo del Consejo no sea confirmado por el gefe militar."

De todos los puntos del territorio llegaron solicitudes firmadas por hombres y mujeres, pidiendo el indulto del emperador; pero á todas se dió respuesta negativa.

El 16 á medio dia llegó á S. Luis un telégrama de Querétaro, anunciando que ya Escobedo habia confirmado la sentencia, y que la ejecucion se habia fijado para las seis, en lo cual habia error, pues no era sino para las tres.

En el acto presentaron Riva Palacio y Torre otra solicitud de indulto, que á las pocas horas tuvo respuesta negativa.

Entre tanto, á eso de la una por el telégrafo se avisaba á Querétaro "que con el fin de que los sentenciados tuviesen el tiempo necesario para el arreglo de sus asuntos, el C. Presidente de la República habia determinado que no se verificase la ejecucion de los tres sentenciados sino hasta en la mañana del miércoles 19."

El baron Magnus habia acompañado á los defensores al palacio del gobierno, y unido sus instancias á las de estos, no pudo detenerse por mas tiempo en S. Luis, donde hasta entonces, y con el mayor empeño, habia hecho todo lo posible por salvar la vida al desventurado príncipe, por cuanto á que al marcharse de Querétaro le habia manifestado el emperador el deseo de volverle á ver antes de morir.

En la noche del 16, Palacio y de la Torre recibieron de sus colegas en la defensa el telégrama siguiente:

"Los tres acusados se habian ya confesado y comulgado cuando llegó la órden de suspension. Habian, pues, muerto ya moralmente en ese momento en que debian ser sacados para ejecutarlos. Seria horrible darles segunda vez muerte el miércoles, despues de haber muerto hoy una primera."

Hasta el baron Magnus envió el 18, desde Querétaro, un telégrama en el mismo sentido á Lerdo de Tejada. Representó al Gobierno con las palabras mas enérgicas el horror de una segunda ejecucion; terminaba el telégrama con las siguientes palabras:

"Os conjuro en nombre de la humanidad y del cielo, á que le perdoneis la vida; y os repito otra vez mas, ser cierto que mi soberano S. M. el rey de Prusia, así como todos los monarcas de Europa ligados por la sangre con el príncipe prisionero; y particularmente su hermano el emperador de Austria, su prima la reina de Inglaterra, su cuñado el rey de los belgas, su prima la reina de España, é igualmente los reyes de Italia y de Suecia, se pondrán de acuerdo para dar á S. E. el Sr. D. Benito Juarez todas las garantías de que ninguno de los prisioneros volverá á poner los piés en el territorio mexicano."

Hicieron los defensores un nuevo esfuerzo, ya con el Presidente ya con los ministros, para obtener el indulto; continuaron llegando á San Luis telégramas con ese fin; las Señoras de esta ciudad y de Querétaro presentaron una peticion; y por último, los habitantes de Querétaro declararon que estaban prontos "á rescatar con dinero" al emperador. ¡Todo fué inútil! En la noche del 18 Riva Palacio y de la Torre pusieron fin á sus trabajos de defensores, con el telégrama siguiente dirigido á Vazquez y á Ortega:

"Amigos: todo ha sido estéril. Lo sentimos en el alma, y suplicamos al Sr. Magnus presente á nuestro defendido este sentimiento de profunda pena."

Despues de haber espuesto el curso del proceso en sus fases principales, solo me resta hablar de la defensa. Pero estraño como soy á la ciencia del derecho, me limitaré á dar en compendio una idea general, y mas bien que de la defensa misma hablaré de los defensores.

Por lo que toca á las personas de los cuatro abogados, la eleccion no pudo haber sido mas feliz. Eran republica-

nos, de reconocido talento, y gozaban de gran reputacion como jurisconsultos.

Riva Palacio, padre del general republicano de este nombre, tenia además numerosas relaciones entre los miembros del partido de Juarez, circunstancia que daba lugar á esperar mucho bien de su cooperacion. Por eso mismo escogieron él y Torre la residencia del Gobierno, como campo de sus operaciones. Desde el principio tomaron la actitud de suplicantes, y pusieron en juego aquella táctica legal que en México se llama *compadrazgo*, y que suele ser muy útil. Culpa suya no fué, si en este caso resultó estéril.

En Ortega y en Vazquez se reunieron dos hombres, como no es comun que se reunan para un mismo fin: el primero, por su profunda doctrina legal y su fina dialéctica; el segundo, por su juicio penetrante y por su gran elocuencia.

No creo poder hacerles justicia de mejor modo, que reproduciendo la conclusion de su defensa del 14 de Junio, y dando idea de los puntos principales de ella.

Tomó la palabra primeramente Ortega, repitiendo y corroborando la protesta contra la competencia del tribunal; Vazquez sometió luego á la crítica severa todo el sistema seguido en la instruccion del proceso.

"No se ha examinado, dijo, un solo testigo, no se ha presentado un solo documento que tienda á probar que se han cometido los delitos de que se hace cargo al Sr. Archiduque Maximiliano, ni que este sea el autor de los hechos en que se hacen consistir. Se tomó á nuestro defendido su declaracion preparatoria, no se practicó despues con relacion á su persona ninguna diligencia probatoria, pues todas las que existen en autos son relativas al nombramiento de defensores, prórogas de término, y artículos de decli-

natoria, y sin mas trámites se procedió á hacer cargos á nuestro defendido.....”

“.....necesitó (el fiscal) en ella alegar algo en que fundar los cargos que hacia, y no pudo hacer otra cosa que referirse de una manera vaga é indefinida á la notoriedad pública.”

“.....Y no se diga que sí existe en la sumaria prueba de los cargos hechos á nuestro defendido, á saber, la confesion tácita, ficta ó presunta, que resulta del hecho de haberse rehusado á contestar á las interpelaciones que le ha hecho la autoridad judicial en el proceso, ya al tomarle su declaracion preparatoria, ya al recibirle su confesion con cargos, porque esta observacion tiene diversas respuestas, todas decisivas y que no admiten réplica. Es la primera, que aun suponiendo, y despues veremos que esto no es esacto, que la confesion tácita, ficta y presunta, que se toma del silencio, debiera tener los mismos efectos que la expresa, que consiste en reconocer en términos explícitos un hecho, el de guardar silencio solo importa confesion, cuando eso se hace caprichosamente y sin motivo, y no cuando uno, con razon, se niega á contestar por alguna causa legal y fundada. Y en el presente caso, no puede ser mas justa, legal y fundada la causa porque nuestro defendido se negó á contestar, á saber, la de ser incompetente el Tribunal á que se le queria someter, y la de ser inconstitucional la ley por que se le queria juzgar.”

Vazquez, en seguida, pone en duda la notoriedad como prueba, y la existencia misma de ella.

Esta parte del discurso dió campo al defensor para mostrar espléndidamente su instruccion en Derecho, fundando sus argumentos en las leyes militares del pais.

Despues de él habló Ortega, deteniéndose en cada capítulo de la acusacion, y combatiéndolos uno por uno.

"Usurpador del poder público, enemigo de la independencia y seguridad de la Nacion, perturbador del órden y la paz pública, conculcador del derecho de gentes y de las garantías individuales, tales son, en compendio, los principales cargos que se hacen al Sr. Archiduque Maximiliano. Pero esas frases sonoras y retumbantes que bastan para adornar un discurso en un club, ó para llenar unas cuantas columnas de un periódico, distan mucho de ser suficientes para hacer descansar el ánimo de un tribunal al pronunciar un fallo, que vá ó decidir de la muerte ó de la vida de un individuo de nuestra especie. Fundamentos legales, sólidos, robustos, y no vanas y huecas declamaciones, son los únicos que en tal caso pueden tranquilizar el espíritu de funcionarios públicos llamados á pronunciar sobre una pena de consecuencias irreparables, cual lo es la capital.

".....Es cierto que la rebelion de una aldea, de una ciudad, de una provincia, de una pequeña minoría de una nacion contra las instituciones adoptadas por el pais, es un crímen grave que debe ser castigado, aunque despues examinarémos si con la pena de muerte ó con otra; pero entre el caso de rebelion, es decir, del levantamiento de unos cuantos contra la inmensa mayoría de una nacion, y el de una verdadera guerra civil, el de un rigoroso cisma social en que casi por partes iguales una sociedad se divide, deseando una porcion de ella ir por nuevos caminos, y deseando la otra no separarse de los ya trillados y conocidos, hay una enorme distancia; esos dos estados sociales son enteramente diversos, y tambien son enteramente diferentes las reglas legales aplicables al uno y al otro. Cuando lo que se presenta en una Nacion, en una sociedad, es el estado de rigurosa rebelion, es decir, el alzamiento de una minoría insignificante contra la mayoría, aquella necesaria é indefectiblemente sucumbe, y esta tiene el derecho de castigarla, porque ha cometido el crímen de perturbar la paz públi-

ca sin motivo legal que la autorizara á hacerlo. Pero á veces las sociedades, sobre todo las regidas por instituciones populares, suelen verse en otro estado; y es el de que dividiéndose por partes iguales, una porcion quiere una cosa, y otra pretende la contraria.....Cuando hay una verdadera y rigurosa division entre sus individuos, cuando la fuerza de ambas secciones en que una nacion se divide casi se equilibra, cuando ambas secciones toman sumo calor é interés en los puntos que las dividen, cuando ninguna de ellas se presta á hacer concesiones á la otra, entónces tal conflicto, lo mismo que si él se hubiera presentado entre naciones soberanas é independientes, no puede decidirse de otra manera que recurriendo á las armas. Para decidir las cuestiones internacionales sin apelar al desastroso y sangriento recurso de las armas, para procurar hacer desaparecer la guerra entre naciones, siglo tras siglo han aparecido publicistas filósofos y humanitarios que han formado diversos sistemas con ese objeto, que hasta hoy han quedado ineficaces y estériles; de manera que en el estado que hoy guarda la ciencia política, el problema de una paz perpétua entre las naciones se presenta tan insoluble en la ciencia del derecho de gentes, como lo es en la ciencia matemática la cuadratura del círculo.....Hasta ahora ningun pueblo ha podido en su constitucion dar solucion al problema de terminar de una manera pacífica esos cismas sociales, que á veces se presentan en las naciones, y que cuando llegan á aparecer, no se deciden de otra manera que echando mano á la espada. Cuando la guerra civil llega á estallar en un pueblo, ella termina por los mismos medios que las internacionales. Unas veces los partidos, despues de cansados de destrozarse, terminan su lucha por medio de un arreglo, como cuando dos naciones beligerantes ponen fin á la guerra por medio de un tratado. Otras, á la larga, un partido llega á sobreponerse á otro, y á vencer y á subyugar á su

contrario. De este género fueron las guerras religiosas que se presentaron en varias naciones del centro y Norte de Europa, á consecuencia de la llamada reforma religiosa, comenzada á predicar por Lutero en Wirtemberg. Del mismo género son las guerras de carácter político que desde fines del siglo pasado han agitado, siguen, y continuarán agitando hasta que las sociedades tomen su asiento, á las naciones de Europa y de América, y en que luchan las nuevas ideas de Libertad y progreso, diseminadas en el mundo por la filosofía moderna y los adelantos del entendimiento humano, con las tradiciones, hoy sin razon de existir, que ha legado al mundo moderno la edad media. Cuando uno de esos grandes cismas sociales se presenta en una nacion, y cuando uno de los partidos beligerantes logra sobreponerse y vencer al otro, el partido victorioso podrá abusar hasta donde quiera de su triunfo, porque el ejercicio de la fuerza no puede ser limitado sino por el uso de una fuerza contraria, que en el supuesto ha sido comprimida y subyugada. Pero hay una distancia inmensa entre lo que se hace y lo que debe hacerse, entre el hecho y el derecho.

"El partido vencedor, arrastrado por las pasiones del momento, y por los instintos de venganza que siempre despierta una lucha prolongada y sangrienta, puede abusar hasta donde quiera de su victoria; pero la historia y el derecho, que no participan de las mismas pasiones, miran al traves de otro prisma que el de los contemporáneos. Esas ejecuciones sangrientas la marcan con un sello de una reprobacion severa, y las califican de inútiles é injustificables."

Aquí se estiende largamente Ortega acerca de los procesos de Cárlos I, y de Luis XVI, y prosigue de esta manera:

"Macaulay, el mas grande de los escritores ingleses del presente siglo, en el *Ensayo crítico* consagrado á espresar su juicio sobre la *Historia constitucional de Inglaterra*, de Hallam, se ocupa del proceso y ejecucion de Cárlos I, fun-

da largamente contra la opinion del partido tory ingles, que constitucionalmente Cárlos I, por haber infringido las leyes, pudo ser procesado y ejecutado: pero considerando ese suceso bajo el aspecto de haber sido Cárlos I vencido y hecho prisionero en una guerra civil, se adhiere enteramente en ese punto á la opinion de Hallam, diciendo: "Mr. Hallam "condena decididamente la ejecucion de Cárlos, y en todo "lo que dice sobre este punto, nosotros cordialmente conve-"nimos. Pensamos como él, que un gran cisma social, co-"mo es la guerra civil, no debe confundirse con una trai-"cion ordinaria, y que los vencidos deben ser tratados con-"forme á las reglas, no del derecho positivo, sino del dere-"cho internacional." Es, pues, una cosa que no se puede poner en disputa en el presente siglo, que en el caso de una guerra civil los vencedores no tienen el derecho de quitar la vida á los vencidos; y por lo mismo, solo queda por examinar si la lucha en que ha sucumbido el Sr. Archiduque Maximiliano tiene los caractéres de una guerra civil ó de una simple rebelion."

Probó en seguida el defensor, que la guerra sostenida en México durante los últimos diez años fué una verdadera guerra civil, y no otra cosa sino la espresion violenta de las opiniones respecto á las leyes de Reforma. Pasó luego á tratar del principal cargo, el de *usurpacion*, admitido el cual, todos los demas no serian sino repeticiones de un mismo hecho bajo diversos puntos de vista históricos, ó consecuencias necesarias de él.

Haciendo una reseña de la historia moderna de México, demostró el importante papel que habian desempeñado en varias ocasiones las juntas de notables; y que la proclamacion del Imperio y la eleccion de Maximiliano para emperador, fué por parte de los notables de 1863 un hecho conforme á los precedentes de la historia constitucional de México; y por fin, que el acusado habia pedido en Europa el parecer

de afamados jurisconsultos, y no se decidió á aceptar la corona, sino cuando estos declararon que las actas de las municipalidades eran la espresion de la voluntad nacional.

Relató en seguida Ortega las tentativas que el emperador hizo para congregar una asamblea nacional; mencionó las circunstancias mediante las cuales no podia quedar al emperador duda sobre la legitimidad de su título; y deteniéndose en los últimos acontecimientos, cerró esta parte de la defensa con las siguientes palabras:

"Esas dudas le habrian podido ocurrir, si los pueblos una vez retirada la presion del extrangero y antes de ser ocupados por las fuerzas liberales, hubieran por sí y espontáneamente levantado la bandera de la República. Pero sea cansancio, sea temor de que la retirada de las fuerzas francesas fuera falsa, sea seguridad de que bien pronto las fuerzas nacionales los pondrian á cubierto de toda invasion de propios y estraños, el hecho es que la generalidad de los pueblos observó una conducta pasiva que no pudo servir para disipar el error en que habia caido nuestro cliente, de haberse creido llamado por la nacion."

Igualmente rechazó Ortega la acusacion de *filibustero*, y combatió los cargos que al emperador se hacian por el decreto de 3 de Octubre, diciendo entre otras cosas:

"Sin embargo, á pesar de que la ley de 3 de Octubre de 1865 se propuso por parte del Gobierno del Archiduque objetos semejantes á los que por parte del Gobierno nacional se propuso la ley de 25 de Enero de 1862, con arreglo á la cual se ha pretendido sustanciar al presente juicio, y que aquella se dictó por quien no tenia restricciones constitucionales que respetar, creémos que la comparacion entre ambas no seria desfavorable á la primera, y que los venci-

dos de hoy podrian con facilidad resignarse á ser medidos con la misma vara con que ellos pretendieron medir á sus adversarios."

Despues de haber rechazado los demas cargos, se puso á discutir lo inadmisible de la pena de muerte en principio, apelando á la Constitucion de 1857, la cual habia abolido esa pena, especialmente para los delitos políticos.

Concluyó la defensa con el siguiente apóstrofe al tribunal:

"Existe en nuestro continente un gran pueblo, maestro profundo en el juego de las instituciones libres: la república de los Estados-Unidos; y su conducta con Jefferson Davis, usurpador del poder público como presidente del rebelde Sur, presenta un noble ejemplo que imitar. Jefferson estaba sujeto al gobierno que procuró derrocar. Maximiliano no habia nacido en México, y vino á él creyendo de buena fé ser llamado por la nacion para gobernarla. El uno provocó una guerra civil en un país, que desde que habia hecho su emancipacion política habia gozado de una paz que habia llegado á ser proverbial. El otro vino á un país desgarrado hace años por la guerra civil, con la noble intencion de procurar ponerle término; y arrebatado por la fuerza de circunstancias ingobernables se vió arrastrado á tomar parte en la que ya existia. Aquel persiguió cruda y tenazmente á los partidarios del Gobierno de la Union americana. Este no solo toleró, sino que mostró una decidida inclinacion, amparó y protegió á sus adversarios políticos, partidarios de las instituciones republicanas. El primero trató de destruir en el territorio que lo reconocia los principios adoptados por el Gobierno á que intentó sustituirse. El segundo, con la sola escepcion del principio monárquico, condicion esencial de su existencia política, conservó, defendió y sostuvo, á despecho y disgusto de sus na-

turales aliados, los principios establecidos por el Gobierno constitucional. Sin embargo, Jefferson Davis, vencido desde 1865, no ha sido juzgado por un tribunal escepcional, ni por una ley privativa y anticonstitucional, no ha sido privado de las garantías que otorga la Constitucion del país cuya paz pública alteró; y despues de dos años de vencido, no se ha presentado todavía un acusador público que en nombre de la ley pida el sacrificio de su cabeza.

"¡Soldados de la república, que acabais de recoger tanta gloria en los campos de batalla, y de dar dias de placer tan inefable á la Patria! ¡no manchéis vuestros laureles, no turbeis tan puro regocijo público, abusando de vuestra victoria sobre un enemigo vencido, y decretando una ejecucion sangrienta, inútil, y extraña al noble carácter del compasivo y bondadoso pueblo mexicano!"

Si pretendo que estos mis recuerdos tengan valor histórico, es que puedo hacerlo con plena conviccion. Habiéndome propuesto ofrecer una fuente auténtica para la historia de los últimos diez meses del imperio, y rectificar las erróneas opiniones que hay sobre ciertos puntos esenciales, para lograr mi intento debí restringirme á límites meramente objetivos. Los hechos del infeliz príncipe á cuya memoria están consagradas estas páginas, daban materia para una narracion ante todo fiel; no podia yo satisfacer mi anhelo de servir al emperador de mejor manera, que dando á conocer sus sentimientos y sus pensamientos.

Por lo que respecta á mi juicio sobre las personas, y á mis opiniones sobre los acontecimientos, aquel y estas son el fruto de un exámen concienzudo, apoyado en mi propia esperiencia y en documentos del todo fidedignos.

He dejado hablar á los hechos, y estos son suficientes para reducir á la nada las acusaciones que de aquí y de allí han surgido con sobrada ligereza.

En donde hablan los hechos ¿qué importa que tomen la demanda ciertos oficiales franceses, por órden de su amo, empeñándose en hacer recaer sobre el emperador Maximiliano todo cuanto su propia conciencia les dice que debe recaer solo sobre la cabeza de su Soberano?

Frente á los hechos se presenta así mismo en plena luz el valor de una crítica, que no contempla las cosas sino á traves de un lente color de rosa, y que no ve mas que sombras en donde no resplandece el Sol republicano. En uno y otro campo se vierten opiniones esclusivas, que pretenden ser infalibles; pero un juicio que no tenga por base los hechos, y no penetre las razones intrínsecas, no puede menos de ser injusto, por mas que se le presente engalanado con huecas frases, las cuales no tienen ni el mérito de la originalidad.

Abrigo la conviccion de que la historia hará completamente á un lado esas bajas calumnias y acusaciones, y de que los contemporáneos y los pósteros harán á la memoria del emperador la debida justicia.

Dirán que mientras vivió, no siguió ciegamente la antigua senda tradicional, sino que su vida fué una aspiracion incesante, una lucha concienzuda entre las preocupaciones y la libertad; y esta lucha basta para cimentar su gloria.

Sobre él pesó la mano del destino, y no le permitió llevar á cabo cuanto habia emprendido con entusiasmo.

No le fué dado guiar á la victoria la flota que él creó, ni pudo llevar á feliz término la empresa á que se habia consagrado: la de regenerar á una nacion desfallecida.

Viena, Mayo 28 de 1868.

SAMUEL BASCH.

RECTIFICACIONES

A

LAS MEMORIAS

DEL

MEDICO ORDINARIO

DEL EMPERADOR

MAXIMILIANO,

POR

HILARION FRIAS Y SOTO.

México, Marzo de 1871.

Sr. Dr. D. Manuel Peredo.

Amigo muy querido:

Al rectificar la obra del Dr. Basch, de ninguna manera intento ocuparme de la elegante traduccion de V., tanto por ser invulnerable ese magnífico trabajo, cuanto porque seria una vana pretension de mi parte tratar de corregir á V. que es uno de nuestros escritores mas correctos.

Mi censura solo afecta á la parte histórica del opúsculo del médico aleman, porque el celo patrio me obliga á no dejar pasar des-

apercibido tanto error vertido acerca de nuestras cosas y tanta mala apreciacion hecha sobre nuestros hombres.

Es el único mérito que acaso tendrá mi pequeño escrito; sin embargo, lo dedico á V., protestándole que su insuficiencia tiene el valor de estar dictado por el sincero afecto que profeso á V. y la alta estimacion á su distinguido talento. Acepte V. esta demostracion de su verdadero amigo

Hilarion Frias y Soto.

HEME aquí de nuevo obligado á seguir á otro extrangero que, con pretensiones de escribir la historia de la caida de Maximiliano, se ha internado en ese camino de injurias y calumnias contra México, contra ese país tan pródigo en su hospitalidad, y que solo ha recibido diatribas en pago de los tesoros que ha vertido lo mismo en las manos del colono que en la bolsa del aventurero.

Y cuando ha cesado el entusiasmo por lo que afecta al emperador, cuando solo se editan estas obras por completar el cuadro histórico de aquel gran suceso, la tarea de ir rectificando las falsas apreciaciones y los errores de los cronistas europeos, es bien ingrata y fatigante.

Pero en esa tarea me alienta el amor á mi México, á esa patria que ha sido la querida de mi corazon, por la cual condenaria á todo Clodio que intentara lanzar una sospecha sobre la alma matrona.

Sin perspectiva ni esperanza de obtener lauro alguno por tan estéril trabajo, coloco mi cartel espurgatorio en el monumento fúnebre que la historia ha levantado á la memoria del infortunado príncipe, porque así creo haber prestado un servicio á mi país rectificando la crónica de aquella época tan notable por sus combates, sus victorias y sus cadal-

sos, y porque allí encontrarán un recuerdo de gloria nuestros hijos, y una leccion los pueblos.

Esta intencion que me anima, disculpa, y mucho, las faltas en que incurra. Cometeré errores sin duda, pero serán de esos errores de corazon que encuentran su proceso en la pasion que se exhala siempre en torno de ese inmenso deliquio que se llama *¡Patria!*

I.

Samuel Basch inaugura su obra contándonos que en Noviembre de 1866 comenzó á desempeñar el cargo de médico de cámara en la corte imperial de México, puesto al cual fué elevado por el influjo del médico ordinario de Maximiliano, Dr. Semeleder. Antes de llegar á tan alto rango no habia sido mas que cirujano de ejército.

Yo tendria una biografía muy curiosa que publicar acerca del Dr. Basch, sino abrigara la conviccion de que muy poco importan á la época histórica de aquel gran cataclismo esas mezquinas personalidades que han pretendido llegar á la posteridad adhiriendo su pequeño nombre á aquel ruidoso suceso; pero la oruga tambien se adhiere al tronco añoso del árbol y no por eso supervive como este resistiendo los vientos de los siglos.

El zapatero de Efeso incendió el templo de Diana 356 años antes de Jesucristo y aun se repite su nombre; pero Eróstrato al menos quemó con sus manos aquella maravilla, mientras que otros pretenden inmortalizarse solo por haber visto el incendio.

Yo que no quiero cooperar á esta pretension me desatiendo del médico de cámara para ocuparme tan solo de su libro: acaso en el trascurso de él me veré coactado á tocar al Dr. Samuel, y tendré que compulsar lo que era como médico, y lo

que fué como servidor del archiduque; pero no invadiré su vida íntima, limitándome á juzgar al hombre público.

Seguiré adelante.

Basch nos cuenta que entró á desempeñar sus nuevas funciones en Chapultepec, adonde residia la corte, y que allí comprendió que necesitaba sondear el terreno político en que nuevamente se encontraba, al verse rodeado de personas que no conocia, y de las cuales solo fué recibido con frialdad y desconfianza.

Esto no debió admirar el doctor pues es la eterna historia de todas las cortes del mundo, y nada tienen de nuevo esos celos entre los parásitos de los tronos.

Pero solo dos personages merecieron al Dr. Basch su alta atencion: el consejero de Estado Herzfeld, y el célebre padre Fischer. El primero no nos dejó ningun recuerdo, mas la biografía del segundo es realmente edificante, y bien conocida en México, gracias á los escritos de los mismos extrangeros que se han ocupado de las cosas y personas del último imperio.

Mas al fin el Dr. Samuel se encuentra en su elemento, y parte para Cuernavaca acompañando al infortunado príncipe, el cual desde allí le demostró que habia depositado en él toda su confianza: así lo dice textualmente el narrador.

El lector habrá visto en el curso de los *Recuerdos de México*, que el autor de esta obra sin cesar llama la atencion sobre la *confianza* que le dispensaba el archiduque, retratándose á sí mismo como el hombre indispensable y el depositario de sus secretos y de las espansiones de la alma imperial.

Esa pretension no es nueva: muchos de los que han precedido al médico ordinario en la tarea de cronistas del imperio, han voceado con empeño que poseyeron la confianza de Maximiliano.

La princesa de Salm Salm y su digno esposo, se pavonean con la intimidad del emperador.

Los ministros que se presentaron en Querétaro durante el terrible proceso, ó algunos de ellos, al menos, al dar cuenta á sus respectivos gobiernos de aquel suceso, hablaban de los secretos que les confió el héroe coronado durante aquellas horas de agonía.

No pongo en duda la afirmacion, pero me admira que los depositarios de los misterios de aquel noble rey no hayan sabido siquiera juzgar bajo su verdadera luz los hechos que cuentan. La vulgaridad de sus escritos es la mejor respuesta á su pueril jactancia.

El Dr. Basch no podia faltar en aquella exhibicion, así es que á su vez lo vemos *editando*, como se dice hoy gracias á un perfecto galicismo, su humilde persona en la historia de Maximiliano, pretendiendo así, ademas del lucro que produjera la edicion, alcanzar el lucro de la inmorialidad colocando su diminuta mole junto á aquella gigantesca figura, como satélite de un sol de gloria.

Tambien la oruga se implanta en el tronco del roble sin lograr por eso pasar á traves de las edades resistiendo los vientos de los siglos.

Sea lo que fuere, ya tenemos en la escena al pequeño Doctor, el cual desde este momento se lanza á disertar sobre alta política con una ligereza que asombra, pues tal parece que sus apreciaciones nacen, no de la antesala donde discuten la cosa pública el capellan del rey, el director del museo y el ministro de la casa imperial, sino de la cocina del palacio adonde entretienen sus ocios los marmitones y lacayos hablando de asuntos políticos.

Así es que para anotar la obra del médico ordinario era preciso rehacer la historia que cuenta y levantarla sobre esa vulgaridad con que él rebaja la suya.

¡Y que la época en que Basch debuta es altamente digna de todo interés!

Comienza el doctor su novela durante la última estancia de Maximiliano en Cuernavaca, es decir, cuando este sentía que el trono se desmoronaba bajo sus plantas, cuando á este le faltaba todo á la vez, la esplendente inspiracion de la emperatriz, el apoyo de la Francia, y la popularidad nacional conque creia haber contado siempre.

Con esto habria tenido cualquier escritor que no hubiera sido el médico ordinario, para formar un magnífico prólogo. Pero tenemos que conformarnos con su mezquina produccion, y abandonando su introito entrar con él en materia.

Comencemos acompañando por un momento al archiduque en su última estancia en Cuernavaca.

Maximiliano estaba constantemente agitado por una movilidad peremne, y rara vez permanecia mucho tiempo en el palacio que le habian regalado los notables reunidos por Forey.

Sin cesar caminaba, y sin embargo en ningun punto permanecia muchos dias, agitado por esa inquietud de la nostalgia que enervaba su alma tan dignamente templada.

Así es que habia escogido varias residencias adonde trasladarse indistintamente, prefiriendo sobre todas las que estaban situadas en el campo.

El archiduque, ademas de naturalista era poeta.

Cuernavaca era, pues, su mansion favorita, y tenia que serlo, por que su suelo, vestido con la lujuriosa vegetacion de los trópicos, y su cielo tibio, perfumado y radiante debian encantar á aquel regio soñador.

Al Sur de México está tendida la vía que conduce á la bella ciudad.

Despues de cruzar una magnífica calzada, despues de dejar á un lado á Churubusco, á ese pequeño pueblo desmoronado y convertido en polvosas ruinas entre las cuales solo queda el eterno monumento de una gloriosa derrota sufrida por el ejército nacional ante la superioridad del invasor americano, despues de cruzar la encantada ciudad de Tlalpan, á la cual la industria no ha podido darle la vida que anualmente le prestaba el juego, y despues de dejar perdida entre la caliginosa bruma del valle á la capital del Nuevo-Mundo ceñida en su lado oriental por sus dos lagos, se comienza á subir las colinas que como inmensos escalones conducen á esa espléndida sierra de Ajusco.

Xochimilco quedó á la izquierda medio hundido en su pequeño lago; el camino ondula ascendiendo fuertemente como el dorso de una vívora: se llega á las primeras rocas á donde está una sepultura india en cuyos ángulos se levantan cuatro gigantescos pinos como los cirios de un catafalco, y despues de cruzar dos pequeños pueblitos llenos de polvo y de flores, se entra á ese alto llano monótono y triste que se llama Las Raices, vestido por un inmenso tapiz de grana, pero grana venenosa y que ningun animal romanea sin caer herido de muerte.

Mas allá la altura es inmensa, y al cruzar ese llano árido y frio que se llama el Guarda, adonde un grupo de casas miserables de madera hace mas triste el paisaje, se siente un viento horrible y que recuerda el que arrastraba los grupos de sombras en el infierno del Dante.

Al fin se llega al monte de Huichilaque, al punto mas alto, á la region del pino, adonde crecen los ocotes levantando sus verdes penachos entre las nubes y las tempestades y adonde cada piedra, desde la cruz del Marqués hasta el pueblo negro y sombrío que levanta la torre gris de su iglesia en un ángulo de la montaña, todos son recuerdos sangrientos de la guerra civil, ó tradiciones de crímenes y ro-

bos cometidos por los bandidos que allí lanzó armados el clero para combatir contra la libertad.

Despues de atravezar el pueblo de Huichilaque, pueblo de cazadores, monteros y ladrones, y que recuerda á los villorios de la Sierra Morena, el paisaje se despliega ante la vista repentinamente deslumbrante de luz, de colorido y de vida.

El descenso es rápido y el camino trazado en zizag, desde la cumbre hasta la vertiente de la montaña, está tallado en el flanco del cerro como una monstruosa serpiente gris y roja, que se hubiera dormido entre las rocas, fatigada por el sol de la tierra-calienta.

Pero el panorama es magnífico, el único acaso en el mundo.

Contemplando el cuadro desde una de las postreras curvas de la vía se vé la ciudad de Cuernavaca medio asomada entre las desigualdades del terrero, casi perdida entre las copas de los árboles frutales. A la izquierda, recortando el término, el cerro de la Herradura deprimido como si la pezuña de un animal inmenso se hubiera posado sobre él antes de que endureciera su corteza de granito: mas allá la pintoresca masa de rocas volcánicas entre las cuales está escondido ese simpático pueblo de Tepozotlan, la Aténas de aquellas ciudades semi-bárbaras, y adonde la raza indígena conserva su primitiva civilizacion embellecida y regenerada por la trasfucion de la luz de la civilizacion moderna.

Al Este, los dos volcanes, el Iztacihuatl y el Popocatepetl, con sus inmensos perfiles recortados en la inmensidad de un cielo de púrpura y oro, con sus bases hundidas entre las olas inmóviles de las montañas que ciñen su pié como un mar petrificado, con sus frentes irradiando con la diadema de sus eternas nieves, levantadas mas allá de la nube, mas allá de las tempestades.

Al Sud-Este, la lontananza, plana y vaporosa con sus lla-

nos verdes y tachonados de carmin, y en medio de ellos alzando sus cónicos mamelones las Tetillas, como dos pesones que hubieran amamantado algun fauno mitológico.

Al Medio-dia, la cañada revestida por la glanea planta del azúcar, y mas allá en un débil ascenso se entreveé la franja del rio Amacusaque, como un sueño de luz y vapor, y mas allá, por fin, á una distancia fatigante las inmensas moles de los montes que forman esa terrible y admirable sierra que se llama el Sur.

Me habia divagado. ¡Tienen para mí tantos recuerdos aquel cielo, aquel suelo y aquel sol!

En medio de aquel paisaje admirable se delinea Cuernavaca, la ciudad accidentada, indolente y mortífera; la favorita de dos emperadores, apesar de su aspecto inculto y que recuerda esos aduares de las orillas del Ganges.

Cuernavaca fué construida en el declive de una colina, y sus calles, tortuosas é irregulares y formando planos inclinados en todas direcciones, son tristísimas con sus casas de mezquina construccion y sus techos prismáticos de teja. Allí solo es bella la naturaleza con su cielo de oro y su suelo de esmeralda; pero la obra del hombre es pobre y produce una mala sensacion el aspecto de aquella poblacion que debia ser suntuosa, si se atiende á que su ereccion se debió á las necesidades sociales de aquella riquísima agricultura. Pero, por el contrario, aquel grupo de chozas de plantadores revela la sórdida barbarie de la colonia española que allí monopoliza la industria azucarera, y que solo ha dejado, como el monumento eterno de su deshonra, las pretensiones feudales de sus cómitres, la esclavitud disfrazada del labrador y todo el grupo de ignorancia y atrazo que forma la estela histórica de la España conquistadora.

¡Y que hay en Cuernavaca recuerdos que debiamos eternizar en nuestras crónicas, y edificios que seria preciso con-

servar á través y á pesar de los siglos! Allí está el palacio de Cortés, allí el calabozo adonde estuvo preso Morelos antes de marchar al suplicio, y allí la habitacion de Maximiliano, el rey mártir.

He aquí la favorita del emperador, abandonada hoy y consumiéndose en su molicie soñolienta, tendida bajo la sombra de sus árboles tropicales, y refrescada en la noche por los vientos del Norte que arrastran del Huichilaque masas de nubes que llevan en su seno aquellas cataratas pluviales que nutren al árbol y matan al hombre.

En esa ciudad, y á su célebre Jardin de Borda, fué á vivir Maximiliano, segun nos cuenta su médico ordinario; aquella fué la última vez que la visitó. Yo, que me he propuesto no solo rectificar los errores del cronista extrangero, sino llenar tambien los huecos que deja en su obra, he querido describir ligeramente la residencia imperial: así se irá conociendo en Europa este *Paraíso perdido* que se llama México.

Pero volvamos á nuestro Doctor Basch.

Dice que despues de residir seis dias en esta ciudad, al sétimo, en la madrugada, tornaron á México, á causa de haber sabido el emperador que se habia tramado una conspiracion en Tlalpam, y que los conspiradores habian sido ahorcados por el general O'Horan.

Dentro de un momento voy á ocuparme de esa conjuracion; pero antes, y para no divagarme, tengo que seguir con el médico de cámara.

Este asegura que al mismo tiempo en que ellos llegaban á la capital del imperio, llegaba la noticia de que la emperatriz volvía de su mision en un vapor de guerra francés, y que entonces Maximiliano dispuso salir para Orizaba, en donde se habia propuesto aguardar á Carlota, lo cual comunicó al Dr. Samuel encargándole la reserva.

Ademas, apoya su dicho en las cartas del emperador á Bazaine que publica Kératry.

Sorprende ciertamente que un empleado de tal categoría como Basch en la corte imperial enarre de esta manera los graves sucesos que tuvieron lugar en aquellos momentos. Esto es hablar de política como lacayo, y por mas ignorante que haya sido el doctor, no es creible que llegara su ceguedad á tal punto que no viera con mas claridad la tormenta que se desataba á su alrededor.

Razon tienen, sin duda, los que suponen que la presente obra no ha sido escrita por Basch, y que este solamente prestó su nombre para dar mas importancia á un folleto que hiciera productiva la edicion aunque estuviera plagada de errores.

En efecto, cuantos han tratado íntimamente á Basch, aseguran que es incapaz de escribir dos líneas. Y los que lean los *Recuerdos de México*, adivinarán que su autor ni es muy entendido ni conoce la historia de aquella época sino es por los datos verbales ministrados por el mismo Basch, el cual no es apto ni para hacer esa obra, por mala que esta sea.

Pero vamos adelante.

Maximiliano jamás creyó en la próxima vuelta de la princesa Carlota á México, y el mismo Kératry, á quien cita como autoridad el médico aleman, asegura que las cartas del emperador dirigidas al mariscal Bazaine con fechas 14 y 18 de Octubre, no tenian mas objeto que hacer colocar en el camino de México á Veracruz un cordon de tropas que lo escoltase cuando partiese para la costa, y evitar que este proyecto lo conociesen los disidentes si llegaban á apoderarse de esa correspondencia.

Se vé, pues, que el Dr. Basch no poseia mucho la confianza de su amo, y tomaba sus datos políticos en los últimos escalones de las escaleras de la servidumbre imperial.

Voy por un momento á desarrollar ahora á mis lectores ese cuadro sombrío de la conjuracion de Tlalpam, que menciona el médico de cámara, para recojer así siquiera algunas de las terribles efemérides de aquel periodo, y fijarlas en la historia, como fija el naturalista en un cuadro las aterciopeladas mariposas de la noche prendidas con alfileres.

II.

En los últimos dias de Setiembre de 1866 tuvieron lugar, en efecto, los fusilamientos de que habla el Dr. Basch, el cual lanza á la publicidad la sospecha terrible de si hubo realmente tal conspiracion ó si fué inventada por O'Horan, quien, dice tambien Basch, disfrutó de una reputacion harto dudosa por haber cambiado de color repetidas veces durante su vida política y militar, y por haberse distinguido siempre por su escesiva crueldad, ya con los liberales ya con los conservadores.

Difícil es hoy levantar el velo que cubre aquellos sucesos, y mas aun cuando sobre los pliegues inferiores de ese velo que arrastra en tierra, está tirado el cadáver del ejecutor, y no queremos profanar sus restos.

Es, pues, imposible arrojar una luz bien clara sobre aquella trajedia, y tenemos que dejar en pié la sospecha que entonces corrió en alas del rumor público de haber sacrificado O'Horan, no á los conspiradores si no á sus propios cómplices, que con él trabajaban por derrocar el imperio y que pudieron comprometerlo con sus declaraciones.

El mismo O'Horan ha fomentado esta idea cuando aseguró que sirvió á Maximiliano por ayudar á los republicanos, con lo que quiso defenderse cuando estos lo juzgaron despues de la ocupacion de la capital.

Pero en mi papel de rectificador no me queda en esta materia mas que completar la narracion del médico de cámara, el cual solo menciona al correr la pluma ese episodio sangriento con una horrible indiferencia. ¿Qué le importa, sin duda, la ejecucion de algunos mexicanos mandada por su Señor?

Basch solo cuenta el último acto del drama; yo narraré los primeros, desde el prólogo, porque es preciso que la historia de aquella época abunde en todos sus principales datos, á fin de que la posteridad la conozca en sus menores detalles.

Porque, en efecto, los fusilamientos de Tlalpam en 1866 eran el cuadro final de un drama que habia comenzado á desarrollarse desde un año antes.

Tlalpam era un distrito de fatal agüero para los prefectos imperiales.

Falcon habia sido asaltado al entrar á su propia casa durante la noche.

Los agresores envueltos en las sombras se arrojaron sobre él: la lucha se entabló; se oyeron algunos tiros, y despues todo quedó en silencio. Al dia siguiente se encontró el cadáver del gefe político nadando en su sangre. El suelo conservaba las huellas del combate, y en la pared se veía engastado el ojo de la víctima que habia arrastrado una bala, y que colocado en el hueco que esta habia hecho, parece que veía fijamente á los transeuntes.

Becerril fué á succederle.

Becerril era un anciano patriota, leal, honrado, y que habia servido á México desde la primera guerra de independencia.

No sé cuales serían los principios políticos que profesaba, pero si sé que su carácter tan recto y tan justificado no transijia con el bandalismo. Cuando fué invitado para servir la prefectura de Tlalpam, el principal móvil que lo arras-

tró á aceptar ese puesto fué su entusiasmo por estinguir á los ladrones, que asolaban aquella comarca bajo el pretesto de guerrilleros, con los cuales no deben confundirse.

Becerril comenzó su penosa tarea.

Pero un dia atravesaba el *Pedregal*, esa faja de rocas volcánicas que interrumpe el verde suelo de Tlalpam. Al atravesar una estrechísima encrucijada al frente de un piquete de gendarmería, distinguió á dos hombres agazapados en el hueco de una peña.

Inmediatamente lanzó su caballo, empeñándose mas en aquella garganta de piedra, cuando se escucharon dos detonaciones que partieron de ambos lados del camino, y el anciano cayó herido con el cuerpo atravesado por dos balas.

Este asesinato derramó un terror páuico entre los pretendientes que buscaban empleos en la corte, y el imperio no encontraba quien se encargara de aquella azarosa prefectura.

Entonces se pensó en el general O'Horan: este iba á marchar á Yucatan á continuar la guerra contra los indios, cuando su tio el ministro Escudero y Echanove lo empeñó á que marchara á Tlalpam.

O'Horan vaciló, y cuando se vió al fin comprometido á aceptar, se presentó en una junta de liberales que se reunia en la casa de Joaquin Alcalde, y espuso que tomaba el mando de aquel Distrito, pero que allí serviria en cuanto pudiera á sus antiguos correligionarios.

Preciso es decir que cumplió sus compromisos y que muchos liberales le debieron su salvacion. Mas tarde lo perdieron sus vacilaciones y la ilusion que lo fascinó de que el imperio estaba definitivamente consolidado.

O'Horan tomó el mando del Distrito bajo los auspicios de un ministerio liberal, y esto debe tambien tomarse en cuenta al juzgar su conducta. Así fué que apenas llegó á Tlalpam cuando se puso en contacto con los liberales que allí habia.

Y hay que recordar que en todos esos pueblos situados en

la falda de las sierras del medio-dia, solo se respira el aire de libertad que baja de las montañas que ha barrido como una avalancha las huestes de la reaccion que intentaban ir á batir á los guerrilleros de la reforma y de la independencia.

Si habia tambien bandidos, esto debe imputarse á la desorganizacion de las clases sociales por la revolucion, y á lo favorable que son aquellos montes para abrigar á los malhechores.

Uno de los primeros actos de O'Horan fué autorizar con su presencia la festividad del 5 de Mayo, celebrada en Tlalpam en pleno imperio y á riesgo de despertar las suceptibilidades del ejército interventor.

En efecto, Bazaine elevó hasta Maximiliano una enérgica queja contra aquella conmemoracion de la derrota de la Francia en los cerros de Puebla. El gabinete imperial interrgó entonces al general O'Horan, y este contestó que el hecho era cierto, y que al permitir que se celebrara el recuerdo de la victoria de Mayo, habia tenido presente que uno de los programas del imperio era la independencia del suelo mexicano, y que esa independencia habia sido ultrajada por las tropas francesas. Remarcaba ademas que creia necesario halagar el espíritu de aquellos pueblos.

La respuesta era terrible, porque envolvía á la vez una leccion y un reproche.

O'Horan, con esto, fué perfectamente aceptado en el Distrito, y los liberales tuvieron algun respiro, porque solo se perseguia á los bandoleros.

Esta calma duraba ya hacia algunos meses, cuando en Octubre de 1865 Maximiliano anunció oficialmente á la Nacion, que Juarez habia abandonado definitivamente el territorio mexicano y que la causa republicana quedaba sin bandera.

El apoyo de la declaracion oficial era el mendaz parte dado por Brincourt. La premisa era, pues, tan falsa como la

consecuencia, porque el gefe francés contaba un hecho falso, y porque el archiduque se equivocaba al creer que porque un hombre arrojaba al suelo en su fuga la bandera que se le habia confiado, esta quedaba perdida. El pabellon de la independencia de un pueblo jamás sucumbe, porque la idea que encarna flota en el viento que se respira, cintila en la luz del espacio, germina en cada átomo de la tierra y en cada corazon henchido por el amor á la patria.

Pero Maximiliano creyó, ó afectó creer, el parte militar de los franceses, y con ese motivo dió la terrible amnistía que se llamó decreto de 3 de Octubre.

¡Espantosa ironía que bautizaba con el nombre de gracia á la implacable ley que empapó en sangre el territorio del imperio!

O'Horan fascinado por la opinion general, se aterró ante la mentida derrota del partido que amparaba, y quiso retroceder consagrándose enteramente á la causa imperial.

La reaccion que se operó en su ánimo tuvo que traducirse por actos que lo vindicaran ante su gobierno, y que borraran hasta las sospechas que habian dado orígen á que se concibiera.

Desde entonces comenzó á perseguir con encono á sus amigos de la víspera. Si en esto solo queria sofocar la voz de sus cómplices, es una acusacion que han lanzado muchos pero que yo no repetiré, porque no olvido que O'Horan descanza ya en el inviolable asilo de la tumba.

Dias antes y con motivo de las festividades de Setiembre de 1865, los operarios de las fábricas de Tlalpam habian significado al prefecto que era preciso hacer ya una demostracion armada contra el imperio.

O'Horan que veia perdida aún la causa de la república, temió que lo comprometiera la impaciencia de sus cómplices, y dió parte á México. Entonces salieron de la capital varios destacamentos, que se desparramaron por los contor-

nos, rodeando á Tizapam y demas avenidas. Esto sirvió á O'Horan para que dijera á los liberales que era preciso aguardar á que se retiraran las fuerzas.

Pasemos este paréntisis de tiempo, y lleguemos al luctuoso mes de Octubre de 1865.

O'Horan tuvo ese vértigo de sangre que solía innundar su cerebro, y se lanzó á las crueldades que tanto se le reprocharon mas tarde.

Un dia despues de una espedicion por el pedregal, tornó diciendo que habia aprehendido á los asesinos de Becerril y que los habia fusilado. Dijo ademas que antes de morir habian declarado que Martinez y el boticario Muñoz estaban complicados en el plan de la insurreccion, cuyo principal artículo era el asesinato de los prefectos.

Martinez fué deportado á Yucatan.

Muñoz fué conducido á la corte marcial de Tlalpam.

Entonces comenzó aquel sombrío proceso tan lleno de irregularidades y cuyo desenlace fué terrible.

Se comenzó por catear la casa de Muñoz: pero antes describamos á este personaje.

Bajo de cuerpo, ancho de espaldas, las piernas arqueadas como se ven en los que habitualmente están á caballo, la cara ancha, trigueña pero teñida de un color fuertemente rosado en los pómulos, la boca grande, la dentadura magnífica, aquel era un acabado tipo de la raza indígena fuertemente bastardeada con la sangre española.

En el rostro de Felipe Muñoz se revelaban la inteligencia y la audacia, y en sus ojos inquietos y cintilantes relampagueaban las profundas pasiones de aquella alma.

Muñoz nombró tres veces defensor, y otras tantas se estraviaron las comunicaciones dirigidas á los abogados.

Por fin se presentó en la corte marcial Joaquin Alcalde, llamado por Ramirez Arellano.

Alcalde es una figura muy prominente en la historia de nuestro partido liberal.

Pequeño de cuerpo, robusto, trigueño, la barba pobladísima, las cejas espesas y muy negras, tocándose la una con la otra, los ojos grandes algo salientes, oscuros pero brillantes como el diamante negro, dentadura magnífica y nariz un poco grande: el rostro del abogado republicano es muy simpático, y respira su alta inteligencia y su valor civil.

Joaquin Alcalde solo ha tenido dos causas en el programa de su vida y á las que se ha dedicado enteramente, la causa de la república y la de los desgraciados. Es una grande alma y un gran corazon.

Hizo prodigios en la defensa de Muñoz, pero todo fué inútil. El reo estaba condenado de antemano.

Al catearse su casa, en medio de aquel menaje compuesto de libros viejos, momias, esqueletos y retortas, se encontró un secreto de familia que la prensa de entonces no vaciló en revelar al público.

Dícese que en un subterráneo se encontró una jóven robada por Muñoz.

Ademas se dijo que se habia encontrado una carta que comprometía al reo. Pero es de notarse que de esa carta hablaron imprudentemente los periódicos antes de que se encontrara, lo cual hace suponer que fué fabricada *ad hoc.*

Muñoz fué sentenciado á muerte; como en su defensa habia acriminado á la familia Becerril, Alcalde escribió al reo, que permanecía severamente incomunicado, la magnífica carta que sigue:

"Sr. D. Felipe Muñoz.

"México, Octubre 11 de 1865.

"Muy señor mio:

"La Señora de V. me dijo anoche, que habia logrado

arrancarle las sospechas y malas presunciones que tenia contra los Señores Becerriles.

"Si esto es cierto, y si V. no tiene el convencimiento íntimo y profundo de que sus sospechas sean una verdad, al borde ya del sepulcro y animado de sentimientos cristianos, debe V. de satisfacerlos, escribiendo que sus presunciones contra ellas no son justas, que las espresiones vertidas por V. en la declaracion y que me amplió antes de comenzar los debates, y de que yo hice mérito en la defensa, las retira absolutamente, arrepintiéndose de haberlas proferido.

"Esto, Sr. Muñoz, es de justicia, es de conciencia: al abandonarnos el alma, hay algo mas allá de la tumba. Si lo que V. dijo no es verdadero, manifiéstelo así, para librar á toda una familia de injustas presunciones. V. se considera víctima de calumnias, y vé V. cuán horrible es calumniar.

"La persona que pretendió alcanzar algo de Maximiliano, favorable á V., nada he obtenido. Sus lágrimas de muger nada valieron. El emperador compadeciendo al hombre, permanece mudo y ciego, queriendo el cumplimiento de una ley.

"Vine á tratar á V. en el crepúsculo de su vida: al irse á hundir en las sombras de la eterna noche, ejecute un acto de suprema justicia, vindique á los que ayer se difamaron, y despues de escribirles, autorice al sacerdote que oirá las últimas conferencias de la alma de V. con Dios, para que en público diga que V. los satisface.

"Que su paso de la vida á la muerte no sea amargo.

"De V. su servidor Q. B. S. M.—*Joaquin M. Alcalde.*".

O'Horan partió á México ofreciendo á Muñoz que alcanzaría el indulto.

El reo, viéndose perdido, se hizo de un veneno para suicidarse antes que marchar al patíbulo; pero aguardaba pa-

ra tomarlo que dieran las dos de la tarde, hora en que se le habia ofrecido que llegaría el indulto.

Pero aunque la ejecucion debia tener lugar al siguiente dia, se adelantó la hora terrible, y al mediodia Muñoz fué sacado de la capilla. Este fusilamiento tuvo lugar el dia 11 de Octubre de 1865.

Los reos deportados á Yucatan lograron fugarse, y volvieron á aparecer cerca de Tlalpam.

Estos fueron los que ejecutó O'Horan en la época de que habla Basch.

Eran, pues, dos patíbulos, entre los cuales estaba tendida, como un lazo, una huella de sangre.

Hé aquí lo que fué en realidad ese gran crímen político cometido en Tlalpam, cuya roja sombra formará una de las manchas mas densas del imperio, y que apesar de su magnitud pasa desapercibido bajo la pluma insustancial del Dr. Basch, quien sin embargo lanza la duda de si existió la conjuracion, ó si fué inventada por O'Horan, de quien hace tan duras calificaciones. En México, al ménos, acostumbramos respetar la memoria de los que ya no viven.

En el siguiente capítulo el Dr. Basch se ocupa de los partidos en que está dividido México, y se lanza á *hacer la política*, como se dice hoy en un enérgico galicismo, con una audacia en la cual campean á la vez la ignorancia y la injusticia.

Ligeramente habla de la junta celebrada en Chapultepec con objeto de discutir un proyecto, segun el cual se convocaria un Congreso nacional que fijara la forma de gobierno que debia adoptarse en lo sucesivo, y con igual superficiali

dad habla de la actitud americana, del abandono de la Francia, de la enfermedad de Carlota y de la mision Castelneau.

Basch no sentia el volcan que mugia á los piés del imperio, y como todos los hombres de aquella época, llegó al borde del abismo sin tener la conciencia de lo acaecido.

Un poco mas allá retocaré ligeramente este punto. Por hoy solo rectifico las apreciaciones del Doctor sobre los partidos políticos de México.

En cuatro los divide el médico Samuel, bajo la denominacion de *puros, conservadores, moderados y maximilianistas.* A estos últimos les dá muy poca importancia, sin embargo de que fueron los que por su adhesion al archiduque supieron caer con dignidad juntamente con el trono. Si hubo prófugos, eso siempre sucede en toda derrota.

Pero segun el escritor aleman, los partidos en México son lo mas despreciable del mundo, porque no profesan convicciones firmes, y el móvil de su conducta es el interés bastardo y material.

Segun el mismo, el partido *conservador y clerical* no tenia mas punto de mira que recobrar los bienes de la Iglesia que habia perdido por la desamortizacion, y salvar los intereses de los grandes propietarios amenazados por la confiscacion.

Basch está equívoco. En toda lucha política siempre surgen los intereses materiales, porque ellos, unidos á los intereses morales, constituyen ese gran todo de la vida social. Y esos intereses son perfectamente legítimos, en tanto que no tienen la bastardía que rompe la ley y el equilibrio económico de los pueblos.

El que escribe estas líneas constantemente ha estado filiado en el partido liberal, y jamás, ni por un momento siquiera, ha tenido ni la tentacion de ligarse con los conservadores ni los imperiales; y sin embargo, hace á estos plena justicia.

El partido clerical no solo cuidó de los bienes de manos muertas sino que combatia tambien por sus creencias antiguas, por la religion de su hogar y por el santuario adonde iba á orar de rodillas, como habian ido sus padres, y como querian que fueran sus hijos.

Algunos intentarian conservar los inmensos bienes de la Iglesia y las ricas prebendas de que disfrutaban. Pero la mayoría se levantaba contra la reforma que iniciamos los liberales, porque veian su creencia vulnerada y su Dios profanado por la libertad.

Habia fanatismo, intolerancia y error. Pero estos son los defectos genuinos de la raza humana, y apesar de ellos, durante la reaccion conservadora, hubo grandes sacrificios, valor admirable, abnegacion y verdadero heroismo. Entre los conservadores hubo rasgos admirables y que honran altamente su memoria.

Basch no debia olvidar que ese partido, á la hora suprema del peligro, y apesar del injusto desprecio con que lo habia tratado el imperio, rodeó á Maximiliano, y supo caer con él batiéndose con valor y sucumbiendo con gloria, mientras lo abandonaban la Francia y muchos extrangeros.

No es menos injusto el doctor con el partido liberal, pues lo acusa de no tener mas que un aspecto esterior republicano y un espíritu anti-clerical llevando un móvil socialista radicado en su ódio contra el clero poseedor. Mas aùn, lo inculpa de que no tenia principios fijos y solo deseaba los bienes de la la Iglesia para adjudicárselos.

Nada de esto es esacto. Los hombres realmente ilustrados de la América del Norte y de Europa, lo que mas han aplaudido en el partido liberal es la firmeza con que han sostenido su dogma político apesar de los desastres y peligros de que estaba rodeada esa obra ciclopea que se llamó la reforma. Si en torno de los mártires de la libertad que consumaron el triunfo republicano hubo especuladores que se

enriquecieron con los despojos eclesiásticos, no debe olvidar el médico imperial que los primeros que saquearon los tesoros del templo, fueron los obispos, y Miramon y Márquez: y menos debe relegar al olvido que despues del triunfo de Calpulalpam la mayoría de los bienes desamortizados fueron á manos de *extrangeros.*

El partido liberal, el verdadero partido liberal, está muy alto sobre la calumnia del doctor de cámara de Maximiliano. Respecto al partido moderado no me permito juzgarlo, porque no soy imparcial en la materia. Jamás he podido estimar á ese grupo de hombres que solo profesan un programa, el del *éxito*; que solo buscan un fin, su propia elevacion, y sobre la patria y el dogma colocan siempre sus bastardos intereses. Por eso se amoldan á todas las formas de gobierno, con la sola condicion de que el que impere los eleve á los puestos y les abra las arcas públicas.

Un poco mas esacto es el médico historiador al describir al partido *maximilianista.* En efecto, fuera de la inmensa comparsa que siempre anda en pos del presupuesto, habia hombres leales y de corazon á quienes fascinó el irresistible ascendiente de Maximiliano, hasta el punto de que olvidaron sus ligas pretéritas y rompieron sus compromisos con la República para ir á ayudar á la consolidacion del nuevo trono con sus luces y su influencia. Estos siguieron la suerte del emperador hasta la última hora, mientras que los parásitos, ó defeccionaron, ó buscaron en la fuga la salvacion de su persona y de sus intereses.

Así fué como se desvaneció esa nube dorada que por algunos meses flotó en torno del jóven rey.

Las demas apreciaciones de Basch son tan esactas como su relacion entera, y lo que nos cuenta acerca de nuestros *pronunciamientos* es alguna efeméride que le enarraron, y que se relaciona á los movimientos revolucionarios que pa-

saron durante algunas dictaduras militares, anteriores á la invasion francesa.

Pero hasta en esto se vé el miopismo del que pretende ser apreciador severo de nuestras revueltas. Sepa Basch que siempre detras de cada insurreccion, que en cada una de las faces de nuestra guerra civil, se trasparenta la lucha eterna de los dos partidos, el liberal y el conservador, y que con mas ó menos desembozo se remarcaba en cada combate y á cada episodio de las guerras civiles, el antagonismo de la reforma y del estatuo-quo, del porvenir y del pasado, de la civilizacion y del retroceso. Las almas pequeñas solo ven la pequeñez del detalle, pero jamás saben abarcar el conjunto, ni descubrir la causa generadora de un fuerte sacudimiento social.

Pero mas miserable es aun el historiador, cuando se permite juzgar la fidelidad militar de los mexicanos.

Dice que en México no se tiene por deshonor abandonar una bandera, y que en el ejército imperial hubo deserciones cuando faltó al imperio dinero que darles, ó esperanzas que ofrecerles para el porvenir.

¡Ingrato es el Dr. Basch con los hombres que defendieron las últimas horas de su amo, con los hombres que vertieron su sangre por el rey extrangero, y que cayeron como leales al lado del emperador!

A no ser que Basch hable de la fuga de los franceses, de la defeccion de la legion extrangera, de la dimision pedida por la oficialidad tambien extrangera de los *cazadores*, de la insurreccion de los belgas, de las cartas que algunos soldados extrangeros dirigian al general sitiador en Querétaro.

.....¡Pero esos no eran mexicanos.....!

Antes de permitirse Basch tocar la honra de nuestra raza debia recordar que el caballeroso Maximiliano á la hora

del desastre, se vió obligado á dispensar á algunos de sus auxiliares del juramento de fidelidad que le habian prestado.

Aquí tengo que abandonar al médico ordinario (y bien ordinario por cierto) en sus elucubraciones filosóficas acerca de la situacion política de Maximiliano, desde su advenimiento al trono.

El desprecio con que el nuevo régimen trató á sus aliados naturales los conservadores, el programa liberal aceptado por el jóven soberano, tanto por propia conservacion, como por apuntaciones del elemento francés, la pugna entre el gabinete de México y el de las Tullerías, toda esa suma de absurdos que arrastraron á los emperadores á un abismo, está juzgada por el cronista con una superficialidad, ligereza y falta de juicio tales que al leerlo se cree escuchar á un labriego atacado de político-manía.

Si es cierto que el médico de cámara disfrutó alguna vez de las confidencias de su Señor, no cabe duda en que este estaba engañado respecto de ese inmenso error europeo que se llamó la espedicion de México. No es estraño que los que estaban mucho mas abajo, participaran de tan cruel aberracion.

Volvamos á la terrible lógica de los hechos.

III.

Hagamos, pues, á un lado todo el capítulo segundo de los *Recuerdos de México*, y saltemos al siguiente, en el cual penetra de lleno el doctor al corazon de la política de aquella época, y de una plumada recorre la cuestion interior, la cuestion francesa, y las divergencias con Roma.

Basch penetró, segun dice, hasta el gabinete del emperador y á la biblioteca contigua, mientras se efectuaba la junta en la cual se iba á resolver la propuesta de convocatoria que habia iniciado Maximiliano, quien creyó que podia reunir un congreso nacional, en el cual ingresaran los elementos de todos los partidos, y decidieran de la suerte del imperio, y de la creaccion de elementos para sostenerlo.

Herzfeld no obtuvo esa confianza segun cuenta el médico de cámara, confianza que, por otra parte, no sirvió á este último para recibir mejor luz con que juzgar la situacion. Apesar de haber sido testigo de los debates, y de haber podido leer el pensamiento de su real Señor, continuó Basch hundido en su ignorancia.

Por eso se vé que no comprende toda la significacion que tuvo el ingreso del partido conservador en masa al ministerio imperial y al Consejo de Estado.

Por eso sorprende que juzgue con tanta ligereza á Lacunza, y asiente que el emperador deseaba la llegada de

Castelneau, cuando hasta escusó encontrarse con él durante su viaje á Orizaba, y por último por esto no puede el escritor en su lirismo apreciar con precision perfecta lo que acaecia en torno suyo.

Como no pretendo fatigar al lector con anotaciones, sino que solo intento rectificar los errores en que incurra el cronista del emperador, voy de una plumada á fotografiar aquella crísis política que precedió á la agonía del trono mexicano.

La espedicion de México fué el inmenso, el estrepitoso, el sangriento fiasco de la Europa.

La liga de Lóndres era un imposible, por el antagonismo forzoso en que debian encontrarse los intereses de las tres potencias signatarias de la convencion de 31 de Octubre de 1861. La ruptura de la Soledad fué, pues, un corolario forzoso de aquella monstruosidad diplomática.

Rota la convencion, quedaba la Francia empeñada en la obra absurda de erigir en México un trono sucursal del imperio de las Tullerías. Para esto era preciso amalgamar el dogma conservador con los principios reformistas franceses. Al ocupar los zuavos la capital de la República precedidos y acompañados por las hordas armadas de la Iglesia católica, apostólica, romana y mexicana, tenian que hacer causa comun con el partido reaccionario para construir en comandita un imperio en el país clásico de la democracia, dándole la forma gótica, destruyendo la reforma, matando el pensamiento en todas sus libertades y levantando todo el edificio de la España colonial y retrógrada. Tambien esto era imposible, y los nietos de los revolucionarios de 93 no podian coligarse con los defensores de las tradiciones españolas.

Hé aquí por qué la regencia pugnó muy pronto con los procónsules encargados de dar cima á la obra napoleónica.

Por lo mismo, mas tarde el mismo Maximiliano, tan ilustrado y tan liberal como puede serlo un príncipe, tuvo que

desechar el elemento clerical y llamar á los progresistas que se resolvieron á ser partidarios del nuevo órden de cosas.

Esa indeclinable necesidad en que se encontraba el emperador debia ser el gérmen de su desgracia, porque el dilema de su situacion era terrible y puede formularse así:

—O se ligaba con su apoyo natural, el elemento conservador, y entonces pugnaba con el elemento progresista francés,

—O se ponia en pugna con los clericales, y entonces el partido imperial era solo una tercera entidad representando una fraccion personista.

Hé aquí por qué el imperio fué siempre un engendro no viable y que llevó en su seno una semilla de muerte. Lo notable es que ese pronóstico jamás pudieron hacerlo los altos hombres de Estado que preparaban la empresa desde Europa, mientras que los oscuros periodistas de la República pudimos augurar el final del drama cuando apenas estábamos en el prólogo, durante las primeras campañas de Oriente.

Si no se creyera que pagábamos un tributo á nuestra vanidad, reproduciría yo algunas líneas que escribí el año de 1862 profetisando la historia de la rutura de la convencion, de la fuga de Francia y de la caida del imperio; pero debe advertirse que nosotros juzgamos las cosas que palpamos y en el viejo mundo se tenia la pretension de regir á México sin conocerlo.

La leccion fué severa, y sin embargo aun no aprovecha á todos. Los pequeños historiadores de la catástrofe de Querétaro aun juzgan la situacion como la apreciaron entonces.

Por eso Basch ni sabe estimar á los hombres del imperio, ni retrata los sucesos con sus verdaderos colores.

A Lacunza, por ejemplo, no lo tiene por un hombre honrado y ménos por inteligente en el manejo de la cosa públi-

ca. Afortunadamente poco inporta á la reputacion del ministro mexicano el juicio que formen los criados del soberano, de quien fué secretario de Estado.

Lacunza, durante su larga carrera pública, conquistó la sólida calificacion de hombre ilustradísimo y de ciudadano probo.

De una talla mediana, de un torso redondo, algo levantado en el pecho y descansando gravemente sobre dos piernas pequeñas cuyos piés llevaban sus puntas echadas hácia fuera, de un rostro ancho, rubicundo, encerrado en la orla de unas patillas cortas y retratando con su boca grande y su grasosa papada el tipo teatral del hombre de bien; Lacunza, apesar de sus ojos tan llenos de vida y de la picarezca espresion de su nariz ligeramente remangada, apesar de su gravedosa locucion erudita y fácil, pero deformada con el acento nasal que daba á las *erres* pronunciándolas como *q*; Lacunza parecia mas bien el administrador de una *hacienda*, que un abogado y rector y ministro de Estado.

Sin embargo de lo que habia de vulgar en aquella fisonomía, Lacunza poseia un gran talento, una vastísima instruccion, una probidad unánimemente reconocida.

Hombre frio y reflexivo, su defecto capital era no tener corazon. Y sin embargo se apasionó por Maximiliano, y le fué tan leal que aceptó la cartera y los puestos primeros en los momentos del peligro supremo, cuando muchos extrangeros é infinitos mexicanos que habian alcanzado del trono fortuna y honores, huian en los convoyes franceses al sentir que se desencadenaba la tempestad.

Si Lacunza hizo fiasco fué porque la empresa era imposible y nadie podia parar la agonía de aquel imperio. Respecto á su conducta durante la prision del emperador, mas tarde la juzgaremos para acabar de demostrar cuán injusto es Basch al censurar á un hombre que se sacrificó al prín-

cipe austriaco, y que por serle adicto sufrió el tormento de morir léjos, muy léjos del suelo patrio.

El médico *ordinario* debia dejar en paz esas cenizas sobre las cuales pesa aun la terrible sentencia del ostracismo.

. . . . . .

Sigamos ya, por un momento tan solo, al Doctor Samuel en sus elucubraciones políticas.

Dice el médico que en la junta debió tratarse de la reunion del congreso y de mejorar la situacion financiera; pero que se hizo á un lado el pensamiento de la Asamblea nacional y que en cuanto al dinero quedó en *promesa*, como se acostumbra en México.

Respecto al congreso debemos decir al médico, que el partido conservador que rodeaba á Maximiliano, lo mismo que el maximilianista liberal, eran perfectamente lógicos al desechar el pensamiento de convocar un congreso que desidiera de la forma de gobierno que debia regir en el país.

En efecto, un descendiente de Cárlos V no podia, no debia ir á buscar la fuente de la soberanía en el sufragio del súbdito, porque esto equivalía á declarar nulo el derecho divino. Este era el primer contrasentido del voto de los *notables*, cuyo voto quedaba nulificado desde que se le buscaba una nueva sancion.

Por otra parte, era imposible realizar un acto electoral en un país enteramente incendiado como estaba México. Y cuando se habia visto ya que al llegar Maximiliano, mas ántes aún, desde que estableció Forey la regencia, los mexicanos no se prestaban á desempeñar los puestos públicos, y que era preciso poner en vigor el decreto conminatorio de Orizaba para tener empleados, de augurarse era que ninguno, y ménos los liberales que habian permanecido retraidos, se prestaria á aceptar la comision de diputados á la cámara convocada por el emperador extrangero.

Como se vé, la idea de convocar un congreso nacional era uno de esos sueños que con tanta frecuencia ofuscaban con su bruma la clara inteligencia del jóven soberano.

En cuanto á la falta de dinero, Samuel Basch la atribuye á la ignorancia de los mexicanos en materias económicas, y se olvida enteramente de que un país adonde el gobierno imperial solo era dueño del terreno que pisaba, y solo disputándolo á cañonazos, que un país en plena insurreccion, adonde no habia confianza pública, ni comercio, ni industria, las rentas nacionales debian ser muy cortas.

Basch olvida tambien que la lista civil de su Señor era tan alta que absorbia dobles cantidades de las que la República gasta en su presupuesto total. A esto debe agregarse que chambelanes, damas de honor, lacayos y médicos ordinarios costaban mucho y no servian gran cosa para sostener aquel trono batido á cañonazos y minado por la miseria de su erario.

Pero al doctor Samuel y á la mayor parte de los extrangeros importados en el convoy imperial, les preocupaba mucho la cuestion financiera por lo que afectaba á sus sueldos, cuyo atraso no toleraban.

En cuanto á la cuestion religiosa, yo no puedo retroceder hasta el año de 1865, como lo hace el médico ordinario, para buscarla desde su venero.

El trono hizo dos revoluciones durante su existencia, precedidas del *statuo-quo* que mantuvo Maximiliano en los primeros dias de su reinado, durante los cuales dejó las cosas tales como las habia planteado la regencia bajo la direccion de los franceses.

En la primera revolucion el emperador se lanzó abiertamente en el camino de la reforma, ostigado por las exigencias del clero y por la ridícula mision de monseñor Meglia.

Rompió entonces enteramente con el partido conservador, sin atraerse á los republicanos, que no podian aceptar ni

por un momento un rey extrangero traido por extrangeros, y lastimó las creencias religiosas y el fanatismo del numeroso círculo político que lo habia llamado. Fué su primer error.

En la *segunda revolucion* llamó á los que habia desechado, y se lanzó á la reaccion con Márquez y Lares, en los cuales creia encontrar la salvacion del imperio abandonado por la Francia á la hora de su agonía. Este fué su último error, y el mas grave, porque en su lógica indeclinable lo arrastró al cadalso.

De esto, á la manera como invade el Doctor la filosofía de nuestra historia destrozándola á su manera, hay una gran distancia. Abandonémoslo allí, porque el espacio se nos estrecha y apenas comenzamos á revisar las primeras páginas de su obra.

IV.

El capítulo IV de los *Recuerdos de México* es la recordacion de aquellos lúgubres dias en los cuales recibió Maximiliano la triste nueva de la enfermedad de la emperatriz, terrible prólogo de la crísis cuya terminacion debia tener lugar en el Cerro de las Campanas.

En este capítulo es algo mas verídico el cronista extrangero, aunque se nota allí, como casi en toda la obra, el deseo de figurar en primer término, apareciendo el Sr. Basch como el único consejero íntimo y como el depositario de todos los secretos de aquella grande alma de Maximiliano.

Para no dejar incompleto el cuadro voy á tocar levemente ese período de la historia del pobre emperador, permitiéndome hacerlo con mas precision de la que acostumbra su médico de cámara.

Carlota habia partido para Europa llena de fé en su inteligencia y en el noble interes de su causa, y creyendo que saldria avante en su mision de empeñar al gabinete de las Tullerías en continuar la imposible intervencion de México, disfrazada con el pretexto de consolidar el nuevo trono.

Tambien iba la emperatriz á arrancar al Papa la aprobacion de la reforma que habia anatematizado en tres encíclicas y media.

Como se vé, aquella era una mision absurda.

La inteligente, la noble archiduquesa Carlota, pretendia hacer comprender el lenguage del honor al menguado aventurero Luis Bonaparte, que habia escamoteado un imperio á la República, y era claro que ese idioma era indescifrable para el presidiario de las Tumbas, para el fugitivo de Strasburgo, para el traidor del 2 de Diciembre. Napoleon, aterrado ante la exigencia del yankee, ya no queria mas que salir del suelo mexicano, adonde estaba llevando lecciones muy severas desde el 5 de Mayo de 1862, y en su fuga poco le importaba hollar el tratado de Miramar y el buen nombre de su nacion: lo que le importaba era huir, y pronto, porque el látigo americano tronaba ya muy cerca de su espalda.

Inútiles fueron, pues, los esfuerzos de la noble Señora para hacer que aquel cobarde volviera por su dignidad. El gabinete de las Tullerías habia signado ya su retractacion ante la República y abandonaba á los jóvenes soberanos en medio del peligro adonde los habia arrastrado.

Llevando esta terrible defeccion en el alma partió la emperatriz para Roma.

Allí el drama fué mas terrible porque el crímen pasó como han pasado todos los que se han cometido en la Iglesia, con una envoltura de sombras y velados por un impenetrable misterio.

Vana era la pretension de que el Papa comprendiera lo que es progreso, luz, libertad é inteligencia....! la de Carlota se estrelló en esa roca donde una mano profana ha escrito el *non possumus*, precisamente al pié de la cruz adonde habia muerto el Cristo de la democracia.

La hermosa soberana entró al Vaticano con la frente altiva é irradiando de inspiracion y de génio.... las puertas del salon de recepciones se cerraron detrás de ella, y allí permaneció encerrada durante algunas horas.

Al fin se abrió el tapiz que cubria la entrada del salon y de allí salió desolada, con los ojos brillando de calentura, pero con la mirada vaga por la falta de razon, la altiva emperatriz de México.

Mientras la noble Carlota se debatia en el torbellino de su demencia, sacudida por las terribles convulsiones del estravío cerebral, allá, entre la penumbra del gabinete, se veian dos sombras negras contemplando inmóviles aquel cuadro histórico. Eran el *Infalible* y su ministro Antonelli, el alma condenada del último papado: veian, sonriendo, su obra.

. . . . . .

La noticia de la enfermedad de la emperatriz vino á decidir á Maximiliano á abdicar el trono, y se dirigió á Orizaba, caminó para Veracruz.

Perfectamente se conoce ya en México la historia de la última crísis del imperio.

Basch nada de nuevo nos ha enseñado.

Nada mas, que las conferencias de Orizaba están tratadas por el médico de S. M. con la ligereza propia de su ignorancia.

Como ya se ha escrito tanto sobre ellas solo diré, para no dejar aquí una laguna, que allí en la ciudad tropical se cometió el último crímen político del imperio, porque allí se engañó á Maximiliano precipitándolo á la guerra civil, al obligarlo á que se pusiera al frente del partido conservador.

Los clericales comprendieron al fin que estaban perdidos sin remedio, y que solo podian luchar apoderándose de la situacion y tomando por bandera al emperador.

Para lograrlo, hablaron á Maximiilano de su honra; le hicieron remarcar que un príncipe de su casta no podia huir

entre las vivanderas de Napoleon III, y le mintieron exagerándole los recursos de dinero y tropas con que se contaba aún para contener al ejército nacional que se desbordaba triunfando por todas partes.

La tentacion era hábil, y el descendiente de Cárlos V no podia quedar sordo á aquel llamamiento.

Imposible me es seguir todas las peripecias de aquella crísis de Orizaba, tanto menos, cuanto que las he contado ya en otra parte: no me estenderé, pues, en este incidente, porque el tiempo se me estrecha y apenas me alcanza para seguir á ese historiador vacilante que marcha dando traspiés en un sendero que no conoce. Me veo, pues, obligado á estractar.

Mientras Maximiliano luchaba como Laoconte estrangulado por sus pesares, su desaliento y su inquietud, un clérigo, colocado silenciosamente en la sombra, contemplaba aquel inmenso dolor, calculando cómo lo esplotaría en provecho de su partido, y aguardando que su víctima estuviera agotada para hacer presa en ella.

Era el reverendo padre Fischer.

En torno del antiguo calvinista se agrupaban todos los personages mas notables del partido conservador, y tejian rápidamente la intriga que debia tener su desenlace en el Cerro de las Campanas.

Al fin, reunidas todas las proominencias de la reaccion, hasta Miramon y Márquez, Maximiliano, envuelto en aquel torbellino de intrigas, fué arrebatado en la empresa de sostener lo que no habian podido apoyar sesenta mil franceses, y lanzó un manifiesto declarando que no era cierto que abdicaba sino que se ponia al frente de su ejército.

Hé aquí, pues, el resultado final de tanta junta y tanta cábala.

Maximiliano se dejó fascinar, y sus vacilaciones cesaron,

luego que se le habló de que su honor estaba empeñado en que continuara en un poder bastardo desde su orígen.

Para darle mas brillo á aquel efímero argumento se esplotó hábilmente el encono que con razon sentia el príncipe contra los franceses. Muy humillante hubiera sido sin duda para el emperador de México, tener que fugarse del imperio juntamente con los batallones de Napoleon III que se retiraban al mandato de Seward.

Pero esto no debia haber hecho olvidar al inteligente Maximiliano que con su permanencia en el puesto iba á encarnizar la guerra civil, sin mas objeto que mantener una usurpacion cuya ilegalidad era el primero en reconocer, al querer abdicar depositando el gobierno en una asamblea nacional.

La habilidad de los partidarios del imperio consistió, pues, sobre todo, en haber fascinado á Maximiliano hasta ocultarle que el honor está basado en el cumplimiento del deber, y que lo tenia, y muy imperioso, de restituir á la Nacion lo que le habian arrancado las bayonetas francesas.

Porque el archiduque no podia conservar aun la ilusion de que la junta de notables y las actas del imperio significaban la espresion de la voluntad de un pueblo. Desnudos ya de todo su oropel los personajes de la intervencion, la comedia francesa representada en el palacio de México no tenia que ser mas que una farza á los ojos del justo, del recto Maximiliano.

Pero todo supieron disfrazárselo los que lo rodeaban, y velándole el mar de sangre que ondulaba al fin del camino que lo obligaban á seguir, lo arrojaron de nuevo á la insensata empresa de sostener un imperio de cuya salvacion desesperaba la misma Europa.

No atendió Maximiliano á que no se necesitaba para salir de México que lo escoltaran los franceses. Pudo haber marchado con sus austriacos. Pero á aquella alma tan he-

róica repugnaba al fin hasta la idea de que abandonaba á sus partidarios.

Y se quedó, sin embargo de que conocia que iba á morir en la obra. Pero en ello miraba ante todo su honra, y en esas materias cada uno es el mejor juez de la suya.

Despues de nueve dias perdidos en aquellas vacilaciones, al fin el dia 1º de Diciembre dió Maximiliano su manifiesto á la Nacion, en el cual anunciaba que desistia del proyecto de abdicacion y que conservaba el poder.

El partido conservador habia triunfado.

Pero no debe atribuirse esclusivamente á Lacunza, ni menos se puede hacer gravitar sobre este ministro, como lo intenta Basch, la responsabilidad de aquella intriga.

En la junta de Orizaba Lacunza estuvo con los once consejeros que opinaban por la abdicacion, pero que retardaban su plazo hasta que quedara organizada una situacion regular que salvara los intereses morales creados por el imperio.

Este plan seria un error, pero no una egoista infamia como la denomina el médico de cámara.

Lacunza, y con él los moderados, lo que no querian era que Maximiliano al huir, despues de arrojar la espada, no arrojara tambien, como los Horacios, el escudo que cubria su cuerpo.

La precipitacion en la fuga era mas vergonzosa, y mas decoroso era retirarse dejando organizada ó una capitulacion ó una defensa útil, que salir dejando á millares de hombres entregados á discrecion de un terrible vencedor.

Tomada ya esta determinacion por Maximiliano, comenzaron los conservadores á moverse activamente haciendo demostraciones públicas que simulasen una especie de regocijo popular por tan fausta nueva.

Con repiques y cohetes iniciaron su campaña imperialista, olvidando entre tanto la precaria situacion del tesoro y lo

mezquino del ejército que quedaba despues de la retirada de los franceses.

Al fin Maximiliano volvió á México.

No escribo la historia de aquella época: tan solo rectifico al doctor, pues ya en otra obra [1] he descrito esa angustia que sufrieron el emperador y los suyos durante aquella prolongada crísis. Allí describí las faces de las conferencias de Orizaba, las discusiones que provocó la abdicacion y todos los detalles de aquellos sucesos durante los cuales las vacilaciones del príncipe y las intrigas del partido conservador engendraron el cambio político que sirvió de preludio á la tragedia de Querétaro.

---

1 *México, Francia* y *Maximiliano.*

V

El dia 12 de Diciembre de 1866 salió Maximiliano de Orizaba, y habiéndose detenido frecuentemente en el camino, hasta el dia 5 de Enero de 1867 llegó á la capital.

Y aun no se dirigió al palacio, sino que se detubo en la hacienda de la Teja, situada en las inmediaciones de México.

Allí se vió que apesar de la decision tomada vacilaba aún el príncipe, no lograba desechar enteramente de su ánimo la idea de abdicar y volverse á Europa.

Ya ántes en su carta dirigida á los comisarios imperiales desde Orizaba, asentaba estas palabras que probaban de una manera incontestable que no creia en la legitimidad del imperio:

—" El poder, decia Maximiliano, se deriva de la Nacion, por cuanto la Nacion sola, reunida y legalmente representada, puede decidir de una manera estable sobre la forma de gobierno y el porvenir del país."

" Yo seré el primero en sugetarme de buen grado á la decision legal de la Nacion, sea cual fuere."

Con esta confesion del que se habia denominado emperador de México, el imperio era ilegal y todos sus actos nu-

los, desde la junta de notables convocada por Forey hasta el último manifiesto de Orizaba.

Y en efecto, si la proclamacion del trono y las actas de adhesion habian sido legales, á qué buscar aquella nueva sancion de ilegalidad....?

Pero no divaguemos en consideraciones ya inútiles hoy.

Al fin cesaron las vacilaciones de Maximiliano y se resolvió á permanecer en su puesto.

Los franceses hacian mil tentativas á fin de obtener la abdicacion que debia paliar algo la vergüenza de su fuga.

En efecto, abdicando Maximiliano los franceses nada tenian que hacer en México, y Napoleon queria á toda costa que la mengua de su defeccion cayese sobre el noble príncipe á quien habia precipitado en aquella loca aventura. Pero este no quiso prestarse á ser el juguete del gabinete de las Tullerías, y afrontó el peligro que veia en el porvenir.

Pero entonces los franceses consumaron su perfidia retirando á los de su nacionalidad que habian ingresado á las filas del ejército mexicano imperial.

Los ministros austriaco y belga tambien cooperaron á este trabajo, y despues de la disolucion de los cuerpos auxiliares muy pocos extrangeros se prestaron á continuar prestando sus servicios al trono.

La mayor parte de los extrangeros marcharon con los franceses y se embarcaron para Europa.

Pero al narrar este hecho olvida hacer el Doctor Basch las recriminaciones que en otra parte hace á los mexicanos con tal motivo.

¿Por qué en esta ocasion no remarca el médico de cáma-

ra lo ruin de semejante defeccion consumada á la hora del peligro?

....¿Quiénes fueron, pues, los que abandonaron á Maximiliano en la desgracia, los extrangeros ó los mexicanos?

Al fin partió la última division francesa, y con toda la rapidez posible, destruyendo su material de guerra y vendiendo en pública almoneda sus caballerías, los soldados de Napoleon III se dirigieron á Veracruz, adonde se embarcaron violentamente antes de que viniera otra nueva conminacion de la Casa-Blanca, y sin cuidarse mucho de cómo quedaba su buen nombre en la tierra que abandonaban y adonde habian ido á consumar la obra mas grande del reinado del 2 de Diciembre.

Con los franceses emigraron los tímidos imperialistas, los que no veian muy claro el porvenir, gracias á las sombras de su conciencia política; los que en la época de prosperidad habian hecho una fortuna con que poder alejarse de Maximiliano en su desgracia, y muchísimos extrangeros que no encontraban en el tesoro exhausto del imperio el indispensable salario de su adhesion.

Maximiliano quedó solo, enteramente solo; pero su gigantesca figura se desprendia en aquel horizonte de fuego alumbrado por las cárdenas luces del sol poniente de su imperio como la sombra colosal de un héroe, el único grande, el único digno de admiracion y de respeto en medio de tanta defeccion, de tanta miseria y de tanta cobardía.

Lo rodeaban nada mas los *pelucones*, como llamaba antes á los conservadores, y esos hombres á quienes Basch retrata como meticulosos, impotentes y nulos, supieron, si no cumplir sus promesas á Maximiliano, porque la situacion era insostenible, al menos sí morir con gloria en torno del trono y caer con dignidad juntamente con el imperio.

Véamos, pues, lo que habian hecho para abrir la campaña los imperiales.

Ya lo he dicho algunas líneas ántes: no me es posible describir las últimas juntas tenidas en México, y en las cuales se discutió aún si Maximiliano debia abdicar ó no.

Cierro, pues, un paréntesis en las "Memorias" del Doctor Basch, desde la embriaguez del padre Fischer en el convite de Orizaba, hasta la salida de Bazaine de la capital con la division de retaguardia que se alejó en medio del júbilo de la poblacion, á la cual pesaba ya mucho la presencia de los franceses.

El partido conservador, entre tanto, habia aglomerado los elementos con que contaba, y creyendo que las cosas pasarian como pasaban algunos años antes, Miramon salió de México con unos cuantos soldados medio desnudos y un cuadro de viejos oficiales, tan viejos, que al ver aquella comitiva los pueblos del Interior comprendieron que con aquel grupo de ancianos se podia formar una coleccion de profetas monumentales y hasta un apostolado, pero que jamás se opondria con ellos una resistencia séria á la República, jóven y vigorosa, que se aproximaba arrastrada por el huracan de la victoria y trayendo en su seno todas las iras del pasado.

Basch dice en sus "Memorias" que Miramon "se habia dirigido á marchas forzadas sobre Querétaro y Zacatecas, habiéndose apoderado de estas dos importantes plazas al primer asalto."

En esto es tan inesacto como en la mayor parte de las novelas con que nos regala el médico aventurero.

Querétaro no fué ocupado por asalto, pues ni un momento habia dejado de pertenecer á los imperiales.

Un dia se vió descender de las calles altas de la ciudad, situadas en su parte oriental, una larga comitiva medio civil, medio militar.

Era Miramon y su cuadro de oficiales, con algunos soldados que pretendian ser un ejército y que no lograban ni los honores de una escolta.

Aquella masa abigarrada, compuesta de los restos de los cuerpos de ejército vencido algunos años atrás en Silao y Calpulalpam, presentaba un aspecto bien estraño. Ancianos vestidos de medio uniforme, y algunos jóvenes á quienes la penuria del tesoro imperial no les habia permitido equiparse conforme á ordenanza, llegaban todos cabalgando tristemente en animales flacos y viejos que arrastraban con pena su carga y su vida.

Los habitantes de Querétaro, por mas adictos que fueran en su mayoría á las ideas conservadoras, no pudieron menos que sonreir con ese sarcasmo propio de su carácter, al ver aquella coleccion de ancianos destinados á salvar el trono que habia desesperado de sostener el ejército francés.

Y sin embargo, aquella masa creció como una avalancha.

Es que esos hombres desgarrados y llevando aun sobre sí las huellas del abandono en que los tuvo el imperio durante tres años, se levantaban llenos de fé á hacer el último esfuerzo en pro de su causa, y al ver enarbolada la bandera de la reaccion por un emperador jóven y valiente creyeron salvada la situacion.

Y se hacian ilusiones, y se forjaban castillos dorados imaginándose que iban á repetirse aquellas campañas rápidas y felices en las que los habia conducido Miramon, arrollando á los ejércitos republicanos que mandaba Degollado.

Es que no conocian bien al enemigo que tenian enfrente, porque su gobierno, siguiendo el antiguo sistema de engañar á la Nacion, mentia victorias, suponia triunfos fáciles, y retrataba á los liberales como unas gavillas desorganiza-

das, sin valor y sin disciplina, cuya única táctica consistia en robar á las poblaciones indefensas.

Cara pagó su mentira el ministro imperial, pues si hubiera sido franco y leal en sus relaciones oficiales, el ejército de Maximiliano no habria ido á estrellarse en aquellos batallones que en Occidente y en la frontera del Norte habian dado lecciones tan severas á los franceses.

No comprendieron un hecho palpitante que por sí solo hubiera bastado para revelarles la verdad entera: y fué, que si los franceses se retiraban despues de volver sus batallones diezmados, consumidos los numerosos reemplazos que mensualmente llegaban á nuestras costas; que si para desprender su ejército de Jalisco y Mazatlan habia necesitado hacer una capitulacion, era evidente que valian mucho las tropas contra las cuales combatian.

En efecto, debia haberles sorprendido que la expedicion se retirara ante un enemigo siempre vencido por ella.....

Sea lo que fuere, Miramon continuó su rápida marcha hácia el interior, recogiendo cuantas partidas sueltas encontraba á su paso, y los restos del ejército imperial vencido en Guadalajara.

Así formó una fuerza respetable con la cual se lanzó sobre Zacatecas, adonde acababa de llegar el presidente de la República acompañado de su ministerio.

Aquella marcha violentísima de Miramon tenia algo de las avalanchas de nieve, que comienzan por un átomo y acaban por un alud inmenso que se precipita desde la altura aplastándolo todo á su paso.

A la capital de México llegó como un meteoro la noticia de la campaña consumada por Miramon, quien se habia apoderado de Zacatecas, destruyendo cuanto obstáculo encontró.

Entónces corrió por las ciudades del interior un rumor

de sangre cuya veracidad podremos estimar cuando hablemos del proceso de Maximiliano.

Con una anticipacion sorprendente, puesto que no habia telégrafo, se supo que Juarez habia abandonado la ciudad de Zacatecas y que Miramon iba á su alcance. Y se pronosticaba que Juarez debia haber sido fusilado juntamente con su gabinete, pues tal era la órden del ministro que llevaba el general imperial, á quien se le habia dado la lista de las personas á quienes no debia perdonar.

Mas tarde, cuando hablemos del proceso de Maximiliano, diremos lo que hubo de cierto en aquel rumor.

Lo que sí es innegable es que las tropas imperiales, esparcidas por la ciudad sembraron en Zacatecas la desolacion y el escándalo.

Los *Cazadores*, sobre todo, saquearon la poblacion y cometieron robos, violaciones y crímenes de todo género.

El aspecto de la ciudad era terrible.

Las calles estaban empavesadas de flores, tapisadas de cortinajes y cortadas por arcos de triunfo. Es que se habia engalanado para recibir al presidente de la República.

Pero en medio de su alegría, cuando la ovacion popular á los poderes nacionales estaba en todo su colmo, cayó de improviso aquella falange imperialista conducida por Miramon llena de ódios y ébria con el furor de una fácil victoria.

Entónces comenzó la matanza, y la soldadesca desenfrenada recorrió la ciudad sembrando el espanto.

La sangre corrió manchando las flores y los laureles, y el inmenso grito de millares de familias desoladas se escuchó en lugar de los himnos nacionales.

El gozo fué muy breve.

El ejército del Norte avanzaba sobre Miramon por el camino de San Luis Potosí.

Miramon, ávido de gloria y comprendiendo que solo la

audacia podia salvar la causa que defendia, se lanzó á encontrar al ejército de Escobedo.

Cuenta además el cronista conservador que Miramon contaba con que las fuerzas imperiales que mandaba Castillo se habrian situado ya á la retaguardia del ejército liberal.

Pero Castillo se habia detenido en la Quemada, punto situado en la parte média del camino de Querétaro á San Luis.

Así es que no fué su ejército lo que encontró Miramon en San Jacinto, sino á las tropas del Norte; y no era aquel ejército desnudo, sin organizacion y sin disciplina que otras veces habia llevado Vidaurri, sino soldados educados en el fuego, formados en medio de las balas francesas, llenos de ardor y de entusiasmo y que traian un magnífico armamento.

El general imperialista no tuvo ni tiempo para organizar su batalla.

Fué batido sobre la marcha.....y completamente batido.

Miramon escapó gracias á la rapidez de su caballo, y pocas horas despues de su derrota llegaba casi solo al campo de Castillo.

Dejaba en poder de su enemigo todo su ejército, su artillería, sus trenes y su equipaje. Y lo que fué peor aún, á uno de sus hermanos, á Joaquin, que quedó herido en Tepetates, adonde fué capturado y pasado por las armas.

Los prisioneros hechos á Miramon fueron incorporados al ejército liberal, menos los oficiales y ciento nueve franceses que fueron fusilados en el campo mismo, por grupos de diez en diez hombres. De suerte que fueron once ejecuciones, yendo en la última nueve reos.

Eran los franceses que habian asolado á Zacatecas el dia en que la ocupó el general del imperio.

VI.

El grupo conservador es, de todos los partidos de México, el que se hace mas ilusiones respecto al porvenir.

Excepto uno ó dos personages de los mas proominentes que se estremecian de terror al ver vacías las arcas del tesoro, al saber que la bandera de los grifos solo ondeaba ya en Querétaro, México y Puebla, y al palpar que, la opinion, la verdadera opinion pública, rechazaba aquel órden de cosas, todo lo demas sonreia en la capital del imperio.

La renovacion de empleos habia abierto las puertas de la esperanza á todos los reaccionarios que habian estado desterrados del presupuesto durante los floridos años de la intervencion.

Ademas, todos los comprometidos con el personal imperante aguardaban milagros de las espadas de Miramon, Márquez y Mejía.

Pero repentinamente llegó á México la noticia de la completa derrota de Miramon, como el primer trueno de la tempestad que llegaba traida rápidamente en las alas negras y rojas de la nube, que servia de pedestal á la revolucion.

Y la revolucion, cuando es obra de un pueblo que quiere ser independiente nada puede dominarla.

El ministerio conservador creyó que habia llegado el momento de hacer un esfuerzo supremo, y aconsejó á Maximiliano que se pusiera á la cabeza de su ejército.

Basch, como todos los europeos que hablan de este suceso, dá dos interpretaciones á este hecho: una, que los conservadores querian así alejar á Maximiliano de la capital para quedar dueños del campo, imposibilitando así la partida del emperador en caso de que este volviese á pensar en la abdicacion, y la otra, que Márquez dió este consejo á su soberano para preparar así su traicion y poder entregar al príncipe extrangero á sus enemigos y hacerse dueño del poder supremo.

Ambas apreciaciones, como todas las de Basch, son igualmente inesactas.

El partido conservador comprendió, desde la huida del cuerpo espedicionario, que su única salvacion estaba en tener una bandera, y ninguna, en aquellos momentos, valia tanto como la de los grifos. Pero suponer que en aquellos momentos podrían los reaccionarios sustituir al emperador con una personalidad mexicana es desconocer la situacion tal como quedada al retirarse Bazaine.

Respecto á Márquez, para suponer este preludio de su traicion seria preciso concederle las dotes de la adivinacion. En la fecha en que salió Maximiliano para Querétaro, Márquez no podria preconcebir cuál seria el desenlace de aquella intentona.

Basch, y con él muchos maximilianistas, arrojan sobre Márquez la inculpacion de haber traicionado á su soberano aconsejándole que se pusiera al frente de su ejército á fin de sacrificarlo allí y quedar dueño del poder supremo.

Pero esta acusacion es absurda.

Si Maximiliano hubiera estorbado á los conservadores y al héroe de Tacubaya, ni aquel ni estos lo habrian detenido

en Orizaba, haciéndolo permanecer en el trono: mas sencillo hubiera sido dejarlo abdicar.

Y si se rearguye que deseaba que permaneciera Maximiliano en México solo mientras se alcanzaba salvar aquella situacion, conservando así la unidad del partido con la presencia del emperador se puede contestar con este dilema inflexible: O triunfaba el partido imperialista, y entónces era imposible para los conservadores hacer á un lado al príncipe que los habia guiado con su espada á la victoria, ó triunfaba el partido nacional, y en ese caso la suerte de los vencidos seria igual, ya fuesen reyes ó súbditos.

Pero cuando un gran desastre pesa sobre un grupo de hombres, estos buscan á uno entre ellos sobre quien puedan arrojar la culpa de aquel siniestro. Esa es la condicion de la raza humana.

En mi juicio, si Márquez aconsejó á Maximiliano que marchase á Querétaro, no fué que comenzara con esto á poner en planta un programa de traicion.

Bastantes crímenes pesan ya sobre la cabeza de Márquez para que se quiera suponerle otro mas.

El gefe de estado mayor del emperador abrió la campaña del interior porque tenia, como todos los imperialistas, la ilusion de que iban á repetirse los fáciles triunfos de la guerra de reforma.

Ese fué el error mas grave de la intervencion y del imperio. Suponian que los liberales eran solo bandas de foragidos, desnudos, mal armados y peor organizados que debian ser derrotados á los primeros tiros. Así es que aquel gobierno obraba sin conocer ni las cosas, ni los hombres; así es que, engañado por los franceses que ocultaban sus derrotas, se lanzó á una lucha desesperada y cuyo final debia encontrar la mas completa de las derrotas.

Por fin el dia 13 de Febrero salió Maximiliano para el

camino del interior, rodeado de los mejores cuerpos del ejército mexicano.

Pocos extrangeros iban á su lado, y los cuerpos austriacos permanecieron en la capital, llevando de ellos solo una escolta de honor.

Basch atribuye este arreglo á los siniestros proyectos que abrigaba Márquez de sustraer á Maximiliano de toda influencia estraña. Supone ademas, que temiendo perder la capital del imperio la dejaba confiada al valor y pericia de los austriacos.

El médico olvida que sin los austriacos el ejército imperialista se batió con denuedo y heroicidad en Querétaro y que los soldados extrangeros fueron completamente derrotados en San Lorenzo y hechos pedazos por el general Diaz.

VII.

Apenas habia salido Maximiliano de la capital al frente de sus dos mil hombres, segun dice Basch, cuando comenzaron las hazañas de este.

En Tlalnepantla almorzó Maximiliano muy tranquilo y teniendo, como los emperadores romanos, una música que regalaba sus oidos. Solamente que esa música la componian las diatribas que, á duo, lanzaban Márquez y el cura del pueblo contra los liberales.

Maximiliano estaba desde ese momento en plena reaccion.

Pero el almuerzo y las filípicas del gefe de Estado mayor fueron interrumpidas por los primeros tiros que se dispararon directamente sobre el soberano.

Hasta entónces se habia batido á sus soldados: ahora la agresion era á la real persona.

La avanzada de Fragoso, que entró á tirotear al enemigo, se retiró y entónces pudo continuar el ejército imperialista su marcha.

Pero á las dos leguas encontró Maximiliano, no una avanzada, sino á la guerrilla entera que se arrojó sobre los dos mil hombres que escoltaban al soberano.

La guerrilla jamás intentó presentar una formal batalla, sino hacer mas lenta aquella marcha y molestar á su contrario.

Y lo consiguió, amagando durante cuatro horas al ejército, hasta que se retiró cuando le plugo, y tomando siempre el camino recto hasta Cuautitlan, adonde entró Fragoso antes que Maximiliano.

Despues desocupó el punto y se situó en los alrededores, adonde permaneció toda la noche cambiando tiros con los imperiales.

Me he detenido en este punto, no porque aquel incidente fuera de grandes resultados, sino porque debió hacer meditar un poco al imprudente soberano.

En efecto, aquella agresion tan audaz, á las goteras de la capital, y consumada con tanto arrojo, pintaba á los ojos del archiduque cuál era el partido que iba á combatir mejor que todas las descripciones que le hacia el partido conservador.

Maximiliano no retrocedió, ni debió retroceder; pero debió haber cambiado su plan de campaña.

Basch no nota ese incidente con la apreciacion filosófica que requeria, y sigue adelante, engolfado con describir sus propias hazañas.

Continuemos detrás de él.

Desde Cuautitlan hasta Tepeji del Rio y San Francisco, todo fué bien. Las dos jornadas se rindieron sin novedad.

Pero el dia 16 de Febrero el lance fué mas serio. Rápidamente atravesó el ejército de Maximiliano el espacio que hay entre Soyaniquilpam y Calpulalpam, y al descender la falda de la colina que precede al monte se descubrieron las fuerzas de los liberales.

Allí hizo alto Márquez, y meditó durante una hora si penetraba ó nó en el bosque adonde debia haber un peligro terrible. En efecto, si la fuerza liberal hubiera sido mas numerosa el ejército imperial no habria podido forzar el paso. Pero al fin avanzó la columna y apesar de la superioridad

numérica empleó cuatro horas en forzar el paso, sufriendo un fuego vivísimo.

Era la segunda leccion que recibia el emperador, y que debia haberlo obligado á adivinar que en lo sucesivo no podria dar un solo paso en el suelo mexicano, sin encontrar una resistencia tenaz y vigorosa. Y si un grupo indisciplinado de guerrilleros se atrevia tanto, ¿qué debia aguardar de los infinitos cuerpos de ejército que mas allá lo aguardaban para atacarlo?

Entre tanto, el doctor Basch seguia operando bajo los fuegos enemigos y recorriendo la línea de batalla, segun nos cuenta, al lado del emperador.

Dejésmolo allí recogiendo esos retoños del pródigo árbol del laurel y continuemos estudiando sus memorias.

Ya sin accidente de ningun género llegó Maximiliano á San Juan del Rio el dia 17 de Febrero de 1867.

San Juan del Rio es un vergel.

Desde la escabrosísima cuesta de Palmillas, que se cuelga de lo alto de la montaña como una cinta gris, en un zic-zag lleno de bruscas ondulaciones, se vé la ciudad como un paisaje flamenco, con sus esbeltas torres y sus casas blancas y rojas perdidas entre las copas de los árboles frutales, y ceñida en su lado meridional por el cinturon de acero de su rio.

Llegando ya á las calles se pierde mucho de la prespectiva. Es que la guerra civil ha estorbado los progresos de aquel pueblo que siempre ha tratado de mejorar su condicion y jamás lo ha logrado, porque desde la guerra de reforma han recorrido sus calles las guerrillas de todos colores políticos, saqueando su comercio y estorsionando á sus habitantes.

San Juan ha sido el teatro de mil dramas sangrientos.

Situado en el punto confluente del camino de México para el Interior, del camino de la Sierra y del de Amealco, Mejía lo invadió millares de ocasiones para ir á sorprender un convoy, atacar algun cuerpo del ejército liberal, ó interceptar la correspondencia.

Los golpes de mano del gefe serrano siempre eran felices, pero traian espantosas represalias de parte de los liberales.

Apenas se retiraban las fuerzas reaccionarias cuando llegaban los republicanos á castigar en los habitantes inermes su derrota anterior. Y esto motivó que aquella poblacion, que era reaccionaria de corazon, se exaltara mas en su opinion política y religiosa y prestara un apoyo mayor á sus partidarios.

Desde entónces las sorpresas militares de Mejía fueron mas frecuentes y seguras, pues contaba con el auxilio de la ciudad, y para preparar sus razias le servian admirablemente las noticias que recibia de sus adictos partidarios.

Y en San Juan todos casi lo eran. El partido liberal estaba allí profundamente odiado y los prefectos que enviaba á aquel distrito corrian un grave peligro de muerte.

Muchos de ellos, en efecto, fueron sorprendidos por el valiente Larrauri, gefe de las caballerías de la Sierra, que derrotó frecuentemente á las tropas de la república.

La sangre habia, pues, corrido con abundancia en aquella ciudad: por eso sus paredes estaban por todas partes hendidas por las huellas de las balas, y las puertas y ventanas de sus casas estaban arrancadas y fracturadas por los cateos y los saqueos.

Un dia un jóven y valiente oficial republicano fué nombrado prefecto de San Juan: pero llevaba un corto número de fuerza á sus órdenes y tuvo que salir de la ciudad, é irse á acampar á una hacienda inmediata adonde pernoctaba, por temor de una sorpresa.

Era el coronel Esparza.

Pero aquel jóven oficial iba durante el dia á la ciudad, enteramente solo, á ver á su prometida, apesar de que todos sus amigos y subalternos le suplicaban que suspendiese aquellas escurciones.

Al fin, á las once de la mañana de un dia penetraron á la ciudad las tropas de la Sierra, y el jóven prefecto no pudo salir de la casa de su novia, adonde permaneció encerrado. Pero fué denunciado, y una fuerza fué á aprehenderlo, rodeando antes la casa y ocupando sus alturas, á fin de que no pudiera escaparse.

En èfecto, el coronel republicano fué hecho prisionero y conducido á la casa de Berruecos, en cuyo patio fué pasado por las armas á pesar de las súplicas de la poblacion entera que solicitaba su vida.....

Estos episodios eran frecuentísimos, y puede decirse que no hay piedra ni roca que no haya recibido una gota de sangre ó una lágrima, desde la ciudad hasta la Sierra.

El advenimiento de Maximilano al trono de México, fué, pues, recibido en San Juan del Rio con verdadero entusiasmo, y la poblacion y las autoridades demostraron de cuantas maneras les fué posible su amor á los jóvenes soberanos.

Desgraciadamente muchas de esas demostraciones llegaron hasta la abyeccion en algunos incidentes.

Pero á la hora del combate San Juan del Rio fué una de las pocas poblaciones que supo defenderse sin el auxilio de os franceses y pudo tener á raya á las fuerzas liberales que la amagaron y que solo pudieron ocuparla cuando salieron las autoridades imperialistas con las pocas fuerzas con que contaban y en medio de todos los honores que la guerra concede al valor débil ó desgraciado.

Es que era entónces sub-prefecto de San Juan del Rio el médico Manuel Dominguez. Y ya que he solido detenerme un momento á describir á alguna de nuestras celebridades contemporáneas, consagraré algunas líneas á ese bellísimo carácter.

Manuel Dominguez era entónces un jóven de figura varonil, con su rostro blanquísimo adornado de una barba negra. Sus ojos de color habian perdido mucho de su espresion á causa de las continuas inflamaciones que dejaron sin pestañas sus párpados, resultado de las veladas y del estudio. En su boca regular, aunque algo grande, se veía siempre una sonrisa apacible, aunque repentinamente el desden de raza y una ola de orgullo innato solia levantar el ángulo de su labio superior.

Manuel Dominguez fué poeta y solo las amarguras de su vida política y la hiel de sus pesares domésticos pudieron sofocar aquella inspiracion tan tierna que le dictó tan bellas estrofas.

Mientras fué estudiante de medicina no pudo resistir el contagio republicano de aquella juventud que sacaba del anfiteatro su esceptisismo y de la cosa pública sus creencias democráticas. Pero cuando tornó á su hogar doméstico allí volvió á adquirir los principios conservadores que profesaba la familia entera.

La persecucion de los liberales lo arrojó de nuevo á la capital de México, y solo tornó á San Juan del Rio, su país natal, cuando la vanguardia del ejército francés nos arrojó de esta ciudad, quedando Dominguez desde entónces nombrada sub-prefecto de ella y permaneciendo allí hasta que los liberales ocuparon de nuevo todo el país, siendo reducidos los imperialistas á la capital y á dos ó tres ciudades mas.

Pero Manuel Dominguez, á cuya alta inteligencia no podia escaparse preever el resultado forzoso de aquella situacion,

siguió la suerte del emperador, de quien era altamente estimado, decidido á perecer con su partido.

Maximiliano, que solia algunas veces tener eleccion acertada respecto á las personas, llamó á Dominguez para encargarle la prefectura de Querétaro, puesto dificil y erizado de peligros.

El partidario leal y caballeroso que jamás buscó el lucro ni el honorario, aceptó por deber un empleo que no le ofrecia mas espectativa que el suplicio decretado por la ley de 25 de Enero.

Y la presencia de Manuel Dominguez en el palacio de Querétaro, fué una garantía para los desgraciados habitantes de la ciudad sitiada.—Allí volveremos á encontrar al valiente, al instruido médico.

Pero tornemos al punto de partida.

Maximiliano fué perfectamente recibido en la ciudad imperialista, y allí dió su proclama al país participándole que se ponia al frente de su ejército.

Despues se dirigió á Querétaro, adonde tenemos que seguirlo juntamente con el Doctor Basch.

Era la segunda vez que Maximiliano llegaba á aquella ciudad.

El Doctor Basch cuenta que allí fué recibido el emperador muy cordialmente y aclamado con entusiasmo. Poco sabe el cronista del valor real que tienen en México esas ovaciones oficiales, que simulan tan perfectamente el júbilo público. La autoridad repica, adorna las calles y tira cañonazos; algunos ociosos concurren al acto; miran, escuchan las aclamaciones pagadas, y se retiran en silencio; esto estodo.

La verdad histórica es que Querétaro siempre ha sido conservador; jamás fué imperialista.

Y eso se esplica fácilmente.

Querétaro vió primero á la intervencion hecha por los franceses, y allí el extrangero no es querido. Despues palpó que esos extrangeros armados sostenian la reforma que no habia sido bien recibida y contra la cual habian conspirado ayudando á Mejía. Mas tarde, sorprendió á Maximiliano ligado con los liberales tránsfugas, pero que imprimieron el color de su partido al gabinete imperial. Todo esto sirvió para que el emperador no fuera enteramete aceptado en Querétaro, y mucho menos cuando en su primera visita á la ciudad hirió tan vivamente las afecciones del partido que se creia triunfante y del pueblo que en su adhesion religiosa jamás ha podido distinguir al sacerdote de Dios.

Puesto que algun dia tiene que recoger la historia todos los detalles que lance la crónica acerca de la vida del desgraciado príncipe, rápidamente voy á enarrar los incidendentes de su primer viaje á Querétaro. Además de que tienen un alto interés, esplican perfectamente la causa del desvío que siempre existió entre el pueblo y el soberano.

VIII.

El dia 13 de Agosto de 1864 salió Maximiliano para Querétaro, adonde llegó el dia 17 del mismo mes.

Casi al apearse del carruaje fué arrastrado por las autoridades conservadoras á la iglesia parroquial de San Ignacio, adonde se iba á cantar un *Te-Deum.*

Ya es cosa muy sabida que el partido retrógrado nada puede hacer sin entonar el himno de San Atanasio: ya sea que un rey fecunde el vientre de la reina, ó bien que nazca un delfin, sea ó no hijo del rey: ya gane una victoria ó asesine algunas docenas de rebeldes, el hecho es que hay que ir á dar gracias á Dios por aquel suceso, por mas que el Ser Supremo haya protestado en la cancion de Beranger, "*Le Bon Dieu*" contra ese participio que quiere darle la humanidad en todos los errores de los pueblos, y en las faltas de las naciones.

Sea lo que fuere, Maximiliano llegó con su comitiva á las puertas del templo adonde lo esperaba el clero, de *grande tennue,* con cruz alta y ciriales, y un palio bajo el cual iba á recibir al soberano.

La multitud se agolpaba en el pórtico.

Pero Maximiliano se detuvo ante el cancel de la iglesia y preguntó por el obispo.

Este no habia llegado aún á su diócesis porque no le ha

bian concluido el palacio episcopal que debia habitar, y porque necesitaba mucho tiempo para mover á su numerosísima familia.

Maximiliano pronunció en voz alta frases muy duras contra aquel obispo tan poco evangélico, y no quiso concurrir á la ceremonia religiosa.

De la puerta de la iglesia retrocedió y se dirigió á su alojamiento.

Esto disgustó á los católicos de la ciudad.

Pero no solo se puso Maximiliano frente á frente de la omnipotencia clerical, sino que emprendió la lucha con los reaccionarios *pur sang*.

Desde la retirada del gobernador liberal la regencia habia encargado la administracion del que entónces se llamó departamento de Querétaro á un personal tan decididamente reaccionario, que no hubiera puesto otro Mejía si hubiera tomado la ciudad por asalto.

Esto era un contrasentido cuando la intervencion buscaba que se planteara una política conciliadora, puesto que los que iban á gobernar aquel pueblo llevaban todos los renco res de la pasada guerra civil, y no tratarian á los liberales sino como sus irreconciliables enemigos.

En efecto, la administracion conservadora se inició con las persecuciones que le permitió plantear la tutela del gefe francés.

Hay que recordar que en aquellos momentos Juarez huia lleno de heroismo, y á pesar de que al escaparse de cada poblacion arrastraba con los fondos públicos y privados, derramando los impuestos y las exacciones, despedia á todos los empleados que seguian al gobierno, pretestando que no podia pagarlos.

Preciso es confesar que jamás habia sido tan leal la burocracia, y nunca los mexicanos que en aquella vez tomaron

participio en la cosa pública habian permanecido tan fieles á un gobierno caido.

Pero aquella lealtad era muy onerosa á Juarez, y dió su pasaporte á todos los que pudo y no volvió á dar un solo peso á los servidores de la nacion. Así los obligaba á ir á residir á puntos ocupados por el invasor, reservándose siempre el derecho de castigarlos cruelmente si alguna vez volvia.

Este es uno de los rasgos característicos de esa administracion de Juarez, á quien la historia juzgará con mas verdad cuando ese hombre no tenga empleos ni subvenciones que repartir entre sus escritores públicos.

Pero no divaguemos nuestro relato.

Los liberales despedidos por Juarez volvieron á sus hogares bajo la garantía de la tolerancia francesa.

Mas los de Querétaro no fueron muy bien recibidos. Se les llamó á fin de que firmaran un libro en el cual se hacia la protesta de adherirse al imperio.

Digamos, sin embargo, en honor de los liberales de Querétato, que ninguno defeccionó á su causa y que los dos que sirvieron á Maximiliano eran extrangeros en aquel suelo.

Uno de ellos fué Felipe Hernandez y Hernandez, que despues de desempeñar la prefectura de la ciudad con el gobierno republicano, llegó á ser comisario imperial, y hasta consejero.

Pero ningun queretano se dejó tildar con esa mancha.

Cuando llegó Maximiliano en su primer viaje á aquella ciudad, se encontró con aquellas autoridades respirando ódios y planteando un sistema de intolerancia que no se avenia con sus planes conciliadores.

Pulsó, además, que el personal del gobierno de Querétaro no se distinguia por su pureza ni por su ilustracion y lo separó inmediatamente, sustituyéndolo por otro en el cual se contaban personas que siempre habian sido tenidas como liberales.

Don Manuel Gutierrez, ese hombre tan ilustrado, tan honrado, y á pesar de eso tan deprimido por el juicio de sus émulos, fué encargado del mando del departamento.

Yo no me ocupo de juzgar el hecho de que un liberal sirviera al imperio: creo que si en esa defeccion hay un error de juicio, es, ademas de error, una falta irreparable; pero asentando esta salvedad, debo decir como un homenaje á la verdad, que la época durante la cual gobernó á Querétaro el Sr. Gutierrez como prefecto imperial, ha sido una de las mas felices para aquel pueblo, por su tolerancia, su probidad y por las muchas mejoras que promovió. Su memoria es allí muy estimada.

Maximiliano, pues, habia pugnado en Querétaro con el clero y con el partido conservador.

En su rápido tránsito no dejó, pues, otra memoria en aquel pueblo que sobre todo veía en él nada mas al extrangero, y ya se sabe la aureola de prevencion y antipatías que rodea siempre á esa palabra ante la raza indígena.

Mas aún, el soberano habia ido á buscar á los liberales de quienes creia poder obtener algunos servicios, y despues de mil solicitudes obtuvo la concurrencia de algunos, pero solamente para encargarse de la instrucion pública. Esto acabó de exasperar al partido reaccionario, que se veia pos puesto á sus enemigos mortales.

Mas tarde, la presencia continua de los franceses ajando los afectos de los habitantes con sus alojamientos y sus continuas estorsiones al comercio, acabó por hacer odiosa la situacion, y solo los que vivian de la lista civil eran realmente adictos al imperio.

Así es que cuando Maximiliano entraba de nuevo á la ciudad como gefe de su ejército, se palpaba aun la frialdad

que en la opinion habia creado la época anterior, y aunque los conservadores eran entónces llamados de nuevo á los puestos públicos se comprendia que era ya muy tarde y que ese último recurso era insuficiente para refrenar la revolucion.

Y si durante la era de paz trabajo costó siempre á los imperialistas conseguir personas que desempeñaran los cargos municipales, y aun se dificultó que hubiera quien desempeñara los empleos en los cuales se disfrutaba sueldo, casi imposible era que se encontrara grande adhesion hácia aquel imperio que caía desmoronado y cuya salvacion parecia absurda.

Nada hubo, pues, del entusiasmo que nos cuenta Basch que vió en Querétaro para recibir al jóven príncipe.

Pero es muy frecuente ante los ojos ignorantes ó apasionados, confundir el entusiasmo mandado hacer por un programa oficial, con el arranque del pueblo que tributa una ovacion sincera á su héroe.

En efecto, las autoridades de Querétaro hicieron algo para recibir á su soberano; pero aun ese algo no pasó de una pompa de medio lujo, porque el erario estaba agotado y faltaba ese impulso del verdadero afecto de corazon que improvisa con un reguero de flores un holocausto mas espléndido y mas conmovedor que el asiático esplendor de un triunfo capitoliano.

Desgraciadamente para Maximiliano aquella vía lo conducia, si no á la roca Tarpeya, al menos á ese calvario adonde debia trocar su laurel imperial por una corona de mártir.

Pero antes de avanzar mas, refutando al médico de cámara, permítame mi lector que le cuente aún un episodio inédito, desconocido aun del mundo entero, y que tuvo lu-

gar durante la primera estancia de Maximiliano en Querétaro, en Agosto de 1864.

El hecho es de un interés sumo, porque dá una línea mas para perfilar el carácter moral de ese jóven austriaco que entró como un extraño al suelo de México y salió, aunque cadáver, rodeado de la conmiseracion y del respeto general.

Un dia estaban reunidos, en una de las casas principales de la ciudad, el ministro de la Guerra Don Juan de Dios de la Peza y otro alto personaje de la corte.

Se trataba de un gran negocio de Estado.

Sin una razon plausible, ó con una mira que no alcanzo, Maximiliano habia proyectado adoptar un niño indígena, de raza pura y de la clase mas pobre.

¿Era que pensaba así el príncipe extrangero hacerse popular y querido de la casta mas numerosa, aunque mas degradada y miserable del país?

¿Pensaba así hacer olvidar que era extraño en aquel suelo y asimilarse á aquel pueblo que no queria aceptarlo como miembro componente de su cuerpo social?

Si este era el único impulso de aquel proyecto, y no es posible suponerle otro, preciso es confesar que la idea era mezquina, pequeña y casi ridícula.

Sea lo que fuere, el ministro de S. M. buscaba un niño que comprar para injertarlo en el último ramo genealógico de Cárlos V.

Una de las personas á quiénes se interrogó sobre la manera de conseguir un indio que adoptar, dijo que el prefecto municipal de la ciudad podria dar un dato mejor.

Y en efecto, se llamó á Acevedo, rico hacendado que funcionaba como prefecto, y este, de la mejor voluntad, buscó y encontró en una de sus haciendas situada en el Sur del Estado, un indio que vendió al ministerio imperial un niño que segun se dijo era suyo.

Sin embargo, en la acta civil se hizo constar que era huér-

fano, y sobre todo, que no estaba bautizado aún, porque importaba mucho llevarlo á la fuente jordánica, á fin de que la solemnidad del sacramento hiciera mas rumbosa la aceptacion.

En una de las dependencias de la hacienda de Bravo, propiedad de Acevedo, se encontró en efecto el niño indio que se deseaba: era un infante de algunos meses, raquítico, débil, y casi monstruoso, con su piel cobriza y su rostro conservando aún todas las líneas fisonómicas del feto.

Se compró aquella *caoba* humana para hacer un príncipe imperial.

En un país monárquico adonde se acepta, aunque de una manera latente, el derecho divino de las dinastías, esta aceptacion hubiera sido muy grave porque hubiera provocado un conflicto de sucesion al morir el soberano.

Pero en México solo provocó á risa ver á un indígena convertido en príncipe imperial.

Sin embargo, se procedió á bautizar (acaso por segunda vez) al niño adoptado y la ceremonia se hizo con toda la pompa que fué posible en la provincia.

El doctor Don Vicente Licea fué elegido por el emperador para llevar al príncipe á la fuente bautismal.

El clero tendió el templo con todos sus viejos cortinages de damasco carmesí, orlados de franjas de oro. El altar cintilaba con las luces de sus mil cirios y la orquesta hacia vibrar el espacio con los ámplios y sonoros nódulos de su armonía.

Oficiaban el cura Agustin Guisasola y el gobernador de la mitra Barbosa.

Terminado el acto de aquella *mistificacion* religiosa y política, siguió despues la cuestion monetaria.

El clero cobraba por aquel bautismo trescientos sesenta y cinco pesos.

Pero el compadre de Maximiliano, el doctor Licea, sos-

tuvo que solo debia pagarse la oblata de la tarifa cristiana, es decir, los diez reales que siempre cobra la Iglesia por hacer cristiano á un niño.

Esto provocó sérias contestaciones entre la Iglesia que no queria ni podia sufragar los gastos erogados, y el fisco que no encontraba la manera de exhibir esa partida no considerada en la lista civil.

Por fin se pagó de órden de Maximiliano, y los curas entraron en sociego.

Y el príncipe imperial llevaba ya, en virtud de aquel acto sacramental, los nombres de Fernando, Maximiliano, Cárlos, José María, Librado.

Los dos primeros nombres se le dieron como un recuerdo del emperador de México; el tercero por la emperatriz, el cuarto por el emperador de Austria, y el quinto por ser el del dia en que nació.

Efímera tenia que ser la vida del nuevo príncipe mexicano.

A pesar de los cuidados que le prodigó Licea, quien quedó encargado de su tutela, el niño murió pocos dias despues.

Inmediatamente se dispuso un elegante catafalco cubierto con un paño de terciopelo morado, en cuyos cuatro ángulos se veian las armas de Austria: solo que, como en México no hay una perfecta guardarropía monarquista, el símbolo heráldico tuvo que hacerse de papel dorado.

El salon adonde se colocó el túmulo, estaba alumbrado por infinitos cirios cuyas luces amortiguaban las colgaduras de crespon negro.

Se puso un telégrama al soberano participándole la infausta nueva, y preguntándole con qué seremonial debia inhumarse el cadáver del príncipe indio, y de qué fondo se tomaba el dinero que debia costar tan pomposo entierro.

Maximiliano, que por naturaleza era un emperador sencillo como un cuákero, contestó que no hiciera gasto alguno y que se enterrara al niño adoptado como á un *cualquiera*.

Inmediatamente se disipó como por mágia aquella cámara ardiente, y como el párvulo *apestaba* ya, se le confinó á una cobacha de la casa.

Parece que la magestad es planta efímera en nuestro suelo

Hoy ni memoria queda del sitio adonde está sepultado. Fernando, Maximiliano, Cárlos, José María Librado.

IX.

Al fin hago volver á mis lectores al punto de partida, y allí encontramos de nuevo al doctor Basch haciendo la crónica imperial.

De poca importancia son las noticias que nos dá el médico ordinario acerca de los sucesos acaecidos durante los primeros dias de la permanencia del emperador en Querétaro.

Nos habla del banquete que tuvieron los generales, y con tal motivo hace mencion de las hondas divisiones que habia entre los dos hombres mas proominentes del ejército, Miramon y Márquez.

Esa division fué, sin duda, el orígen ó la causa principal, de los desastres que sufrió el imperio en aquella época.

Cuando el ejército de Maximiliano necesitaba ser movido por una sola mano enérgica y decidida, por el contrario, siguió todas las vacilaciones que le imprimian los altos gefes que estaban á su cabeza y que jamás tenian un plan único y preconcebido.

El gefe natural de las tropas era ó debia ser el soberano, desde el momento en que este se habia puesto á su frente;

pero su completa ignorancia de las cosas y de los hombres del país lo inhabilitaban para llenar cumplidamente su promesa y tuvo que entregarse á influencias extrañas.

La direccion y el plan de campaña estaban, pues, confiados á todos los que lo rodeaban, formando un conjunto de elementos heterogéneos, que daban por resultado un invencible antagonismo en los actos administrativos y militares.

Por eso se vió con frecuencia que abortaron todos los planes, y que los golpes tan audaces que quizo dar Miramon, fueron otras tantas derrotas, por la mala cooperacion de los demas generales.

Por eso tambien el ejército imperial conservó una actitud pasiva, y cuando debió atacar y tomar la ofensiva, ántes de que se reunieran los cuerpos de ejército de los liberales, con lo cual se hubiera salvado, permaneció inerme aguardando que se desplomaran sobre él todas las tropas nacionales del Norte, del Occidente y del Mediodía, que iban á sitiar y á capturar al emperador extrangero.....

Sin embargo, el banquete de generales terminó sin novedad.

Maximiliano, dice Basch, se escusó de concurrir al festin, con pretesto del cansancio del camino. Pero aunque el doctor no nos lo dice, á nosotros nos parece que el verdadero motivo de la abstencion del archiduque fué que quizo dar una leccion á aquellos súbditos que se olvidaban de las reglas de la etiqueta, permitiéndose visitar al *rey*, inconveniencia inaudita en los fastos de las cortes.

Pero sí concurrió Maximiliano al banquete dado á la oficialidad del ejército de Mendez, que llegó el dia 21 de Febrero á Querétaro.

Hubo revista, discursos, y distribucion de listones y medallas á los soldados que habian fusilado á Arteaga y á Salazar, generales del ejército republicano.

Despues de la excitacion producida por estos sucesos, des-

pues de la nueva organizacion dada al ejército, cayó el imperio en esa inercia que acabó de perderlo.

En esos dias escribió Basch algunas cartas particulares á nombre del emperador, cartas que revelan el alto desprecio que inspiraba á Maximiliano el partido clerical.

¡Imprudente! ¿cómo creía el archiduque que podria marchar con regularidad en aquellos momentos tan difíciles, una administracion en la cual habia tácito desacuerdo entre el gefe de la Nacion, como se llamaba Maximiliano á sí mismo, y su ministerio.

La publicacion de esas cartas merecia que Basch las hubiera hecho preceder de algunos considerandos, que atenuaran el mal efecto que debian producir entre los conservadores.

Estos, en efecto, sean cuales fueren sus antecedentes, á la hora en que los partidarios del imperio no tenian mas espectativa que un cadalzo ó una muerte oscura en una trinchera, supieron combatir como leales y morir como héroes. Y hoy, cuando se leen esas imprudentes cartas del príncipe, lanzadas á la publicidad por Basch, no se sabe qué admirar mas, si la ligereza ó la ingratitud del emperador.

Pero dejemos caer de nuevo esa punta del velo que cubria el carácter de Maximiliano, en lo que tenia de falso, velo imprudentemente levantado por el médico ordinario.

Este señor nos habla despues del arbitrio á que tuvo que recurrir su Señor para llenar su agotado tesoro, disculpando los préstamos que impuso para tal objeto con las exigencias de la situacion y la omision que cometió el ministerio imperialista, al no remitir de la capital los caudales que pedia Maximiliano, ordenando que vinieran á Querétaro escoltados por los húsares y la infantería de Hammertein.

Si el Doctor Samuel, hubiera escrito sus apuntaciones históricas durante el sitio, seria disculpable al formular un cargo al ministerio por haber desobedecido la órden de su

soberano. Pero es estraño que insista hoy en esa inculpacion cuando se sabe ya plenamente, que á los pocos dias de haberse encerrado el ejército imperial en Querétaro, ya no era posible que saliera de México un peso ni un hombre, sin caer en manos de los republicanos triunfantes desde Oaxaca hasta el valle de México.

Y sobre todo, esa historia de las exacciones cometidas en Querétaro, debia haberla suprimido el doctor, tanto para no verse obligado á mentir tan descaradamente, como por cuidar el buen nombre de su amo.

No es cierto que con gusto pagaron los habitantes de Querétaro los préstamos y gabelas que les impusieron los soldados imperiales autorizados por el emperador, segun confiesa Basch.

Existe en los archivos de la República el proceso ó informacion levantada con las declaraciones de los habitantes de la ciudad, y al leer esa pieza justificativa, aterra contemplar el número de crueles vejaciones, de crímenes y de plagios cometidos por el soberano que habia adoptado el lema de la equidad en la justicia.

Prisiones, cateos, hambre, viejos y mujeres conducidas á las trincheras para arrancarles el dinero; todas las infamias que podian inventar unos bandidos calabreses ó italianos, todos los tormentos posibles se pusieron en planta para llenar de oro á la oficialidad que pasaba las noches sobre la carpeta del juego, y para dar víveres á los soldados.

Ni Márquez, ni O'Horan en México, llegaron á la altura que alcanzó Maximiliano en Querétaro en materia de saqueos oficiales.

Por pudor debió callar Basch este punto, siquiera porque aquí los europeos no salen muy limpios de las faltas que siempre han reprochado á los mexicanos.

Sobre todo, se hace preciso decir á Basch, que él, el mismo Basch anduvo estrayéndose de todas las casas que pu-

do, los colchones de propiedad particular, con pretesto de surtir los hospitales, los cuales, sin embargo, estaban pésimamente servidos.

Esto debe saberlo muy bien el médico Samuel, puesto que casi todo el sitio lo pasó encerrado en el hospital de San Francisco, edificio de sólidas bóvedas y gruesas paredes que se escogió para colocar á los heridos: así podian estos quedar á salvo de las bombas y las granadas que arrojaban los sitiadores.

Allí sin duda oyó contar Basch todas las fazañas que nos cuenta.

En fin, los saqueos de Querétaro quedaron perfectamente reglamentados, primero por Vidaurri, á quien Basch declara un perfecto financiero, y despues por Castillo, Mendez, Redonet y Diaz.

Sentada ya la justificacion de aquellas violencias, vamos adelante.

El médico Samuel cree que necesita el lector de su libro una descripcion de Querétaro, y el doctor que no se para en esas pequeñeces, se lanza impávido á describir la ciudad sitiada con una audacia mayor que su ignorancia.

Dice Basch que la ciudad de Querétaro mide 2,400 metros en su diámetro mayor y mil doscientos de anchura. En esto no va conforme con nuestros topógrafos, sobre todo con Don Antonio del Razo que ha sido quien ha descrito á Querétaro con mas precision: y hay que advertir que desde que se han hecho esos trabajos, la ciudad no ha disminuido ni aumentado una sola línea en ninguno de sus límites: es una ciudad estacionaria como las del celeste imperio.

Tambien se equivocó el médico en el número de sus habitantes, rectificacion que hizo ya el inteligente Sr. Peredo tomando la cifra de García Cubas. El censo oficial arroja hoy otra.

Despues denomina Basch al rio que corre al lado Norte de Querétaro con el pomposo epíteto de *Rio-Blanco*, nombre supuesto, pues siempre se le ha llamado simplemente *el Rio*. Será una pretension de la oscura provincia que intenta imitar á Roma que se llama simplemente la *Ciudad*, pero ello es un hecho que no puede discutirse. En alguna vieja crónica de la ciudad, se le llama tambien el *rio de Pathe*.

Con la misma audacia nos dice Basch que ese riachuelo baja de las montañas de la Sierra, lo cual indica lo poco escrupuloso que es el historiador cuando se aventura á describir lo que no conoce.

El rio de Querétaro no baja de ninguna montaña, y menos de las de la sierra, que se encuentran á mas de 20 leguas del nacimiento de ese arroyo. En la Cañada, algunos metros mas allá, están los *Barrenos* que son los veneros naturales y subterráneos de donde nace el Rio. Si no me hubiera divagado ya tantas veces, yo describiria ese lugar tan pintoresco y tan notable que no creo que tenga igual en el mundo.

Ese rio, despues de brotar del seno de la montaña, sigue su curso rápido, engruesando su cauce con las aguas que bajan de las vertientes de los cerros á cuya falda corre. Despues de recorrer así dos leguas, despues de haber dado movimiento á las poderosas máquinas de Hércules y la Purísima, vá á estenderse en la presa de San Isidro para las necesidades de la agricultura.

De la presa salta despues á los *Casos*, barrancas comunicadas entre sí como los moldes de una fundicion, y de allí

corre ya en un tálamo de arena igual y mullido costeando el lado Norte de la ciudad, perdiéndose en la presa del Diablo y en las haciendas del Poniente, para ir á regar sus fértiles campos por un sistema de canalizacion que recuerda el método árabe.

Ya vé el médico de Maximiliano que no conoce su rio.

Dice despues este médico, que al poniente de Querétaro se estiende una dilatada llanura, circunscrita en lontananza por los montes de Guadalajara.

Yo no puedo detenerme en describir la topografía del lugar, pero sepa el valiente escritor que á todo se atreve, que Guadalajara dista de Querétaro ciento siete leguas, y que los pequeños cerros que se ven al Oeste son del mismo departamento de Querétaro y solo detras de ellos se ven las cimas de otros montes que pertenecen al Estado de Guanajuato.

¿Así es de verídica toda la relacion que constituye la obra de Basch, tan pomposamente intitulada *Recuerdos de México*?

Pero tanto fatigaria al lector como á mí, ir rectificando línea á línea todos los errores que contiene esta obra.

Por eso dejo á nuestro doctor terminar en paz su ridícula descripcion de Querétaro; por eso paso por alto los diez y siete mil hombres que le regala al general Escobedo para que avance por el Norte sobre el ejército imperial, y le dejo que forje otros diez y ocho mil hombres que dá al general Corona, que venia por el Poniente.

El miedo suele luego abultar demasiado el volúmen de las cosas, y por un espegismo nervioso acrece el número del enemigo.

Solo me permitiré decirle, que, cuando nos dice que Escobedo se habia situado en el punto en que se unen los caminos de San Miguel y Celaya, olvidó que esos caminos con-

fluyen en la misma ciudad de Querétaro, pero que jamás se tocan en su tramo.

Con su habitual ligereza continúa el médico Samuel enarrando las primeras operaciones de la campaña, sin entrar en los preciosos pormenores de aquellos hechos que prepararon de una manera inflecxible el espantoso siniestro de Mayo.

Así es que nos menciona el consejo de guerra tenido por los generales Márquez, Miramon, Mejía, Mendez y Castillo, presidido por Maximiliano, y en el cual se resolvió no salir al encuentro del ejército republicano, sino aguardarlo en las posiciones cubiertas que podian ocupar á las orillas de la ciudad.

Pero no nos dice que esta resolucion fué la que trajo mas tarde el gran desastre que envolvió al imprudente rey que quizo luchar sin elementos contra todo un pueblo que lo rechazaba.

Llegó, al fin, parte del ejército liberal frente á Querétaro, y los imperialistas, como se habia determinado, permanecieron á la defensiva, aceptando desde ese momento hasta la posicion de ejército sitiado, como debia acontecer mas tarde.

Ese fué el error capital de Márquez: si no se lanzó sobre las tropas que venian del Norte, por creerlas superiores á las suyas, ¿por qué no se retiró con oportunidad hasta México, único punto adonde podia tomar los hombres y los recursos que le faltaban? Sin duda, al principio de la campaña le faltaban datos ciertos acerca del número de fuerza que tenia su enemigo, y esa omision es una falta militar imperdonable.

Ahora bien, si el ejército imperial era mas numeroso que el del Norte, y en efecto, lo era, ¿por qué no apresurarse á batirlo antes de que se le reunieran las fuerzas del interior?

Esta torpeza militar desidió el éxito de la campaña.

El dia 6 de Marzo, en la madrugada, tomó posiciones Maximiliano formando una gran línea de batalla en ángulo agudo cuyo vértice se apoyaba en el Cerro de las Campanas, y cuyos dos lados se estendian, uno por el Poniente hasta la hacienda del Jacal, y el otro por el Norte siguiendo al Oriente hasta rebazar la línea de la Cruz.

Pero á pesar de estos preparativos, y del muy importante que se tomó de prevenir al doctor Basch que estuviera listo para salir tan luego como se empeñase la batalla, no hubo nada ese dia ni los siguientes.

El soberano pasó ya la noche de ese dia en el Cerro de las Campanas, y Basch, segun nos cuenta, con él.

Este médico dice que sobre esa colina hubo antes un templo indio, y que hoy está llena de *cactus*. Nosotros podemos asegurarle que jamás ha habido templo alguno en esa eminencia.

El dia 7 de Marzo la situacion no habia cambiado, y los imperialistas hacen con excesiva actividad los trabajos de defensa. El doctor Samuel nos cuenta que la poblacion de Querétaro se mostraba muy simpática á la tropa, y que los habitantes iban muy gustosos á ayudar á conducir cañones para el cerro.

No es esacta esta aseveracion del cronista. En aquellos momentos, llenos de agitacion y de sobresalto, con esa arbitrariedad con que proceden los gefes de un ejército en alarma, se *echó leva*, y así se obligó á muchos habitantes de Querétaro á que llevaran al Cerro de las Campanas la madera que se necesitaba para las obras de fortificacion, y á que ayudaran á subir los cañones que debian coronar su cima. No bastando los hombres que se aprehendian con este objeto, se echó mano de los reos que habia en la cárcel de la ciudad.

Hay que advertir, que en aquellos momentos estaba la prision atestada de criminales, porque al retirarse para Que-

rétaro las fuerzas que ocupaban los distritos, aun los mas lejanos, como Maravatío, Celaya, San Miguel, Huichapan, y otros, se habian traido consigo á los reos, los cuales quedaron hacinados en la cárcel de Querétaro. Habia centenares.

Pues bien, esos criminales fueron empleados por el imperio en trabajos de zapa primero, y despues fueron incorporados en los batallones, tanto para aumentar el número de sus soldados, como para utilizar en algo á aquellos hombres cuya manutencion tanto costaba en aquellos dias de miseria.

Y Basch tambien confiesa que los presos fueron empleados en los trabajos de la fortificacion.

Esos criminales con sumo gusto se vieron filiados en las tropas, porque así les seria mas fácil fugarse, eludiendo de este modo la pena á que habian sido condenados. Habia allí hasta reos de muerte.

Concluido el sitio, todos los presos desaparecieron, y mas tarde se presentaron en los caminos reales, armados en cuadrilla y robando á los pasageros. De nada de estas torpezas imperiales nos habla el doctor Basch.

Mas en cambio, se divaga en contarnos algunos incidentes tan improbables como punibles, y con esa narracion dispuesta en forma de diario ocupa algunas páginas abarcando los dias transcurridos desde el dia 7 hasta el dia 16 de Marzo de 1867.

Apuntaré algunos de esos pequeños cuentos con los cuales el cronista de los últimos sucesos del imperio, revela su perfecta ignorancia de la situacion en que se encontraba, á la vez que pinta á su señor con un carácter tan nímio y tan insustancial que realmente denigra á Maximiliano.

Este, cuenta Basch, se ocupaba en perseguir á las parejas enamoradas que habia en una pequeña gruta que hay en el costado Norte del Cerro de las Campanas, cubierta por los nopales, para tener allí sus citas amorosas, que el em-

pe rador estorbó eligiendo aquel nicho tallado en la roca para ir á descanzar de las fatigas del dia.

En aquella crísis, cuando un imperio se desmoronaba arrastrando en su pérdida los múltiples y poderosos intereses que habia creado ¿es posible que el emperador se ocupara de ese espionaje tan femenil, desatendiendo las ingerencias que á cada hora venian á turbar su vida, acompañadas de una tempestad que amenazaba lanzar el rayo sobre su cabeza?

Tambien nos cuenta el médico que una noche llegó un desertor del campo enemigo en un estado muy lastimoso, y que habiendo sido conducido ante el emperador se echó á sus piés temblando, sin poder hablar de miedo y pidiendo que le salvase la vida: porque en su calidad de mexicano sabia la suerte que le estaba reservada, conforme á la costumbre del pais. Estas son las palabras testuales de Basch,

Y nada de esto es cierto.

En primer lugar debe saber el doctor Basch, que en este pais, un partido jamás fusila al que se deserta de las filas del partido contrario, y se le presenta para ingresar á las suyas, porque esa crueldad no solo le seria inutil, sino perjudicial, porque así estorbaria que disminuyera el número de sus contrarios, y no aumentaría el de sus soldados. Pero por el placer de insultar á un pais cuyo pan comió, lanza esa calumnia que el simple sentido comun basta para rechazar.

Mas suponiendo que en este pais acostumbraron sin duda los imperialistas, fusilar á los desertores del enemigo que querian ingresar á las filas de Maximiliano, el desertor mexicano de que habla el médico jamás se hubiera arrojado á los piés de nadie para salvar su vida, porque la raza mexicana es, de todas las del mundo, la que con mas desprecio mira á la muerte frente á frente. Millares de víctimas ha habido tanto en nuestras guerras civiles como en

la de independencia, y siempre se vió que los condenados á muerte marchaban tranquilos al suplicio. Los franceses han atestiguado este hecho, infinitas veces.

La misma inesactitud comete Basch al describir las escaramuzas entre mexicanos.

Se desprende, dice este, un grupo de cada ejército formado por treinta ó cuarenta ginetes armados de largos fusiles hasta colocarse á tiro. Hacen alto, entablan un diálogo en voz muy fuerte, se insultan, lanzan un grito salvaje, el mismo que usan los árabes nómades, avanza algo mas uno de los ginetes, descarga su arma, vuelve grupas y se une con los suyos..... Evidentemente que jamás vió Basch ninguna de nuestras escaramuzas.

Pero por si acaso como un eco llegó hasta el hospital donde habitualmente residía la descripcion de esas escaramuzas, esté cierto el médico de cámara que lo que él cuenta no sucedió sino cuando algunos esploradores del ejército liberal se acercaban á examinar la línea contraria sin que hubiera nada de esos gritos ni de esas evoluciones ridículas que nos pinta.

Los guerrilleros mexicanos, ya pertenecieran á los liberales ó á los conservadores, se batian siempre, no solo con valor sino casi con desesperacion.

Almanza, un bandido que siempre perteneció á las guerrillas reaccionarias de Mejía, tornó mil veces del campo de batalla chorreando la sangre que habia derramado, desde la punta de su lanza hasta el codo, sangre enemiga que se deleitaba en contemplar.

Esas luchas de centauros tan peculiares únicamente á los guerrilleros mexicanos, son, pues, enteramente desconocidas del doctor.

Este hace tambien mencion de que el dia 10 de Marzo el ejército liberal entero se tendió en órden de parada en la llanura de Celaya, adonde pasó una revista que duró tres

horas: y dice que Maximiliano al contemplar aquel alarde de fuerza, dijo riendo á sus generales que con él estaban, "*que en esa revista solo veía un acto de respeto del enemigo hácia él, como soberano.*"

Si es cierto que Maximiliano pronunció esas palabras, ó con ellas se burlaba de su propia soberanía, ó pintaba un candor indisculpable.

Los liberales no demostraron mucha sumision á la magestad que arrastraron á un consejo de guerra ordinario, mientras que, por el contrario, sí respetaron al reo encapillado en Capuchinas, y al cadáver del jóven rey tendido en el Cerro de las Campanas.

¿Tambien el cuadro que allí se formó para fusilar á Maximiliano era una demostracion de acatamiento?

X.

De poca importancia son las páginas, en las cuales Basch habla de las primeras operaciones del sitio, hasta la batalla del dia 14.

Descritos muy levemente los movimientos de ambos ejércitos, y los reconocimientos efectuados por Miramon, Mendez y Quiroga, no dá el cronista la verdadera importancia á aquellos sucesos que decidieron del éxito de aquella campaña.

El resultado final fué que los imperialistas tomaron una actitud meramente pasiva encerrándose en la ciudad y aguardando en ella el ataque de los contrarios.

Por fin el dia 14 comenzó el fuego, primero, en la línea de Oriente, y despues en la del Norte.

Basch, como siempre, nos cuenta que lo presenció todo desde el convento de la Cruz, de cuyo patio salió en compañia del emperador bajo una lluvia de granadas. Despues se lanza al terreno épico con la pluma en la mano, á describir la batalla del 14 con la inesactitud que en todo acostumbra.

En algunos de los detalles de los sucesos de ese dia, Basch

es verídico; pero otros los desfigura enteramente, ya impresionado por los afectos del partido, y ya por seguir las impresiones de ódio que en todo respira contra los mexicanos, y que de preferencia profesa á los mexicanos liberales.

Ese ataque del dia 14 es bastante conocido y no tengo por qué detenerme en él, si no es para rectificar algunos de los errores en que incurre Basch.

Como por ejemplo, nos dice que el ejército liberal se lanzó sobre tres puntos, y esto no es esacto, pues la línea de Carretas á la Casa Blanca quedó enteramente libre, y casi toda la del poniente.

Por un momento, al atacar la Cruz y San Francisquito, la caballería liberal apoyó el lado izquierdo de su columna, y rechazó á la fuerza de Mejía que intentaba flanquearla. Mas tarde cuando se retiró del cementerio y de San Francisquito, para ir á situarse á unos cuantos metros mas allá de sus posiciones y en el nuevo punto adonde habia avanzado su línea, fué por disposicion del general en gefe, y no porque lo molestara gran cosa la fuerza de Miramon que habia ido á reforzar á Mejía.

Sin duda que el ejército imperialista se batió con denuedo; pero tambien el ejército liberal probó suficientemente á Maximiliano que sabia combatir con brillo, y que no estaba formado mas que de bandas de malhechores.

Sin embargo, á pesar de que Basch inserta en esta parte de su obra, el pomposo parte de la batalla del dia 14, como una pieza justificativa, parte escrito por Ramirez Arellano que era el literato del ejército, y lleno de las inesactitudes y gasconadas que siempre acostumbró el partido conservador para describir sus campañas,—á pesar de todo esto, Basch confiesa, en la página 179 que "el resultado final de "la jornada fué, que no obstante haber logrado rechazar al "enemigo en toda la línea, está ahora mas cercano de nos-"otros y ocupó la colina de San Gregorio.....En sus-

"tancia, estamos hoy cercados mucho mas estrechamente "que ayer."

Luego la batalla la habia perdido el imperio, apesar de la parada de honor que con todo el aparato militar se hizo á Maximiliano, apesar de los víctores que se prodigaban á sí mismos los redactores del *Boletin de Noticias*, y apesar de los repiques y salvas con que las autoridades de Querétaro celebraron el pretendido triunfo.

Los imperialistas decian que el enemigo no habia logrado ocupar la ciudad, y esto les bastaba para cantar una victoria.

Algunos liberales, que sentian un inmenso despecho al ver el júbilo de los monarquistas, sostenian que el ejército republicano, solo habia querido hacer un reconocimiento.

Pero nada de esto es cierto.

La batalla del dia 14 fué sangrienta, terrible, y durante las siete horas de combate el ruido de la fusilería y de la artillería llegó á ser espantoso. Un sol, seco y ardiente, no bastaba á disipar el humo que ceñia la ciudad desde el lado Norte hasta el Oriente. El espacio estaba cruzado incesantemente por toda clase de proyectiles: la ciudad estaba muda, desierta, y sumida en la mas espantosa ansiedad, porque ninguno de sus habitantes podia subir á una altura, ó salir á las calles á tener noticias de lo que sucedia, en virtud de que las balas de rifle y las granadas llovian por todas partes.

Al fin, á las cinco de la tarde disminuyó el fuego, las descargas de fusil cesaron y solo se oia uno que otro cañonazo. Pero las campanas de las torres repicaban á vuelo, y las músicas recorrian la ciudad tocando dianas.

Era que los imperialistas celebraban el triunfo que creian haber alcanzado.

Pero ese triunfo no existia, porque ni el general Escobedo pensó ocupar la ciudad, ni intentó un reconocimiento.

Habia movido sus fuerzas para tomar su primera línea de sitio, y lo habia logrado encontrándose lo mas cerca posible de Querétaro, manteniendo en jaque al enemigo, de tal suerte que este no podia fugarse, y aguardando la llegada de las demás tropas que debian formar aquel inmenso círculo de circunvalacion, tropas que se acercaban á marchas forzadas.

Sin duda que si el ejército imperial se hubiera desmoralizado en aquel ataque y se hubiera dispersado, detrás de él hubieran entrado los liberales á Querétaro y todo quedaba concluido. Pero esa eventualidad no podia ser el plan de campaña del general en gefe republicano: su proyecto era otro, y vinieron á auxiliarle poderosamente en su realizacion las tropas de los imperialistas.

Ambos contendientes se batieron admirablemente, y la jornada del dia 14, aunque costó mucha sangre, llenó de honra ambas banderas.

Pero sigamos con el diario del doctor Samuel Basch.

Muy inferior es la relacion del médico de cámara á la que publicó el oficial de artillería Hans. Por esta, y por los partes que dieron á luz los liberales y los imperialistas son ya perfectamente conocidos hoy todos los incidentes del sitio.

No tengo, pues, que detenerme aquí sino lo muy preciso, para ir rectificando las inesactitudes con que el cronista de Maximiliano desfigura aquellos hechos.

En el naufragio del dia 15 de Marzo se estraviaron algunas hojas del diario del médico Samuel, con lo cual no perdió gran cosa la posteridad. Pero el médico ordinario, ateniéndose á los fieles recuerdos de su memoria, llena como puede aquella laguna.

Segun él, para la madrugada del dia 16 de Marzo se ha-

bia dispuesto dar un ataque decisivo por la division que mandaba Miramon; pero este general se durmió y no pudo hacerse el movimiento agresivo, preparado para antes del alba.

Esto es pueril, y por mas que Basch nos trasmita esa nueva con el episodio de que se arrestó al ayudante que no despertó al general, no puede darse ascenso á la suposicion de que el cuartel general permaneciera impasible ante el sueño de Miramon, y no hubiera excitado á sus ayudantes á que llamaran al que debia ejecutar tan importante movimiento.

Fatiga realmente ir siguiendo paso á paso la obra del doctor, formada por un tejido de consejas absurdas, cuyas apreciaciones políticas parecen tomadas en un corrillo de café y cuyos partes militares semejan á la relacion de una batalla recogida en una cocina.

Esa nimiedad en el juicio, y esa facilidad con que acepta el médico de Maximiliano como altos hechos históricos todos los absurdos que oyó contar en aquellos dias de ansiedad; ese poco criterio, en fin, con que escribe sus *Recuerdos de México*, hace que con razon se desconfié de su recto juicio y sus acusaciones lanzadas contra los principales personajes del imperio se desechen como infundadas, ó se escuchen levemente sin darles importancia alguna.

Así es, que, su declaracion respecto á la conducta seguida por Márquez, aunque es contraria á este, no resuelve la duda que hay aún respecto á si este general faltó ó no á su deber quebrantando intencionalmente las órdenes de su soberano.

Poco tiene Márquez que aguardar del fallo de la posteridad cuando sus contemporáneos, tanto sus enemigos antiguos, como los que eran sus amigos y no lo son ya, con unanimidad condenan todos sus actos.

Los liberales y los conservadores, los republicanos y los

imperialistas, todos los mexicanos casi atribuyen á Márquez los mil crímenes políticos cometidos durante su presencia en la escena política del pais. Unos lo llaman asesino, los otros traidor: solo una que otra voz amiga se escucha que lo defiende con timidez y con un acento tan apagado, que parece que se teme complicarse en un delito, haciéndose el abogado de una mala causa.

Pero si Márquez es culpable de todo lo que se arroja sobre él, sin duda que ese hombre está sufriendo un castigo terrible.

Es el primero que ha encarnado el Caín de la Biblia con todos los rasgos de una espantosa verdad.

Márquez, fuera de la ley por la condenacion del jurado nacional, y fuera de toda comunion política por el anatema de los mismos suyos, Márquez es el único, sin embargo, que ha podido escapar del cadalzo en que murieron todos los gefes importantes del imperio, á pesar de la persecucion tan activa con que se le ostigó. ¿Acaso ese hombre pidió á Dios, como Caín, que le pusiera una stigma en la frente *para que os hombres no lo mataran al encontrarlo?*

Y junto á ese inmenso ódio de un pueblo, ¿qué valen los pequeños golpes que le asesta el doctorcito Basch?

No es esta la ocasion de hacer el proceso político de Márquez, porque no estoy juzgando los actos de la vida pública de este general, sino los errores del pretencioso cronista del imperio. Así es que, no me detendré en discutir el pró ni el contra de esta cuestion.

Solo por haberlo indicado antes, hablaré de la inculpacion que hace el médico Samuel á Márquez de haber estorbado este que marcharan con Maximiliano á Querétaro las mejores tropas, (segun el doctor) las extrangeras, para aislar así al emperador de los suyos y mantenerlo bajo su funesta influencia.

Pues este cargo implica una contradiccion, porque el mis-

mo Basch ha dicho en otra parte, que el mismo Maximiliano fué quien decidió tenazmente rodearse únicamente de mexicanos para populizarse mas, y no lastimar la suceptibilidad de los pueblos del interior tan preocupados en contra de los extrangeros.

¿Cuando dice la verdad Basch?

Respecto á si Marquez obró torpemente al llevar al emperador á la campaña, si se opuso á que el ejército tomara con ventajas la iniciativa en contra de Escobedo é intencionalmente fué á dejarse derrotar á San Lorenzo para precipitar la caida del soberano, desobedeciendo á este, son cuestiones largas que no caben aquí, porque mas tocan al género biográfico que al histórico, y que pueden resolverse con el conocidísimo axioma latino *quen Jupiter vult perdere dementat.*

¿Para qué suponer mas cargos al hombre que reporta ya sobre su cabeza el ódio de toda una generacion, y que no puede pisar el suelo patrio, sin que este se hunda bajo su planta y se convierta en una tumba?

XI.

Despues de haber descargado sus terribles golpes sobre el sombrío lugarteniente del imperio, el doctor nos cuenta la fuga de este, y de Vidaurri que con pretesto de ir á poner órden en el gabinete residente en la capital, abandonaron á Querétaro, partiendo durante el silencio de la noche, escoltados por dos mil caballos.

Con objeto de distraer la atencion de los liberales sobre esta fuga de Márquez, nos relata Basch la salida efectuada por Miramon sobre San Juanico y el Jacal, y nos dice que sorprendidos los liberales se batieron en retirada abandonando sus bagajes y sus vituallas. Miramon volvió á la ciudad llevándose veintidos carros cargados de provisiones de boca y guerra, y además unos sesenta bueyes, y doscientas cabezas de ganado menor.

Semejante relacion no es esacta en todas sus partes.

Sobre el Jacal se dirigió una pequeña fuerza imperialista para estorbar que las caballerías liberales impidiesen el golpe de mano que se preparaba sobre San Juanico, y para esta hacienda se dirigió el grueso de las tropas. Solo habia allí una pequeña avanzada, la cual se retiró despues de cambiar algunos tiros.

Entónces los imperialistas saquearon la magnífica hacien-

da de San Juanico, y las semillas y los animales que condujeron á la ciudad, de la cual habian llevado los carros necesarios para el trasporte, no pertenecian á los liberales, sino á la hacienda.

Pero á Basch se le antoja que aquello era un espectáculo magnífico, y que le recordaba á los griegos ébrios de gloria y cargados con los ricos despojos de los troyanos.

Bastante infeliz es esta aplicacion histórica, porque en ella los troyanos se convierten en sitiadores, aunque sí parecian *griegos* y muy *griegos* los que tan poco respetaban la propiedad agena.

Luego que los republicanos sintieron aquella salida, destacaron sus fuerzas que entónces ocupaban una línea mas lejana de la que tuvieron despues, y marcharon sobre San Juanico para recobrar el punto; pero Miramon se retiraba ya rápidamente, y entónces las baterías de San Gregorio lanzaron millares de proyectiles sobre la columna cargada con los objetos tomados, persiguiéndola así hasta las calles de la ciudad con esa granizada de balas que tanto azoró al doctor.

No es, pues, tan gloriosa esa espedicion de que hace Basch tanto alarde.

Entre tanto, pasaba en San Juanico una escena horrible y que mencionamos en prueba de imparcialidad.

La casa de la hacienda era una habitacion magnífica, y montada con un lujo europeo. Allí vivia Bernabé Loyola, el tipo del caballero, del hombre honrado y trabajador Siendo San Juanico propiedad de familia, la cultivaba con inteligencia y asiduidad: consagrado á crear un porvenir para sus hijos, habia hecho para ellos aquella elegante villa adonde los educaba perfectamente, procurándoles las comodidades y el bienestar propios á sus hábitos de cultura y buen gusto.

Allí, en aquel nido levantado en medio de un jardin, pa-

samos los amigos de Loyola horas muy felices, gracias á la finura con que aquel labrador de alma de oro y maneras de cortesano sabia hacer los honores de la casa.

Su señora era el ángel que abrigaba á todos los desgraciados, y los peones de la hacienda tenian en ella una hermana de la Caridad en sus enfermedades, una mano pródiga en sus miserias, y una madre para sus huérfanos. Jamás la caridad se habia encarnado en una figura mas noble: Catalina era una matrona llena de inteligencia y de virtudes: era, además, una artista consumada.

Pero esta familia habia huido al centro de la ciudad al escucharse los primeros tiros del cañon; y dentro de Querétaro sufria mil tormentos sujeta á las crueles vejaciones de los soldados imperiales que les arrancaban así grandes sumas de dinero.

Entre tanto, desaparecia la hacienda de San Juanico.

Las tropas que perseguian á Miramon, entraron á saco á la hacienda como si esta fuera la culpable de la sorpresa sufrida. En un momento desapareció todo aquel lujo. Los muebles de ricos tapices fueron hechos pedazos para alimentar el fuego de los ranchos: las cortinas, los cielos rasos y los cuadros fueron arrancados, y el piano fué destruido en un momento.

Gracias á aquella rabia salvaje de la soldadesca, la finca se vació en un momento, quedando solo las paredes desnudas ennegrecidas por la llama de un incendio incipiente que las lamió con sus lenguas rojas hasta que se apagó por falta de pávulo.

Hé aquí lo que fué la célebre espedicion sobre San Juanico, en la cual los dueños de la hacienda hicieron los gastos de la guerra, sufriendo las injustas iras de ambos contendientes.

Todavía al medio dia silbaban las balas de cañon y las granadas sobre Querétaro, con gran contentamiento del

doctor Samuel Basch, que, segun nos cuenta en sus Memorias, se complacia altamente de aquel regalo que les hacian los republicanos, por cuanto escaseaban en el campo imperial los proyectiles, y los valientes en este caso los toman del enemigo: aquí es mas modesta la hazaña, pues se limitaban á comprarlos á los rateros de Querétaro que los recogian, pagándolos á seis centavos cada uno.

Despues de esa pomposa relacion, inserta Basch la carta de Maximiliano dirigida al capitan de navío Schaffer, carta que Márques debia entregar á su título cuando llegara á la capital.

No es disculpable ciertamente Basch, en este caso, que por el placer de decirnos que fué amanuense del emperador, compromete así la memoria de su amo.

Ya antes lo habia yo dicho. El médico ordinario debió suprimir esas confidencias íntimas que ponen de manifiesto una de las mas culpables inconsecuencias del archiduque. En esa carta, y en otras, Maximiliano llama á los conservadores *viejas*, *pelucones*, *cobardes*, *etc.* ¿Cómo, pues, se ligó el príncipe con esas nulidades? Por otra parte, olvidaba muy pronto que aquellas *viejas* eran las únicas que se agrupaban á sostener su carcomido trono, cuando los aliados, los extrangeros, los invencibles franceses y todas las cortes europeas lanzaban el grito de—*¡sálvese quien pueda!* y dejaban al rey de México bajo la única salvaguardia de los *pelucones*.

Sepa Basch, que esos *pelucones* supieron batirse como leones, morir como bravos, y cuando se vieron próximos á marchar al cadalso, despues de haber caido prisioneros, se conservaron dignos y serenos frente á la muerte, mientras que otros que no se hallaban en mas peligro que el que les forjaba un terror imaginario, se acobardaron como mugeres, con todo y su sangre europea, etc , etc.

En esa calificacion no comprendo á Maximiliano que cayó como un héroe herido por las balas republicanas.

Sombras como la que arroja sobre su memoria la carta á Schaffer, rara vez dejan de dibujarse mas ó menos densas sobre los grandes caracteres.

De esa carta, si es auténtica, se desprende, sin embargo, un dato muy vigoroso para alumbrar la conducta de Márquez respecto á la aseveracion tantas veces fundada de que este tenia la órden formal de Maximiliano de volverse á Querétaro con todos los elementos que sacara de la capital.

En efecto, aun cuando en esa carta solo se dice á Schaffer que empaque todos los objetos de la propiedad particular de Maximiliano que puedan serle útiles en una campaña larga, y algunos otros que le menciona: á pesar de que le previene que esos encargos los *traiga* (á Querétaro) consigo; con todo y que se le participa que Márquez tiene la órden de que á él, y al capitan de navío Kriechtl los situé en medio de las tropas durante la marcha, sin embargo, en ninguna parte consta de una manera clara que la marcha á Querétaro sea indefectible, sino que se pone como probable.

"Como puede acontecer que en virtud de las operaciones militares quede la capital enteramente desguarnecida por algun tiempo, Márquez lleva la órden etc." Hé aquí las únicas frases que sirven para apoyar los graves cargos que formula Basch contra Márquez. Es un lujo de fiscalía innecesaria, porque la historia contemporánea ha formulado ya su fallo sobre el lugarteniente del imperio: solo falta que la posteridad lo revise.

Lo que yo juzgo es que en aquellos momentos, como casi siempre, Maximiliano mismo no sabia lo que debia hacer, nada habia previsto, y sus órdenes y sus planes eran tan vagos y tan indecisos como siempre.

El emperador, sus generales, y su ministerio casi nunca

tuvieron un plan ni un programa, y marchaban al acaso, á ciegas y arrastrados por los acontecimientos.

Márquez marchó á México porque algo debia hacerse, y porque Vidaurri ostigaba porque se efectuara esa ida, puetarde se le hacia por salir de aquella situacion. Los fatas listas dirian que era el destino.

En fin, Márquez marchó á las once de la noche, no como dice Basch atravesando las líneas enemigas, sino por el lado Sur de la ciudad, por donde no habia un solo soldado republicano, pues en aquella fecha aun no se habia establecido el cerco de la ciudad. El sitio no fué completo sino hasta ocho dias despues, cuando llegaron las tropas de Martinez, Riva Palacio y Jimenez.

XII.

Basch entra de lleno al análisis del sitio en su capítulo quince, aunque adolece, como en todo el cuerpo de su obra, de su parcialidad y de su vulgaridad acostumbradas.

Al decirnos que el general D. Severo del Castillo quedó nombrado gefe de Estado mayor general, en lugar de Márquez, nos lo encomia como una alta capacidad militar, y como uno de los pocos generales que habian ganado su graduacion. Con este motivo insulta á los demas oficiales de Estado mayor diciéndoles que debian su carrera á repetidos pronunciamientos; y al retratar el cuadro de oficiales mexicanos califica á estos de altamente ignorantes, poniéndolos en caricatura.

Basch en esto, como en todo, no hace mas que desahogar algo del inmotivado ódio que profesa al país que le dió una posicion á la cual no hubiera ascendido en otra parte.

Por eso afectó tal desprecio por los soldados mexicanos, sin respetar siquiera á los que combatieron por su amo, á los que con tanto valor prodigaron su sangre por una causa perdida, y á los que con su lealtad y su abnegacion dieron una leccion á los europeos que desertaron de la bandera imperial cuando habia peligro en defenderla, y cuando

faltó en el tesoro el dinero con que se les pagaban los altos sueldos que nunca habian disfrutado en su país.

Sepa Basch que esos gefes sin instruccion que se quedaban estupefactos ante un plano militar, levantaron fortificaciones espléndidas adonde se estrellaron poderosas columnas.

Cuando se lastima el buen nombre de mi país, defiendo lo mismo á los retrógrados que á los republicanos, y me excita altamente ver que un escritorzuelo cualquiera deprima de una manera tan injusta á los mexicanos.

Si quiere Basch saber lo que valen como soldados nuestros indios, ya que él no pudo apreciarlo personalmente desde su hospital, pregúntelo á los franceses huyendo de ellos el cinco de Mayo, rechazados ante cada parapeto de Puebla, destrozados en Sinaloa, en la frontera del Norte y en Tamaulipas; pregúntelo, en fin, á los belgas y á los austriacos despedazados en San Lorenzo. Y si duda de la inteligencia é instruccion de los mexicanos, pueden informarlo los diplomáticos europeos siempre batidos en nuestros gabinetes republicanos, y para siempre apagados en las convenciones de la Soledad.

Sea lo que fuere, desde que salió Márquez de Querétaro, los trabajos militares tomaron mayor incremento, y ya fuese porque cada dia se agotasen mas los recursos de los imperiales, ya porque la mano de Castillo no fuese bastante vigorosa para reprimirá sus subordinados, desde el dia en que este general tan instruido tomó el mando de la ciudad, comenzaron en esta las vejaciones y las tropelias mas espantosas para sacar víveres, dinero y otros efectos.

Ni Márquez, ni O'Horan en México llegaron á tal altura en materia de crueldad y de saqueos.

En Querétaro, adonde la presencia del soberano debió servir de garantía para los desgraciados habitantes, estos sufrieron tormentos espantosos viéndose perseguidos, apri-

sionados ellos y sus deudos, cateadas sus casas y saqueado su hogar, cuando en medio de ese martirio la hoja oficial que allí se publicaba les decia que eran los subditos leales á quienes Maximiliano prometía espléndidas recompensas, para cuando acabara de triunfar de sus enemigos.

En las esacciones cometidas no hubo siquiera órden ni método, pues los proveedores y algunos gefes al ir á robar las tiendas, estrayéndose de ellas los víveres, las semillas y los licores, despilfarraron todo, de manera que en un momento desaparecian aquellos efectos, que hubieran durado mas si se hubieran repartido mejor, depositándolos en la proveduría. Así la ciudad hubiera resistido un sitio mas largo.

Pasada esta fatigosa digresion á que me obligó la charlatanería de nuestro doctor, tengo que volver con este á las operaciones militares en que se engolfa hablándonos de *sus* fortificaciones, de *sus* posiciones, de *sus* tropas visoñas y de *sus* operaciones militares.

Se queja de que estaba decretado que no habian de descanzar, con motivo de la batalla del dia 24 de Marzo con la cual lograron los republicanos cerrar la línea de sitio ocupando todo el lado Sur de la ciudad desde la hacienda de Carretas, al Oriente, hasta el Jacal por el Poniente.

Tambien la batalla del dia 24 está descrita en la obra que analizo con las inesactitudes que empleó Basch para hablarnos del ataque del 14. Nos cuenta una victoria; pero el hecho fué que la línea quedó sólidamente establecida, completando el cerco estrechísimo de la ciudad, y logrando así los republicanos encerrar definitivamente dentro de Querétaro á Maximiliano y á sus generales.

El ataque fué brillantísimo y la defensa no lo fué menos.

Desde las siete y media de la mañana comenzaron á desfilar las divisiones que formaban aquel cuerpo de ejército por el camino de la Cuesta China, dirigiéndose despues sobre su izquierda por los campos sembrados de Carretas, as-

cendiendo las lomas que forman la base del Cimatario, y haciendo alto frente á Casa Blanca.

Violentamente salió de la ciudad la division de reserva, colocándose en la Alameda, á la vez que se reforzaban los dos estremos de la línea de batalla, constituidos por San Francisquito y la garita del Pueblito.

Entre tanto, los republicanos descendian á paso de carga de las montañas y establecieron su línea: unos cuerpos rebazaron esta y llevados de su ardimiento penetraron hasta la línea enemiga adonde fueron envueltos, y despues de haber sucumbido sus gefes se batieron en retirada, quedando siempre cerca de doscientos hombres prisioneros.

Allí murieron valientemente Florentino Mercado, Peña y Ramirez, y otros muchos jóvenes republicanos, combatiendo como leones.

Pero á la vez eran rechazadas las caballerías de Mejía que intentaban desalojar á la division tendida frente á la ciudad, y al mismo tiempo la reserva de Mendez y los cazadores retrocedian hasta la Alameda, adonde violentamente levantaban una fortificacion, parapetando así este lado de la ciudad, que antes estaba abierto.

Sin embargo, al caer la tarde, los imperialistas celebraron una victoria, como siempre, y los habitantes de la ciudad veian admirados aquellas demostraciones de júbilo, sin poder esplicárselas, porque frente á ellos contemplaban á las tropas liberales, estableciendo tranquilamente su campo, y abriendo las paralelas que debian completar el cerco del lado meridional de la ciudad.

Luego aquella ficcion de triunfo, ó era una mentira oficial para disfrazar una derrota, ó el cuartel general de los imperiales estaba ciego y no comprendia la pésima situacion en que se encontraba.

Uno de los frecuentes errores, en efecto, de los generales de Maximiliano fué creer que cada ataque que daban las tro-

pas de la República tenia por objeto ocupar la ciudad; y como no la tomaban, se soñaban ellos victoriosos. No veian los ilusos que el ejército que tenian en frente no quiso jamás dar un asalto que hubiera costado muchísima sangre, que hubiera causado la destruccion de la ciudad y que habria facilitado la fuga de la mayor parte de los gefes imperialistas.

Escobedo nada de esto queria, que á haber deseado entrar á la plaza, pudo hacer un impulso vigoroso sobre el Oriente y el Norte, y con el resto de sus tropas habria penetrado por el Poniente y el Sur; los imperialistas no tenian las fuerzas suficientes para cubrir esta inmensa línea.

Pero el plan era sitiar, y sitiar lentamente, para que en ese lapso de tiempo los imperialistas agotaran sus víveres y sus municiones: sitiar con todas las reglas del arte, á fin de que Maximiliano y todos los suyos cayeran en aquella ratonera.

El éxito salió conforme al plan ideado, y llevado á cabo con una constancia y una actividad infatigable, á pesar de la impaciencia de todos los que deseaban que aquella situacion terminara lo mas pronto posible.

Este programa militar quedó desconocido á los generales que defendian la ciudad, y así fué como se dejaron encerrar poco á poco, y como hacian salvas, y repicaban al menor incidente ventajoso de esos muchos que hay en las salidas, y en las escaramuzas de un sitio.

Siempre soñando con que Márquez vendria en auxilio de la plaza, duraron los sitiadores llenos de ilusiones y de errores, hasta los primeros dias de Mayo, y entónces fué cuando se intentó romper el sitio; pero ya era tarde.

Basch, ni mas tarde, cuando juzgaba los hechos á posteriori, y cuando podia ver el pasado con toda la luz de la verdad, pudo ser exacto en sus apreciaciones: los cerebros

muy pequeños rara vez pueden abarcar todas las faces de un objeto.

Esta es sin duda la causa de que sea tan fria su relacion del sitio, y de que sus memorias sean tan pálidas que no hayan despertado la atencion pública. Cualquiera de las pobres mujeres que recorrian la ciudad sitiada buscando víveres, hubiera podido hacer una obra mejor, ó por lo menos igual á la de Samuel Basch.

Pero este no se preocupa con su insuficiencia, y adonde no puede mas, nos obsequia con un trozo de su coleccion de cartas, en las cuales descolla siempre en primer término su personalidad.

Por ejemplo, la carta que dice que le dictó Maximiliano para que fuera dirigida al prefecto de Miramar, es una muestra de puerilidad que no creemos posible en el emperador.

En ese fragmento que nos inserta el doctor, habla el jóven soberano de su *sombrero ancho*, de sus botas fuertes y de su anteojo: de sus visitas á las líneas esteriores. Cuenta que una granada reventó á tres pasos del lugar adonde se encontraba, y que de ese proyectil conserva un casco para enviarlo á su museo de Miramar.

¡Pobre príncipe! estaba ciego, enteramente ciego, y las ilusiones que envolvian como una nuve de luz su alma soñadora, no le permitian ver la realidad, velándole el ala de sangre que en su pleamer subia ya las gradas de su trono, y lo tragaria muy pronto.

Como una reminiscencia, es preciso anotar aquí, que en ese citado fragmento vuelve á decir Maximiliano, que—"no tenia á su lado mexicanos, y esto no por casualidad, sino por cálculo suyo."—Todo ese párrafo pone en contradiccion á Basch, que algunas páginas antes habia hecho en un cargo á Márquez, por haber alejado del soberano á los extrangeros, que eran, segun el médico, los mejores soldados y los

mas leales. Desgraciadamente no es la única inconsecuencia en que incurre nuestro cronista.

De poca importancia son las páginas siguientes, de los *Recuerdos de México*; apenas llama la atencion uno que otro concepto.

Por ejemplo, entre esas singularidades debe preocupar lo que nos dice el médico de cámara, acerca de los proyectos que tenia el emperador para mas tarde.

En efecto, soñaba Maximiliano convocar una asamblea nacional, para despues de que lograse derrotar á los liberales. Reuniria el congreso en Nuevo-Leon, adonde quería establecer el asiento del gobierno, y así robustecería su reinado con un plebiscito.....último delirio de todas las monarquías aspirantes.

¡Un vástago de Cárlos V buscando en la soberanía popular un apoyo para apuntalar el derecho divino! Esto era un contrasentido incalificable, y que solo puede disculparse atendiendo al carácter tan dúctil del príncipe tan ilustrado y tan progresista. Sin embargo, de este plan político á sus sueños en el palacio de Caserta, hay un abismo.

Para coronar el doctor Basch sus torpezas, inserta despues otra carta que escribió por encargo, y bajo el dictado del emperador, al consegero Herzfel á Viena.

En dicha carta hay de todo.

Las apreciaciones sobre la conducta observada por los franceses durante los últimos dias de la ocupacion, son acres, apasionadas y virulentas, peroen gran parte justas: no censuro, pues, que los hombres del imperio juzguen así á sus aliados, sino que no hayan sabido dar á sus cargos el tono de moderacion que exijia el alto carácter del soberano que dictaba esas frases.

Y por retratarse en la entrada triunfal á caballo y al lado del emperador, recibiendo sobre su cabeza una lluvia de impresos, conteniendo los versos de un poetastro de la ciu-

dad, regala á los lectores de sus *Recuerdos* con ese fragmento tan calumnioso para la memoria de Maximiliano, porque lo hace solidario de las ridículas apreciaciones políticas de Basch, que no era muy fuerte en las materias que requieren algun esfuerzo intelectual.

Pero Basch todo lo ha sacrificado por satisfacer su pequeña vanidad.

XIII.

A las doce del dia 30 de Marzo tuvo lugar un acto solemne en la plaza de la Cruz, en el radio que ántes ocupaba lo que impropiamente se llamaba cementerio, y que ya entónces era un sitio abierto y solo limitado al Oriente por una trinchera.

Maximiliano condecoraba á los generales y soldados que se habian distinguido en los combates del sitio.

Pero no fué esto lo notable, sino que cuando terminó aquella ceremonia, el ejército imperialista, á su vez, condecoró á su soberano.

Los generales en masa suplicaron al príncipe que portara la medalla de bronce del *mérito militar*.

Yo, que tan poco afecto soy á esas cintas y colgajos que no siempre se conceden al mas digno, y que en el fondo no implican mas que un tributo pagado á una gloriosa vanidad, en este caso confieso que la medalla estaba perfectamente acordada al gefe imperial.

Maximiliano en Querétaro fué un magnífico soldado que con su valor se colocó mas alto que su trono.

Y esta reflexion me ha ocurrido al ver el abuso que hace nuestro doctor de la primera persona del plural al conjugar los verbos que expresan alguna accion militar.

En efecto, jamás cuenta que el ejército hizo tal ó cuál movimiento, sino que á cada paso nos dice *hicimos* una salida, *apoyamos* nuestra infantería, *nuestros* combates todos tuvieron buen éxito, *rechazamos*, *desalojamos*, *matamos*, *herimos*, etc., etc.

Poco modesto se muestra el doctor cuya mision era curar al príncipe, y despues á los heridos de que quedó encargado, y de este encargo tan humanitario al papel de batallador que se designa hay un abismo.

Afortunadamente él mismo confiesa que sus triunfos eran otras tantas victorias de Pirro.

Por un momento se despoja de sus arreos militares, y despues de hablarnos ligeramente de la salida del dia 1º de Abril, salida en la cual los sitiados tuvieron que retirarse violentamente á la plaza hechos pedazos por los republicanos, algo nos habla de sus trabajos como médico de ejército.

Como siempre, asegura, que en los hospitales militares reinaba mucho desórden, gracias á los médicos mexicanos. Basch fué á regularizar aquellos trabajos, reglamentó el servicio, estableció la *junta de beneficencia*, y convirtió, en fin, las ambulancias en una especie de paraiso terrestre adonde con todo y eso se morian todos los heridos.

Yo confieso que casi siempre nuestras ambulancias no han andado muy bien, ni han estado á la altura de su mision. Es que en medio del desórden administrativo de nuestros gobiernos, todo ha llevado el sello de la escasez y de la imprevision.

Pero ni las faltas que se notaron en el servicio médico-militar de los sitiados, dependieron de los médicos mexicanos, ni las remedió Basch, ni era capaz de ello.

A cuantos trataron al doctor Basch en Querétaro, puede constar que el médico extrangero solo, jamás hubiera podi-

do servir aquellas salas improvisadas adonde todo faltaba para atender debidamente á los heridos.

El desórden, la miseria, la incuria y el empirismo que se veian imperar en el servicio de las ambulancias, debe atribuirse al gobierno imperial que al ver que su gefe marchaba con el ejército á una campaña larga y cruda, no dispuso lechos de campaña, botiquines, cajas de cirujía, etc., etc.

Esto no lo pueden improvisar los médicos. De aquí es que pronto se encontraron sin un instrumento útil, y los cuchillos de amputacion, á causa del frecuente uso, quedaron inservibles, los bísturis sucios, y todo, en fin, en tal deterioro, que se hizo imposible el servicio militar. De aquí la *podredumbre del hospital*, y todas las enfermedades de contagio.

¿Basch podia, con todo y su poder omnipotente como extrangero, remediar estos males?

En cuanto á la *Junta de beneficencia* no me esplico por qué no confiesa el autor que la idea de esa asociacion fué concebida por Maximiliano, el cual la comunicó al cura de la parroquia de Santiago, Agustin Guisasola. Inmediatamente se puso en planta.

Agustin Guisasola es una persona muy notable en aquella poblacion. Antes de ser clérigo, fué soldado: las tempestades de la vida lo arrojaron al altar, llena de uncion el alma y despues de hundir en el olvido todos los recuerdos del pasado.

Sacerdote por vocacion, se arrojó enteramente al cumplimiento de su deber, aunque cometió la debilidad de inodarse algo en el movimiento reaccionario. Esto le provocó la ira de los republicanos, que en aquellos momentos de lucha tan encarnizada eran muy intransigentes.

Los enemigos del clero vieron entónces en Guisasola un combatiente muy peligroso, y lo atacaron con todas las armas posibles, hasta con las de la calumnia.

Pero no tuvieron en esto razon.

Guisasola tiene algo del tipo sublime que describió Victor Hugo en el obispo *Bienvenido*, en ese admirable personaje de sus *Miserables*.

Si Guisasola no viviera aún, yo revelaría la ardiente é inmaculada caridad de ese jóven cura, que sabe quedarse deznudo para vestir al mendigo. Pero cuando él siempre cuida de que ignore su mano izquierda la limosna que dá su mano derecha, yo no puedo lanzar á la publicidad esa vida consagrada al templo y á la humanidad doliente.

Hasta de parte del clero ha sufrido persecuciones, porque esa clase tan rencorosa, como ignorante, veia un eterno reproche de sus desórdenes y de su intolerancia en aquel sacerdote tan digno y á quien la sociedad entera tributaba tanto respeto y homenaje.

Pues, bien, ese fué el hombre á quien Maximiliano puso al frente de la *Junta de beneficencia*, y gracias á él los heridos y enfermos pudieron disfrutar de algunas comodidades en medio de la miseria que asolaba la ciudad sitiada.

Guisasola no se limitó á esto. Iba á las trincheras á la hora del combate, y en medio del fuego mas espantoso, ante una lluvia de balas y metralla, sereno, sin alterársele siquiera la color del rostro, llegaba á la línea de combate, adonde no llegaban ni los generales mas audaces, y allí se inclinaba sobre el soldado herido; escuchaba tranquilamente su confesion, rodeaba de celestes consuelos su agonía, y le perdonaba sus pecados en nombre del Dios crucificado.

Un dia, y esto retrata perfectamente ese admirable carácter. Un dia llegó el general republicano Carbajal con numerosas fuerzas sobre Querétaro. Acababa de hacer una brillante correría por el Estado, y despues de ocupar San Juan del Rio, creyó que podia apoderarse de la ciudad de Querétaro que estaba ligeramente guarnecida.

Pero la guarnicion no era tan corta, y sobre todo allí estaba Mejía, que aunque enfermo, instado por las autorida-

des que perdian la cabeza en aquellos momentos, dejó el lecho y montó á caballo. Reunió los diversos piquetes que al abandonar los pueblos inmediatos se habian concentrado en la ciudad; formó así una columna y con ella y media batería salió á encontrar á Carbajal.

Aquello era mucho, pues Mejía por su valor moral duplicaba la entidad de su fuerza.

Se trabó el combate, y aunque los soldados republicanos hicieron prodigios de valor, tuvieron que retirarse despues de sufrir graves pérdidas, sin ser molestados en la retirada.

La pequeña batalla tuvo lugar á dos leguas de la ciudad un poco mas allá de la Cañada. Con las tropas de Querétaro iba Guisasola, diciendo, que puesto que debia haber heridos era preciso que hubiera tambien un sacerdote que auxiliara sus últimos instantes.

En efecto, á los pocos tiros tuvo adonde ejercer el sacerdocio, y con un valor que asombró al mismo Mejía, se situó en la línea avanzada á socorrer á los que caian.

Allí permaneció en lo mas crudo de la pelea, y cuando comenzó á disminuir el fuego, Guisasola enteramente solo montó un caballo y se dirigió adonde estaban los liberales.

—Padre! le gritó Mejía admirado de aquel arrojo, ¿adónde vá V.? ¡Retroceda V. ó lo hacen pedazos!

—General, le contestó Guisasola, los liberales tambien han tenido heridos y no traen un sacerdote que los auxilie: voy á cumplir con ellos mi mision.

Sin escuchar mas, puso al galope su caballo y pronto llegó al campo republicano sin que lo tocara una bala de las muchas que cruzaban á su alrededor.

Hé aquí lo que era ese gran carácter.

A este sacerdote fué á quien dió el archiduque la presidencia de aquella junta.

Basch, entre tanto, dice usando de su acostumbrado plu-

ral,—"Conseguimos de los habitantes, ropa blanca, colchones, vino é hilas."

Esta es una de las páginas mas tristes de aquellos dias.

La soldadesca imperial se habia arrojado sobre las cajas de los particulares, sobre los depósitos de maiz y frijol de los agricultores, y sobre las casas de comercio de la ciudad. En aquel saqueo diario, hecho á la luz del dia y bajo el mando del archiduque que habia traido de Miramar el célebre lema de la equidad en la justicia, muy poco se habia utilizado.

Pero no quedó en esto todo. Despues llegó el cateo hasta las despensas y cocinas de las familias y se arrancó á estas hasta las semillas que les servian para sus alimentos.

Entónces llegó Basch, el miembro de la junta de beneficencia, y él ó los policías que habian puesto á sus órdenes, penetraron al santuario doméstico, y de allí arrebataron los lechos, los cuales llevaban al hospital, cuando estaban viejos y deteriorados; pero cuando encontraban colchones nuevos y ropas de lino, todo lo reservaban para su uso particular, vendiendo el excedente.

Esta era la beneficencia que ejercía el nuevo inspector general de los hospitales.

XIV.

Pero al fin Basch se olvida un poco de hablar de su interesante persona y vuelve á los sucesos públicos con motivo del aniversario de la exaltacion al trono.

El médico de cámara describe detalladamente la celebracion de ese aniversario, y aun inserta los discursos que con ese motivo se pronunciaron.

Yo, que no recuerdo haber dejado de amar á la República un solo instante de mi vida, siempre he sentido, sin embargo, una alta consideracion por la alma noble y tan bien templada de Maximiliano.

Y al fijar mi vista en aquel acto celebrado en una ciudad sitiada, y cuando el emperador solo debia vivir ya setenta dias para ir á espirar al Cerro de las Campanas, he sentido la fascinacion del abismo, y he tenido que saludar con respeto aquella gran catástrofe.

El 10 de Abril de 1867 los últimos restos del partido conservador é imperialista marcharon en comision al convento de la Cruz á felicitar á su jóven soberano.

El proscenio de aquella escena era tristísimo.

Las paredes grises y polvosas de aquel onmbrío mo, nasterio estaban hechas pedazos por las balas de cañon y por las granadas. La iglesia adonde ántes los venerables

monges de aquella comunidad levantaban sus cánticos entonando sus preces ante la *Cruz aparecida*, ó bien tronando en el púlpito mil anatemas contra los pecadores, esa iglesia espléndida por su sencilléz y por sus solemnes recuerdos estaba en aquel dia destruida por las manos de la soldadesca que habia arrancado los magníficos altares tallados y revestidos de oro para hacer leña.

Ni una flor, ni un arco triunfal, ni una cortina en las calles, ni una ovacion popular habia para recordar la aceptacion del trono que tuvo lugar en Miramar el 10 de Abril de 1864.

Al comparar esa fecha del pasado con la de hoy, Maximiliano debe haber sentido un calosfrio de muerte sacudir su cuerpo.

Todo aquel régio esplendor con el que se habia fascinado á la comision de Miramar, habia pasado como una fantasmagoría; solo quedaba la espantosa realidad con sus cadáveres, su miseria, y su cadalzo en lontananza.

Tambien en 1867 tronaba el cañon, pero era porque su entraña, preñada de metralla, vomitaba la muerte sobre el usurpador.

Y hoy, ya no estaba al lado del soberano aquella altiva emperatriz que tanto influyó en lanzarlo á tan fatal empresa. La inteligente Carlota recorria loca y abandonada los desiertos salones del castillo de Miramar.

¡Infeliz Maximiliano!

Pero volvamos al aniversario.

Los discursos estaban acordes con aquella situacion.

El del ministro Aguirre no era mas que la continuacion de la mentira oficial con la cual el partido imperante habia estado engañando durante tres años al país, al emperador, y lo que es mas estraño, á sí mismo, velándose el peligro indeclinable en que se encontraban, y volviéndose hácia atrás

con la tenacidad de un monomaniaco que viviera de un recuerdo.

En ese discurso hablaba García Aguirre de la verdadera opinion nacional, suponiéndola pronunciada á favor del imperio. Esto era un absurdo cuando ese imperio acababa de presenciar la defeccion de todos los suyos, ya por la emigracion al extrangero, ya pasándose á las filas liberales: era una paradoja cuando no quedaba en torno del soberano mas que un grupo de leales ahogados por las masas del ejército republicano, y cuando ese trono no contaba mas que con un puñado de tierra que pocos dias despues debia llamarse *¡el Cerro de las Campanas!*

El discurso del emperador, por el contrario, es una pieza clásica de verdad y franqueza, porque revela la desnudez de la situacion, y el carácter del príncipe, dejando descubierta sobre todo esa terrible llaga de la soberanía, la ilegitimidad que la convierte en usurpacion.

Largo seria hacer el análisis de la contestacion de Maximiliano, pero puede extractarse el juicio que de él se haga con esta simple frase:—ese discurso es el principio de la defensa, que mas tarde tendria que hacer el archiduque ante el consejo de guerra que debia juzgarlo.

Pero lo espantoso, lo sombrío, lo incalificable es el profundo pensamiento que vertió Maximiliano en uno de los párrafos últimos de su discurso, cuidando de subrayarlo. Dice en él que "*sin lucha y sin sangre, no hay triunfo estable, ni desarrollo político ni progreso duradero.*"

Esta sentencia jamás debió haber vibrado en la boca del dulce, del apacible Maximiliano de Austria. Esa máxima estaba mejor como el lema de la política de un Don Pedro de Castilla, de un Luis XI, ó de Alejandro VI.

¿Pues que con esa sangre fué como quiso el archiduque llevar el desarrollo y el progreso á la Lombardía?

¿Con esa sangre quiso hacer estable el triunfo de su can-

didatura imperial, en la junta de notables de México? ¿Y que por mejorar el Nuevo-Mundo latino, fué por lo que derramó esa sangre á torrentes en Mixcalco, en Michoacan... y en todo el suelo mexicano que estaba bajo su dominio?

¿De allí nació la terrible ley del 3 de Octubre?

¡Pobre Maximiliano! Estaba en las horas del vértigo y no sabia ni lo que decia, ni lo que hacia.....

Despues de estos discursos volvió á reproducirse la escena de la medalla.

Los generales decretaban á su soberano la condecoracion del mérito militar.

Pero ya hemos divagado bastante, y es tiempo de volver á la crónica del sitio.

El dia 11 de Abril hicieron los imperialistas una nueva tentativa para asaltar la línea del cerco.

El ataque comenzó á las tres de la mañana, sobre la garita de México: la columna se lanzó con vigor sobre el punto, y despues de un combate muy sangriento y muy largo, los sitiados volvieron á la plaza hechos pedazos, quedando en el sitio algunos de sus gefes.

Este desastre lo atribuye Basch á la acostumbrada negligencia propia de los mexicanos; pero no funda su dicho ni esplica en qué consiste esa falta, aunque si hay que atenter á los hechos es preciso rectificar al doctor diciéndole que esa negligencia sin duda era peculiar, y así debió decirlo, á los mexicanos imperialistas, puesto que tambien los sitiadores eran mexicanos y no anduvieron muy negligentes en rechazar la salida.

La pasion nunca es un buen guía para alumbrar el camino de la historia.

Despues entra Basch á describir la dolorosa monotonía de aquellos dias de angustia.

Habla de los préstamos forzosos, de la contribucion de trincheras y del impuesto de puertas y ventanas: toca las

miserias de la desgraciada poblacion de Querétaro saqueada por los imperialistas y diezmada por los liberales que incesantemente arrojaban granadas sobre la ciudad: recuerda los cateos, las prisiones, y la hambre ennegreciendo mas aquel cuadro. Pero no confiesa que el orígen de tanto mal era un extrangero, que por mas estimable que haya sido en sus prendas personales, siempre era un usurpador cuyo imperio nadie aceptaba ya en el país.

Si al principio de aquel reinado, algunos intereses y aun algunas adhesiones de buena fé se habian agrupado en torno de Maximiliano, desde la crísis de Orizaba no pudo ya dudar este, de que nada era tan impopular como el imperio.

Y tan es esto cierto, que el emperador buscaba una sancion en el congreso nacional que queria convocar; y las correspondencias que tan torpemente publicó Basch, demuestran que entre el soberano y los conservadores habia una disidencia absoluta.

Ni en intereses, ni en principios, ni en medios políticos estaban acordes el emperador y sus súbditos: mútuamente se despreciaban. Unidos ante el peligro, porque era el único medio de eludirlo, si hubieran triunfado de la República se abrian dividido entre sí, y de todas maneras el imperio tenia que morir: desde su proclamacion fué un feto abortado y no viable.

A propósito: en el fracmento de la carta dictada por el emperador á Schaffer, se describe el miedo que tenia el ministro de Justicia siempre que visitaba con su soberano las avanzadas y líneas exteriores.

Yo no sé si García Aguirre tendria ó no miedo; pero sí recuerdo que fué el único ministro que se presto á acompañar á Maximiliano á aquella terrible campaña: sé que durante el sitio cumplió con sus deberes como ministro, y que á la hora de caer prisionero, de ser juzgado y sentenciado á muerte se mantuvo sereno y tranquilo. Si en lo íntimo de

su pecho el terror estrangulaba su corazon, su senblante nada revelaba: y el valor no solo consiste en no sentir miedo, sino en disimularlo y vencerlo cuando se tiene.

Esto me recuerda un episodio de la guerra de México durante la invasion americana en 1847.

Era en la Angostura: los norte-americanos habian tomado una altura y los mexicanos desprendieron dos columnas para desalojar á los invasores.

Al frente de esas columnas iba uno de nuestros generales mas valientes, el cual, al ir marchando, fijó su atencion en un jóven subteniente que llevaba el rostro cubierto de una mortal palidez.

—Señor oficial, le dijo el gefe deteniendo un poco la marcha de su caballo: lleva V. mucho miedo!

—Sí, mi general, le contestó el subteniente brillando en sus ojos un relámpago de ira: con la mitad del miedo que yo tengo, ya V. habria corrido.

El general continuó su camino sin decir una palabra mas y sofocado por aquella magnífica contestacion.

Ese valor pasivo é inerte, pero mas estimable porque lucha con el peligro y con la propia organizacion, no lo comprende Basch en tanto desgraciado como supo caer con dignidad al lado del emperador.

XV.

Insensiblemente nos vamos acercando al momento terrible de la catástrofe.

Márquez habia desaparecido, segun la enérgica espresion del doctor Basch, y no se tenia de él ninguna noticia. Entiéndase esto respecto á Querétaro, pues lo que es en México, sí se sabia, y mucho, cuánto pesaba Márquez como general y como lugarteniente del imperio.

Pero llegó el momento en que se comenzaran á hacer tentativas desesperadas por parte de Maximiliano y de sus generales.

El 11 de Abril, fecha memorable en los análes conservadores por los asesinatos de Tacubaya, intentaron los sitiados un ataque sobre la garita de México, que les costó mucha sangre, derramada inútilmente, porque fueron rechazados.

El dia 22 del mismo mes se hizo otra tentativa sobre la línea occidental del cerco, pretendiendo hacer salir una division de caballería, que con el príncipe Salm á la cabeza, debia dirigirse á México, á fin de reducir al órden á Márquez, y hacerlo venir á Querétaro.

El desgraciado príncipe debia tener ya muy débil su cabeza, cuando confiaba á un extrangero una mision tan de-

licada, dándole poderes mas ámplios que los que tenia Márquez, el cual representaba la soberanía; pero á la hora del desconcierto, cada paso que se dá es un nuevo error.

Para concluir con este incidente, diré que esa tentativa fracasó como todas. Los sitiados fueron arrojados de nuevo dentro de la plaza, y solo dos audaces guerrilleros que militaban á las órdenes de Mejía, Zarazua y Macario Silva, lograron saltar los fosos y las paralelas, y salieron de la plaza con cincuenta hombres, retirándose á la Sierra, por donde merodearon algun tiempo.

En este episodio hay sin embargo dos incidentes no revelados á la historia hasta la imprudencia de Basch, que es indispensable mencionar aunque sea levemente.

Es el primero, las instrucciones que dió el emperador á Salm, divididas en veinte puntos, relativas á la mision que el príncipe llevaba á la capital; instrucciones que el médico de cámara publica, asegurando que él mismo las escribió bajo el dictado del emperador.

En esa pieza histórica hay algunas indicaciones ridículas y otras terribles, porque denigran á quien las hizo. A la primera categoría pertenecen los puntos para el cuerpo diplomático, y los que estaban dirigidos á los juaristas.

A la segunda tocan varias.

Despues de que el soberano manda á Salm que haga saber solo á Márquez y á Vidaurri la verdadera situacion de la plaza de Querétaro, dice que al público se den buenas noticias. Luego la mentira oficial que dia á dia se esparcia en la ciudad entre los repiques, las dianas y los cañonazos, era con el conocimiento y la anuencia del soberano: y este rey que tanto supo cuidar la dignidad de raza, llegó á contagiarse con el sistema conservador, y mintió como estos mentian, olvidando así que solo incurren en esa debilidad los pequeños de alma. ¡Pobre rey mártir! Quienes mas lo han dañado han sido los suyos, hasta su médico que

debió haber respetado lo que siempre ha velado la historia, el pudor del hombre!

Despues de esta instruccion, se ven otras que jamás hubiera permitido Maximiliano que vieran la luz pública; no es posible analizarlas todas, y el lector al recorrerlas las apreciará en todo su valor.

Así es que solo mencionaré la órden de evacuar á México, si fuere preciso, para salvar á Querétaro, y esto indica que conforme era el peligro mas inminente, se iban olvidando las proclamas redactadas bajo un espíritu noble, ofreciendo sacrificarse por el bien comun. Y no debia pasarlo México muy bien, entregándolo al enemigo, segun la teoría imperialista que veía en cada liberal un bandolero.

Mas aun, si Maximiliano creia que las tropas republicanas respetarian la ciudad, debió recordar que con la evacuacion militar de la capital quedaban en poder del enemigo todos los empleados civiles, todos los que se habian complicado con la intervencion y con el imperio, reportando sobre sí la nota de traidores y atrayendo sobre su cabeza y sobre sus bienes la terrible ley de 25 de Enero.

No era, pues, un buen razgo de Maximiliano sacrificar á la capital y á todos los imperialistas para salvarse él solo: Basch debió haber meditado esto.

Pasemos ya á otra cosa.

El segundo incidente es la carta dirigida por Basch al cónsul americano Márcos Otterburg, por encargo del emperador.

Si esa carta es auténtica, ella marca un nuevo acto de debilidad del príncipe. Sin duda que esa pieza no llegó á manos del cónsul americano, y esto fué una fortuna, porque fué mejor que ignorara Otterburg, esa casi humillacion del soberano, que solo pudo haberla dictado la depresion de un momento de terror ó de atonía moral.

Pero la ligereza del médico ordinario la dió á luz, sin me-

ditar en que si Maximiliano viviera, hubiera destruido ese comprobante de su flaqueza: ya que el comisionado de entregarla á su título no habia podido salir de la plaza sitiada, Basch no debió publicarla, refleccionando que no hacia honor á su literatura, ni al buen nombre del archiduque.

Véamos por qué formamos tan mal juicio de ese documento, y para la mayor inteligencia de lo que voy á decir, ruego á mi lector vuelva á leer esa misiva que se encuentra en las fojas 216 y 217 y vuelta de la presente obra.

Maximiliano, que tan dignamente se habia levantado sobre las denigrantes exigencias de los franceses, y que habia preferido morir á humillarse, en los terribles momentos en que se escribia esa carta, olvidó que importaba aquello una declinacion de derechos y de altivez, ante un ínfimo agente de los Estados-Unidos.

Es cierto que al desgraciado emperador de México lo preocupaba, y mucho, la actitud de la Casa Blanca, tan descaradamente hostil contra el imperio; pero debió comprender que si la Francia pesó muy poco en el gabinete de Washington para la invariable resolucion que este tomó á favor de la República en México, la carta de un Señor Basch, no debia provocar mas que una sonrisa de desprecio en los labios del diplomático americano, al leerla.

Porque esa carta es la espresion de una pueril cobardía, llena de acusaciones contra Juarez, y disculpas de los actos del emperador. Y sorprende ver á todo un soberano descendiente de Cárlos V, quejándose á un agente comercial de los yankees de los fusilamientos que hacia Juarez, protestándole que los imperialistas harian la guerra á la Europa, y, lo peor de todo, corroborando su dicho con dos cartas comprobantes, que adjuntaba Basch á guisa de certificados, por si no hiciera fé su palabra en el consulado americano.

¿Es posible descender mas?

Pues sí fué posible, porque el médico de S. M. en el pe-

núltimo párrafo de su carta comete la última villanía posible diciendo que en el campo imperial solo Maximiliano representaba la causa de la humanidad, y acusando á los generales imperialistas como gentes capaces de cometer todas las venganzas y represalias que deshonran á los que recurren á ellas.

¿Es propio, es digno que dos extrangeros, Maximiliano y su médico, juzguen así á los valientes que vertian su sangre por ellos, y daban su vida tan noblemente por su causa?

Por último, Basch dice en esa carta que si los republicanos no cambian de conducta, se plegará el emperador á las exigencias de sus generales y cometerá todos los crímenes que estos le exigen en nombre de la venganza. Es decir, que él soltaria sus perros de presa.....!

¡Pobre de Maximiliano! Mejor lo trataron sus enemigos. Estos lo fusilaron haciendo del emperador un héroe, mientras que su médico arroja sobre su memoria toda la mengua posible.

Basch sigue con sus noticias absurdas despues de la insercion de su ridícula carta.

Tal es la de la conferencia habida entre el general republicano Rincon Gallardo y Miramon. En ella no pasó nada que tuviera un carácter oficial, y menos podian los liberales ofrecer á Maximiliano la libertad de marcharse por donde quisiera, cuando la captura del príncipe, era el principal objeto del sitio, porque así se afirmaría mas la paz pública.

Es que creé el médico que se encuentra aun en los felices dias del sitio, cuando la mentira oficial era una de las armas de defenza, porque se finjian partes y documentos que se suponian llegados de la capital.

Esas mentiras las vuelve á insertar Basch en su obra,

sin duda para que no se olvide que el emperador se prestó á esas inocentes fullerías.

Por eso el mismo dia 22 de Abril, cuando los imperialistas se convencieron de que no podian romper la línea contraria, publicó el Estado Mayor en el *Boletin de Noticias*, la nueva de la llegada de un correo de México trayendo una comunicacion del ministro de Gobernacion, en la cual este participa al emperador que las tropas imperialistas habian limpiado de gavillas los alrededores de la capital. Y del sentido de esta nota, falsa por supuesto, inferian los redactores del Boletin que Márquez habia salido ya de la capital, pues de no ser así, el correo que trajo el pliego de Iribarren, ministro del Interior, habria traido tambien comunicaciones del general.

Con este motivo, Basch hace notar la manera sofística de comentar una simple nota, lo cual tiene como una cosa propia al carácter de los mexicanos.

Olvida el médico que la responsabilidad de esas supercherías oficiales caen todas sobre su amo, á quien, si le parecian malas debia prohibirlas, en lugar de ordenarlas ó tolerarlas.

Y de paso el doctor se burla de la oferta hecha por Maximiliano á la poblacion fanática de Querétaro, de regalarle un crucifijo de oro macizo para el altar mayor de la Cruz, á fin de compensarle así sus sufrimientos y asegurar su lealtad.

No sabe Basch, ó afecta ignorarlo, que en la ciudad sitiada los adictos á Maximiliano lo eran solo por la alta estimacion en que tenian sus prendas personales, sin necesidad de esos regalos que de nada le servian, pues tenian el oro bastante para hacer ellos los Cristos que quisieran: olvida tambien que los que siempre habian rechazado la monarquía por ódio á la forma y antipatía al extrangero, no

cambiaban de opinion por que se les ofreciera restaurar un altar que ellos habian destruido.

Pero el autor de los "Recuerdos de México", por insultar al país que le dió tan buena hospitalidad, no se para en consideraciones y no atiende siquiera á que pone en caricatura á Maximiliano, sobre todo, atribuyéndole esas supercherías tan vulgares empleadas para popularizarse en la ciudad que saqueaban sus soldados, y que se veía llena de ruinas y de cadáveres por causa suya.

Despues de esos pequeños desahogos, torna el Dr. Basch á sus instintos belicosos, y vuelve á regalarnos algunas páginas de su diario militar, llenando con él los dias trascurridos del 23 de Abril al 5 de Mayo.

Poco hay que llame la atencion en esas hojas, si no es el estilo conciso, enérgico y napoleónico de Basch, con el cual en unas cuantas líneas describe á grandes rasgos las épicas derrotas de aquellos dias.

Nos habla allí de *sus* baterías, de *sus* cañones, de *sus* tropas y de *sus* hazañas, con un tono digno de Homero.

Eso sí, acepta, como siempre, todas las vulgaridades que corrian en el vivac, como la llegada de Márquez, la vuelta de los correos que habian salido, y todas las disculpas con las que se disimulaban los desastres que sufrian en cada salida los sitiados.

Nos cuenta que se malogró el ataque proyectado para la madrugada del dia 26, por haber equivocado Miramon la hora en que debia moverse.

Tambien recuerda las dianas y repiques con que se anunció la llegada de Márquez, á fin de alentar la moral decaida; pero esas mentiras imperiales eran ya contraproducentes, porque en vez de ser creidas, irritaban á los habitantes de

la ciudad que adivinaban la verdad, y solo veian en aquellas farsas un irritante sarcasmo.

La moral de la tropa tambien estaba muerta.

Algo fascinó á la ciudad entera el ataque del dia 27 de Abril, que tambien nos cuenta Basch.

Esta salida ha sido descrita muchísimas veces: de suerte que, para no dejar en este opúsculo una laguna, la mencionaré tan solo en las tres líneas siguientes:

Sorprendieron los sitiados la línea Sur, y la ocuparon tomando cañones y víveres: pasadas cinco horas, la reserva republicana barrió el campo y metió á los sitiados á la ciudad.

El desaliento en Querétaro fué, pues, mas profundo en la tarde al ver que todo quedaba en la misma situacion: acaso peor, porque habia una ilusion menos.

Maximiliano y sus generales habian perdido, entretanto, la única ocasion posible de fugarse.

Lo mismo sucedió con las salidas efectuadas los dias 1º y 3 de Mayo. En ambas, volvieron á encerrarse los imperialistas despues de sufrir pérdidas terribles é irreparables.

Aunque apenas están tocadas estas batallas en las pocas líneas que emplea el doctor Samuel para delinearlas, están llenas de inesactitudes.

Por ejemplo, nos cuenta en la salida del dia 1º sobre la garita de México, que fué tomada por asalto la hacienda de Callejas, y que de allí iban las tropas imperialistas avanzando y trepando á paso de carga la colina, dirigiéndose á la garita, ocupándola tambien y manteniéndose allí, á pesar del enemigo, y sosteniendo un reñido combate en el interior del edificio, hasta que cayó muerto el comandante de la Guardia Municipal.

Todo esto es novela: ni ocuparon la hacienda, ni mucho menos la garita, ni hay que trepar colina alguna, porque no existe tal colina entre ambos sitios, y ni es racional que por-

que murió uno de los gefes abandonaran un punto tan importante cuya posesion era la salvacion de los sitiados, cuando habia un segundo gefe que tomara inmediatamente el mando.

Si Basch quiere rectificar su dicho y conocer la verdad de ese ataque, lea á Hans, cuyo testimonio no debe parecerle sospechoso.

Lo mismo puede hacer respecto á la salida del dia 3 sobre San Gregorio, en la cual los sitiados fueron hechos pedazos.

El dia 5 de Mayo, en la noche, fueron los republicanos los que atacaron tambien sin éxito.

Despues de regalarnos estos episodios nos dice el médico ordinario de su S. M. que el enemigo en vez de permanecer ocioso empleaba su actividad en obsequiar á los sitiados con noticias falsas.

Y en seguida nos inserta los dos falsos despachos que publicó el *Boletin*, correspondiente al dia 7, dando á sospechar así que esos partes habian sido fabricados en el campo republicano.

Esto es el exceso del cinismo.

Notorio es que la noticia de la llegada de Márquez con cuatro divisiones, fué obra exclusiva del cuartel general imperialista.

Y si esto no fuera, el sentido comun basta para comprender que los liberales no podian inventar una noticia que debia alentar á sus contrarios: en su interes estaba mas bien que se conociera dentro de Querétaro la derrota sufrida por Márquez en San Lorenzo.

Tan es esto cierto, que las noticias del dia 7 las publicó el *Boletin* con mucha satisfaccion para levantar la moral tan decaida de las tropas sitiadas.

¿Y cómo si esas noticias eran falsas y tenian por fuente el campo del general Escobedo, las aceptaba como ciertas

el gabinete de Maximiliano y sus generales? ¿Qué no veia la no autenticidad de las firmas?

En fin, dejemos esto, pues solo Basch puede creer y prohijar ese absurdo.

Con desden se recibió en toda la ciudad aquella nueva farsa imperial tan gastada ya de la llegada de Márquez, y la desesperacion llegaba á su punto mas culminante en medio de la hambre y de la miseria tan espantosa que se palpaba en todas las clases.

Esto provocó algunas deserciones en el ejército imperialista: muy pocas, porque estando rodeada de fortificaciones la ciudad, no era fácil salir de ella para pasarse al campo contrario.

Pero esas pocas bajas sirven á Basch para que diga que el mexicano es incapaz de abnegacion, y que pertenece en cuerpo y alma á quien le ofrece mayores ventajas.

¡Y eso dice un extrangero asalariado que vió y palpó que millares de hombres, mexicanos por desgracia, sufrian el hambre y todo género de privaciones, y daban su sangre y su vida por otro extrangero sin quejarse y con un valor digno de mejor causa!

Sin esos mexicanos, á quienes tanto deturpa el médico ordinario, su amo no ocuparia hoy un lugar tan alto en la historia, sino que se pasearia despreciado y lleno de ridículo en la roca solitaria de Miramar!

XVI.

Perdida ya toda esperanza, se pensó sériamente en salir de la ciudad.

Y Basch, con este motivo, vacila sin saber á quién inculpará por la determinacion tomada de permanecer hasta última hora en Querétaro.

Ya lo atribuye al carácter caballeroso del príncipe, ya á los consejos pérfidos que le daban los que estaban á su lado; pero todo es perderse en el campo imaginario de las suposiciones.

Desde que Márquez estaba al lado de Maximiliano, se cometió la falta de no tomar la iniciativa, y desde entónces se marchó de error en error, viéndolo todo bajo el prisma del mas pérfido optinismo: la falta es, por tanto, comun á todos.

Pero en cambio todos supieron cumplir con su deber, y desde el soberano hasta el último de sus soldados, menos algunos extrageros que á última hora perdieron la moral, todos se batieron como unos héroes.

No sé, pues, con qué fundamento se permite Basch decir que Maximiliano *se vió traicionado de la manera mas asquerosa por los conservadores.* Estos no fueron mas que unos

ilusos que no sentian el progreso del tiempo, y que creian que su partido contaba aun con los elementos de que pudo disponer durante la guerra civil de 1857 y 58. De suerte que al ofrecer al emperador en Orizaba millares de hombres y millares de pesos, si en algo mintieron, en el fondo no habia mas que un error que en sí mismos padecian porque soñaban con que una inmensa mayoría iba á dar sus tesoros y su sangre para sostener el imperio, desde el momento en que este despidiera á los liberales que estaban con él, y adoptara un programa perfectamente reaccionario.

Pero una ilusion no es una traicion, y con menos razon puede el médico ordinario lanzar ese cargo, cuanto que todo el partido conservador supo dar todo, hasta su vida, por la causa de su rey.

Pero como afortunadamente muy poco tiene que pesar en la historia la pluma apasionada y vulgarísima de Samuel Basch, haremos á un lado sus injustas apreciaciones, y continuaré un relato que ya llega á su término.

Lo que no pudo hacerse ó no se hizo al principio, que fué romper el sitio, se iba á intentar al fin, cuando el cerco era mas completo, cuando las tropas imperialistas estaban desfallecidas, diezmadas, perdido todo vigor, y cuando carecian de municiones y de todo medio de trasporte.

Si el 27 de Abril, despues de haber sorprendido tan felizmente toda la línea del Sur, se hubieran aprovechado las cinco horas durante las cuales se ocupó el campamento liberal para salir Maximiliano, sus gefes, la caballería y acaso la infantería, no se hubiera salvado el imperio, porque este estaba condenado irremisiblemente á morir; pero el archiduque acaso no hubiera sido capturado, y habria logrado tal vez llegar á orillas del mar y embarcarse para Europa. Acaso su memoria no estaria entónces rodeada, como lo está hoy de una aureola de gloria.....pero se habria cumplido el ardiente deseo que tenian todos los

oficiales extrangeros y Basch, segun este cuenta, de salir de aquella ratonera que tanto los azoraba.

Pero en fin, en la primera quincena de Mayo se iba ya á intentar esa operacion que debia costar mucha sangre, y sin resultado acaso.

Se comenzaron á fabricar puentes de madera, y á discutir los puntos por donde debia hacerse la última salida.

Habia la ilusion de llegar á la Sierra Gorda, contando con Mejía, á quien se creia omnipotente en aquellos lugares, olvidando otra vez que los tiempos habian trascurrido, y que no existiendo la bandera del fanatismo que habia provocado tanto entusiasmo en aquellos pueblos, estos no tenian por el imperio afeccion alguna.

Sin embargo, la verdad es que no habia otra cosa que hacer, porque la situacion era desesperada, la miseria espantosa y el decaimento total.

De Márquez nada se aguardaba ya, y el anuncio de su llegada próxima provocaba en la poblacion una sonrisa de desprecio, y en las tropas un irritante despecho.

Los que estaban en la ciudad tenian, pues, que procurarse ellos solos su salvacion.

Desde el momento en que se externó este plan, el imperio quedó derrotado: todos los que empuñaban las armas veian en la lucha su interés personal: moralmente se habia realizado ya el terrible "*sálvese quien pueda.*"

Basch, para llegar á los preludios de la terrible noche del 14 al 15 de Mayo, se divaga en sus puerilidades acostumbradas, y no vé la espantosa realidad que tiene en frente.

Así es que, por ejemplo, al hablar del empeño de Mejía para formar una guardia nacional con la poblacion de Querétaro, dá á esta disposicion una grande importancia, y cuenta que un número inmenso de ciudadanos se inscribieron para tomar las armas, y con esto creyó el doctor que podia tener fundadas esperanzas de un buen éxito.

Pero Basch no dice que ese acto era casi infame de parte de los imperialistas. Despues de haber saqueado la ciudad durante setenta dias, despues de haber hundido á sus habitantes en el duelo y en la miseria, se les sacrificaba atrayendo sobre ellos las iras del vencedor, y se les arrojaba de carnaza, mientras se escapaban los generales y los soldados del imperio.

¿Qué hubiera sido de la ciudad si se hubiera realizado este plan cobarde?

Afortunadamente la ocupacion de la Cruz, ya haya sido ó no con la traicion de López, vino á dar fin á aquel drama, salvando á millares de familias que en nada eran culpables y que hubieran sido sacrificadas en los horrores de un asalto.

Ademas, no es cierto, como dice el médico, que se hubieran alistado en la guardia nacional de Mejía un número inmenso de ciudadanos: apenas pasó de un centenar de infelices que iban á buscar á los cuarteles del imperio algun medio de alimentarse porque los víveres faltaban ya en la ciudad enteramente. El hambre, no la adhesion, era lo que los llevaba á las filas.

Sin duda que Basch ignoraba siempre lo que pasaba en el cuartel general, con todo y que presume ser el confidente íntimo de Maximiliano. Así es que su obra no puede llamarse mas que una edicion de las vulgaridades que se hablan en los cuarteles, y de las mentiras que circulaban por las calles de la ciudad sitiada siempre que se trataba de ocultar alguna operacion militar, ó disfrazar alguna derrota, ó alguna mala nueva.

Sorprende realmente que la historia del sitio de Querétaro, escrita ligeramente por Hans, simple oficial de artillería, sea tan exacta, esté palpitante de verdad, y revele los hechos con tanta precision, comentándolos con una lógica tan justa, mientras que Basch, el médico de cámara, el confidente y el amanuense del emperador, jamás sabia lo

que pasaba en su campo, y narra los hechos y los examina como los contaban y los apreciaban las soldaderas que recorrian los parapetos.

Y en el caso presente da Basch una muestra de lo poco que vale su pluma de historiador dando por causa de haberse trasferido la salida, dispuesta para el dia 13, hasta el dia siguiente 14, la necesidad en que estaba Mejía de organizar sus numerosísimos voluntarios.

En efecto, así se contó entre el vulgo; pero despues de las revelaciones hechas por López y por Ramirez Arellano, se conoce bastante la causa de su dilacion.

Llegó, en efecto, la noche terrible del dia 14, y cuando todas las disposiciones estaban ya tomadas para marchar durante la noche, se dió contra-órden y la ciudad tornó al profundo silencio de su desesperacion.

Basch confiesa entónces humildemente que no sabe la causa de este nuevo plazo, y solo dice que se suspendió la salida á peticion del general Mendez.

Luego el doctorcito ignoraba lo que sucedia en torno suyo, y lo que es peor, ni aun ha leido los importantísimos escritos que se han dado á luz con motivo de lo que se llamó la traicion de López.

Ignora que este estuvo en el campo republicano, adonde tuvo una larga conferencia con el general Escobedo; que de allí tornó López á la ciudad acompañado de un oficial republicano al cual dejó encerrado en su alojamiento mientras hablaba con Maximiliano.

En efecto, Maximiliano habia solicitado hablar dos veces con López, y su anhelo era tal que sin cesar mandaba un ayudante á la casa donde vivia el coronel del regimiento de la Emperatriz á que preguntara si este estaba ya de vuelta.

Hay que advertir que cuando López salió para el campamento republicano, dejó en su alojamiento á Yablouski,

á fin de que cuando lo llamaran de parte del emperador contestaran á este *"que habia ido adonde ya sabia."*

Despues de que volvió á la ciudad se dirigió á la Cruz y habló largamente con el emperador: de allí fué á su alojamiento, sacó al oficial republicano y lo acompañó hasta la trinchera, la cual salvó este último y marchó para el campo sitiador.

A estas horas fué cuando se comunicó la contra-órden suspendiendo la salida.

Eran las diez y media de la noche, y cuando ya estaban listos los bagajes y hasta el dinero de Maximiliano se habia confiado á varios oficiales entre los cuales se repartió para salvarlo mejor, causó verdadera sorpresa la contra-órden.

Solo los generales que estaban en aquellos momentos solemnes al lado de Maximiliano, pueden informar de si tuvo lugar el consejo de guerra de que habla Basch, y si de él resultó la disposicion predicha: porque hay que advertir que el mismo Basch incurre en una contradiccion muy patente al hablar de lo que pasó en esta noche, pues apenas acaba de asegurar que á peticion de Mendez se habia suspendido á las diez de la noche la salida, cuando en la siguiente línea narra que á las once llamó Maximiliano á López para darle algunos pormenores relativos á la misma salida.

En fin, todo quedó en silencio en la ciudad sitiada. Casi toda la artillería se habia retirado de las trincheras y las piezas atalajadas y los carros cargados de municiones y equipajes se habian situado en la calle del Biombo y callejon de la Penitencia.

Solo Maximiliano no estaba tranquilo y pasó una noche agitadísima, enfermo como estaba ya de la disenteria que puso despues en peligro su vida: cerca de las cuatro, el desgraciado príncipe se quedó dormido, dice su médico, aun-

que creo que en la enumeracion de esas horas padece Basch algun error, y que las apresura demasiado.

Antes de que rompiera el dia las fuerzas republicanas se habian introducido á la Cruz, y en silencio iban sorprendiendo las guardias y haciendo prisioneros á cuantos encontraban.

Los detalles de aquellos sucesos son bastante conocidos, pero si no lo fueran, no seria Basch quien iluminara este punto de nuestra historia.

Dominando en todo la tendencia á hacer resaltar su interesante personalidad, el médico ordinario se desatiende del emperador, de sus generales y de cuanto lo rodeaba, para ocuparse esclusivamente de hacer su relacion numerosa, pormenorizada, de cómo fué reducido á prision.

Nada nos perdona. Los *sudaderos* ó mantillas de su caballo, (aunque Basch dice que eran los suyos), el oficial que estaba emvuelto en uno de ellos (lo que no es creible), el revólver de que hechó mano para batirse con ese oficial republicano y con sus diez soldados de *Supremos Poderes*; la sumision á que se sugetó al verse perdido; la novela del despojo que sufrió por el oficial que lo hizo prisionero, á cuyo oficial califica como un perfecto bandolero, todas esas inútiles pequeñeses ocupan páginas enteras: hasta que concluye con lo suyo se acuerda de su amo, y esto para contar las cosas á su manera, y con las inesactitudes de siempre.

En esto sí pocos cargos tengo que hacerle, pues confiesa que tan ocupado estaba en buscar los sudaderos de su caballo, que no vió lo que pasaba arriba, y los pormenores que dá los atribuye á Salm y á Pitner, quienes se los comunicaron.

Pero como tambien se conoce bastante ese suceso, no me detendré en rectificar línea á línea las aseveraciones de Basch.

Maximiliano logró salir á pié del ex-convento de la Cruz

acompañado de algunas personas de su séquito, en medio de la confusion que habia en aquellos momentos; atravesó la ciudad á grandes pasos; montó á caballo, al salir de ella, por el Poniente, y se dirijió al Cerro de las Campanas adonde se entregó prisionero al acercarse las columnas del ejército republicano.

Con él cayeron la mayor parte de sus generales. El resto de ellos se presentó mas tarde, saliendo de las casas adonde se habian escondido; este acto de sumision lo causó el terrible decreto publicado por el comandante militar de la plaza ocupada; decreto que condenaba á muerte inmediata, luego que fueran capturados, á los que no se presentaran prisioneros.

La corona imperial forjada por las torpes manos de Napoleon III, habia caido al suelo haciéndose pedazos: juntamente con ella todo el pasado, y sin esperanza de que este pudiera reconstruirse jamás.

XVII.

Eran los últimos dias de Maximiliano.

Desde el momento de su caida ya no debia levantarse sino cuando se pusiera en pié sobre el cadalso bañado por la luz inmortal de la historia.

Su martirio comenzó desde el punto en que habiendo entregado su espada á Escobedo, fué conducido á la Cruz, sirviéndole de prision la misma celda adonde el dia anterior se habia soñado aun emperador.

El doctor Basch abarca en sus Memorias esa última faz de su crónica, dando á su relacion una forma de diario y entrando en algunos detalles sobre la vida que llevaba el desgraciado príncipe en su calabozo.

Pero se notan al punto dos defectos capitales en la redaccion de ese trabajo del doctor: el primero, la pasion profunda que respira el autor contra los mexicanos, llamando á estos cobardes y miserables: el segundo, la insustancial ligereza con que estima los terribles episodios de aquel drama.

La desnudez de la celda que servia de prision á Maximiliano, la escacez de los alimentos que se ministraban á los presos, la guardia con que se procuraba la seguridad de estos, los gritos de vigilancia que daban los centinelas cada cuarto de hora durante la noche, los toques de diana y listas

que se daban en el cuartel, todos los actos militares, en fin, de las tropas liberales que molestaban los nervios azas delicados de los prisioneros, provocaban una irritacion terrible en el doctor Basch, que se traduce en los insultos que prodiga en su obra contra los mexicanos.

Esas son mezquinas pequeñeces que se desprenden del carácter tan viril que afecta, y que son mas propios de una dama histérica.

¿Pues qué creía Basch que porque los prisioneros eran Maximiliano y algunos extrangeros, debian los liberales haberles rendido los acatamientos de la corte y haber suprimido todas las medidas conducentes á su seguridad? ¿Acaso soñó que venerando las cabezas rubias de los reos de Estado debía haberse confinado á estos á un palacio, suprimiéndo las guardias, los centinelas, los cerrojos, y todas las seguridades que se toman en todas partes del mundo, hasta en la culta Europa?

El imperio, durante sus dias de prosperidad, tuvo millares de prisioneros, y estos sufrieron tambien todas esas pequeñas molestias que tanto irritaban al médico *ordinario* de S. M.

Y para los prisioneros liberales jamás hubo las mil atenciones que tuvieron las mujeres de la clase acomodada con los imperialistas presos, á los cuales remitian espléndidas comidas y cuanto objeto podia serles útil en la prision.

Y para los prisioneros liberales jamás hubo sino los terribles calabozos de la Martinica, adonde pasaban dias de angustia y tormento que iban á terminar á los patíbulos de Mixcalco y Sto. Domingo.

Y nada digo á Basch de aquellos martirios ignotos que tuvieron lugar á manos de las cortes marciales en toda la extension del pais, y las ejecuciones rápidas, efectuadas por los jefes imperialistas en los guerrilleros republicanos.

La escaces, la miseria casi que describe el Doctor Samuel

que habia en las prisiones, debe esplicárselas este escritor, si recuerda que la ciudad habia sufrido un sitio muy largo, y que habia sido enteramente saqueada por los imperialistas.

Y sin embargo de esto, muchas familias de la ciudad se hicieron cargo de la alimentacion de los prisioneros, y respecto al archiduque, los gefes y oficiales republicanos tuvieron miles de atenciones con él: solamente que no le permitieron fugarse, y esto no debe irritar tanto al doctor.

Maximiliano no sufrió el martirio de Luis XVI en el Temple, y nadie insultó su desgracia ciñiendo su frente con un gorro frigio.

Se le tenia prisionero, y nada mas; pero esta consecuencia y otras peores aceptó el emperador, desde el momento en que afrontó la aventura de pelear en defensa de su trono.

No es, pues, en esas leves contrariedades adonde conquistó Maximiliano su corona de mártir, sino en el Cerro de las Campanas, adonde lo arrastraron la infame intriga de la Francia, las supercherías del partido conservador y la salvacion de la República.

Y deben hacerse á un lado todas esas pequeñas molestias, porque acaso la mas mortificante de todas ellas es haber tocado á Maximiliano la desgracia de tener cronistas como Basch, como Salm, y otros.

Hechas estas salvedades, poco queda ya que decir de las últimas hojas del diario del médico de cámara.

Es tan vulgar en sus estimaciones, tan miope al contemplar los detalles de aquel drama, y tan vulgar en su juicio, que es forzoso dejarlo á un lado para poder ver con todo el criterio histórico aquel terrible cataclismo.

Pero Basch, frente al derrumbamiento de aquel trono, me parece un niño ahumando un cristal para ver un eclipse total, y contando que la luna se *come* al astro del dia.

Y no comprende toda la magnitud de aquel suseso: y no adivina que aun respetando aquel noble carácter de Maximiliano y admirando su alta inteligencia, y su noble corazon, es preciso inclinarse ante la forzosa catástrofe que él mismo provocó.

No eran los intereses de la raza latina los que venia representando el hombre de Miramar enviado por Luis Bonaparte: era la antigua lucha entre los tronos y los pueblos que escogieron un nuevo terreno adonde combatir, y adonde iba á ser derrotado de nuevo el principio monárquico; porque si bien es cierto que venia robustecido por un ejército francés, traia, tambien, todas las desventajas del extrangerismo y de la usurpacion.

Entónces el santo dogma de la inviolabilidad de la Nacion hizo invencibles á los republicanos que lo proclamaban, y el imperio tuvo que caer, hundiéndose con él todas las tradiciones del pasado. El porvenir venia radiante y lleno de esperanzas.

Pero no era Basch quien podia leer en este horizonte, porque Basch no es mexicano, y no lo preocupaba la suerte de una raza, ni el futuro de un país, aunque este le hubiera dado hospitalidad. El médico de cámara solo debia afectarse por la persona de su amo, ya por el irresistible afecto que este inspiraba á todos los que lo rodeaban, ya porque allí, en las gradas del trono, tenia un sueldo y consideraciones que recoger.

Pero en fin, nunca los servidores de los potentados son los mas avisados políticos.

Disculpable, es por tanto, la afeccion con que solloza el doctor los sufrimientos que su soberano y *él* pasaron en los dias de prision.

Habiendo sido atacado Maximiliano de una grave enfermedad intestinal, el general Escobedo comprendió que no debia separar un momento de su lado á su médico de cá-

mara, pues de lo contrario, si el emperador hubiera sucumbido, podia la pasion de los europeos haber culpado á los mexicanos, ya negando á los médicos indígenas la aptitud científica, ó ya acusándolos de que intencionalmente se habia dejado morir al régio prisionero.

Así es que, cuando Maximiliano fué trasladado de su celda de la Cruz al ex-convento de Teresitas, y de aquí á Capuchinas, se hizo que Basch marchara y permaneciera siempre con él.

Cuando Maximiliano se puso mas grave, se ocurrió á un médico civil, al habilísimo doctor Siurob, y al médico en jefe de las ambulancias republicanas. Sin embargo, á estos médicos quedó asociado Basch, el cual prestaba la garantía de su carácter de médico de cámara para rechazar todo comentario desfavorable que hicieran en Europa acerca de la asistencia profesional que se prestara al ilustre reo.

Así es que el doctor Samuel se vió obligado á ser el compañero de prision del emperador caido, y por eso sorprende tanto que las últimas horas del desgraciado jóven estén contadas con toques tan leves, cuando constantemente estaba en la misma pieza.

Y sin embargo de esta intimidad, olvida el cronista los principales episodios de aquellos dias para divagarse en los insultos que constantemente prodiga á la raza mexicana.

Casi todos los generales y demas gefes republicanos fueron á visitar al emperador vencido á su prision, y este acto de cortesía lo interpreta el escritor desfavorablemente, atribuyéndolo á una curiosidad insultante.

Y sin embargo, Maximiliano recibió en la prision mil muestras de simpatía de los liberales, quienes estimaban su persona, su inteligencia y su valor, y se condolian de la terrible é indeclinable necesidad en que se hallaba la República de sacrificar al príncipe para obtener la paz del suelo y garantías de libertad para el porvenir.

Pero ni una sola cualidad concede Basch á los mexicanos, y hasta supone que los generales vencedores estaban asombrados de su victoria y aturdidos por haber logrado un éxito superior á sus mas risueñas esperanzas.

Dice mas, que el enemigo estaba admirado de haberse apoderado del emperador, de sus generales y de la guarnicion entera, sin haber desenvainado la espada y despues de haber llevado la peor parte en la série anterior de combates durante el sitio.

Perdóneme el lector si empleo una frase algo dura, pero no puedo menos que decir que esto es estúpido.

A la hora en que el doctor judío escribia su folleto, aun no podia ver claro lo pasado, é incapaz de escribir la historia, como dice un enérgico galicismo, *hace historia.*

Desde que el ejército republicano llegó á los alrededores de Querétaro, y vió que el imperio no salia al encuentro de sus primeras divisiones, circunvaló la ciudad, engruesó sus filas llamando á todos los auxiliares, abrió sus paralelas y estableció un cerco estrechísimo sin permitir que saliera persona alguna de la plaza. ¿Y qué cree Basch que buscaba con esto el ejército nacional? Cuando los sitiados intentaban alguna salida, á balazos los obligaban de nuevo á entrar á la plaza, los barrian á cañonazos hasta que se encerraban de nuevo en sus fortifiicaciones, y estorbaban que entraran víveres, recursos y aun noticias dentro de la plaza. A juicio del cronista ¿para qué sería toda esta vigilancia, estos trabajos de zapa y estos combates, si no era para capturar al ejército sitiado y á sus jefes todos?

Recuerde Basch, que las dos veces que de la plaza se quisieron entablar conferencias con el ejército sitiador, proponiendo algun arreglo como capitulacion, abdicacion y otros, el general Escobedo se limitaba á contestar que no tenia mas autorizacion de su gobierno que hacer rendir á los im-

perialistas á discrecion, y sin condiciones, sin garantizarles la vida siquiera.

El gobierno de la República habia decretado la victoria, como la Convencion francesa de 1793, y no queria, por un indulto anticipado, estorbar el paso á la justicia nacional.

Sabian los republicanos que la plaza habia de caer con todos sus defensores, porque en ella faltaban municiones, víveres y, sobre todo, moral.

Era, pues, imposible resistir mas tiempo; si no se hubiera ocupado la Cruz el dia 14 de Mayo, habria sucedido dos ó tres dias mas tarde, y todo el ejército habria quedado prisionero, porque se habian tomado las medidas necesarias para que ninguno escapase.

No olvide el cronista que despues de la toma de Querétaro, se conservó mas compacta que antes la línea de circunvalacion, y solo algunos batallones ocuparon los edificios públicos de la ciudad. Con esto se queria evitar que se fugasen los imperialistas que no se habian presentado, y así se logró capturar á Mendez y á todos los jefes casi, menos al de artillería y dos ó tres subalternos que lograron escaparse.

Luego la victoria alcanzada no podia sorprender á nadie, porque nadie tampoco creia ya, en los últimos dias del sitio, que pudiera Maximiliano, no se diga vencer, pero ni aun salir salvo de la horrible situacion en que se habia colocado.

Lo que Basch notaba en la actitud reservada de los jefes liberales, era que estos respetaban la posicion de los vencidos y tributaban un homenaje al valor desgraciado.

Esto es muy propio del noble carácter mexicano.

XVIII.

Tocamos ya las últimas páginas del drama del imperio, envenenadas por la pluma torpe y apasionada del cronista.

Línea á línea se encuentra una mentira, una apreciacion falsa ó ridícula, un arranque de pasion ó de despecho, algo, en fin, que hace brotar una sonrisa de desden al ver al pequeño sirviente de un extranjero, intentando deturpar á un pueblo tan grande por sus virtudes como por sus desgracias, al pueblo mexicano.

Como nada sabia Basch, todo lo juzga con el miopismo de su ignorancia, y no comprende, al hacer sus revelaciones, que pone en relieve el insignificante papel que desempeñó en aquella tragedia.

Cuando se proyectó el absurdo plan de hacer fugar á Maximiliano de la prision, la primera precaucion que tomaron los que estaban inodados en el proyecto, fué no dar parte de él al doctor Basch, siguiendo en esto la órden del emperador que quiso dejar ocultos á su médico ordinario los trabajos que se emprendian.

Ese silencio que se guardó con él, apesar de que estaba tan próximo al prisionero, lo confiesa el príncipe de Salm, y el mismo Basch se queja de tal reserva en varios pasajes de su diario, porque á pesar de la lentitud de su percepcion, llegó á hacérsele patente aquella desconfianza.

En el apunte de su *Diario*, correspondiente al dia 1º de

Junio, cuenta que le habló Maximiliano de un viaje á San Luis Potosí y le encargó que preparara los medicamentos que le llevara Salm, en caso de que él, Basch, no lo acompañara.

Y con este motivo dice, con su imprevision habitual, que *lo comprende todo.*

Pero por supuesto que, como siempre, nada habia comprendido, pues creia que se trataba de la fuga, y así lo dice mas adelante, cuando le revelaron el plan de evasion en los momentos en que iba á ejecutarse. Olvida el médico ordinario, que, en efecto, Maximiliano creyó que iria á San Luis por haber escrito á Juarez pidiéndole una entrevista. El pobre rey destronado se hacia muchas ilusiones, y con él todos los que estaban á su alrededor.

Y una de esas ilusiones fué la de que podia realizarse la fuga proyectada.

Mucho se ha escrito sobre esto, y cuanto ha visto la luz pública solo ha merecido el desprecio de los que conocen todos los detalles de este incidente.

La Sra. de Salm era el alma de aquella conspiracion, en la cual entraron sin duda los adictos que tenia el prisionero en torno suyo, los ministros extrangeros y algunos agentes secundarios de poco valer.

Y en efecto, con esa ligereza peculiar á la mujer, la Sra. de Salm llegó á disponer caballos para los fugitivos, cuando aun no se habia dispuesto la manera de que estos salieran de sus calabozos.

Porque la célebre princesa habia hablado á varios gefes militares y acaso porque estos la galanteaban con buenas palabras, ella dió por realizado el plan y así continuó sus trabajos. Estos, como partian de una ilusion, tuvieron que estrellarse.

De aquí fué que se hizo salir á la princesa y á los ministros extrangeros, de la ciudad y se cambiaron las guardias

del convento de Capuchinas, á donde estaban los reos de muerte.

Mas era lo que se habia hablado, que lo que realmente pasaba; pero esa intentona, mas soñada que real, ha servido á los extrangeros de la comitiva de Maximiliano para darse en Europa un baño de heroismo, para colocarse en primer término en aquel gran suceso histórico y para explotar así, ya con los reyes, como con los editores, esa casualidad que situó á esas nulidades en torno de aquel trono improvisado que se desplomó con tanto estrépito.

Perdida esa última esperanza de la fuga, y solo quedó á los prisioneros una terrible espectativa entre la vida y la muerte.

Las angustias del prisionero están bien pintadas en las hojas del diario de Basch; solamente qne en ellas se revela el corazon tan pequeño del doctor, que no sabia ocultar su terror á los que lo rodeaban, cansándolos con sus eternos lamentos. Hoy que está á tanta distancia en tiempo y en espacio de aquel conflicto, desplega esa energía de alma que le hace lanzar tanto insulto y tanta diatriba contra la raza mexicana.

Segun Basch, no habia en México un solo hombre honrado, ni inteligente, ni leal, ni de valor. Olvida cuanto se hizo por los prisioneros, cuanto se procuró por aliviarles sus angustias, y cuanto esfuerzo se hizo por salvarles la vida, que con tanto derecho les quitaba la República. Porque en último resultado, un pueblo es libre para darse las leyes que quiera, y la ley de 25 de Enero de 1862 heria de muerte á los invasores del suelo mexicano y á sus aliados.

Si los extrangeros, apesar de esa ley nos invadieron, la culpa fué suya y no de nosotros, y no debieron creer que con algunos triunfos obtenidos por el ejército francés, la República habia muerto y sus leyes no subsistirían jamás.

Equivocasion gravísima, porque el gobierno nacional

nunca dejó de existir, y con pleno derecho podia aplicar la ley de Enero de 62 á todos los filibusteros que tomaron parte en la invasion, despues de rotos los convenios de la Soledad.

No me digno, pues, discutir con el médico de cámara los incidentes del consejo de guerra habido el 13 de Junio: recuérdese tan solo que segun la ley vigente, los reos de Querétaro habian sido capturados con las armas en la mano y que se les pudo fusilar con solo identificar sus personas... pero olvidaba yo que Basch niega que fueron cogidos in fraganti, porque las tropas imperiales, en su estupor, ya no hacian fuego al ser hechas prisioneras! Esa es una sutileza ridícula, pues con ella se podria decir que el combatiente aprehendido al huir ó al rendirse no está en el caso predicho! Pero esas son puerilidades.

Aquí abandono al doctor Basch.

Cuantos hayan leido su obra habran apreciado lo que vale ese juicio tan torpe y tan apasionado: el escritor judío habrá ganado algunos pesos con su edicion, pero no un lugar en la literatura.

Yo suspendo aquí mi análisis de las últimas páginas de los "Recuerdos de México," por respeto á la memoria de Maximiliano. Yo, que siempre rechazé con todo mi corazon la intervencion y el imperio, tributo, sin embargo, un homenaje á aquella alma tan noble, y de un temple tan recto: y temo que por infligir un reproche á su médico lastime, en aquellas horas de angustia, al régio condenado á muerte. Un reo encapillado es invulnerable.

Una sola vez estuve junto á Maximiliano.

Yo fuí uno de los médicos que concurrieron á la junta que tuvo lugar el dia 7 de Junio, y yo redacté la acta adon-

de se pedia para el prisionero mas aire, mas luz y mas espacio: recuerdo una á una sus palabras en aquella conferencia que duró una hora larga, y quizá alguna vez podré lanzarla á la crónica nacional. Desde entónces me fué muy simpática su persona. Y mas tarde, cuando escribí en la *Sombra de Arteaga* la relacion de lo acaecido en el consejo de guerra (artículo que de mala fé trunca Basch), yo fuí el primero que pedí el perdon de los reos.

Lo habia callado siempre, pero hoy me obliga á hacer esta revelacion el ataque de Basch que nos pinta á los mexicanos como una raza cruel, cobarde y desleal.

Pero como en las postreras líneas, Basch habla de las horas finales de Maximiliano, dejo pasar desapercibidas sus calumnias, para tender un velo sobre el cadáver del emperador caido en el Cerro de las Campanas.

Despues de muerto el príncipe, la República, con altivo desden, puso en libertad á todos sus sirvientes: á Basch entre ellos.

Entónces el ex-médico de cámara pudo volver á Europa, y darnos sus "Memorias," en las cuales, si no se puede admirar la erudicion ni el juicio, sí se puede sorprender una eterna *egolatría.*

Afortunadamente á México no le inquietan ya las apreciaciones de los extrangeros, y se digna aún socorrerlos en su miseria.

Bástele, pues, á Basch decretarse él mismo la gloria, ya que no le es posible llegar á la inmortalidad.

MEXICO.—1871.

Hilarion Frias y Soto.

INDICE.

ADVERTENCIA del editor mexicano..... 5
CAPITULO I.—La Corte en Chapultepec. Viaje á Cuernavaca. Conjuracion de Tlalpam. Regreso. La junta..... 7
CAPITULO II.—Partidos políticos. Actitud de la Francia y de los Estados-Unidos. Ministerio conservador. Discurso del emperador en la fiesta de la independencia..... 12
CAPITULO III.—Junta. Nuevo Consejo de Estado. Lacunza. Llegada de Castelnau. Cuestion del concordato. Dos cartas del emperador á sus ministros. Alocucion del mismo á los obispos..... 26
CAPITULO IV.—Noticia de la enfermedad de la emperatriz. El emperador se resuelve á partir para Europa. Esfuerzos de los conservadores para disuadirlo. Retirada del ministerio y recomposicion del mismo. Viaje del emperador á Orizaba..... 36
CAPITULO V.—Viaje á Orizaba. Encuentro del emperador con el general Castelnau en Ayotla. Derogacion del decreto de 3 de Octubre de 1865 en Soquiapan. Nombramiento de una comision especial para arreglar los asuntos particulares del emperador. Llegada á Orizaba..... 48
CAPITULO VI.—Orizaba. Disposicion de ánimo del emperador. Preparativos para el viaje. Actitud del padre Fischer. Scarlet y Sanchez Navarro. Club del padre Fischer. Corresponedencia oficiosa..... 59
CAPIUTLO VII.—Márquez y Miramon. Diputaciones de México y Puebla. Inteligencias de los franceses. El padre Fischer y los conservadores. Llamada del consejo de Estado y del de ministros á Orizaba. Parecer de uno y otro. Sus motivos. Demostraciones de los conservadores. Método de vida del emperador en Orizaba..... 68
CAPITULO VIII.—Agitaciones en México Proclama del emperador á la Nacion. Circular del sub-secretario de Estado, Pereda, á las legaciones y á las córtes extrangeras. Autógrafo del emperador á los comisarios imperiales. Sherman y Campbell. Division militar del territorio. Disolucion del cuerpo franco-austro-belga. Manifiesto del emperador á los austro-belgas. Protesta de los oficiales franceses contra Bazain.... 91

CAPITULO IX—Partida de Orizaba. Encuentro del emperador con Danó y Castelnau en Xonaca. Cuestion aduanal. Junta en Palacio. Victoria de Miramon cerca de Zacatecas. Derrota de este en S. Jacinto. Orden del dia al ejército. El emperador toma el mando de las tropas..... 111
CAPITULO X.—Ultimos dias de la intervencion francesa. Una proclama de Márquez. Khevenhüller y Harmmerstein. El emperador sale de México..... 227
CAPITULO XI—Fragmento del diario del emperador. Marcha hácia Querétaro. Combate junto á la hacienda de la Lechería. Otro junto á S. Miguel Calpulalpam. Orden del dia del emperador al ejército. Llegada á Querétaro..... 133
CAPITULO XII.—Entrada del emperador á Querétaro. Tres cartas particulares suyas. Carta al ministro Aguirre. Ocupaciones militares del emperador. El general Vidaurri ministro de Hacienda é intendente del ejército. Método de vida del emperador..... 145
CAPITULO XIII.—Querétaro. Sucesos del 5 al 13 de Marzo..... 163
CAPITULO XIV—Sitio: del 13 al 22 de Marzo. Asalto del 14 de Marzo. Envíase á Márquez á México, como lugar-teniente del Emperador. Carta de éste..... 175
CAPITULO XV.—Sitio de Querétaro. Castillo, jefe de Estado Mayor general. Combates del 24 de Marzo y del 1º de Abril. Fragmento de una carta del emperador. Carta á Herzfeld. El ejército condecora al emperador. Los hospitales de Querétaro. Carta de un oficial prisionero 192
CAPITULO XVI.—Querétaro, sitio. Aniversario de la exaltacion al trono. Discurso del ministro Aguirre. Contestacion del emperador. Diploma de la condecoracion del emperador. Dos cartas que éste me dictó. Noticias falsas. Carta al cónsul americano Otterburg. Un parlamentario del enemigo. Un comunicado del *Boletin de noticias*..... 206
CAPITULO XVII.—Querétaro: sitio desde el 1º hasta el 13 de Mayo Mi diario del 23 de Abril al 5 de Mayo. Combates del 27 de Abril, 1º y 3 de Mayo. Noticias falsas acerca de Márquez y Vidaurri. Las mujeres de los soldados. Relajacion de la tropa. Lopez. Preparativos de salida..... 223
CAPITULO XVIII.—Querétaro: noche del 14 al 15. Madrugada del 15. Caemos prisioneros. Traicion de López. José Rincon Gallardo. El 15 de Mayo..... 240
CAPITULO XIX.—Querétaro: los prisioneros. Diario de mi prision..... 257
CAPITULO XX.—Del 13 al 16 de Junio. Ultimos dias del emperador. El 19 de Junio. El cadáver. Gestiones con el gobierno para la entrega de éste. Mision de Tegethoff..... 289
CAPITULO XXI.—El proceso..... 306
RECTIFICACIONES hechas al autor, por Hilarion Frias y Soto..... 392

SAMUEL BASCH.

RECUERDOS DE MEXICO

Memorias del medico ordinario

DEL

EMPERADOR MAXIMILIANO

(1866 á 1867.)

OBRA TRADUCIDA DEL ITALIANO AL ESPAÑOL

POR EL DOCTOR

D. MANUEL PEREDO.

RECTIFICACIONES

POR HILARION FRIAS Y SOTO.

MEXICO.

IMPRENTA DEL COMERCIO, DE N. CHAVEZ,
Calle de Cordobanes núm. 8.

1871.

NUESTROS CORRESPONSALES

PUEDEN PEDIRNOS

de las siguientes obras las que necesiten, con un 25 p% de aumento sobre los precios siguientes:

Novísimo Sala Mexicano, obra de texto en todos los colegios, á la rústica	$ 7 00
á la holandesa	,, 8 00
Elevacion y Caida de Maximiliano, por el conde E. de Kératry	,, 2 50
El Libro Rojo	,, 18 00
Historia de los Estados-Unidos, por Laboulaye	,, 2 50
Destruccion de Pompeya	,, 10 00
Estudios filosóficos sobre la Masonería simbólica	,, 1 25
Revista Universal, ciencias, artes y literatura	,, 0 50
Proceso íntegro de Máximiliano	,, 3 00
Semblanzas contemporáneas, por E. Castelar	,, 0 75
Compendio de la Historia de México	,, 0 50
Epítome de la Lengua Castellana	,, 0 50
Cuestion penal	,, 0 37
Cartas á Josefina	,, 1 00
La Cruz de Quiros	,, 0 37
Las Gentes de Buena Fé	,, 1 00
El Tálamo y la Horca	,, 2 00
Una Rosa y un Harapo	,, 1 50
Clemencia	,, 1 25
Venganza y Remordimiento	,, 1 50
La Corte de Roma y el emperador Maximiliano	,, 0 50
Alberto Hans.—Querétaro.—Memorias de un oficial del emperador Maximiliano	,, 1 25
Catecismo Político Constitucional, por Pizarro	,, 0 37

LIBRARY OF CONGRESS
0 015 999 121 0